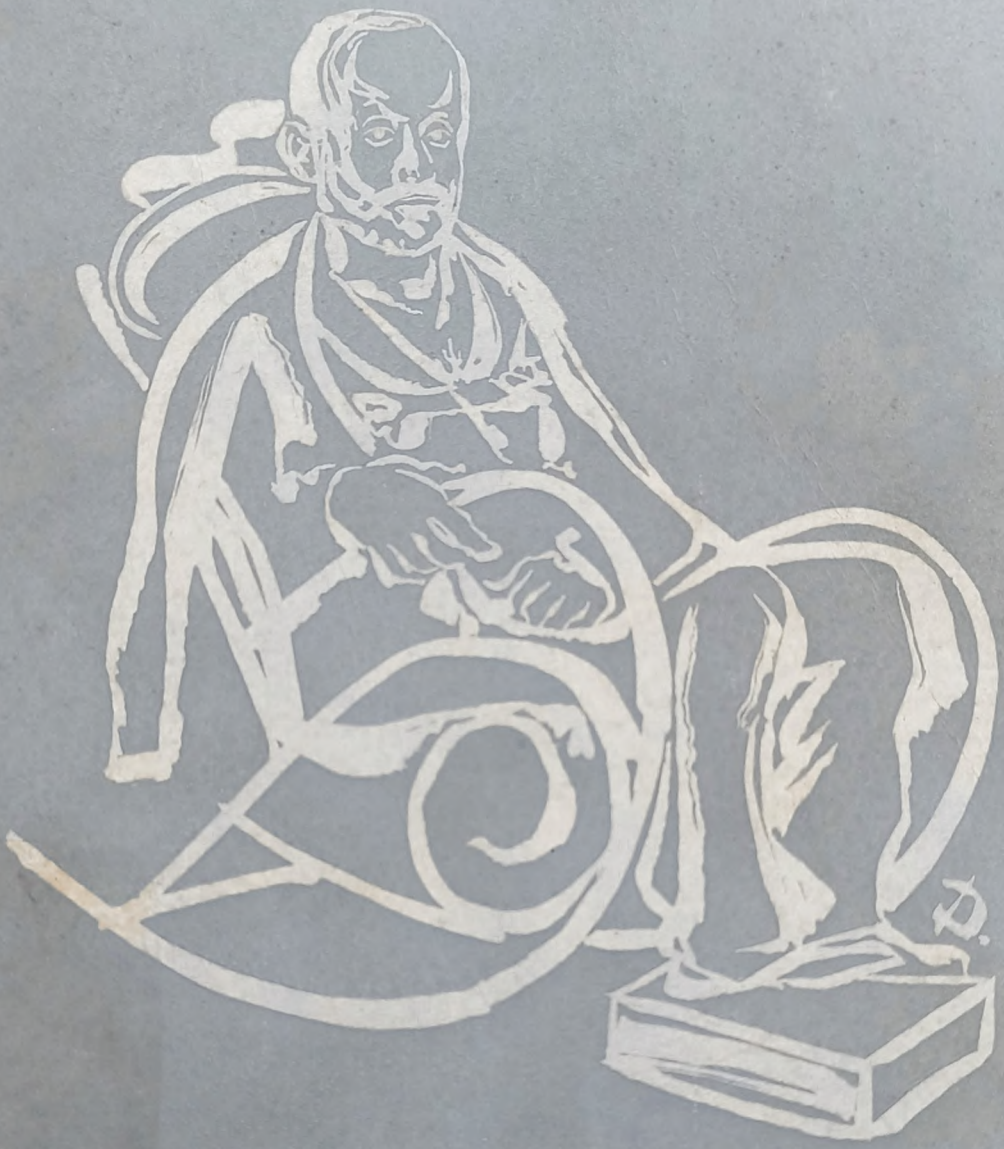
MARIANO PICON - SALAS

LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO



(HISTORIA VENEZOLANA DEL 1900)

EDICIONES GARRIDO - CARACAS - 1953

MARIANO PICON-SALAS

LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO

(Historia venezolana del 1900)

EDICIONES GARRIDO
CARACAS, 1953

NOTA

La figura violenta, contradictoria, alternativamente libertina y heroica de Cipriano Castro contribuye a darle bizarro color y casi epiléptico impulso a la Historia venezolana de los primeros años del 900. No me atrevo a decir que sea uno de aquellos personajes que Plutarco hubiera querido incorporar entre sus arquetipos. Su personalidad marca, más bien, una hora de crisis de Venezuela. Es el último gran guerrero brotado con toda la fuerza del monte y con una retórica que tiene, asimismo, la viciosa proliferación de nuestros bejucos tropicales. Pero con todos sus defectos, victimario y víctima de una sociedad a la que la pobreza y aventura informe del país en aquellos años debió tornar demasiado cínica, sabe levantarse a la suma energía cuando la tierra venezolana es amenazada por potencias extranjeras, los cañones del kaiser alemán apuntan contra nuestras desguarnecidas fortalezas coloniales y un violento derecho a la explotación de Venezuela lo están disputando los fenicios de todas partes. Desde semejante punto de vista, Castro tiene mayor razón que los que le acosaron y combatieron; reacciona —como ningún otro caudillo hispano-americano de entonces— contra la agresiva política del "big stick" y encarnó una raizal conciencia mestiza contra aquella intervención vestida de racismo y predicación protestante en que parecían coincidir el Emperador de Alemania, Teodoro Roosevelt y nuestros viejos amigos los ingleses. La Doctrina de Monroe a la que en el tiempo de Castro Hispano-América opone la "Doctrina Drago" pretendía ser, apenas, otro lindero imperialista contra las pretensiones de las potencias europeas. La fiera autoctonía de cacique motilón que entonces luce don Cipriano, habrá de chocar, trágicamente, con todas las nuevas fuerzas de capitalismo e imperialismo foráneo que pronto aprende

a cultivar su cauteloso compadre Juan Vicente Gómez. Quizás la perspectiva histórica no permita decir aún si Cipriano Castro fué un Cristo o un Barrabás del drama hispano-americano, pero si puede afirmarse ya que fué crucificado. Sufría como muchos venezolanos la sugestión casi embriagante de las hazañas de Bolívar, y pensó con romántica ingenuidad que estaba predestinado a volver a juntar los pueblos de América. Es con su euforia y sus depresiones, con su bullicioso desvivir, con su terrible aleación de coraje, mesianismo y ridiculez, gran protagonista novelesco dentro de la enorme novela quimérica de la Venezuela de aquellos años.

Como todas las Historias que se escriban sobre nuestro pasado inmediato, esta encierra un largo caudal de energía perdida, de frustraciones y derrotas. El país todavía se agitaba en el más irracional crecimiento caótico. La Razón y la Cultura no planifican aún el desarrollo equilibrado de la nación. Los caudillos encarnan —llámense Castro, Rolando o el Mocho Hernández— vagos mitos colectivos. Se actúa más por impulso mágico que por deliberación lógica. Las cabezas más iluminadas de entonces prefieren hacer discursos, negocios o trapacerías leguleyas. Cipriano Castro no es más culpable que los que le asesoran y le sirven. Pero si este cuadro de la nación hace medio siglo que he excavado de colecciones de periódicos y recuerdos y anécdotas de viejos, dista mucho de ser edificante, acaso ofrezca el efecto catártico de todas las tragedias. También se escribe Historia con la Utopía de mejorar los tiempos y liberarse, a la vez, de muchos materiales y formas muertas que arrastra el pasado.

MARIANO PICON-SALAS.

Caracas: julio de 1953.

I — PROLOGO DE UN CAUDILLO

La situación del país entre 1897 —último año de la Presidencia de Crespo y 1899, año de la revolución de Castro— empeoraba catastróficamente. Los ingresos nacionales que fueron en 1896-97 de 48 millones trescientos trece mil bolívares bajaron a treinta y tres millones cuatrocientos veintinueve mil en 1897-98; suben a cuarenta del 98 al 99, para descender a veintisiete millones doscientos noventa y seis mil en el muy azaroso año del 99 al 1900, mientras cada hondonada de montaña o mata de sabana se torna campamento de guerreros ansiosos, de gentes nómades, desgreñadas e insatisfechas, que salieron a buscar su destino. Entre una fecha y otra como inesperada Mitología, surge la peripecia de Cipriano Castro. Será otro caudillo más, pero peculiarísimo, entre la vasta fronda de jefes, de señores de espada y de hacienda que levantara Venezuela desde los días de la Federación. Aunque temporalmente, bajo el sólido cesarismo guzmancista que sometió sucesivamente a hombres como Salazar, Pulido y Colina, los caudillos estuvieron sujetos y compartían su azarosa vida entre la cárcel, el matorral o la casa de gobierno; fueron, alternativamente, encarcelados y carceleros, su imperioso prestigio se yergue con más brío en el interregno civil del 89 al 92; vuelven a ser amansados por Crespo después de la "legalista" y se alzan otra vez como Sísifos o Atlantes con apetito presidencial, cuando se consume la tragedia de "La Mata Carmelera".

A tanta distancia, desaparecida ya su raza y los impulsos históricos que los forjaron, el historiador no puede mirarlos sino con humana comprensión que no excluye el asombro. Bandoleros o paladines, grandes señores rurales, hijos de sus obras, sobre sus caballos calopaba también la oscura esperanza del pueblo venezolano. Este, que aún no podía solazarse

en las creaciones de la Inteligencia admiraba en ellos —como en los compañeros del Cid— la energía, el arrojo y la llaneza; compartió con los jefes el cazabe y la ternera de las revoluciones, se amparó bajo su sombra servicial de grandes compadres, gozó de su justicia que aunque no escrita en los Códigos, solía repartirse con ímpetu anti-oligárquico e igualitario. País atrasado económicamente, deshecho por largas guerras, la única medida de valor y más alta constancia viril en la Venezuela del siglo XIX, fué —como en la España del XVI— el coraje y una quisquillosa conciencia de dignidad que se confundía con todos los conceptos éticos del viejo "honor" hispánico. Bajo las pieles mestizas de algunos de ellos, alentaban personajes de estirpe calderoniana. ¿No había presenciado la Caracas, un tanto escéptica, relajada y voluptuosa del 92, un extraño duelo en el propio Palacio de las Leyes, bajo la cúpula del Capitolio, entre dos generales corianos: el diputado Bruno Riera y el senador Angel Evaristo Tellería por cuestiones de jefatura y preminencia caudillesca en su belicosa región; y mientras los otros legisladores están entretenidos en sus discursos, aquellos disparan simultáneamente los revólveres, cayendo muerto de un balazo el General Tellería?

Jefes de mesnada o árboles corpulentos bajo los cuales se amparan los intereses de toda una tribu, son esos Generales provincianos que se metamorfosean con grandes levitas y sombreros de copa, cuando vienen a los Congresos caraqueños o beben su brandy en los corredores del Hotel Saint-Amand con la clientela política o con periodistas hambreados que acuen a presentarles su gacetilla de saludo. Como los condotieros de las ciudades italianas de la Edad Media, cada uno poseía su banda, los hombres que "puede parar", los compadres que les guardan las armas en los "soberados" de los ranchos. Además de las grandes nomenclaturas de liberales o "nacionalistas" —en el momento en que se perfila la figura del "Mocho" Hernández— hay otros apodos locales (lagartijos y langostas) para definir las facciones que acaudillan. En tierra coriana —especie de Arabia petréa de la nacionalidad— existen los clanes de los Riera, los Colina, los Castillo, los Tellería. El viejo Gregorio Riera, ya casi nonagenario el año 99, llevaba

sus recuerdos militares a una época tan remota como la de 1835. Había peleado al lado de Páez en 1849, y luego por corianismo y simpatía personal, figura el año 60 en las huestes de Falcón. Padre a su vez de Generales —Bruno, Gregorio Segundo— se meterá en el plomo por última vez, y con noventa años a cuestas, cuando su hijo del mismo nombre lucha contra Colina el 99, en la batalla de Caujarao. Avanza con su caballo —y contra los consejos filiales— hasta la vanguardia enemiga. Recibe un balazo en el pecho que no le arrebata, sinembargo, la curtida existencia. Frente a los Riera, la gran dinastía mestiza de los Colina: el viejo General León, el veterano de los días federales, el émulo de Guzmán Blanco, el juez y perseguidor de Matías Salazar. Y Diego Colina, el gran machetero supersticioso (portaba bajo la camisa escapularios de la Virgen y numerosas medallas con efigies de santos, escribe el Dr. Arcaya) y a una palabra suya se alzarían con sus cuchillos de cortar caña todos los jornaleros de la Sierra del Sur Coriano, con quienes departía cada tarde a la caída del sol, bajo el cují del hato, como Reyezuelo patriarcal de la Iliada. Y otro linaje peleador, el del General Ramón Castillo García, con algo de enteco y duro hidalgo de la España del siglo XVI, a quien Arcaya recuerda leyendo "Los Caracteres" de La Bruyére y de quien afirma que podía levantar al menos mil hombres en las vastas posesiones, más pobladas de gentes que de cultivo, de su orgullosa familia. "Que nadie le falte el respeto a don Ramón" era un principio que se enseñaba ya en la escuela a los párvulos como otro mandamiento más, pues el amojamado y bilioso caballero estaba siempre dispuesto a que la reparación se refrendara en sangre.

Tanto como Coro eran el Oriente y el Centro del país, abrumadores semilleros de caudillos. Aun se perpetuaba en Domingo Monagas la dinastía oriental de los grandes lanceros; era a más de cuarenta años de distancia el albacea y vengador de José Gregorio y José Tadeo; y Rolando, Valutini, Ducharne eran otros nombres que desde el Gran Estado Bermúdez, con el mar mojándoles las espaldas y los llanos abriéndoles el camino terrestre a Caracas, podían comprometerse en una aventura fulgurante. Un hombre como Velutini juntaba a los in-

tereses agrícolas y ganaderos de los caudillos orientales, los de la alta Banca y Finanzas establecidos en Caracas. Lo que puede llamarse el "hinterland" caraqueño desde El Tuy hasta Aragua, ofrecía las viejas pero siempre aguerridas espadas de un Ramón Guerra o un Luciano Mendoza. La región andina se amparó durante el Guzmanismo cabe las barbas patriarcales del General Juan Bautista Araujo, llamado "El León de los Andes". El pequeño, frío y escarpado pueblecito de Jajó, en tierras trujillanas, fué entre el 80 y el 90 y tantos, una especie de capital estratégica de la Cordillera. Acaso a nadie temió más, respetó y trató de halagar más, el General Guzmán Blanco, que al bravo patriarca de Trujillo. Por desfiladeros atroces, cruzando con frecuencia las alturas de la Mocotí —habitual madriguera de bandidos— iban graves doctores de Mérida o Delegados nacionales a parlamentar con el viejo Araujo. Y desde su altura serrana, señor de los páramos, él era el hombre de las combinaciones y consejos. Sólo a regañadientes aquellos montañeses habían aceptado el Liberalismo y los elementos jacobinos que trajo la Federación. Durante largos años una como nostalgia de República conservadora se cobijó a la sombra del viejo Araujo, pero éste, hombre de hechos y de cálculo, acabó por pactar con los liberales guzmancistas. En distintos períodos fué gobernante civil de todos los Andes, pero era también algo más: un como gran Elector de la Cordillera, un Margrave de rubias barbas cuyo poder sólo comienza a encontrar nuevas fuerzas rivales a partir de la Revolución Legalista del 92.

Se dice Los Andes venezolanos, y parece que la unidad geográfica crease en aquella región occidental de la República una unidad psicológica y política. Sinembargo, las tres porciones andinas presentan entre sí, grandes diferencias. Trujillo, región de Agricultura en su mayoría parcelera, de grandes zonas erosionadas —como la de Carache— fué la que reveló durante las guerras civiles del siglo XIX mayor espíritu militar. Linajes enteros disgustados por alguna querella ancestral, conbatían en tierras trujillanas como Capuletos y

Montescos. Todos portaban armas y las sacaban a la primera ocasión. Quizás ninguna otra tierra evocaba el honor hispánico como esa comarca conquistada y fundada por García de Paredes, el hijo bastardo del héroe de Pavía. Hay pequeños pueblos de Trujillo (pienso en Mendoza Fría, en San Jacinto, en la propia capital del Estado) que parecen con sus espatarrados aleros, los mojinetes de las casas, los balcones saledizos y las blancas espadañas de las iglesias, pueblos de La Mancha o Extremadura. La quisquillosidad familiar o tribal y el gusto de la guerra había retardado el progreso agrícola. En las aldeas parameras de Trujillo aun se molía el trigo en toscas ruedas de piedra como en La Mancha del siglo XVI, mientras que en Mérida, por ejemplo, se importaban ya turbinas y molinos hidráulicos. El café trujillano duramente triturado en primitivos cilindros, no tenía la calidad del merideño o del tachirense. Y como castellanos de hacía tres siglos, el trujillano —fuera de la alegre y nueva ciudad de Valera— no amaba casi el confort; no lo consideraba viril. Sus héroes legendarios parecían terribles y estoicos. Fueron, por ejemplo, en la Independencia, Antonio Nicolás Briceño apodado "El Diablo" que olvida su cultura de jurista para sembrar rencor anti-español y anticiparse a la Guerra Muerte ejecutando sumariamente a los peninsulares, o aquel simpático viejo Cruz Carrillo a quien por su gusto del combate, su talla y apetito de gigante, presenta la leyenda popular desayunándose con todo un barbecho de maíz, adobado de grandes mascadas de pólvora. También hispanamente, como un Francisco de Borja de la región, el padre Rosario —el santo de Mendoza— quien después de una osada vida libertina de guerrillero y de mujeriego, inicia otra de cruenta penitencia y da el espectáculo de subir cada viernes con su cruz a la espalda o con una corona de espinas, las empinadas cuestas que rodean a su parroquia. Regazos de una España mística, guerrera y caballeresca en el siglo XIX venezolano.

Distinta de Trujillo era la levítica y académica Mérida, que producía en la época más doctores que generales y que parecía replegarse en su oligarquía a la vez escéptica y desconfiada, ante la tormenta política que conoció el país después de

la Federación. Juristas y oradores brillantes habia dado Mérida en el tiempo de los Congresos conservadores. Después del triunfo federal, sus antiguos prohombres —el Dr. Eloy Paredes, el Maestro Juan de Dios Picón— vistieron casi de duelo por la derrota de Páez y se conformaron ante su desengaño godo, en seguir cultivando las haciendítas de la altiplanicie y de las lomas y páramos vecinos. Mérida habia dado, paradójicamente, el mayor azote de godos locales en el General Pedro Trejo Tapia, de breve vida pública. Pero después de Andueza, el godismo merideño fué otra vez castigado, cuando vino a gobernar la región con su regimiento de soldados barloventeños el General Antonio Fernández. El terremoto del 28 de abril y el Gobierno de Fernández con sus sargentones bárbaros, con aquellos negros de machete terciado, insoportables para el racismo local, son las peores calamidades que debe sufrir Mérida y toda la Cordillera durante el año 94. Caudillo apocalíptico, seguido de sus fieles negros traídos de los calientes cacaotales del Tuy a las Sierras Nevadas, el Dr. Santiago Briceño comparaba ésa y otras intervenciones militares de Fernández en la Cordillera con las de "aquellos bajá" que el Gran Turco enviaba como azote de poblaciones cristianas. Como se le cerraron los grandes portones de la oligarquía merideña, y como sus genízaros en los días de acuartelamiento en la capital andina no encontraban qué hacer, erguían sus machetes amenazantes contra los más honorables caballeros de la ciudad; vejaron y encarcelaron a pacíficos y conservadores ciudadanos y repitieron cierto día en que había baile casa del General Avelino Briceño, la hazaña de las turbas caraqueñas contra Guzmán Blanco el 69. Escapaban las damas escoltadas de sus caballeros que debieron interrumpir la contradanza, por los solares vecinos; entraba la soldadesca rompiendo vidrios, despatarrando muebles y llevándose como trofeo las cajas de cerveza, champagne y brandy "Hennesy". Un tiro de máuser lanzado desde afuera, derribaba en pleno salón a uno de los jóvenes bailarines. Y en su casa particular, Fernández recibía los reclamos de los "godos recalcitrantes" medio vestido en calzoncillos, como si estuviera en su hamaca del Tuy una tarde de canícula.

La nostalgia del civilismo y la oligarquía pretérita la vertieron esos últimos "godos" merideños en sucesivos mitos. Les había desengañado, un poco, el viejo Juan Bautista Araujo por sus pactos y condescendencias con Guzmán; vieron en el Dr. Carlos Rangel Garbiras, descendiente del gran prócer local, Antonio Rangel, un posible y apuesto caudillo de armas y letras por tanto que los habían vejado los caciques de chafarote. Y que la política también puede ser negocio de personas decentes, decían los señorones merideños cuando con su excelente prestancia y su frac cortado en Europa, gobernó el Estado el Dr. Rangel Garbiras. Como para hacerlo todo cuestión de blasonadas familias, tocó al joven político celebrar con extraordinaria esplendidez el centenario de su heroico abuelo. Y los lanceros y contradanzas que se bailaron entonces, dirigidos por el juvenil y elegante Presidente, los recordarían como la más dorada y cortesana época de la ciudad, las señoritas del 88. Pero el prestigio de Rangel, hombre acaso demasiado aristocratizante y fachendoso para que en él creyera la turbulenta democracia venezolana, se va eclipsando en las guerritas del Táchira entre el 92 y el 99, y sobre todo cuando ante él se levanta la personalidad más audaz, arriesgada y demoníaca que se llamará Cipriano Castro. En el "Mocho" Hernández que desde el año 90 quiere distinguirse de los demás caudillos nacionales hablando en la plaza pública, dando declaraciones cívicas a los periódicos, organizando —a la manera yanqui— grandes comités de propaganda y opinión que lanzarán su candidatura a la Presidencia, y recibiendo el espaldarazo intelectual de don Domingo Antonio Olavarría, sumo pontífice del más viejo Godismo; y en el propio Ignacio Andrade, emparentado con los linajes de Mérida, hijo del famoso general José Escolástico quien detuvo a los federales en la emboscada merideña de Mocomboco, pone también alguna esperanza el conservadorismo cordillerano.

El Táchira —la tierra hasta entonces más nueva y de menos ejecutorias históricas de la Cordillera— comenzaba ya a convulsionarse, y sus gentes tozudas, previsoras y laboriosas (distintas de los románticos guerreros de Trujillo y de los oligárquicos doctores de Mérida) pedían mayor participación.

en la política. El café que prosperaba con exuberancia en las vegas tachirenses, las más anchas de la cordillera, y la inmigración de gentes de Barinas y Mérida que allá fueron alrededor del año 60 buscando tierras y trabajo más seguro, dieron extraordinaria vitalidad y sano desarrollo a aquella región del país. Eran acaso los tachirenses las gentes mejor comidas de todos los Andes. Contra el predominio de los caudillos trujillanos, el Táchira comenzaba a producir también los suyos. Del lado de los liberales estaba el descomunal Espíritu Santo Morales, especie de gigante rabelesiano a quien llamaban el "patón" porque cuando presidió el Gobierno de Mérida debía mandarse a hacer zapatos especialísimos, ya que le resultaban estrechos los que vendían los zapateros provincianos. La cultura y el prestigio social que podía faltarle, se los daba su ilustre pariente el Canónigo José de Jesús Carrero, Deán de la Catedral de Mérida, uno de los mejores latinistas y canonistas de la Cordillera, quien presidió la extensa Diócesis cuando estuvo en sede vacante, y a quienes todos veían aureolado de una mitra invisible. Con más fresco vigor, se perfilaba desde el 86, la joven y misteriosa figura de Cipriano Castro que gobernó la sección Táchira con recomendable prudencia y se plantó como tercero en discordia en la querella de jefes tachirenses, Rangel Garbiras y Morales. Será un poco héroe del Táchira cuando se pone de parte de Andueza, el 92, al estallar la revolución legalista, y bate a las tropas trujillanas presididas por Eliseo Araujo. Con un ejército de 3 mil hombres ocupa entonces Castro a San Cristóbal y parece ya el condotiero invencible de la comarca. Así como ha hecho morder el polvo a las tropas trujillanas de Araujo, vence después a Morales y a Esteban Chalbaud Cardona quienes vienen a combatir a favor de Crespo. El triunfador de San Cristóbal conduce entonces su Ejército hasta Mérida a través del Páramo del Zumbador, escenario de una de sus futuras y grandes batallas, y la comarca merideña se ve por primera vez invadida por sus vecinos del Sur. En el gran cuartel de la plaza donde antes acampaban fuerzas trujillanas y centrales, se instalan ahora estos soldados tachirenses que tocan requinto y duplican las eses. En contraste con la taciturnidad de Morales, el pequeño y joven

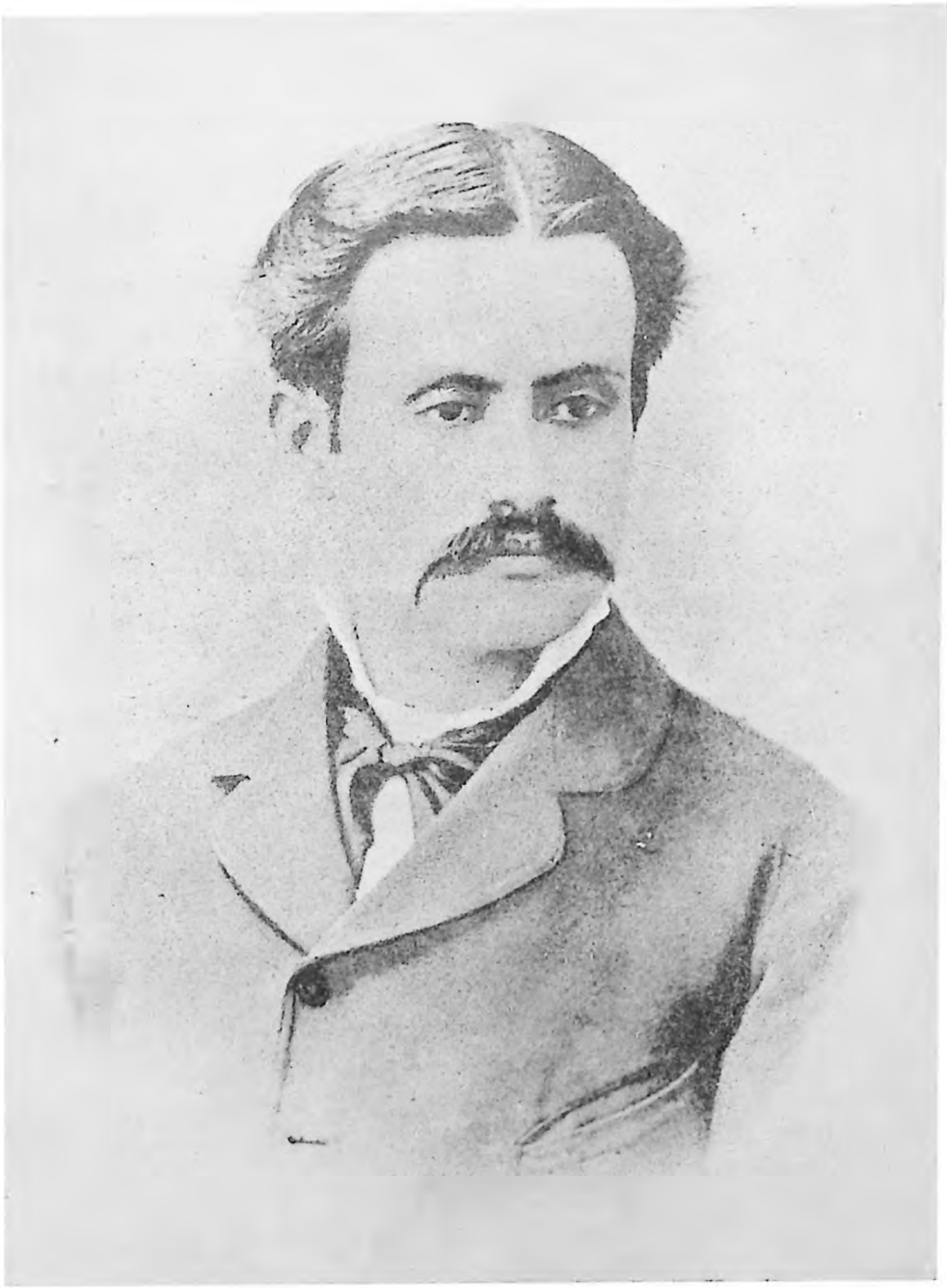
caudillo echa discursos y se reúne a tomar café con los bachilleres de la Universidad que ya piensan en él como un conductor de más grandes peripecias. En Mérida hay una casa de intelectuales tachirenses, de gentes que hablan de "Progreso" y de "Libertad", que dirigen periodiquitos de nombres agresivos o rimbombantes ("El Tribuno de Mérida", "El Derecho", "La Gironda", "El Alacrán", comandados por gentes que después del 99 seguirán o se querellarán con el mismo caudillo: Abel Santos, Pedro María Morantes, Samuel Darío Maldonado se llaman estos periodistas). Y frente a la Sierra Nevada, Castro ya soñaba el 92 en una campaña napoleónica que siguiera hasta el centro de Venezuela. Los consejos de los maduros generales que llegaron a Mérida con órdenes de Andueza: García Gómez y Julio Sarría, le disuadieron del desproporcionado proyecto. Hasta Andueza —a quien Castro defendía— estaba temeroso de aquella posible marcha andina sobre la capital.

La línea de la fortuna que iba tan próspera para el joven General Cipriano Castro, sufrirá ahora varios años de desvío. Como el fiel Jacob en casa de Labán, le esperan siete años de prueba. Tiene apenas 34 años y aún puede darse el lujo de esperar.

El 'Patón" Morales —el gigante taciturno, de más fuerza física que imaginación— ha vuelto al Táchira a proclamar e imponer el triunfo de Crespo sobre la voluntad continuista del Dr. Andueza. ¿Pero qué significa ya para la juventud, al lado del otro, el impetuoso y locuaz, que de cierta manera y como intérprete y vengador de un pueblo campesino, se había erguido contra la hegemonía militar de los trujillanos en la cordillera? Va a retirarse al desierto como un jeque mahometano a meditar, planear y soñar. Día a día hemos de seguirlo en sus años de diáspora y preparación. Pero Castro —como ya se está definiendo— es el primer gran intérprete de un retenido rencor tachirense contra el distante gobierno nacional. Durante los años de guerra civil y convulsión en la Cordillera habían llegado allí como a tierra bien abastecida, jefes y delegados militares en la frontera que so pretexto de nutrir sus tropas hambreadas imponían a los vecinos toda cla-

se de exacciones y tributos. De los ricos potreros de ceba se sacaban violentamente las reses más gordas para sustento o negocio de fuerzas ocupadoras. A hacendados y comerciantes de San Cristóbal y Rubio se imponían empréstitos forzosos. La correspondencia del Dr. Santiago Briceño (padre del futuro general castrista del mismo nombre) para los políticos de Caracas, constituye en aquellos años un continuo memorial de agravios de la región contra los delegados y jefes nacionales. En una carta al Presidente Andrade pide el Dr. Briceño que se refundan en uno solo los dos peligrosos cargos de Comandante de Armas y Jefe de la Frontera para que haya una única autoridad que imponga tributos. Cuenta, además, que hubo comerciantes que por sus relaciones con las casas alemanas de Blohm y de Breuer, las tradicionales compradoras del café tachirense, defendían sus negocios del asalto de aquellos procónsules irguiendo en los establecimientos la bandera del Imperio germánico. Pero un jefe codicioso, si respetó las tiendas protegidas de la imperial bandera, puso mano sobre el ganado y los arreos de mulas de los mismos propietarios ya que estos no llevaban emblema alemán en el lomo, y eran inconfundiblemente venezolanos. En otra de sus cartas a su compadre el Presidente Andrade, el Dr. Briceño pide garantías para el General Cipriano Castro asilado entonces en su hacienda de Bellavista, cerca de Cúcuta. "El partido de Castro como elemento de paz —dice el Dr.— tiene el propósito de asumir como ha principiado ya, actividad en los procedimientos cívicos de la República, fiado en que en el ejercicio de su derecho, el Gobierno de Ud. le otorgará el debido amparo para evitar las violencias de la fuerza con que el actual gobierno del Estado querrá ahogarlo". (9 de enero de 1899). Y al mismo tiempo que envía la carta para el Presidente, escribe otra a Castro a Bellavista de que es portador el Dr. Samuel Niño. ¡Si Castro, el hombre nuevo, y Andrade el vacilante Presidente de la "causa Liberal" se entendieran —piensa el Dr. Briceño— cómo podría regenerarse la República!

"El asilado en Cúcuta", el "elemento de paz" tenía en ese instante más complejos y ambiciosos pensamientos.



Castro a los veinticinco años, por el fotógrafo Jesús María González. Cúcuta, 1884.

II — PRIMAVERA DE DON CIPRIANO

Hay un retrato de Castro a los veinticinco años de edad, ejecutado en Cúcuta en 1884 por el fotógrafo Jesús María González, que es acaso la pieza más elegante y significativa de toda su iconografía. No es aún el futuro caudillo aquel "mono trágico" de que hablará sarcásticamente un cuarto de siglo después Pedro César Dominici, ni tampoco el "árabe herido de rostro muy pálido y barba negra" a quien describiría en su lecho del Hospital Hyglea de Berlín a comienzos de 1909, Enrique Gómez Carrillo. Es ni más ni menos que un retrato romántico; el de una especie de Julián Sorel del trópico, cuyo rostro de singular inquietud y extrañeza ofrece más de un problema al fisonomista. Ya para quellos años, el hijo segundo del modesto agricultor de Capacho, Carmelo Castro y de su difunta mujer, Pelagia Ruiz, presenta rasgos que no son comunes en otros jóvenes de su edad. En todo caso, el veintiañero mozo Cipriano era bastante distinto a su más robusto, tranquilo y casi insignificante hermano mayor don Celestino. De aquella familia de clase media provincial, formada junto a los cafetales de la pequeña finca de "El Cedral", serán don Cipriano y sus hermanas doña Nieves Castro de Parra, Laurencia Castro de Lázaro, Clotilde Castro de Quintero Rojas, Consuelo de Velasco Bustamante y Josefa Castro de Bello, los que heredarán la sangre ardiente, acometedora y vivaz de los Castro y los Pernía. En el linaje de la familia se perfila allá por los primeros años del siglo XIX, la sombra imperiosa de "La Pernía", rica y dura encomendera del Táchira, quien al quedar viuda de aristocrático matrimonio comparte el lecho nupcial con cierto Castro, caporal meztizo de sus haciendas. No teme contra las prescripciones de la Iglesia presentar junto a la

línea de los descendientes legítimos, otra de bastardos. Y entre los dimes y diretes de un pueblo serrano y conservador, se desenvuelve en faenas agrícolas y en una que otra guerrecilla local, la familia de los Castro a quienes la bonhomía y espíritu de servicio de don Carmelito había dado mediocre pero honorable posición, en los círculos de la provincia. Antes del año 80 el ya maduro don Carmelito había contraído segundas nupcias con la señora Gumersinda Mora de la que nacerá otro hijo militar: el futuro General Carmelo Castro. Pero cómo la familia en las dos últimas décadas del siglo XIX empieza a interesarse por las armas y la política, nos lo revelan no sólo los primeros hechos guerreros del joven Cipriano sino también los matrimonios de sus hermanas. Doña Consuelo ha de casar con Velasco Bustamante, de conocida progenie de militares tachirenses; doña Josefa con Simón Bello, de larga ejecutoria guerrera durante el castrismo; doña Clotilde con el abogado, orador y político Quintero Rojas y en cuanto a doña Nieves casada con Evaristo Parra, será mujer de suma agudeza política, de extraordinaria audacia y valentía. Famoso ha de ser en 1908 el telegrama que doña Nieves envía desde Táchira a su invicto hermano, dándole a entender en palabras casi cabalísticas que se cuide de la peligrosa lealtad de su compadre Juan Vicente Gómez. Castro iba a curarse entonces sus riñones a Alemania, y doña Nieves le alecciona en un telegrama de cauteloso lenguaje refranesco: "Me alegro de que te vayas a curar, pero sería preferible que esperases y meditases un poco por el mal tiempo y demás yerbas".

Ya para esa época del retrato de 1884, el joven Castro había sido a la vez el orgullo y la desesperación de su prudente padre don Carmelito. "Mi hijo es como el símil del gallo, hecho para la hembra y para la pelea", se cuenta que fué la definición que él hizo de Cipriano cuando el General Julio F. Sarría fué como Delegado a los Andes y accedió a comerse una "pisca" a la manera tachirense, en la pequeña hacienda de El Cedral. Con unos jóvenes de apellido Cacique, el adolescente

Castro había sido de aquellos bronquinosos jefes de banda que en los campos tachirenses organizaban sanchochos que solían terminar a tiros, o raptándose una muchacha labriega. En los días de su adolescencia se fijan —revelando el volcanismo de su carácter— varios hechos significativos: su permanencia en el Seminario de Pamplona en Colombia y el duro castigo que le impone su padre; una curiosa carta al General Antonio Guzmán Blanco, la agresión a revólver al cura Cárdenas que no produjo mayores consecuencias, y la fuga de la cárcel de San Cristóbal.

No es extraño que don Carmelito para librar a su hijo de malas compañías, después que terminó con buena letra y mejores exámenes su escuela primaria en el pueblo de Capacho, pensara consignarlo en los teológicos claustros pamploneses. La de cura era para los campesinos del piadoso Táchira una vocación complementaria, un fácil medio de vida, y aún en el caso de que no se pasara de la tonsura se obtenía educación mejor, más disciplinada y módica que la que podían ofrecer los malos colegios del Estado. Así por los años 72 o 73 el quinceañero joven Cipriano pasa la frontera e inicia en el Seminario de Pamplona, algo que en sus lecciones de Lexigrafía Latina, Retórica y Gramática, parecía un sustitutivo de la enseñanza secundaria. La bronca conducta de Castro en el Colegio que denuncian los curas pamploneses, obliga a don Carmelito a un viaje a la ciudad colombiana para propinar a su hijo, en presencia del Padre Rector, algunos cuerazos. Pero si el rebelde y vocinglero Castro no había nacido con vocación de pastor de almas, en la fría y clerical Pamplona hubo de abastecerse de alguna instrucción y grandilocuencia para sus futuras empresas.

Eran todavía los días del más henchido y declamatorio romanticismo colombiano, y como todos los muchachos de entonces aprendió versos de Ortiz y de Conto; fragmentos de aquella oratoria política que siempre en Colombia prosperó en gran atuendo retórico. Si pensamos en las frases que usará después en sus documentos públicos, cabe imaginar que en el seminario pamplonés además de vidas de santos y fragmentos de Cicerón y de Horacio, debieron leerse libros de Víctor

Hugo. Muchos años más tarde el memorialista Carlos Benito Figueredo hace notar que en la conversación de Castro se deslizan "muchos versos y latines". Y en los momentos en que haya de revestirse de mayor solemnidad, sus lemas y frases serán siempre melodramáticos: "La Restauración tarda pero no olvida"; "La Restauración es reparadora" son giros que indican una permanente afición a lo patético.

Desengañado de su turbulento aprendiz de cura, don Carmelito le reintegra a la hacienda de "El Cedral" y se sucederán todavía en la adolescencia de Castro nuevos momentos explosivos. Uno fué el ataque que en estricta ley canónica pudo acarrearle una excomunión "latae sententiae" contra el Presbítero Cárdenas quien según las crónicas de la época, se negó a servir de mediador en cierto proyectado matrimonio de un sobrino suyo con una hija de don Carmelo. No fué nada más que el acto de esgrimir el revólver a la puerta de la iglesia cuando el sacerdote se dirigía a decir la misa, pero en parroquia tan devota asumió la magnitud de un sacrilegio medieval. En torno del episodio se formará toda una leyenda, y más de una vez los enemigos políticos en los candentes panfletos que se escriben contra el caudillo, le llamarán "asesino de curas". Conoce entonces, por unos días, la cárcel de San Cristóbal y su amigo Cacique le prepara una novelesca fuga que va afirmando su leyenda de hombre revoltoso, corajudo y enfático. Otra tradición local también cuenta de una carta adolescente que dirigió al General Guzmán Blanco en que con toda su fresca retórica pamplonesa, le daba consejos y señalaba orientaciones sobre el rumbo de la República. Alegaba los derechos de aquella tierra andina —bastión fronterizo de la nacionalidad— gobernada abusivamente por régulos y delegados militares venidos del Centro del país y que según queja habitual entonces, trataban la comarca montañesa como un proconsulado extranjero. Por estar produciendo mucho café y estarse poblando de aldeas alegres, progresistas, sanas y laboriosas, el Táchira ya no se resignaba a su función de distante cenicienta política que le atribuía el Guzmanismo en el reparto político y militar de la República. El Táchira de entonces estaba poblado no sólo de agricultores y ganaderos, de los más

cumplidos clientes de las casas Blohm y Breuer Möller en toda la Cordillera, sino de profesores y letrados colombianos arrojados de la vecina República en las convulsiones de su continuo conflicto entre conservadores y liberales, y de abogados y bachilleres de Mérida que buscaban allí mejor posición y más jugosos pleitos que los que podía ofrecerles la vieja ciudad universitaria andina. Así en tertulias de pueblo, en diálogos de gentes despiertas e insatisfechas, iba surgiendo todo un regionalismo político que no se contentaba, tampoco, con el predominio militar que tenían sobre la cordillera los espadones de Trujillo al estilo del viejo Juan Bautista Araujo o del durísimo doctor y general José Emigdio González. ¿No se cantaba en todos los Andes esta canción de prepotencia y orgullo de los "araujistas" trujillanos?:

El que fuere lagartijo
busque su cueva temprano
porque viene Juan Araujo
con el machete en la mano.

Pues el joven Cipriano Castro y los belicosos amigos de su generación —un Obdulio Cacique, un José y un Rafael Rojas Fernández— estaban dispuestos a demostrar que el Táchira podía ser dirigido por sus propios hombres.

Así aquel mozo de veinticinco años que un día de 1884 se retrata en el taller de Jesús María González situado en la "Calle del Comercio" de San José de Cúcuta, no se semeja a tantas figuras convencionales de las fotografías de la época. Ojos muy negros y meditativos que parecen disparados en ambición tenaz y lejana, es uno de los rasgos más reveladores. (Todos los que combatieron a su lado hablan de ese ardoroso magnetismo de las pupilas de Castro). El pelo duro —de indio motilón— parte en dos rayas la cabeza, y el bigote de guías desiguales cae con cierto aspecto chinesco sobre las comisuras de los labios. (Aún no ha surgido la erizada barba de sátiro, guerrillero y califa oriental que usará después de las peripecias del 92). Luce, además, alto y almidonado cuello abierto para que se destaque la pronunciada nuez de Adán

—de hipertiroideo, dirían los científicos— y que flote sobre la blancura de la camisa, la corbata de mariposa. Se le podría confundir con uno de aquellos poetas inquietos y mestizos, de extrema tensión anímica y sensual, que a veces cortaban su vida de un pistoletazo, como tantos que produjo el romanticismo hispano-americano. Pero éste, sin desdeñar las palabras que ama con un tropicalismo casi desenfrenado, querrá colmarlas de aventuras y hechos de singular audacia. No parece tampoco en el retrato un hombre feliz (tendrá en su madurez hastíos y extravagancias de Caligula o Sardanápalo), y la trágica y atormentada sensualidad que se refleja en los ojos es como su temporal evasión, la descarga de pasiones más tenaces. Es ya una cara de insastifecho; se le adivinan las explosiones de cólera y mal humor, el desenfrenado egotismo y mesiánica fé en su persona que le definen todos los contemporáneos.

Cuando gobierne la sección Táchira soñará en dominar todos los Andes; cuando domine Venezuela pretende reconstituir la Gran Colombia, y habla imprudentemente al Ministro chileno Herboso de una Unión Suramericana en que él sería el Napoleón. No es tampoco el característico caudillo andino, replegado y taciturno como sus montañas, especie que ha de realizarse más cumplidamente en su disimulado compadre Juan Vicente Gómez. Por aquellos días del retrato, parecen estarle forjando, modelando y casi enloqueciendo, fuerzas más complejas y tenaces. "Me busco y no me encuentro" es frase que aprendió en un discurso de don Cecilio Acosta y que se incorporará a uno de sus documentos como algo más que pirotenia retórica. "Me busco y todavía no me encuentro" podría decir el joven de 1884 como un Julián Sorel del trópico que abandonó también los estudios eclesiásticos y desdeñó el sosiego rural de su casa, para iniciar en extraña síntesis de cálculo y de ardor, la conquista del mundo.

Ya aquel hombre de veinticinco años tenía alguna experiencia militar e imperiosa fé en su genio. El año 78 habían

sonado en el Táchira los primeros tiros de una revuelta autonomista que contra los gobernadores foráneos enviados por el Ilustre Americano, pretendía la dirección de sus propias gentes. Los Generales Rosendo Medina y Gumersindo Méndez, el Doctor Santiago Briceño y los hermanos Luis Felipe y José Rojas Fernández logran ocupar a San Cristóbal y organizan un gobierno provinciano. Entre los insurrectos que más lucen en el combate por la capital tachirense, se destaca Cipriano Castro. Y poco tiempo después, en el entierro de uno de los poderosos señores Jaimes de Capacho conoce a otro joven casi de su misma edad, lento y pausado de movimientos, de encapotados ojos astutos y que revela una fuerza obstinada y segura. Se llama Juan Vicente Gómez, parece su polo opuesto, y es por ello mismo, el amigo complementario. Posee este Gómez una finca en La Mulera, cerca del cálido San Antonio del Táchira; beneficia reses, y conoce todos los pasos de sierra, las enmarañadas picas, que permiten fugarse a un conspirador o introducir un contrabando entre Venezuela y Colombia. Hombre que tiene un pié en cada frontera, lo que parece muy conveniente durante las aventuras de aquellos días. Y este Juan Vicente Gómez con quien le une desde entonces una amistad afincada en cualidades contrarias, será con Miguelón Contreras (el mejor y más bárbaro "cortador" al machete), con los fieles Pancho Terán y Obdulio Bello, uno de los oficiales que le secundan. En las ferias de Táriba a donde todos van a comprar y vender, a visitar al ilustre doctor Santiago Briceño, consejero de políticos jóvenes, y a colear toros sobre bizarros y caracoleantes caballos "reinosos", el joven Cipriano —a pesar de su tamaño— convence con su elocuencia, su arrojo y sus mañas de prestidigitador, a aquellos hombrotes taciturnos. Una virtud se le reconoce —además del valor— después de la guerrita del 78: pocos oficiales son más sufridos en campaña. Para combatir bien, gusta de andar lo más escotero posible. Lo que más pesa en su montura es el largo bayetón envuelto en un encerado que le sirve, según el tiempo y el lugar, de capote de lluvia y de cama. En campaña le gusta acostarse en el suelo a la par de los soldados y come de su mismo rancho.

Su grandilocuencia y fé terrible en cuanto se siente capaz de hacer, es otro rasgo que también le señalan los contemporáneos. El año 83 —cuando el centenario de Bolívar— lee el casi fragoroso libro en que don Eduardo Blanco ha contado los fastos de "Venezuela Heroica". Estas campañas de la Independencia, descritas en tono pindárico, en palabras que tienen gusto a pólvora le calientan la imaginación como una terrible mistela. Piensa, sobre todo, que por aquellas aldeas del Táchira pasó Bolívar en 1813 con un misérrimo puñado de hombres para iniciar su "Campaña admirable". ¿No habrá ahora héroes capaces de emular tan extraordinaria aventura? Porque la meta de un guerrero venezolano no era luchar por la posesión de San Cristóbal y sitiar a Táriba para después pedirle consejos de buen gobierno provincial al Dr. Santiago Briceño, sino avanzar como Bolívar y ser aclamado en Caracas.

De este como sentido de predestinación que ya le infundía a su vida hablará largamente a Enrique Gómez Carrillo en la extensa entrevista que le hizo el escritor guatemalteco veinticinco años más tarde. "Algo había en el fondo de mi alma superior al raciocinio, algo superior a mi voluntad, y era la voz del destino que me ordenaba no detenerme en miserables cálculos y lanzarme a la victoria o a la muerte. Cuando reuní los 60 hombres que formaron mi primer cuerpo de Ejército tuve como una visión bíblica y se me figuró que aquella fila de guerreros improvisados se extendían infinitamente hasta perderse en un lejano horizonte. ¡Adelante!, gritó en mi pecho la voz misteriosa que siempre me ha guiado". Y esto podría ser cursi o patológico si no nos ofreciese, al mismo tiempo, lo que será clave permanente de su personalidad. Semejante mesianismo histórico no le abandonará durante toda su carrera. Enfermo y casi moribundo en Berlín —sigue contando Gómez Carrillo— se inclina bruscamente en el lecho, aprieta en las manos crispantes aquel pañuelito de encajes que se acostumbró a usar en las fiestas restauradoras, y dice al gran cronista: "Yo no creo que haya en el mundo una situación igual a la mía en estos instantes. No creo que exista en la Historia una traición semejante a la que hoy me azota". El

escritor apunta que cuando don Cipriano habla, sus ojos "arden como dos brasas" y que cita "pasajes de Tratados Internacionales, párrafos de discursos políticos, y también, de vez en cuando, estrofas de poetas". "Si yo no fuera lo que soy sería poeta". Pero atribuyéndose una misión superior a la de la misma Poesía, agrega a su repórter: "América fué libertada materialmente por Bolívar pero siguió bajo la tutela de Europa y quien la redimió de esa tutela fui yó. A Inglaterra, a Francia, a Alemania, a Italia, a Holanda, a todos los países que quisieron imponerme su voluntad, les contesté con altivez, de igual a igual".

¡Qué contraste tan significativo y trágico para la historia venezolana de casi medio siglo, forman este carácter romántico, vehemente, egoista, y vaticinador de Cipriano Castro y el disimulo cruel y replegado de su compadre Juan Vicente Gómez! Porque junto al ardor del otro, Gómez será tirano paciente e inalterable, con pausa de caimán, disfrazándose a veces de un negativo y engañoso papel de Bertoldo. En ese contrapunto de hombres, pasiones y técnicas de mandar, oscila durante treinta y siete años la suerte de la República.

El año de 1886 el joven Coronel Cipriano Castro se destaca al lado de los generales Segundo Prato y Ventura Macabeo Maldonado en la revolución local contra Espíritu Santo Morales. El "Patón" —su constante émulo, jactancioso Pontífice del Liberalismo amarillo en tierras tachirenses— queda derrotado por los revolucionarios. Castro entonces se dice de los conservadores del Dr. Carlos Rangel Garbiras quien al llegar a la Presidencia del Estado Los Andes el 88, le designa Gobernador de la Sección Táchira. Y rige con tan desusada prudencia su pedazo de tierra cordillerana, adquiere tanto prestigio popular frente al aristocratismo del Dr. Rangel Garbiras que antes de terminar el período, ya el partido se ha dividido en facciones de "rangelistas" y "cipria-nistas". Parece comenzar entonces aquella obstinada rivalidad entre ambos hombres que será nota característica

de las revoluciones sucesivas. Aparentemente el Dr. Rangel viajado por Europa, con extensas e influyentes amistades en todo el país, vinculado a los más vistosos linajes de la Cordillera y de la propia Caracas, hombre de apuesta presencia y fácil palabra cortesana, tenía todos los recursos para ganar, pero justamente lo que Castro siente a veces como su inferioridad le torna más agresivo y obstinado. "Los hombres chiquitos como yo —dijo una vez don Cipriano a su futuro edecán José María García— debemos ganarnos la estatura que no nos dió la naturaleza". Castro, entre otros cosas, tenía la impertinencia compensadora de las gentes de pequeño tamaño. El Dr. Santiago Briceño, mal avenido con Rangel, toma un poco bajo su sabia dirección intelectual —es el Aristóteles tachirense del nuevo Alejandro— al nervioso y dinámico don Cipriano. Como Gobernador del Táchira, Castro escribe en estilo pamplonés circulares a los jueces encareciéndoles la más diáfana y honesta administración de justicia. Es también un adalid —el que en el porvenir animará tantas mascaradas electorales— de la pureza del sufragio. Hacerse relaciones no sólo en los círculos militares tachirenses sino en la goda Mérida, capital del gran Estado, y en Trujillo —que era entonces la región armada, por excelencia, de la Cordillera— es otra de sus técnicas. Recomienda, por ejemplo, oficiales trujillanos para distintos cargos en la frontera o en la Aduana de San Antonio del Táchira. Deja hasta pasar un contrabandito de Colombia cuando así puede ayudar a alguno de sus amigos. Escribe, por ejemplo, al Administrador de la Aduana de San Antonio: "Permítale el paso de los "corotos" a Iriarte. Este es un amigo y servidor antiguo, a quién hasta hoy no se le ha ayudado con nada". ¿No es tan venezolano esto de premiar a los amigos con la caja o la lenidad fiscal?.

Y el año 90 cuando deja la Gobernación del Táchira es para ir como Diputado de su provincia, al Congreso reunido en Caracas. Conocerá los políticos del centro de la Repú-

blica: el Dr. Santiago Briceño le dará la lista de sus amigos capitolinos; visitará y habrá de relacionarse con el Dr. Andueza Palacio cuya elocuencia y demagogia envidia; empezará a intrigar no sólo en escala provinciana sino en una más ambiciosa, a ratos más tartarinesca, dimensión nacional.

Andueza era orador y había un congreso florecido de oradores. Castro no podrá emular con los Marco Antonio Saluzzo, los Laureano Villanueva, los Diógenes Arrieta o los Silva Gandolphi de aquellos días, pero buscará los temas más demagógicos, de mayor alcance popular, para que su presencia no pase inadvertida. Comete con frecuencia faltas de Gramática, aunque se precia de ser el General venezolano de mejor ortografía. Dice, por ejemplo, "me forzo", por "me fuerzo", tartajea en algunos párrafos, pero sabe obtener aplausos de las barras cuando se discute la indemnización pagada al General Guzmán Blanco por los perjuicios del asalto a sus propiedades en los días 26 y 27 de octubre de 1889, y cuando plantea con más ímpetu que noticias la cuestión de límites con la Guayana británica. Frente a los juristas que argumentaban que era legal indemnizar al ex-Ilustre americano por los perjuicios sufridos en sus propiedades, ¿no interpretaba Castro la pura y rebelde voz del pueblo que decía entonces en las calles de Caracas que si Guzmán había dominado a Venezuela como César absoluto por más de veinte años, ya el país le pagó en exceso?. ¿No fué Guzmán para la República un personaje inmensamente más caro que el Libertador?

En el primer caso, don Cipriano no afirmará directamente que Guzmán Blanco se enriqueció a costa del tesoro público (él no quiere ofender demasiado a algunos "camaleones" del liberalismo amarillo que forman parte del Congreso), pero sí inquiere de modo enérgico del Ministro de Hacienda a cuánto asciende la suma pagada al César, y concluye su perorata con un párrafo de prosa sensiblera que parece extraído de sus lecturas juveniles de "Martín, el expósito":

"Cuando un pobre deshederado de la fortuna, inducido por la extrema necesidad, después de haber implorado estérilmente la caridad ante sus semejantes arrebata un pan para saciar su labio hambriento y el de su familia, los tribunales se apresuran ansiosos a juzgar al delicuente; y a los estafadores de gran cuantía, a los despilfarradores de la renta pública, a los que con mayor frescura a la par de cinismo se usurpan el sudor del pueblo, deben batírsele palmas y significárseles merecido bien de la patria" (Discurso de 18 de mayo de 1890).

En cuanto al asunto de la Guayana no es menos enérgico en su intervención del 14 de junio: "Gran parte de nuestro territorio guayanés —exclama— ha sido usurpado por el aventurero inglés: Y ante semejante atentado, a los venezolanos no nos queda otro recurso digno y de satisfactorios resultados que las vías de hecho, estando cortadas como están nuestras relaciones diplomáticas con esa *nacionalidad*". Los gramáticos y académicos del Congreso como los Dres. Saluzzo o Villanueva fruncirán el ceño porque este hombre confunde palabras como nación y nacionalidad, pero el público de galería le tributa vehementes aplausos. Desde que el Dr. Eusebio Baptista pronunció su terrible arenga contra Guzmán Blanco al año 81, no se había oído en las cámaras de Venezuela voz andina más clara y contundente.

¡Y la manera cómo habla! Las consonantes finales que recalca y casi duplica, chasquean como látigos. Aún mayor curiosidad suscita el personaje otro día, cuando dice que "las cuestiones sostenidas hoy aquí con la decisión y sinceridad que me caracterizan, las sabré sostener, también, mañana, si es preciso en el campo de batalla". "Ese gallito andino se está alebrestando demasiado; cómo que no le han dado suficiente maíz", comentan con escepticismo e ironía los mas fogueados políticos para quienes venir al Congreso es sólo un rito anual en honor del Presidente de turno.

Desde el ángulo que se le observa, es don Cipriano el más original, para otros el más valiente, de los diputados de 1890. Entre aquellos viejos hombre públicos curtidos de mañas en el prolongado mollejón del guzmanicismo, idólatras hoy de

lo que negaron ayer o a la inversa, "sicambrios continuamente dulcificados" por viáticos, jugosos empleos y negocios, la voz de don Cipriano parece todavía ingenua y selvática como una fuerza de la naturaleza. Es una tertulia moralizadora de Capacho hecha Congreso. Son las consignas del Dr. Santiago Briceño traducidas al "sermo vulgaris". Muchas personas le esperan a la salida del Congreso o acuden a verlo como suma curiosidad a la pensión de la Calle de Carmelitas donde se aloja. A don Cipriano le gusta hablar con prodigalidad con los periodistas, quienes confiesan que para su oficio guerrero es demasiado elocuente. Por su intencionada homilía contra Guzmán, don Domingo Antonio Olavarría, gran detractor del Liberalismo amarillo, comienza a fijarse en él. Es como esa "nueva esperanza" con que sueñan los viejos; como el ejecutor y vengador de sus empozados rencores políticos. Sinembargo don Cipriano no quiere embarcarse por entero en aquella cruzada conservadora que auspicia el oligarca señor Olavarría. Como "gran demócrata" hace especial visita de homenaje a la viuda del General Alcántara, la afable y cordial doña Belén. El nombre de Alcántara le es particularmente grato porque fué bajo su presidencia y aprovechándose de su bulliciosa democracia, que don Cipriano y sus compañeros pudieron fraguar la primera revolucioncita en el Táchira el año 78. Allí comenzó su carrera militar.

Se incorpora también a la tertulia que cada noche tienen en la Plaza Bolívar, bajo los grandes faroles de gas, los Generales Julio Sarria, Jacinto Lara, Juan Pietri. Las gentes observan su figura diminuta, los pantalones estrechos, el sombrero jipijapa, la pesada leontina; todos los arreos de un hombre modesto vestido en la plaza de Táriba.

Después ha de ser la valiente guerra del 92 defendiendo el continuismo de Andueza. Asume entonces, de nuevo, y "en uso de las facultades de que me han investido los pueblos del Táchira y de las especiales que me ha conferido el jefe de la Liga de Occidente, General Eleazar Urdaneta", la presidencia de un nuevo estado tachirense que se separa provisoriamente del de Los Andes, y la Jefatura General de la frontera. Cum-

ple las dos tareas agobiantes recorriendo continuamente en su mula trotona la distancia que media entre San Cristobal y San Antonio del Táchira. Hace nombramientos civiles y militares en su provincia; recaba de la Aduana los cuatro mil quinientos bolívares quincenales con que puede racionar mediocremente su guardia de frontera. Para su alto cargo militar se asignó el modesto sueldo de 24 bolívares diarios; los coroneles ganaban 21, los comandantes 12, los capitanes 6, el médico 8, los soldados 1 bolívar 25 céntimos. Y con tropas ya adiestradas por él decide marchar sobre Mérida a combatir contra el gobierno local que se ha puesto de parte de la revolución crespista. Ha derrotado ya en el Táchira, dirimiendo a favor suyo una antigua rivalidad cordillerana, las fuerzas araujistas que mandó el Gobierno insurrecto del Estado Los Andes. Y aquellos araujistas en que venían como oficiales los peores bandidos de las célebres madrigueras de Jajó, La Mocotí, La Quebrada y algunos "villorios" del Estado Mérida de largas cuentas con la policía, cometieron tantas depredaciones en las aldeas tachirenses que don Cipriano parece el más respetable y ecuánime pacificador. En marcha hacia Mérida hace su primer paso triunfal por el páramo del Zumbador que le reserva también en el futuro, nuevos laureles militares. Acampa como primer general tachirense que hubiera tomado la plaza —antes botín de guerreros trujillanos— en la académica y sosegada capital del Gran Estado, en la ciudad de Mérida. Allí ocurrió —según la tradición— su memorable diálogo con el General García Gómez a quién propone, nada menos, que seguir con todas sus fuerzas a batir a Crespo en el centro de la república. ¡Una invasión andina que se hubiera adelantado siete años! Ya en ese largo camino a Caracas —el camino en que soñó leyendo la campaña de Bolívar en "Venezuela Heroica"—encontraría otra vez a los trujillanos del "león de los Andes", hidra que quiere vencer como nuevo Hércules. Pero el cauto García Gómez encontró disparatados esos proyectos. —"Regrese a su tierra y

espere. El Dr. Andueza tiene bastantes jefes para defenderse en el Centro" le dice el Delegado Militar. Y por ese "marico" de García Gómez, dirá después el futuro Restaurador yo y mis tachirenses no ocupamos antes el Capitolio".

Cuando otra vez baja por el páramo del Zumbador hacia los valles y vegas del Táchira, ya la revuelta crespista —contra las previsiones de García Gómez— empezaba a triunfar en el Centro de la República. Y a los jefes del partido "ciprianista" no les queda otro recurso que asilarse en la próxima frontera.

Son entre el 92 y el 99 los años de diáspora y de "egira"; también los de preparación para una guerra santa. Con la expedición a Mérida, don Cipriano parece ya la figura militar más promisoria de la Cordillera. Y hasta un general trujillano, Pedro Paredes Pimentel ha asomado el nombre de Castro como "Jefe y Centro del Partido Liberal en los Andes". Dice así Paredes Pimentel en carta a sus hermanos, los también Generales Ignacio y Francisco Paredes: "El General Castro en un Jefe muy querido y muy bueno con sus amigos y hasta con los mismos contrarios. Los Liberales de este Estado y muchos de Mérida y Trujillo le tenemos como Jefe y centro del Partido Liberal en los Andes". Pero el "Jefe y Centro" tiene que enterrar sus armas e invitar a sus conmilitones a escapar a Colombia, cuando Crespo triunfante envía sobre el Táchira con gran tropa y recursos al General Espíritu Santo Morales.

El Compadre Juan Vicente Gómez quién ya había recibido su bautismo de fuego en el combate de "El Topón" en compañía de don Cipriano, saca sus ganados y su familia de la hacienda de La Mulera y marcha en bíblica peregrinación por los pasos fronterizos hasta hallar provisoria tierra prometida en la pequeña finca de "Buenos Aires", cerca del Rosario de Cúcuta. Ha venido con él toda una fuerte tribu familiar de Matutes, Pratos, Chacones y Garcías. Le acompaña su hermosa y emprendedora mujer Dionisia Bello. A los po-

cos meses ya toda la familia pesa carne y vende reses en el bien abastecido mercado cucuteño. Las gentes del clan pasan frecuentemente la frontera, introducen un contrabando y regresan con morocotas y noticias políticas. Cerca de Juan Vicente, en otra pequeña hacienda, Bellavista, se ha establecido don Cipriano. Y a la hora en que muere el sol y se guardan en el corral los becerros, se juntan ambos compadres en diálogo de almas complementarias y contradictorias. Los negocios de Gómez marchan mejor que los de Castro quien va con frecuencia a Cúcuta a buscar libros y periódicos, a informarse de política y a ver que averigua del Cónsul de Venezuela. Juan Vicente estaría contento con prosperar en aquellas tierras de Buenos Aires, en recuperar su dominio sobre "La Mulera" que le incendiaron las tropas gobernistas y en conseguir mayores créditos con las casas de Breuer y Blohm, proveedores tradicionales de la Cordillera y de la región cucuteña. Pero Castro es la tentación de más diabólicas aventuras. Y cuando Gómez le oye hablar, se siente transportado. Forman ya aquella típica asociación islámica del Profeta y del dueño de rebaños y caravanas. Don Cipriano —a fin de parecer más musulmán— se deja crecer la barba. La táctica castrista es que no le olviden en ningún momento, y empieza a escribir largas y "patrióticas" cartas a sus amigos que a veces publican los periódicos. Será desde el destierro una continua y vocinglera conciencia de la Nación. Opina sobre elecciones o asuntos limítrofes. Nunca como en esos años extremó un estudiado papel de moralista cívico.

Se vale de la amnistía concedida por la Constituyente de 1893 para ir a Caracas a explicarle al General Crespo cual es la verdadera situación de los Andes. Pero Crespo que contra el peligroso y creciente partido del "Mocho Hernández" ha vuelto a unificar el viejo Liberalismo amarillo, casi no le hace caso al jefe andino quien sufre larga antesala en el caserón de Santa Inés, mientras entran orondos y desdeñosos, los hombres que hacen la política: Colina, Silva Gandolphi, José Ramón Núñez. Fué después de concederle una audiencia que resultó poco cordial, cuando Crespo lo definió en la conocida frase: "Ese es un indio que no cabe en su cuerito".

Doña Zoila de Castro.

Castro regresa a Bellavista y se sigue descargando en su abundante literatura epistolar. El año 94 inserta en la prensa de Cúcuta para que lo reproduzcan en San Cristóbal y de allí lo manden a Caracas, un comunicado en que dice cómo es inexacto el rumor de que él prepara una revolución. El es demócrata puro y cree en el proceso cívico de las sociedades. Pero decir que no se está haciendo una revolución es como anunciar que puede hacerse, y en él torna a pensar el virulento don Domingo Antonio Olavarría que cargado de pasión anti-guzmancista y anti-crespista, corrige por aquellos mismos días en Valencia su feroz requisitoria contra el Liberalismo amarillo. ¡Quizás este Castro tan altivo, sea el gallo "ensacado" de que habla el argot venezolano! Y no lo olvidará don Domingo Antonio cuando el 97 publique su memorable artículo sobre "Candidaturas". ¡Qué gran oportunidad entonces para que el exilado Cipriano hable de las "responsabilidades de los tiempos que corren", de la urgencia de "extirpar de raíz malas costumbres y conciliar intereses encontrados", de que para regir bien a la República debe "ungirse el mandatario con el óleo de la voluntad popular" y de que el pueblo no debe ver en él "ni al mercader que trafica, ni la mentida disposición, ni la falsa doctrina con que se ha engañado a los ilusos!". Ante el llamado generoso de don Domingo Antonio, él "se busca y no se encuentra" pero "con lo poco que soy y puedo, estaré completamente al servicio de la República". Repite que es "soldado del orden, a la sombra de la justicia y del derecho, bajo la cual es como la libertad se desenvuelve y crece en los países democráticos".

Algunas veces los exilados venezolanos y los opositores se han dulcificado y doblado la cerviz con un buen puesto público, por ejemplo una Aduana. Crespo por intermedio de su Ministro de Hacienda, Manuel Antonio Matos le manda a ofrecer la de Puerto Cabello en 1895. Y aquí don Cipriano —aunque la posesión de Bellavista esté hipotecada y sus negocios agrícolas marchan mucho más mal que los del compadre Juan Vicente— se revestirá de altivez y escribirá al Ministro y financista para demostrarle que no siempre "dádivas quebrantan peñas". Aprovecha la oportunidad para decirle

en la misma carta, cómo en los Estados de Occidente la acción del Gobierno es muy poco eficaz. "Los Andes —dice— están mal, administrativa y políticamente". Lo mismo sabe de Barquisimeto. Si el Zulia anda bien en lo administrativo bajo el gobierno honesto del Dr. Muñoz Tébar, no puede decirse lo mismo en lo político. ¡Y no deja de ser curioso que este pequeño agricultor guerrillero, internado en tierra colombiana dirija tan aquilina mirada sobre la República!, Desde su exilio, asume una especie de protectorado moral de todo el Occidente. Nadie le dió esta función, pero él espontáneamente se la toma. Será un tábano lejano pero incansable e insistente, sobre las espaldas del General Crespo. Le demuestra que es también patriota ardoroso cuando en todas las plazas de Venezuela se empieza a discutir en manifestaciones y discursos, el asunto limítrofe con la Guayana inglesa. Cúcuta no es Venezuela, pero en Cúcuta la Colonia venezolana hace flamear su bandera tricolor y protesta contra la rapacidad y codicia del viejo leopardo británico. Es Castro uno de los animadores espirituales de un periodiquito que hoy llamaríamos anti-imperialista y que se denomina "El Venezolano". Desde allí pontifica en larga e hinchada carta sobre la situación internacional. Se ha formado en Cúcuta una "Sociedad Patriótica venezolana" y él la representa como supremo intérprete, en el miserable caserío de Los Vados. Es bueno que se sepa —don Cipriano lo afirma en el documento público de 15 de febrero de 1896— que él "ha ofrecido sus servicios y su pequeño contingente para contribuir a la defensa de la integridad de nuestro territorio y de la dignidad nacional". "Cuando se trata de la suerte de la Patria —exclama con acento dantoniano— cualquier reserva sería un crimen, y respondiendo a mi deber y a mi conciencia, me complazco en poner a disposición del Gobierno venezolano mi vida, mis intereses y todo lo que valer pueda como ciudadano y como soldado que soy de la República". Recuerda —como para darle más valor a su ofrecimiento y revestirlo asimismo de conmovedora modestia— que "la Providencia quiso que en otra época, tuviera entre mis compatriotas alguna representación y que hasta hoy me dispensen algún cariño"

Con su malicia llanera Crespo empieza a temer de los sentimientos purísimos de este patriota tan exaltado, y resuelve mandar a Cúcuta un Cónsul de su íntima confianza qué informe casi directamente al Presidente sin pasar por el Ministro de Relaciones Exteriores, de las andanzas y proyectos del hombrecito contumaz. Se llama el joven Cónsul, Juan Otánez Maucó y queda tan entusiasmado con el guerrillero que a la larga se convertirá en su amigo íntimo y ha de servirle de confidente y Ministro cuando el hombre de Capacho alce su bandera en el Capitolio.

Ya empieza a desarrollarse —para fortuna del desterrado— el gran drama político de los años 97 y 98. Para seguir de Protector detrás del trono y volver a la Presidencia después de un período de pausa, Crespo se ha fijado como Candidato en quien él llama su "buey madrinero"; el General Ignacio Andrade. Los méritos de Andrade eran precisamente incoloros frente al prestigio romántico del "Mocho" Hernández y del otro candidato liberal Dr. Juan Francisco Castillo. Pero tras de esas deficiencias de Andrade, Crespo podría continuar sus maniobras de hombre fuerte. Según la entrevista que se atribuye haber tenido con él, José María Vargas Vila —el famoso panfletario colombiano, huésped entonces de Caracas— se decía que Andrade había nacido en Colombia "y eso no se lo perdonan los venezolanos". "Fué conservador y eso no se lo perdonan los liberales. Así no teniendo patria ni partido propio, no puede apoyarse en nada ni en nadie y no cuenta sino conmigo. Además ese hombre no ha mandado nunca, no ha hecho sino obedecer y está ya viejo para aprender a mandar; necesita quién lo mande".

Don Cipriano, quien desde su retiro labriego ya se considera presidenciable, sobre todo desde que don Domingo Antonio Olavarría ha tenido la extravagancia de nombrarlo entre quienes pueden aspirar a tan alta magistratura, afila otra vez su pluma y continúa escribiendo. Carta para Crespo en que propone que el Candidato Presidencial surja de una Con-

vención de Partidos. (29 de junio de 1897). Así los venezolanos no verán en las elecciones una imposición. De pasada —y para halagar también a los "mochistas"— un intencionado elogio a los "conservadores", además de los que ya tributó a los "liberales". "¿Porqué no hemos de suponer al Partido Conservador, aleccionado hoy por la experiencia, animado también de grandes ideales patrióticos?". Ante las querellas tradicionales de los venezolanos el hombre invita con su mayor patetismo sentimental: "a enjugar tanta lágrima a restañar tanta sangre derramada". Como ya es costumbre en su correspondencia política vuelve a ofrecer la vida, en sacrificio, si fuere necesario". En su cenáculo de espadones y doctores, Crespo el omnipotente, a quien por esos días ha retratado en gran lienzo histórico y sobre imperioso caballo blanco Arturo Michelena; Crespo de quien cantaba la guardia de mestizos y zambos llaneros en la hora de jolgorio:

Murió Páez, murió Bolívar
y también murió Falcón.
.....
Vámonos con Joaquín Crespo
que es el taita de la guerra.

Crespo lee la carta y profiere su olímpica respuesta: "Digan a ese hombre que es demasiado tarde para el consejo y demasiado temprano para la amenaza".

Triunfa, como es natural, el Candidato Andrade quien asume la Presidencia el 28 de febrero de 1898. ¡Los mismos y viejos hombres! diría don Cipriano cuando lee en los periódicos la lista del Gabinete. ¡Otra vez ese Antonio Fernández —azote de la Cordillera— en el Ministerio de Guerra y Marina! ¡Y el "Patón" Morales, el eterno Espíritu Santo, de Presidente del Gran Estado Los Andes!. Pero el telégrafo empieza a transmitir más escalofriantes noticias: ¡Se alzó el "Mocho" Hernández; se internó por los llanos de Cojedes y Portuguesa con la magnífica caballería de Loreto Lima, y ha salido en su persecusión nada menos que el General Crespo! Y otro día de abril, cuando bandadas de patos güiriríes suben de los llanos a la Cordillera como presagio de las primeras

lluvias, el más abrumador, el más serio mensaje. Como aquel zambo muerto tendido a las patas del caballo victorioso, sobre enorme cuajarón de sangre, en el cuadro de Michelena, el General Crespo ha caído, víctima de un tiro de emboscada, en la Mata Carmelera. Larga procesión de llaneros abatidos; enrollada la soga en la montura, el pelo de guama en la mano en señal de respeto, y mujeres orantes, encendidas las velas y las toscas lámparas de corozo, recitando las letanías, siguen la parihuela en que conducen el cadáver hasta el pueblo de Acarigua. Moría con Crespo gran parte de la épica del Llano. Era a su modo, el último sucesor de Páez; el que soltó su caballo a donde lo llevara el horizonte; el que brincaba sobre ríos y caños crecidos como sobre blancos y overos potros en pelo. Y junto a Crespo muerto parecía morir también la bandera, bárbara e igualitaria, violenta y oclocrática del Gran Partido Liberal amarillo.

Mientras se le rinden solemnes funerales en Caracas, cunden las intrigas. El General Ramón Guerra que ha sido uno de los vencedores de la revolución de "El Mocho" y fué premiado con la Presidencia del Guárico, se alza, a su vez, en tierras llaneras. El General José Ignacio Pulido anda por Curazao quizás comprando parque. Y el Doctor Carlos Rangel Garbiras que quiere competir otra vez en Los Andes con Morales, ha invadido desde la frontera de Colombia en compañía de aquel otro guerrillero Ventura Macabeo Maldonado, que nunca fué venturoso. Llevan dos mil hombres pero acaso les faltan jefes. ¡Ya el Dr. Rangel Garbiras —fantasma de una República conservadora que no volvería a renacer— no presidiría de nuevo como en la Casa de Gobierno de Mérida, el 88, los pomposos bailes de cuadrilla! Le seguirá desde entonces un destino de hombre humillado y errante. Junto a su pompa aristocrática se levantará la oclocracia belicosa y arrasadora de las gentes de Castro. Aquella fuerza invasora fué vencida en San Josecito y Capacho por las gentes del "Patón", bajo sus lugartenientes Rafael Adrián y Juan Pablo Peñaloza. Entretanto con "oficiales" jóvenes como Régulo Olivares y Santiago Briceño Ayesterán, con bachilleres que dan clase de Caligrafía y que se tornarán hombres feroces

como Rafael María Velasco B., se ha formado en el Táchira un comité o centro directivo de un "partido ciprianista". Las palabras de don Cipriano mandadas desde la frontera dan resultado. En el Táchira y en toda Venezuela se siente el presagio de extraños sucesos. El Gobierno de Andrade parece minado de desconfianza y traición.

Don Cipriano fué a Caracas a conversar con el nuevo Magistrado y por especial recomendación del Dr. Santiago Briceño, en los primeros días del 99. Mora en la casa de Rendiles, el posadero gordo de la esquina de Carmelitas. Vecino de habitación hay un joven escritor enfático, de abundosa labia, que le cuenta historias de los llanos y le da a leer "La Historia de los girondinos". Se llama Eloy G. González;escribe en la famosa revista "El Cojo Ilustrado" y será algunos años después uno de sus redactores de discursos y proclamas. En la casa de doña Belencita Alcántara encuentra algunos generales —Julio Sarria, Jacinto Lara— que ya censuran acremente al Presidente Andrade y parecen montar guardia junto a la antorcha del Liberalismo amenazado. Acude a almorzar donde su amigo Juan Otáñez, el antiguo Cónsul de Cúcuta y comenta la situación: "Esos generales -dice- me han invitado a una revuelta. Los he dejado hablar, sin pronunciarme. Porque el día que yo me alce, me alzo solo. No soy de esos hombres que comparten responsabilidades".Con pintoresca vestimenta (saco de un color y chaleco de otro; jipijapa, bastón de estoque y la consabida leotina) anda por las calles de Caracas seguido de sus oficiales Pancho Terán y Obdulio Bello. Compra para su mujer, doña Zoila —la siempre buena y fiel Penélope que espera en Cúcuta y cuya prudencia y ecuanimidad equilibra a veces sus terribles ímpetus— perfumes, pañuelos, graciosos dijes de los que venden en las tiendas de la calle de Mercaderes. Lee la lista de encargos. No puede comprar demasiado, porque los negocios de la finca marchan mal y lo que se recoje es para pagar los intereses de los acreedores. Por fin, una mañana comparece en

la antesala del Presidente Andrade. Pero esos edecanes "patiquines" no parecen advertir la importancia del visitante. Aguarda bajo un viejo reloj de pesas que ganguea las medias horas. Retratos de Bolívar y del General Crespo. Pasan con sus levitas irreprochables, las envaselinadas cabezas, los bastones de contera de plata y oro, el olor de agua de Colonia, los Ministros y consejeros del Gobierno: el Dr. González Guinán, el General Bello Rodríguez, el joven ingeniero Alberto Smith que parece la "maravillita" del Gabinete; el elegantísimo Dr. Mosquera y otra vez -¡que contratiempo!- ese General Antonio Fernández cuyo pelo del Dahomey y prestancia de reyezuelo salvaje, contrastan con la fineza de sus colegas. Cuando Fernández avanza con sus enormes y peludas manos de gorila parece estar tocando un tamtam invisible. Se filtran tras la puerta de la antesala, las risas de un chiste de club que el ingenioso Dr. Smith cuenta al Dr. Mosquera. Vuelve a sonar el reloj y Cipriano Castro se levanta. ¡No aguardará más! Dos interjecciones chillonas y violentas que profiere al salir sumen en perplejidad a varias personas resignadas (caras de empleados públicos) que con su periódico en la mano, siguen calentando las sillas de la audiencia. Casi a paso de guerra, sale el hombre colérico y pequeñito de la Casa Presidencial. Le siguen y resuenan en el largo corredor los pesados trancos (están estrenando "brecas") de sus oficiales Obdulio Bello y del gigantesco Pancho Terán

Con ceño y tono apocalíptico se dirige a la casa de su amigo Otánez. Ya no disimula sus intenciones. "El Presidente sabrá cómo le derribo como castillo de naipes ese estúpido gobierno de Morales en la Cordillera. ¡O arde el Táchira o triunfo! Volveré a Caracas a cobrársela al hombrecito Andrade". Y dando una afectuosa palmada a su contertulio: "En cuanto me alce, saldrás a esperarme a Barquisimeto, Juan. Entraremos triunfantes a Caracas".

Regresa donde el posadero Rendiles a arreglar sus maletas. Mañana zarpa de La Guaira llevando pasajeros para Occidente, el vapor Mérida. Toca en Curazao y deja excelente oportunidad para conversar con los conspiradores de

la isla y esclarecer los planes del General Pulido. Al pagar la cuenta de la pensión observa que le falta dinero para el viaje. Y tiene la iluminación de pedírselo a quien debía pagarlo. "Rendiles, préstame cuatrocientos pesos y te los pagaré con creces cuando vuelva del Táchira". Al extenderle, generosamente, las doce morocotas, Rendiles que será financiero de importancia en los días de la "Restauración Liberal", estaba apuntando con éxito a la ruleta de la fortuna.

Ahora ya sólo se requiere un pretexto resonante, propicio a las consideraciones morales y cívicas (como a don Cipriano le gustan) para la insurgencia armada. Quizás el viejo Pulido le dió buenas y estimulantes noticias en el rápido encuentro de Curazao. Y el Gobierno y Congreso de Andrade proporcionan el gran motivo con el decreto sobre reforma constitucional del 22 de abril que intenta devolver las "autonomías históricas" a ciertas regiones del país, incluídas dentro de los "Grandes Estados". La idea pudiera ser popular porque cada pequeña ciudad de 10 mil habitantes tiene pujos de capital de provincia, y habrá más revuelto cardúmen de empleos: presidencias, legislaturas, colegios federales, comandancias de armas. Todo un aparato onomástico de funciones y servicios públicos que se cumplen mal o no se cumplen. Nuevas e inmensas listas de Generales, coroneles, jueces, delegados. Esa ficción retórica, de inspiración administrativa francesa traducida a mayor énfasis español, con que el Estado venezolano disfrazaba su injusticia y su miseria. Pero a la sombra de la reforma, muchos ven también el designio de Andrade de aumentar su periodo presidencial y de mantener en cada uno de los nuevos "Estados", régulos sumisos, nombrados por la sola voluntad del Presidente. Cada reforma constitucional en el eterno paño roto de nuestras constituciones, ha significado algo más misterioso, emboscado y torvo que lo que promete. El día en que se vota en el Congreso el acuerdo sobre "autonomías históricas", hay 25 votos agresivos y discordantes. ¡Son de los 25 justos que se necesitan para salvar de la cólera de los dioses, la Gomorra maldita! piensa don Cipriano, aficionado a este tipo de imágenes literarias. ¡Y ya tiene la gran bandera cívica que puede desplegar en su gran marcha al Ca-

pitolio! —"Este gallito viejo y marantoco, gallo de sopa y no de pelea, de Ignacio Andrade, aprenderá a conocer ahora cómo roncan los tigres que bajan de los Andes".

Mientras los ya alertados agentes castristas cruzan de una a otra frontera, y en el sitio de "Donjuana" Castro y Rangel Garbiras parlamentan por si es posible compactar sus fuerzas opositoras, don Cipriano prepara los párrafos de su primera proclama. La coalición con los rangelistas fracasa cuando don Cipriano opone a la tesis del mando dividido (un director civil de la Revolución: Rangel; un gran estratega, Castro), la de una Jefatura única e indivisible. Y aún finge de modesto al ofrecer al Dr. Rangel —sabiendo que no podrá aceptarla— esa Jefatura única. —Pues, yo sí la asumo, dice Castro con más agresiva audacia. Junto a la puerta de trancas de la hacienda de "Donjana", castristas y rangelistas se separan hacia rumbos opuestos como hermanos enemigos. La Fortuna y la Historia habrán de dirimir en los días venideros esa emulación entre tachirenses.

Ahora, otra vez en la casa rural de Bellavista, como un Don Quijote que parte a su empresa, Castro continúa en la redacción de su proclama. Aunque siempre fué amante de la paz, el atentado jurídico que el gobierno de Andrade acaba de consumar impone a los venezolanos patriotas un terrible dilema; el de ser "esclavos impasibles renegando de nuestro glorioso pasado y de nuestros derechos, u hombres libres y dignos". Quién como él, ha ofrecido siempre su vida por el honor de la República, pide hoy un contingente de sangre "para que no perezca el árbol de la libertad". El ya ha jurado e invita a jurar "ante el sagrado altar de la Patria, no deponer las armas hasta no ver coronadas nuestras legítimas aspiraciones". Los pueblos le conocen y saben que él es "el siempre vencedor, jamás vencido". Y como en todos los alborotos sangrientos de la turbulenta historia venezolana, la consigna ahora es "vencer o morir".

¿Quién financiará la larga marcha de más de mil kilómetros hasta el centro de Venezuela; qué cálculos económicos se han hecho para tan ambiciosa Revolución? El propio Jefe no lo sabe. No se trata tampoco de una guerra moderna.

Parece más bien —aunque todos los calendarios del mundo estén señalando el final del siglo XIX— una marcha fanática de aquellas multitudes que en los desiertos de Arabia seguían la voz del profeta. Castro ha de proceder como un febril ejecutor de la voluntad de Alá. Los signos e inspiraciones los ve en las estrellas, en el terrible impulso de fé y de dominio que alienta en el corazón. Con el ardor providencialista de un "jeque" no hace demasiadas cuentas, ni se angustia pensando cómo aquellos centenares de pesos que ha puesto en la escarcela común el compadre Juan Vicente Gómez, resultan insignificantes para tan desmesurada aventura. A la vez, criolla y napoleónicamente, siempre pensó —como todos los grandes caudillos venezolanos— que la guerra debe nutrir a la guerra. Y en el país de entonces, la guerra era suceso cíclico y natural que como los terremotos e inundaciones, impone caprichosamente su sorpresivo tributo inexorable.

Era todavía el exódo de las tribus rurales por un país rural; la atrasada Venezuela de las alpargatas, la chamarreta y de la "cobija de pellón"; de la "taparita de aguardiente"; del escapulario y la oración del "justo juez"; del "rabo de gallo" y de la peinilla andina, de los caballos pasitroteros que entraban a los pueblos echando a ladrar los perros y espantando a las gallinas; lanzando a correr a las mujeres por el fondo de los solares, mientras el no menos asustado pater-familias remacha con pesada tranca el colonial portón.

Junto a sus imágenes y con la lamparita de corozo encendida, la beata del pueblo está rezando por la comunidad entera. Aspa los brazos y se ofrece al Señor, mientras parece sentir ya los pasos y el aliento aguardientoso y sensual del nuevo Holofernes bárbaro: ¡Santo fuerte, santo inmortal; líbranos Señor de todo mal!

III — LOS SESENTA

"Conduces a César y su fortuna" acaso dijo Castro repasando sus frases históricas aprendidas en el Colegio de Pamplona, la noche de la gran decisión: 23 de mayo de 1899. Sesenta hombres aguardaban con sus cabalgaduras y chamarretas, ajustados los revólveres, en el corredor de Bellavista. Se les sirve café y escancian a pico de botella el garrafoncito de ron de La Ceiba. Don Cipriano explica de nuevo a su compadre Juan Vicente, verdadero socio industrial de la empresa, las posibilidades que ella guarda. Juan Vicente no es fumador, pero ha encendido para escuchar al compadre un fuerte tabaco bumangués.

La situación local en el Táchira hace prever que Peñaloza defenderá con la ardentía que le caracteriza, la plaza de San Cristóbal. Pero según los informes del Dr. Briceño que ha estado buscando una imposible conciliación entre Castro y Andrade, Peñaloza es más soldado que político. Tiene fatigado al Táchira con su desordenada administración. Es excesivamente fiel a los dictados y pasiones de su jefe, Espíritu Santo Morales. Y bajo las narices de Peñaloza se han deslizado agentes y comisionados que organizaron en todos los distritos los comités castristas. A esta hora estarán saliendo con sus gentes para concentrarse en Capacho, Pedro María Cárdenas, Román Moreno, Maximiano Casanova, Emilio Fernández; los Prato, los Sánchez, los Cubillán. Militarmente la conspiración está bien organizada hasta Mérida donde se cuenta, sin duda, con el General Chalbaud Cardona, y con los aguerridos "villorros" de José María Méndez. En cuanto a la situación nacional, la debilidad de Andrade a quién detestan los "nacionalistas" a causa del cautiverio de El Mocho y

en quien nunca verán los "amarillos" un jefe auténtico, es la mayor fuerza con que contamos. Pulido, Ortega Martínez, Raimundo Fonseca y los doctores Sanabria y Urbaneja están en Curazao preparándose para una revolución. En Trinidad, Velutini espera invadir por el Oriente. Y por donde nadie aguarda, han de aparecer los "andinos".

El primer financista de la expedición, el reservado varón de La Mulera apenas mueve la cabeza y responde con su habitual laconismo: —Ajá, Compadre. Como Usté disponga". Pero Castro que ama las escenas melodramáticas conversa ahora en tono sentimental de "bambuco". (Los bambucos de ese país fronterizo aluden a despedidas de amigos y amantes que nunca se volvieron a ver; de guerreros perdidos en lueñes tierras y combates). Por eso don Cipriano insiste ante su compañero: —¡Si yo muero, Compadre, insista en esta causa! — Le tocará a Ud. la gloria de hacer flamear en el Capitolio la bandera de nuestras reinvindicaciones. A Juan Vicente, entonces, le ruedan dos lagrimotas por los pesados párparos de caimán y responde conmovido al jefe: —Eso no ocurrirá, don Cipriano. (Son en contrapunto de temperamentos, técnicas e intenciones, el amo enfebrecido y el escudero calmoso de toda expedición quijotesca. Personifica uno el fuego veloz; el otro la tierra paciente que espera con igual indiferencia las cosechas y las sepulturas).

Conduce a la noche y lo desconocido la abierta puerta de trancas de la hacienda de Bellavista. Suben a las cabalgaduras y espolean las bestias. Esta tierra caliente e irritada de la comarca cucuteña, es dulce en el sosiego nocturno estriado de cocuyos entre los altos guadales. Allá está el río Táchira con su color de caballo overo, y del otro lado se yerguen las primeras palmas de Venezuela. La patria es desde la ribera un intrincado laberinto de lomajes ázules, de casas labriegas y espadañas que apuntalan sobre el horizonte el perfil de una aldea. Venezuela se anuncia en clarines de gallos, en olor a bagazo y miel de trapiches, en el primer café que cuelan en las casitas, las campesinas madrugadoras. Se empieza a su-

bir una cuesta, enroscada como gran serpiente en sus vueltas y "travesías" de tierra amarilla. Comienza a hacer frío y escancian otro poco de ron y anisado montañés. Don Cipriano a la claridad del alba mira su reloj de doble tapa porque ha prometido estar en Capacho antes de que el Padre Justo Pastor empiece a decir su misa. Pero ya entre neblinas y en relincho de caballos, se anuncia el pueblo y los primeros grupos de voluntarios que comparecen ante el Jefe. ¡Aquí están augurando el triunfo Pedro María Cárdenas, Régulo L. Olivares, José Antonio Dávila, Luis Valera, Román Moreno, Calixto Escalante, Eliseo Sarmiento, Santiaguito Briceño Ayesterán; la flor de los oficiales ciprianistas! Y el fiel gigante Miguelón Contreras y Obdulio Bello y Pancho Terán, los servidores de la mayor confianza. Don Cipriano hace preguntas a los oficiales: ¿Y cómo está el norte del Estado, Régulo? ¿Y qué me cuentas de Lobatera y Michelena, Maximino? ¿Y qué pasa en Táriba, Santiaguito?

Los alpargateros de Capacho no tienen suficiente suela y capellada para calzar los 180 hombres a que don Cipriano pasa revista en la plaza, al abrir el sol. Y allí le buscan para comer la "pisca" del desayuno otros viejos amigos. Cuenta el anecdotario local que una anciana que le ve revistando su tropa, se toma la confianza de preguntarle: ¿Y con esas gentes tan mal armadas dices que irás al Capitolio? ¿Dónde tienes el parque? Y don Cipriano recordando las grandes frases de Venezuela Heroica, supo responderle: —No se preocupe, mi doña, que las armas las tiene, adelante, el enemigo. Ya se las habremos de quitar".

Más de dos meses se prolongará la campaña en tierras tachirenses. Y ésta perfila ya lo que será la estrategia castrista en su osada marcha al centro de la República. "Madrugarle al enemigo y evitar que concentre sus fuerzas" parece su gran lema militar. Y la audacia que le da la ciega y providencial fé en sí mismo, y el ímpetu de toda aquella gente jóven que en Palmira, en Táriba, en Cordero acuden con el caballo y la cobija de pellón a alistarse bajo su bandera. Así como los mozos labriegos del Táchira antes que-

rían hacerse sacerdotes para tener modesta profesión lucrativa, ahora quieren ser militares. Los bachilleres que se aburrían en las oficinas de los pueblos caligrafiando las sentencias del Juez o las disposiciones del Jefe Civil, también se enrolan y se convertirán en coroneles. La revolución como toda cosa que abre un escape al rutinario fluir de la vida, parece bastante popular.

Extraños aventureros como aquel médico o falso médico colombiano Benjamín Ruiz quien durante la guerra cambia de nombre, y para venezolanizarse se hace llamar el Doctor Bolívar, se incorporan al movimiento. Tiene una triple personalidad de brujo, de valentón y de retórico. Como brujo ejerce sobre don Cipriano un ascendiente superior a toda conveniencia. Como retórico ya trae a la frenética fraseología castrista algunas metáforas vargasvilianas. No se contenta con decir a Castro "el siempre vencedor, jamás vencido" como el caudillo se ha bautizado, porque le llama más ampulosamente "Rey de una constelación sideral". Y explica su metáfora astronómica: "Los triunfos de todos los defensores y amigos de esta situación refluyen como los rayos del sol sobre su centro. Los satélites de Castro reciben su luz y por consiguiente brillan por él".

De fines de mayo a agosto, don Cipriano deshará todas las posibles concentraciones de tropas gobiernistas en el Táchira. En Tononó lanza las primeras cargas de fusilería contra las fuerzas que desde Rubio marchaban a San Cristóbal para ponerse a las órdenes de Peñaloza. Recoge en ese primer rescate buena provisión de máuseres gobiernistas y bastantes prisioneros, que a un discurso del Jefe pasan a servir como oficiales de la Revolución. En Las Pilas intercepta el destacamento de tropas nacionales que al mando de los Generales Leopoldo Sarría y Pedro Cuberos iban a la defensa de Táriba y San Cristóbal por la vía de Mochileros. No tiene aún don Cipriano fusiles suficientes para contener las descargas del gobierno, pero lanza sus gentes a un sorpresivo asalto al arma blanca. ¡Estos militares formados en el Centro como Sarría, ignoraban lo que era la peinilla tachirense!

Y Régulo Olivares y José Antonio Dávila la manejan con ágil y consumada destreza de mosqueteros. El "machete" de Miguelón sigue gavillando vísceras y cabezas. El Páramo del Zumbador por donde vendrían desde Mérida las fuerzas de Espíritu Santo Morales; el asalto a San Cristóbal donde está atrincherado Peñaloza, y la batalla de Cordero para interceptar el Ejército expedicionario que desde Caracas envía Andrade a cargo del Ministro de Guerra Fernández, serán las próximas hazañas cipriánicas. Ya tiene dos mil hombres y empieza a gozar en las aldeas tachirenses fama de invencible. Con los "númidas de Aníbal, jinetes que cortaban el viento" compara la retórica del Dr. Emilio Constantino Guerrero la marcha de estos jinetes de don Cipriano que suben las frígidas laderas donde el aire zumba, a detener el organizado Ejército de Espíritu Santo Morales. El propio Castro moviéndose en su caballo de un lado a otro, ordenando las cargas y los movimientos, tan convulsivo y nervioso que de abrirse el pecho y botar la chamarra para agitarse con libertad de centauro, se enfermará de pulmonía; y Miguelón Contreras, el "mejor cortador" serán los héroes de la jornada. Y en un momento en que el combate peligra, el corpulento Miguelón como gigante ennegrecido por la pólvora, se presenta ante el Jefe: —General, tengo el enemigo encima. Espero sus órdenes. —Coronel (responde don Cipriano) Usted tiene su puesto. Si tiene miedo, quédese". Y en la descripción entusiasta de Emilio Constantino Guerrero, Miguelón "Hércules capaz de repetir las doce empresas del tebano" hace aquel día su más implacable y segadora carga de machete. Cuando en la prolongada batalla, los ya diezmados soldados del batallón Bolívar le piden a Castro máuseres, el Jefe vuelve a responder su jactanciosa consigna.

—"Los máuseres los tiene el enemigo, adelante. Vayan a cogerlos".

Una crítica militar posterior al pindárico entusiasmo del Dr. Guerrero, trata de demostrar que en este combate del Zumbador —como en el futuro de Tovar— las fuerzas gobiernistas que venían de Trujillo y Mérida fueron derrotadas no sólo por la ardentía innegable de don Cipriano y sus conmili-

tones sino por un cúmulo de intrigas y misteriosos errores que señalan ya en el escenario de la Cordillera la descomposición y contradicción en que se debatía el andradismo. Gran parte del parque que llegó en cajas cerradas a manos del General Espíritu Santo Morales, Presidente del Estado Los Andes, eran "balas de cubanos" que no calzaban en los fusiles del Gobierno. Y los refuerzos de Trujillo que en dos oleadas sucesivas enviará el Gobernador de dicha Sección, Carrilllo Guerra, estuvieron dirijidas por jefes rivales a cuyas tropas se racionó con suma cicatería. Una era la guarnición comandada por el General Pedro Jugo que ni alcanza a llegar al Zumbador porque su jefe cae muerto en una pequeña emboscada de fuerzas revolucionarias locales en el sitio de Las Cruces, entre Mérida y Ejido; y otra será la del General Rafael González Pacheco, héroe de la resistencia en Tovar, gratuita víctima de la felonía gobiernista, quien servirá después denonadadamente a Castro. El escenario andino parece en aquellos días un microcosmos del espíritu de traición, oportunismo y aventura autónoma que corroía la República. A la sombra del débil Gobierno de Andrade un magistrado regional como Carrillo Guerra en Trujillo aspira a una reacción conservadora que fortalezca al viejo círculo de los Araujo y disminuya el prestigio de un joven jefe liberal como González Pacheco quien bien armado y abastecido podría detener a Castro en las estrechas vegas tovareñas. Y sobre este ambiente solapado de desconfianza y aún de traición que no se atreve a decir su nombre, parece más fulgurante y mágica la aventura del hombre de Capacho. Antes de seguirse agrediendo, Gobierno y Revolución están como sumidos en un cómputo misterioso.

Peñaloza permanece encerrado en San Cristóbal y Castro en un habitación de Táriba cuidándose la pulmonía con que bajó del páramo del Zumbador. Pero una mañana se levanta para ordenar el asalto a la fortificada capital del Táchira. Peñaloza la ha rodeado de "trincheras" que la imaginación del Dr. Emilio Constantino Guerrero llama "formidables" y le suscitan el apodo de "Segunda Troya".

Reclutas y gente disponible en un improvisado cuartel caraqueño.

Días y días las gentes de Castro estuvieron aspillerando paredes, haciendo parapetos y barricadas por donde se cruzan los disparos de la fusilería. Varias veces con bandera blanca y su fraseología neogranadina, va de uno a otro campamento el Dr. Benjamín Ruiz, alias Bolívar, a negociar una tregua. Pero el 12 de julio el fino oído del General escucha que ya llegó al puerto de Encontrados y avanza desde Colón, el Ministro de Guerra Fernández con seis mil hombres de tropa. ¿Se quedará allí empeñándose y desgastándose por tomar una pequeña ciudad de quince mil habitantes, o se interpondrá, más bien, en el camino del Ministro a ver si puede desbaratarle? Los suyos son apenas dos mil hombres, pero él conoce como ninguno las veredas y "picas" de la topografía tachirense. La línea que cruza entre las alturas de Mochilero y Borotá es el observatorio natural y el gran paso estratégico de la región. Y allí en vigilancia de quince días, con incursiones al pueblo de Colón, permanecen las tropas de don Cipriano hasta que el 27 sale en marcha acelerada a cortarles el paso en la esplanada de Cordero. Otra vez la prosa épica del Dr. Guerrero nos dirá que las gentes de don Cipriano pelearon en tan descomunal batalla mejor que las huestes españolas en San Quintín y que las napoleónicas, cuando fueron a tomar el puente de Arcole. Pero al hacerle más de quinientos muertos a Antonio Fernández, y quitarle los mejores fusiles de repetición, parece abrirse para el Jefe el gran camino del centro de la República. Ya considera actividad menor reemprender el sitio de San Cristóbal. No le interesan otras barricadas que las que puedan obstruirle el dominio del Capitolio Nacional.

Tres futuros presidentes de Venezuela marchan en el mal vestido séquito. Castro, el Compadre Juan Vicente y un adolescente barbilampiño, con cara de macerado seminarista, que se llama Eleazar López Contreras. Estudiaba en el Colegio de La Grita y en caballo de su tío y protector el Pbro. Fernando Contreras, escapa al campamento cipriánico. Viene el tío a recogerlo y Castro lo devuelve con paternal amonestación de que no interrumpa sus estudios. Pero burla de nuevo a su eclesiástico tío y otra vez comparece en el vivac castrista.

Nuevo reclamo del sacerdote a quien Castro —que cree adivinar los signos de las estrellas— responde categóricamente: "¡Si persiste, será su verdadera vocación! Déjelo ir. Quién sabe qué fortuna le aguarda".

Y junto a estos estudiantes y jóvenes de familias decentes que sueñan con llegar hasta Caracas, la multitud más heteróclita y hasta las primeras prostitutas de la expedición: Mercedes Moro, la Candiales y la negra María.Con ellas duerme una siesta el propio caudillo-garañón, después de una batalla, bajo cualquier árbol del camino. Llama al ordenanza:

—¡Que venga la negra María!

Y se retira un rato con ella bajo la sombra de algún higuerón del potrero.

Así como comparte el mal rancho de los soldados, no se opone tampoco a que en primitividad de horda, aquellas mujeres circulen entre la tropa como toscos y cobrizos cántaros de chicha andina.

Al Dr. Emilio Constantino Guerrero se le atropella su "Iliada" escolar aprendida en la clase del Padre Jaúregui en La Grita y sus juveniles y fragorosas lecturas del "Manual de Historia Universal" de Juan Vicente González (que insufló tan delirante retórica en las generaciones venezolanas del siglo pasado), para seguir narrando la marcha de Castro por los pendientes caminos cordilleranos. Lacedemonios y cartagineses de Aníbal, hoplitas de Alejandro, bayardos y bonapartes, le parecen todos los guerreros. Ninguna observación de tipo social o económico, ningún hecho concreto, ningún preciso color venezolano, aparecen en su abrasada narración de escolar ingenuo, indigesto de Mitología y discursos históricos. Cuando se estudie el fracaso político del castrismo hay que asignar su parte, tanto como a los cínicos, los traidores y los bárbaros, a estos letrados cursis disparando siempre su pirotecnia y humo oratorio porque no tenían una sola idea

clara en la cabeza; porque carecían, sencillamente, de toda justa noción de realidad. Violencia, azar, fantasmagoría ¿no ha sido a largos trechos la historia política venezolana?

La batalla de Tovar en que combate heroicamente contra Castro su futuro aliado, González Pacheco, y muere en la vanguardia de las fuerzas revolucionarias el denodado paladín merideño José María Méndez, le abre a don Cipriano el camino de Mérida. Y de gran influencia para su éxito inmediato y la fascinación que ya empieza a ejercer sobre las tropas que sólo formulariamente parecen defender a Andrade, es su trato cordial y magnánimo con los prisioneros en que destacan hombres que luego veremos comandando regimientos y zonas militares o gobernando provincias bajo el régimen "restaurador". El páramo de Mucuchíes con su escarcha, granizo y ventarrones a cuatro mil metros, lo cruza el caudillo sin necesidad de disparar un tiro. Los soldados comen pedazos de papelón negro y se frotan el cuerpo con las hojas lanudas del frailejón para precaverse del mal de montaña. Y pasan también la vega de Timotes y las vueltas de La Mocotí —clásica encrucijada de guerrilleros y bandoleros, especie de Sierra morena de los Andes— sin que salgan a buscarle pleito los hombres barbudos y encobijados del araujismo trujillano. Esta comarca tan guerrera parecía ahora indecisa a causa de sus divisiones y contradicciones políticas. Cuando Castro ocupa Valera, las fuerzas del General y Doctor Leopoldo Baptista se han replegado sobre la mesa de Carvajal, y apenas de la montaña al valle se cruzan algunos disparos y se apostan algunas guerrillas a caballo para hostigar, más que para combatir a fondo. Es como un gracioso juego de súbitas y fragmentarias emboscadas en que de uno a otro vivac, de noche y de prisa, gobiernistas y revolucionarios se entretienen en robarse reses o mulas de silla. En cambio vienen de las cálidas haciendas valeranas; de las sierras de Mendoza Fría, del Alto y Sabana Libre, mocetones robustos que con sus alpargatas y sus camisas de listado, se juntan ya con los tachirenses y merideños. En Valera firma Castro su famosa proclama del 17 de agosto en que reafirma su fé liberal y formula una peregrina y muy propia

definición del Liberalismo: "El partido liberal —dice— es el de las grandes conquistas; el partido que fundó el hijo del Carpintero de Belén en los valles de Palestina". Todo su romanticismo juvenil, el recuerdo de los folletines lacrimosos de Pérez Escrich, se acumula en la fraseología de la proclama. Pero acaso esa mistura arbitraria de Cristo y de Adám Smith, del "Sermón de la montaña" y de los editoriales de "El Venezolano", era oportunista y hábil en tan religiosas y tradicionales tierras.

En silencio que ya parece desidia o tibieza hacia el Presidente Andrade de parte de sus obligados defensores, don Cipriano entra a Carora el 22 de agosto, casi sin combatir. El 25 el río Tocuyo está crecido frente a la aldea de Parapara y allí se detienen los expedicionarios, mientras amenguan las aguas. En los alrededores del pueblo se estacionan las tropas del Presidente del Estado Lara, Torres Aular, que ha salido a detener a los andinos. Pero de modo inexplicable, las gentes de Torres Aular se dispersan a la primera gran carga que les envía el batallón "Junín", comandado por Emilio Fernández. Apenas duró un cuarto de hora la refriega, y Castro baja del cerrito donde la estaba presenciando, a incautarse de las 100 cargas de parque, máuseres, monedas para racionar la tropa y un cañón —el primero que caía en manos de los "restauradores"— abandonados por el muy presuroso Torres Aular. La astuta diplomacia de don Cipriano que logra pasar por los alrededores de Barquisimeto recibiendo apenas cortas granizadas de pólvora, se aprovechará también de los conflictos y discordia reinante en la regón larense. "Mochistas" y "liberales" disgustados todos con Andrade, reciben el estímulo del invasor para formar guerrillas en las serranías del Estado, mientras él continúa su marcha hacia el Centro. Dos batallones de jóvenes de la región, presididos por un soldado un tanto poeta que escribirá sus aventuras, Francisco Jiménez Arraiz, acuden a incorporársele en el pueblo de Cabudare. Y en cada otro lugar del camino —Yaritagua, Bo-

raure— comparecen nuevas gentes armadas y de a caballo, ganosas de seguir las peripecias del Ejército Liberal Restaurador. Comparece entre los "guapos" un cura trabucaire llamado Claudeville que a su rutina eclesiástica prefiere el gusto de salir con sus feligreses a probar la puntería.

En Nirgua hay que deternese porque allí se atrincheró a esperarle con más de mil doscientos hombres el General Rosendo Medina, de buena meroria entre los liberales de la cordillera andina. El combate se despliega entre la altura de "El Picacho" y las calles de la población. Con su obstinada cursilería el Dr. Guerrero dice que don Cipriano contempló a la fortificada Nirgua "como los antiguos cruzados saludaban a Jerusalém desde las alturas de Sión". Pero ya puede echar a tronar, por primera vez, el cañoncito capturado junto al río Tocuyo. Avanzan los soldados del "Batallón Junín" y del "23 de Mayo", a tomarse las banderas del enemigo. "El Ejército andino marchaba sobre la ciudad como una avalancha que rueda por las vertientes de los Alpes a estrellarse en la llanura", continúa diciendo el Dr. Guerrero. Acosado por los invasores, Medina distribuye su gente en grupos móviles que se esparraman por atajos y veredas. Y allí van soltando el suculento parque de muchos máuseres y miles de cápsulas. Ante la ofensiva continua de los invasores, ya se baten en retirada. Los soldados castristas se bañan ahora en las frescas aguas del río, remudan alpargatas y camisas en las bien abastecidas tiendas del pueblo. Hacendados temerosos vienen a convidar a Castro a grandes desayunos y terneras para la tropa. En la conservadora Nirgua hay mayoría "mochista" y Castro promete ser el libertador del gran cautivo. Su causa —explica a los vecinos— es la de "la concordia nacional". Torna a la vieja metáfora de Trujillo e insiste en que su Liberalismo quiere ser "como el que fundó el Carpintero de Galilea".

El camino de Bejuma a Tocuyito, ya en las doradas y calientes tierras carabobeñas, pasa por la "Pica de la Mona" que conduce al histórico campo de Carabobo. Don Cipriano aspira el olor a mastranto de los potreros próximos y se siente invadido de recuerdos heroicos. ¿No se parece esta campaña a la "admirable" de Bolívar en 1813?. Más de ochocientos kilómetros le separan ya de su Capacho natal. Como el Cid y Bolívar ha ido ganando la tierra al galope de su camallo. ¡Qué cerca parece ya Caracas si se compara con el territorio recorrido! ¡Cuán poco alebrestados han sido hasta ahora los defensores de Andrade! "Un momento más y ya veréis coronadas vuestras aspiraciones" era frase de usual coletilla en todas las proclamas de nuestros caudillos insurgentes. Pero en el ascenso a su "Tabor" —como escribe la prosa incontinente del Dr. Guerrero— aún debe sufrir la gran prueba de "Tocuyito". El Doctor le pinta con gesto de visionario, encaramado sobre una de las colinas que rodean la población y advirtiendo un como rumor lejano que le traen las brisas de la serranía. "Creo que Tocuyito se va a hacer célebre en la Historia patria" cuenta el rapsoda que predijo el gran descifrador de señales y horizontes. Y empiezan a bajar desde El Alto de Uslar hasta la sabana, desplegando las banderas amarillas y vomitando metralla, los 6 mil hombres de Antonio Fernández y Diego Bautista Ferrer. Personalmente odia a Fernández y tiene una antigua amistad con Ferrer. ¡Dos gallos que no caben en el mismo corral! —piensa con campesina malicia. Y vale la pena averiguar si ambos jefes luchan efectivamente por la "Constitucionalidad" del "pataruco" Andrade, o están tratando de asegurarse en esta hora de crisis de la República, un exclusivo destino personal.

Acaso en Tocuyito los soldados del gobierno que estrenaban sus piezas de artillería, fueron más valientes que los jefes. Antonio Fernández traía el lastimoso recuerdo de la derrota que Castro le infligió en Cordero. Diego Bautista Ferrer fué agasajado huésped del caudillo en la casa de Bellavista el año 95, y no parecía con demasiada voluntad de ex-

ponerlo todo por la causa de Andrade. Pocas semanas después (cuando Castro entre a Caracas) aparecerá en un banquete castrista brindando por la Restauración. La batalla, sinembargo, fué excepcionalmente sangrienta. Una mala metáfora de Guerrero describe a Castro como "el jinete eléctrico" y "como especie de proyectil disparado de una a otra parte para mantener la actividad, la fé y el valor". Nunca como ese instante jugó toda su vida a la fortuna. El cañoncito de Parapara ha derribado el reducto de la llamada "Casa Fuerte", a la entrada del pueblo, que es nido de ametralladoras y granadas enemigas. Ahora, por los paredones desgarrados, se deslizan legiones de hombres heridos, posesos de pánico. Y Cipriano va en su caballito de paso, flotante la chamarreta, repartiendo sus gentes y adelantándose a la estrategia de los generales enemigos. Miguelón Contreras vino a pedir más parque; hace ya una hora que su escuadrón está vaciando los fusiles frente a las líneas gobiernistas, y dice a su Jefe con palabras que recuerdan las del "Negro Primero" en Carabobo: —"General le digo adiós, porque me van a matar". Pocos minutos después, cae acribillado en la primera fila del combate. Castro ordena a su viejo corneta, Jesús Parra, "El Chavalo" que no cese de tocar carga. "Era mi mejor cortador", dice el caudillo como epitafio homérico al saber la muerte de Miguelón. Ahora se le ve por la sabana, casi diabólico, con la barba negra y la chamarreta blanca, saltando vallas, empujando a los lentos y a los remisos. Fué su mejor momento épico. Al dar un salto brusco, cae el jinete y sufre fuerte lujación de una pierna. Acuden los hombres a asistir a su General. Pero él está allí, apretando su dolor, asido a un matapalo, y reiterando las órdenes de carga: "¡Avance el "23 de Mayo"! ¡Que entre el batallón "Tovar"!. Ferrer y Fernández ordenan sorpresiva retirada. Afirma su victoria el "Ejército Restaurador" sobre más de un millar de cadáveres. Al caer la noche, Castro hace melancólica entrada triunfal al pueblo de Tocuyito sobre camilla de impedido. Sus oficiales cuentan los muertos y empiezan a recoger el parque.

Los días son de intrigas palaciegas y de rumores en la Capital y el Centro de la República. Nadie, ni él mismo, parece creer en el Presidente Andrade. El financista Matos, último representante del "amarillismo" ortodoxo en la tierra, va a conferenciar con el Presidente porque teme que éste, muy poco seguro de los viejos caudillos liberales, saque de la cárcel al Mocho Hernández y se arroje en brazos de los "mochistas" para defender su temblorosa legalidad. En los pueblos del Centro, El Mocho es un héroe, la cifra y el resumen de todas las añoranzas de Venezuela. Matos recuerda a Andrade en forma engolada y jactanciosa cómo debe su Presidencia a los liberales amarillos. ¡Qué horror —piensa Matos— si de toda esta convulsión nacional saliera el triunfo de los mochistas! ¿No serían ellos los vengadores de treinta años de estridente farsa liberal; los últimos enterradores del General Guzmán Blanco, el Dictador de la gran cinta amarilla, que ha fallecido en París en aquellos meses? ¿No peligrarían de alguna manera los intereses y la influencia del Señor Matos? El "Mocho" es nacionalista; el Señor Matos internacionalista. Su comida se la prepara un "chef" francés; en los Bancos de Europa, especialmente en el "Comptoir d'Escompte" de París, se habla de Matos como de uno de los más inteligentes hombres de negocios de la América del Sur. El Señor Matos es uno de los que comprenden la influencia benéfica que el capital extranjero podrá producir en esos atrasados países. Bajo la Presidencia de Crespo, el "Comptoir d'Escompte" ha mandado a decir al Jefe supremo de Venezuela que no iniciaría la arriesgada empresa de crear un Banco de emisión en Venezuela, si no se cuenta con el auxilio y dirección del Señor Matos. El se ha convertido con su inteligencia dúctil, con su capital sólido y amanerado refinamiento, en uno de los fiadores del crédito internacional de Venezuela. Es hombre institución. Cuando existe algún problema difícil en el Banco de Venezuela, el Directorio en masa se traslada a la casa del Señor Matos a impetrar sus luces. Es supremo augur, la última y más poderosa instancia del "alto comercio

de esta plaza". "Lo más importante en estos días es que el Mocho Hernández no cobre alas. Entre dos males, el menor, el más neutralizable; y acaso al Gobierno de Andrade le convenga parlamentar con Castro; escrutar sus intenciones".

Es cierto que el caudillo andino encontrará todavía en su marcha a Caracas el obstáculo del viejo guerrillero Luciano Mendoza en Los Teques, con 4 mil hombres del Gobierno. Pero Matos tiene poca confianza en Mendoza. "Es su táctica ofrecer sus servicios a los gobiernos que juzga perdidos, acaso esperando apoderarse de la nave en el momento del naufragio", dice un memorialista contemporáneo. Y pide a Andrade que lo autorice a tratar con aquel caudillo audacísimo y gritón que desde los Andes hasta Carabobo se ha venido llamando "El Restaurador". —Debe ser uno de esos provincianos ingenuos y de mal gusto, porque decir que el Liberalismo —que permite andar tan próspero al Señor Matos— fué fundado por el Carpintero de Belén en los valles de Galilea, es cuando menos una falta de medida. "Cet home lá, n'a pas de mesure" dice Matos, deleitándose en su bien modulada fórmula francesa. Se embarca en La Guaira, en buque de guerra, con honores de procónsul y por la vía de Puerto Cabello y el Palito, se dirije a la madriguera de Castro.

En Valencia se había creído que el propio Presidente Andrade llegaría a la capital carabobeña a dar batalla decisiva contra el invasor, y a falta de hotel digno para residencia presidencial, el señor Ramón Tello Mendoza ofreció su cómoda casa. De acuerdo con el gusto ornamental de esos días, estaba pintada al "oleo" con aquella profusión de flores y amorcillos que los decoradores italianos al servicio del General Crespo, pusieron de moda en los muros de Miraflores. Pero el Presidente Andrade no se decidió a llegar hasta Valencia, y pocos apostaban ya a su estabilidad presidencial. Contábase que paseando por los salones de la Casa Amarilla, junto a los grandes retratos heroicos o fiscalizadores —Falcón, Guzmán, Zamora— monologaba nervioso: "¡No tengo colaboración!". Y por un lado sentíase asediado por los grandes espadones del Liberalismo y por el otro de la contagiosa demagogia mochista. Ni el propio Luciano Mendoza que estaba

tan cerca, en Los Teques, parecía obedecerle bien. Y la intriga contra el Presidente parecía comenzar en el propio Consejo de Gobierno, en las barbas del primer consejero, General Víctor Rodríguez.

Tello Mendoza piensa cómo aprovechar políticamente su casa, arreglada con tanto lucimiento. Y toma una de esas decisiones audaces que resuelven un destino personal en Venezuela. La tarde del 16 de septiembre una carroza se detiene en la modesta morada de Tocuyito donde don Cipriano cuida su pierna herida. Bajan con elegante indumentaria y bastones, tres señores que dan sus nombres: Ramón Tello Mendoza, Manuel Corao, Dr. Julio Torres Cárdenas. Departen amablemente con el Jefe. Le presentan los saludos de la ilustre ciudad de Valencia. El señor Tello no permitirá que el "héroe de los Andes" permanezca —con peligro de su salud— en tan humilde alojamiento. Le ofrece su casa valenciana. Allí el General gozará de mejores y diligentes cuidados, y sobre todo (según la misteriosa terminología de don Ramón) "se pondrá en contacto con los elementos". Estos elementos —que debe conocer todo político nacional en trance de éxito— no son sólo el aire, la tierra y el fuego sino gentes de carne y hueso; nuevos doctores y generales, agricultores y capitalistas, personas que traen chismes y ofrecen malos y buenos consejos.

Junto a la pierna herida de don Cipriano, vela ya en la casa de Tello Mendoza, todo un Sanhedrín político valenciano. Las artes mágicas, las bandas y linlimentos del Dr. Benjamín Ruiz, gran brujo de la expedición, no han aliviado al Jefe y los valencianos le llevarán al Dr. José Rafael Revenga quien logra amortiguarle los dolores. Acude, asimismo, con su unción eclesiástica e invocando para el Caudillo los favores celestes, un sacerdote politiquero y adulador de futura y larga trayectoria en el castrismo: el Padre Arocha. Junto a la cama de El Cabito (ya se le llama asi, comparándolo con Napoleón) se trazan planes y analizan conjeturas. ¿No es la Revolución Liberal Restauradora —como Castro la ha definido en sus proclamas— la necesaria síntesis del viejo "amarillismo" con su poquito de "mochismo" moralizador? Quizás por obra de

don Cipriano se cumpla aquel último ideal de Bolívar de que "cesen los partidos y se consolide la Unión". Los criados sirven brandy a las visitas (don Ramón Tello está echando la casa por la ventana) y Castro con el gusto del buen "Hennessy" descubre cierto amargo ruso de nombre "Iwanita" que es excelente restaurador de las fuerzas biológicas, así como don Cipriano lo es de la política. (Incorporará tan exótico brevaje a la próxima lista de sus vicios y sus estimulantes).

Porque aun le sobra malicia andina — a pesar del agrado que le suscitan aquellos contertulios valencianos — el "hombre" ha hecho trasladar a su habitación al compadre Juan Vicente, víctima de unas calenturas cogidas acaso en Tocuyito. Bajo las almohadas, ambos compadres guardan sus grandes revólveres. Los oficiales tachirenses vigilan las puertas. Una mañana se anuncia la visita de Matos quien llega de Caracas como secreto plenipotenciario. El financista expresa que quiere hablar a sólas con el Caudillo. Pero éste, señalándole al hombrachón enfermo:

—Es Juan Vicente; es como hermano mío.

Y la proposición del financista es que Andrade y Castro se junten en una conferencia (Maracay sería el sitio estratégico) para poner fin a la guerra y ordenar la República. Pero aunque el hombre esté impedido y con la pierna llena de vendajes, y un Gobierno con verdaderos jefes y decisión aún pudiera derrotarlo y devolverlo a sus montañas del Táchira, contesta con violencia a Matos:

—...¡Que Andrade renuncie, primero! ¡Que se rinda a discreción!

Castro le parece a Matos un "ensimismado, un loco de atar", cabalgando en su idea fija. No se semeja a aquellos personajes dúctiles, dispuestos siempre a negociar que él había tratado en el "Comptoir d'Escompte", en los alfombrados hoteles de París o en las tertulias del "Club Venezuela". La desgracia del país —piensa para sí el banquero— es que no haya bastantes personajes tan cultivados, calculadores y sensatos como yo. Pero como conviene domar un poco a la bestia brava, demostrarle que no está en las cuestas del Zumbador, suspende la visita para reanudarla el día siguiente. Don

Cipriano pasó buena noche; restauró las fuerzas con su copa de amargo "Iwanita" y casi le entretiene ahora que Andrade acuda como Presidente vencido, a conferenciar con él en Maracay. —Llágalo venir, pues, le dice a Matos. Y con los mismos honores con que llegó (tren con bandera blanca, barco de guerra de Puerto Cabello a La Guaira) el banquero regresa a la Capital. En Puerto Cabello, al mando de la fortaleza, encontró un guerrero díscolo, con el más quisquilloso sentido del honor, especie de altivo paladín anacrónico quien no concibe que el Gobierno negocie o capitule sin mayor resistencia, ante las bandas montañesas. Se llama este hombre Antonio Paredes, y en aquellos días de traición e indignidad nacional, representa el decoro y la conciencia caballeresca. Será próximamente una de las víctimas de Castro y pasa con su virilidad inexorable, con su elegancia moral, con su nostalgia de una República más pura, entre la confusión y la corrupción de la época.

Los días que siguen entre fines de setiembre y mediados de octubre, son sucios, enmarañados e ilógicos como un capítulo de historia bizantina. Nunca —ni en los más anarquizados días de la guerra federal— hubo en el Gobierno de Venezuela mayor crisis de autoridad. Hay cálculo disfrazado de inercia y tontería; dislate vestido de traición. La Presidencia de Andrade comienza a hundirse en un tremedal de intrigas. Como las de un barón feudal, entre el Presidente y el revolucionario, se interponen las fuerzas de Luciano Mendoza acantonadas en La Victoria. El viejo guerrillero estaba esperando y calculando como cuando arrojaba los dados sobre una cobija para jugar al "paro" y "pinto" en las ferias aldeanas. Andrade —antes de conversar con Castro— quiere verse con Mendoza, pero éste no hace sino retardar la entrevista con los más nimios pretextos. El propio Castro ha delegado a su médico, el Dr. Revenga, para que vaya a Caracas y ausculte la opinión del Gobierno. Haciendo un juego doble, Mendoza no le deja pasar de La Victoria, pero al mismo tiempo escribe al caudillo revolucionario una nota de ridículas ceremonias y galimatías en que dice cosas tan peregrinas como esta: "Ni el Gobierno ni yo —escribe— desconocemos

los trámites de la guerra ni que el Derecho de Gentes hace parte de nuestra Legislación nacional". En nombre de ese "Derecho de Gentes" conferencian por telégrafo y después de viva voz, en San Mateo, otros oficiosos delegados de Castro y de Mendoza: el General Celestino Peraza que pocos días después será secretario de don Cipriano y el muy pintoresco Benjamín Ruiz, alias Bolívar. En el círculo de Andrade, el Ministro Fernando Arvelo se ha convertido en abogado de los "Mochistas" y propone al Presidente que liberte al Mocho y lo ponga a la cabeza del Ejército Nacional para vencer la revolución. Otros Ministros y Consejeros como el General Víctor Rodríguez prefieren pactar con Castro. Matos hace un segundo viaje de Plenipotenciario al campamento del Caudillo. Se repite de nuevo lo del "buque de guerra" y el "tren con bandera blanca". Ahora las circunstancias parecen ser más adversas a Andrade, y el negociador presenta un Proyecto de Tratado en que Presidente y Revolucionario pactarán de potencia a potencia. Entre refunfuños de Castro, Matos redactó las bases de la negociación según la cual se reuniría en la ciudad de Maracay "un Congreso de plenipotenciarios" nombrados de por mitad por el Presidente de la República y el Jefe de la Revolución. Ante ese Congreso, renunciaría Andrade y se elegiría un nuevo Jefe del Ejecutivo. Las tropas de uno y otro bando permanecerían en sus respectivas posiciones, pero se entregarían a la custodia de la Revolución todos los buques de la armada nacional surtos en La Guaira. A través del complejo articulado del documento que lee Matos, Don Cipriano quiere ganar tiempo y detener toda ofensiva armada del Gobierno. Ya él piensa que Andrade se está derribando. "Si se entrega demasiado a los viejos liberales que ahora parecen hablar por boca de Matos, se le sublevan los mochistas; si se apoya en éstos, cunde la insurgencia amarilla". Y como el "Mocho" es pieza de primera categoría en el juego político que se está cumpliendo, ya don Cipriano dice que él aspira al honor de abrir las puertas de la cárcel al

romántico paladín del "Nacionalismo". Sin saberlo y sin quererlo, ambos grupos trabajan a favor de aquellas fuerzas desarrapadas que en ese momento pasean su hambre y sus heridas por las calles de Valencia. Como se lo prometía su estrella —de que nunca dudó— don Cipriano se estaba convirtiendo en supremo árbitro y mediador de los destinos de Venezuela.

Matos ha regresado a Caracas y anuncia al viejo círculo "liberal" cómo por obra de su sutil diplomacia, él ha vencido al "Mocho" captándose a Castro. Desde Caracas viejos y avezados políticos —Andueza Palacio, Guillermo Tell Villegas, Víctor Rodríguez— envían al revolucionario andino tiernos mensajes de conciliación. Ya esperan tan finos maestros de la política criolla, domar las garras del hirsuto cóndor. Andueza Palacio se siente el viejo Mentor del joven y ambicioso Telémaco. ¡Tan fiel que me fué el 92! —dice el adiposo y grandilocuente Dr. Andueza— mientros termina de ingerir en el cenáculo del "Club Venezuela", su primera y matinal botella de brandy. Pero muchos cálculos se desbaratan, cuando en la mañana del 20 de octubre, nerviosos vecinos congregados en las esquinas de Caracas, comentan la sorpresiva noticia: ¡Andrade huyó la noche anterior, rumbo a La Guaira para tomar un barco que le conduce a las Antillas! El Presidente se auto-destierra. A la Casa Amarilla llegan en ese instante los Consejeros de Gobierno presididos por el General Víctor Rodríguez, a estudiar la situación. Todo se allana y resuelve para que Castro pueda entrar en Caracas.

"El Tiempo" que como todos los periódicos caraqueños había estado obligadamente mudo, dice en la edición de ese día: "Escribimos entre las manifestaciones de la multitud. De todos los partidos, de todas las clases sociales, de todos los gremios recibimos personas que vienen a buscar nuevas; a ex-

poner sus impresiones, a evidenciar que la crisis política ha llegado a su punto culminante. Las calles están colmadas de gente, especialmente las centrales, donde se disputan con avidez el boletín oficial: "Acéfalo como ha quedado el Ejecutivo Nacional por haberse separado inopinadamente del Distrito Federal el General Ignacio Andrade, sin llenar las prescripciones constitucionales, asumo la Presidencia de la República como Presidente que soy del Consejo de Gobierno". Y firma: Víctor Rodríguez.

Bajo grandes árboles —samanes y cotoperices—, por el más luminoso paisaje de Tierra Firme, empieza a moverse hacia Caracas el Ejército Liberal Restaurador. El tren se detiene en Maracay para que el jefe revolucionario y el anciano jefe gobiernista —Luciano Mendoza— se abracen y junten sus trompas. Lo que pudo ser una última batalla, terminaba en besamanos. En los pueblos del camino se improvisan arcos triunfales. Los famélicos maestros de Escuela acuden con sus alumnos endomingados con el dril más blanco, a vivear al caudillo. El hombre barbudo, de ojos negros y casi diabólicos, asoma la cabeza por la ventanilla y contesta los saludos. El camino está sembrado de sitios históricos que le avivan y enardecen sus juveniles lecturas de "Venezuela Heroica". ¡Allí está La Victoria; la ciudad del terrible sitio, donde los estudiantes de la Universidad de Caracas se inmolaron por la Libertad! Allí el trapiche y hacienda de San Mateo, evocando la hazaña de Ricaurte. Allí entre chaguaramos y cañaverales corre el río Tuy que en los días de la Independencia arrastraba la sangre de las víctimas de Boves. Y ya en torno suyo, algún cortesano insiste en la semejanza que guarda esta campaña con la de Bolívar. Con el esplendor de sus vegas y el nudo azul de sus montañas, enhiesta de árboles, envuelta toda en la húmeda verdura del mes de Octubre, la tierra venezolana (siempre violada, y virgen otra vez a cada primavera) se le ofrece al Caudillo en trance de posesión. A su lado se sentó el Compadre Juan Vicente Gómez: —Ya ve, don Cipriano, como todo le salió "con bien".

Un fragor como de proclama altisonante, fuego y soberbia de poder conquistado, fulgura en los ojos de Castro, mien-

tras los de su compadre —más fríos, replegados y calculadores— parecen inventariar las mejores haciendas del Valle que dentro de algunos años serán suyas, y piensa en las miles de reses que podrían engordarse en los ubérrimos potreros.

Pasado el pueblo de Tejerías, el trencito de vía angosta, empieza a subir todo un laberinto de túneles y cuestas.

IV — CARACAS

Con un diminuto París tropical comparaban los provincianos del 99 y algunos caraqueños apasionados de su dulce y angosto valle, a la pequeña ciudad de 80 a 90 mil habitantes que era la metrópoli de Venezuela. A pesar de las casas achatadas donde los viejos aleros coloniales se recortaban en platabandas y cornisas, y el viejo muro encalado y austero — un poco conventual — de la época española, se sustituía por zócalos y paneles pintados al aceite con abundancia de flores y ornamentos escenográficos, y el antiguo ladrillo de los pavimentos con piedras artificiales a la italiana, Caracas se había afrancesado un poco desde la época de Guzmán Blanco. Entre el 70 y el 88, tan pomposo Zar del Liberalismo acostumbró a los caraqueños a las elegantes temporadas de ópera con profusión de pieles, joyas y vestidos femeninos de larga cola; con coches tirados por parejas de caballos ingleses que aguardan a la puerta del Teatro Municipal; con tertulias de "foyer" en doradas sillas Luis XV o sobre "confidentes" de terciopelo y raso que pudo envidiar Madame de Recamier, al resplandor de grandes arañas de buen cristal bohemio o veneciano. El viejo hipódromo de Sabana Grande, a donde iban cada domingo arrellanadas sobre sus charolados landós las damas y petimetres de la época, les daba también a las familias pudientes la ilusión de un Longchamp o de un Empson sobre el que disparaba el señor Matos su impecable "jaquet" gris, su sombrero de copa y sus binóculos alemanes. Si el francesismo de Guzmán Blanco fué un poco a lo Luis XIV, porque el Caudillo a pesar de su jactancia era austero y estirado y prefería la solemnidad y el protocolo al libertinaje, las costumbres se relajaron mucho más a partir

del gobierno civil de Andueza, buen bebedor y decidido mujeriego. Al pié del romántico paseo del Calvario —el más fino regalo que Guzmán Blanco había hecho a la ciudad— se instalaron junto a las hetairas nacionales, otras venidas de Francia. Allí y en Puente Hierro, en la parte sur de la ciudad, se establecían "cafés cantantes" y "mabilles" donde los jóvenes partiquinos que tornaban de una fiesta de gran mundo se compensaban de los besos frustrados y de la última sed de champagne. Caracas comentó entre tolerante e irónicas sonrisas la viva inclinación del Dr. Andueza hacia una norteamericana, Maud, musa de las desenfadadas reuniones de la quinta de "Las Palomeras" y quien parecía desafiar a la rígida aristocracia no sólo por su belleza ("pelo terso y negro, cuerpo rosicler, galas de trajes y joyas", escribe Pedro-Emilio Coll) sino por sus cotidianos paseos en coche por los sitios más céntricos, y destacándose con fausto de reina desde el antepecho de un palco en el "Teatro Municipal". Otra artista de ópera, Olimpia Guercia, también estuvo embelesando viejos y nuevos galanteadores. Y una especie de pasión colectiva suscitada por la famosa y bella soprano Angelina Turconi Bruni hizo que cierta noche de beneficio en el teatro Caracas, cuando su coche —según los recuerdos de Coll— "era rodante cesta de flores", ancianos y mozos se precipitaron a arrastrarlo como si el entusiasmo y admiración les diera bríos de corceles. ¡Qué distintos ya estos espectáculos, con mucho de "triunfo" y mascarada renacentista, de la vida tediosa y rutinaria de las ciudades de provincia!

Jugadores y duelistas —a la manera de los mejores libertinos franceses— habían sido los refinados caraqueños en la década del 90 al 900. En casa de una aristocrática señora que lucía muy blasonados apellidos y que trajo aquella pasión de sus temporadas en Niza y Montecarlo, se hacían apuestas que pasaban de diez mil bolívares. Generales y senadores de la época hipotecaron o retrovendieron casas para cubrir semejantes deudas de "honor". Y junto a las grandes espadas de los viejos caudillos, un político convertido en "dandy" como el señor Silva Gandolphi, manejó su sable de esgrimista con la misma elegancia y altivez tribunicia de sus

intervenciones parlamentarias. Un joven intelectual — de aquellos que surgieron imbuidos de materialismo científico de la cátedra de Ernst — y que quería, al mismo tiempo, triunfar en el mundo, el Dr. José Gil Fortoul, alternaba sus estudios sociológicos e históricos, escribiendo un "Tratado de Esgrima".

La literatura joven parecía expresar el mismo estado de espíritu. Contra el purismo cauteloso de los viejos académicos, imitadores de las formas grandilocuentes del siglo XIX español, había surgido una generación inquieta y cosmopolita que traía al pié del Avila todas las deliscuecencias y crepusculares estados de espíritu del impresionismo y simbolismo europeo. Un sensacionismo nuevo, un mundo artificial y alucinante, una nueva clave plástica y musical para entender las palabras que ya no eran signos lógicos sino sugerencia poética, fué el aporte de esa generación en franca rebeldía contra la Academia. En vano don Julio Calcaño o don Felipe Tejera protestaban contra los "disparates" de los modernistas. Estos juraban por Mallarmé, por Rubén Darío y José Asunción Silva. Buscaban en el Arte un orgulloso y autónomo sistema de salvación. Si la vida criolla era tan áspera y desapacible, tan negada aún al refinamiento estético, ya ellos no saldrían en su rocinante de aventuras —como lo hicieron los románticos de 1860— a remediar el país, sino preferían escaparse o aislarse en la hermética heredad de sus sueños. Pedían a un General benévolo que los mandara de Cónsules a Europa. Querían conocer a Moréas y a Remy de Gourmont, a Barrés y a D'Annunzio. La vida cruel, bella y voluptuosa —como se decía en el lenguaje de la época— y esa "super-vida" que crea la obra de arte, eran el objeto de sus afanes. Otros acentuarán en la obra y el carácter (será el caso de Rufino Blanco Fombona) un bizarro y desafiante "condotierismo"; aspiran a ser los nuevos Benvenutos Cellini, artífices y pendencieros. Y desde las tertulias de "Cosmopolis" en 1895 donde se leía a Renán, hasta la de cierta botillería donde con voz grave y ademán sacerdotal, comentando los Eensayos de Wilde, José Austria hacía el elogio del verleniano ajenjo, aquel "frisson nouveau" contagiaba a las gentes jóvenes. Se

hacían agudos chistes y se juzgaba la vida nacional con elegante y calculado cinismo. De sus sesiones de Gabinete, camino de una peligrosa cita femenina, el ingeniero e ingenioso Ministro Alberto Smith llevaba su granito de ironía oficial al cónclave de los artistas y escritores. Aunque en los editoriales de los periódicos se hablara del Gobierno y de los asuntos nacionales en tono demasiado serio, una sonrisa disolvente parecía desinflar todas las cosas. Y varios Jorge Aurispa, diabólicos Des Esseintes o candidatos a Superhombres, paseaban su cultivada neurosis, su nihilismo moral o su radical exigencia estética, por los pequeños círculos de fablistanes caraqueños.

Había frente a la violencia y al poder arbitrario de los más fuertes o los más bárbaros, aquel resentimiento —ya definido por Nietzsche— de los antiguos señores, de las destruidas aristocracias que se quedaron con la Cultura cuando se necesitaba la Fuerza. Desde los terribles días de la Federación cuando la vieja "gente decente" perdió el poder político, Caracas veía llegar escépticamente las hordas triunfadoras de cada guerra civil. Nuevos nombres de Generales y Coroneles aparecían en las listas de la Gaceta Oficial. Nuevas casas para políticos que empiezan una carrera de influencias y peculado y se instalan en el barrio de Altagracia. Nuevos socios —a los que con peligro de cárcel se arrojaría un "bola negra"— para los clubes "Concordia" y "Venezuela". Miedo del pobre hombre civil que cuando no heredó hacienda ni pertenece al "alto comercio de esta plaza", debe planchar y limpiar esmeradamente su vieja levita y hacer que lo vean en las ceremonias oficiales. De tanto agacharse y saludar, le conservarán el "puestecito". Y la única válvula de escape es el chiste o el sobrenombre que sigilosamente, pero en vasta complicidad de secreto, el caraqueño aplica siempre a sus mandones. Otras veces el rencor se agudiza, se desahoga catárticamente en tumulto, y el pueblo se pone a cantar una canción de 1892:

Ya Venezuela no quiere guerra
porque esta tierra se va a acabar
generales, coroneles, sinvergüenzas
que no quieren trabajar.

Así, con la misma mezcla de recelo y escepticismo con que aguardó en 1863 a los "corianos" de Falcón, en 1868 a los "orientales" de Monagas y en 1892 a los "llaneros" de Crespo, Caracas aguarda en ese mes de octubre de 1899 a los "andinos" de Castro. "Corianos", orientales", "llaneros", "andinos", parecían patronímicos de invasores distantes, así como al final del mundo antiguo se hablaba de "godos" y "visigodos", de "suevos" y "burgundios". En la vastedad de un país tan mal comunicado que en ese momento apenas sobrepasa los dos millones de habitantes, cada región con sus peculiaridades climáticas, raciales y alimenticias parece engendrar sus propios tipos étnicos. El coriano es comedor de chivo salado, orejón, y frecuentemente braquicéfalo. El andino duplica las eses, chasquea y aspira con sonido de látigo las consonantes, y tiene habitualmente el "cráneo achatado". Cuando Ud. quiera distinguir inmediatamente un oriental y un andino póngales por delante un pavo y conmínelos a que lo nombren. El que diga "pissco", con dos eses muy subrayadas, habrá nacido, indudablemente, cerca del Páramo de la Negra. Con experimento parecido algunos caudillos orientales harán fusilar a varios soldados andinos en las guerras del 902.

Y mientras los caraqueños se entretienen en los rumores, cuentos y anécdotas que circulan cada noche en la plaza Bolívar, bajo los grandes arcos voltaicos, Castro avanza hacia Caracas. Algunos han leído la última de sus proclamas firmada en Valencia. "Ya nos acercamos al Capitolio —dice el caudillo—. Al trepar esa augusta altura, juremos proceder como hombres patriotas, como hombres civilizados, como hombres de bien". El final es bonito, pero ¿cuántos jefes de horda en las inumerables guerras civiles de Venezuela prometieron lo mismo?

Los periódicos de la capital no han podido informar al público sino de modo alusivo sobre lo que acontecia en las provincias durante esos meses de guerra. Apenas dicen que ha bajado el café y que se pronostica una cosecha menos abundante que la de 1898. En cambio, se exporta ganado desde los puertos orientales a las Antillas. Hasta que el Presidente Andrade se fuga del pais, la primera plana de un diario —con alardes de independencia como "El Tiempo"— se llena de avisos ingenuos e inofensivas páginas de versos. Se piden poemas a los viejos poetas académicos —don Julio Calcaño, don Heraclio Martín de la Guardia— o a los neo-románticos como Víctor Racamonde. Desde el fondo de sus sesenta años, don Julio aún canta a la musa imaginaria. Comienza la estación de lluvias, las nubladas tardes melancólicas, y al viejo escritor ya no le brotan los esperanzados y amorosos cantos de ayer:

Me pides versos cuando estoy más triste
que el triste cementerio,
y ansioso el corazón de luto viste
de la vida abismado, en el misterio.

Racamonde —tres décadas más jóven— expresa con sentidos más frescos y ardientes, el embriagante hechizo de la mujer:

Te he visto desde lejos... y eres bella
pues en tu juventud deslumbradora
hay algo que embalsama y que destella,
hay algo del perfume y de la estrella,
hay algo de la flor y de la aurora.

Las tarjetas postales —graciosa y cortés invención finisecular, símbolo de una época que si había inventado la concisión y rapidez del telégrafo, no acaba de despojarse aún de la galantería y el formalismo romántico— estaban de moda, y artistas y poetas comprimen un madrigal o trazan un dibujo significativo, en esta especie de billete iluminado, abierto y volandero. Pedro-Emilio Coll define en una tarjeta postal

—naturalmente— lo que puede llamarse el empleo artistico y sentimental de tan modernista invento. "Son como finas arañas de oro que tienden invisibles hilos entre el alma del artista y el corazón de mujer" escribe el joven y elegante prosador. Y de tanta popularidad disfrutan, que la fábrica de cigarrillos "La Hidalguía" obsequia a sus clientes como ofrenda publicitaria una colección de tarjetas postales y un lenguaje de las flores. Provistos de tales símbolos, los adolescentes ansiosos y las muchachas que esperan al novio tras de los barrotes de la ventana, convertirán a Caracas en una segunda y estremecida Verona. Para que busquen en las cajetillas la flor correspondiente, la fábrica "La Hidalguía" descifra en sus anuncios la esotérica significación. La caléndula expresa pena; el malabar, hermosura y talento; la azucena, majestad; la violeta, candor; la magnolia, simpatía.

Cuando en contradictoria atmósfera de traición, intriga y futileza, Caracas, sabe por fin, el 20 de octubre de 1899 que el Presidente Andrade se ha ido y que ocuparán la capital las fuerzas revolucionarias de Cipriano Castro, el Encargado del Ejecutivo, General Víctor Rodríguez, se afana en que la pequeña metrópoli no pierda su carácter afable y confiado. El triunfo del caudillo tachirense es asunto que debe resolver el Consejo de Gobierno en buen acuerdo con él, con el gobiernista Luciano Mendoza y con los "mochistas" Samuel Acosta y Luis Loreto Lima. A su manera, y capitalizando los enredos y traiciones de todos, estaba consumando Castro la "unión de la familia venezolana". Aun con su pierna enferma y sus tropas medio deshechas, por haber aparecido, precisamente, como el tercero en discordia, Castro era entonces el temporal unificador de rivalidades e intereses. ¿O era que por ser hombre nuevo, querían sólo aprovecharse de él los estadistas viejos, los grandes y miméticos camaleones de todos los regímenes fenecidos?

"Aquiétense los liberales porque don Cipriano llegará con bandera amarilla". Se informa que Celestino Peraza quien era secretario de Mendoza desempeñará la misma función cerca de Castro y Juan Francisco Castillo y Julio Sarría que se alzaron, simbólicamente, en Petare han prometido colaborar

con los andinos. Y aquiétense, también, los "nacionalistas" porque además de haberse incorporado Loreto Lima al Ejército insurgente, don Cipriano ha solicitado del Gobierno provisional que no saquen aún de la cárcel al "Mocho Hernández" para tener el gusto de abrirle en acto solemnísimo las rejas de la prisión. En menos de una semana de tan raros y palaciegos acontecimientos, el "Mocho" ha pasado de la calidad de preso peligroso a hombre casi ungido, y su celda —mientras ocurre el gran acto litúrgico de la liberación— se convierte en tertulia aristocrática y animado correveidile político. Allí llegan Pepe Herrera y otros socios del Club Venezuela a llevarle botellas de champagne; pavos trufados, agua de colonia y el mejor peluquero francés para que lo rasure y atavie como novio o primer comulgante, en su simbólico y conmovedor encuentro con Castro.

Conviene que el pueblo participe en la apoteosis, sin alborotar demasiado. A pesar de 30 años de falso liberalismo se le sigue tratando como un menor, se le quiere calmar con terneras asadas y "palos ensebados" porque no comprende aún todas las complejidades de la política. Los espectáculos públicos no se interrumpen, y para el propio día de la llegada de Castro el Circo Metropolitano anuncia gran función de variedades con el "fenómeno gastro-bronquial que practica juegos nunca vistos de estómago y garganta"; con la famosa prueba de las "argollas rusas ejecutadas por la notable trapecista infantil Dilia" y los "perros sabios" y los "juegos malabares" del aplaudido payaso Salpicón. La clásica retreta dominical que congrega en la Plaza Bolívar a las familias pobres y necesitadas de esparcimiento, y a los chismosos y conversadores que entre pieza y pieza cuentan las últimas anécdotas, también habrá de celebrarse y el maestro Leopoldo Sucre ofrece un popularísimo programa: la obertura de "El Caballo de Bronce"; una selección de la ópera "Gioconda"; aires escogidos de la zarzuela "La Marcha de Cádiz" y para finalizar, El Danubio Azul. (Pero al señor Feo que alquila las sillas en la plaza, le recomiendan no sacarlas aquella noche porque no sería extraño que ocurrieran algunos desórdenes). El día 22 "El Tiempo" abunda de noticias por lo parco

y cauteloso que estuvo en los dias anteriores. Desde Puerto España, Trinidad, el General Velutini se pone a las órdenes de Castro y habla ya de su "inmarcesible gloria militar que tiene por bandera las primitivas y gloriosas doctrinas del Partido Liberal". Un poeta poco conocido Arcadio Azuaje se ha acercado al periódico con una bella poesía "Homenaje al General Cipriano Castro" que no se publica entonces por falta de espacio, pero que el diario promete recoger en edición venidera. Azuaje quería "madrugarle" a los felicitadores caraqueños. El periódico anticipa sus saludos a los Generales J.M. Ortega Martínez y Raimundo Fonseca y a los señores doctores Martin J. Sanabria y Carlos A. Urbaneja quienes desde su destierro de Curazao tornan a la patria, acaso a servir en la causa restauradora. Es ya viejo de un mes, pero lo reproducen otros periódicos, el telegrama que el General Castro dirigió desde Maracay el 23 de setiembre a algunos de sus oficiales tachirenses para conmemorar el cuarto mes de la "extraordinaria campaña que abierta desde las márgenes del Táchira con sesenta soldados ha destrozado 20 mil enemigos en los memorables campos de la Popa, Tononó, El Zumbador, Las Pilas, San Cristóbal, Cordero, Tovar, Parapara, Nirgua y Tocuyito, encontrándose en una actitud vigorosa e imponente para tremolar en breve su bandera en el Capitolio Federal, como en época remota lo hiciera de igual manera el Ejército Patriota con el Libertador y Padre de la Patria a la cabeza". Y aquellos toponímicos extraños: Tononó, Las Pilas, Parapara, Tocuyito, habrán de repetirse en secuencia de letanía, como la corona de gozos y triunfos del nuevo Jefe. Ya hay los hombres de "El Zumbador y Tononó" que reclaman su derecho a que los premie la patria, como antes lo hacían los de Santa Inés, Quebrada Seca, Villa de Cura o Los Colorados.

Al atardecer del domingo 22 de octubre, los altos poderes públicos — el General Víctor Rodríguez y su provisorio Gabinete, el paramentado Arzobispo y curiosísimo gentío separado del grupo oficial por gran trinchera de machetes y de

máuseres— esperan al Jefe invicto en los andenes de la Estación de Palogrande. Afuera, alineándose en las estrechas calles, y como en esos bocetos que Arturo Michelena dibujara para el General Crespo, montan guardia con sus kepis franceses, todo un heteróclito conjunto de soldados venezolanos. Zambos de Barlovento con sus moradas jetas de caimito; otros altos, morenos y delgados como árabes del Antiguo Testamento; corianos de globulosa cabeza, orientales y larenses, varía la cosecha labriega de reclutas y razas fundidas que formaba el Ejército venezolano. Muchos civiles lucen en las solapas, acercándolos al corazón y a sus esperanzas, cucardas y minúsculos retratos de los Generales Cipriano Castro y José Manuel Hernández. Se han tocado los primeros acordes del Himno Nacional, y ya desciende del vagón apoyándose en dos muletas, el héroe de Tocuyito. Y mientras abraza a Rodríguez y a Andueza Palacio; mientras el Jefe del Ceremonial circula entre el grupo con su desusado uniforme y sombrero de plumas ("con su gallina en la mano", diría irónicamente Pedro-Emilio Coll) se aproximan a Castro para hacerse cargo de su pierna lujada los más conspicuos representantes de la ciencia médica venezolana: los doctores Santos Dominici, Acosta Ortiz, Luis Razetti, el muy politiquero doctor López Baralt. ¡Que los médicos le sanaran pronto, pues necesitaba demostrar a los veteranos del Partido Liberal amarillo que él quería gobernar sin muletas! Acosado de inclinaciones y ceremonias, sube a la carroza "a la Daumont" de cuatro caballos, en compañía del General Víctor Rodríguez. Caracas despliega a su paso arcos de flores en las esquinas y gentes que entre los empellones de la policía, pugnan por ver el bizarro cortejo. Desciende, por fin, entre reverberación de fusiles y banderas, sombreros que se agitan al aire y acordes del "Gloria al bravo pueblo", a las puertas de la Casa Amarilla.

Soldados y oficiales andinos que no alcanzaron a entrar al Palacio, se diseminan en la plaza, y el público caraqueño se entretiene en remedarles el extraño acento montañés:

—¿A dónde nos llevarán a comer, alas?

Se les reparte en los congestionados cuarteles; se les entrega el petate para dormir y el funche del rancho, pero mu-

chos de ellos —que no soñaban en otra cosa— se escapan en grupos por la ciudad, a robar cajas de sardinas y botellas de ron en las pulperías, o "armar" la fiesta en las casas alegres de San Juan o entre las turcas de Camino Nuevo. Al otro día, en los barrios peor reputados de la capital, de Caño Amarillo a Catia o de Horno Negro hasta el Monte de Piedad, habrá cuerpos tendidos al suelo durmiendo la borrachera, y mujeres que salen de los prostíbulos con grandes moretones en el rostro. Un diario tan circunspecto como "El Tiempo" comentará tales hechos esa misma semana: "Hay mucho individuo con revólver, espada y trabuco y su respectivo encabullado, metiéndole el judío al cuerpo a la gente pacífica".

Ya el hombre pequeñito, tan parecido a aquel Menelik de Abisinia, cuyo retrato publicara en esos mismos días la revista "El Cojo Ilustrado", aparece en uno de los balcones de la Casa Amarilla, dirigiendo su primera arenga a las masas. Anuncia que su gobierno será de "nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos". Promete laborar con "incansable tesón por vuestra felicidad". Y se torna sentimental, para concluir la corta oración, en tono de bambuco: "Si mis buenos propósitos se frustran y a pesar de todos mis esfuerzos no llego a satisfaceros, partiré cual peregrino a mi hogar, sintiendo únicamente no haber podido labrar vuestra dicha". Esto del "peregrino que regresa", del "bordón del peregrino" era tema manido de las canciones románticas colombianas, las que Castro oía a las orillas del Zulia y del Pamplonita, en la brisa de la noche, al son del tiple y del requinto, entre una doble fragancia de mastranto y de malabares. Siempre el peregrino está partiendo a "los celajes últimos del día". Y durante nueve años el país habrá de rogarle que no le abandone; que no empuñe jamás ese lacrimoso "cayado de peregrino".

A las nueve de la noche de ese mismo domingo 22 de octubre, entran en la Casa Amarilla, de frac y condecoraciones, los especialísimos invitados del banquete íntimo que ofrece al

Caudillo, el General Víctor Rodríguez. Se distinguen los viejos políticos — Andueza Palacio, Juan Francisco Castillo, General José Ignacio Pulido — y los nuevos (lo que se llamará el "circulo valenciano"): Tello Mendoza, Corao, Torres Cárdenas. En la mesa, adornada con orquídeas, luces el Menú con monograma de Cipriano Castro. Los invasores pasan la vista por aquellas palabras casi enigmàticas, escritas en letras doradas:

Potage créme d'asperges.
Jerez.
Poisson sauce mayonaise
Sauterne
Timbale de pigeonnau Lucullus.
Filet de boeuf á la Richelieu.
Choux fleurs, sauce Mousseline
Chateau Bon-Air.
Salade de saison.
Dinde rotie.
Gordon Rouge.
Glace vanille.
Patisserie.
Cafe. Liqueurs.

Termina el banquete bien rociado de "Gordon Rouge" y don Cipriano se traslada con reducido grupo de amigos a un saloncito íntimo. Le acompañan los que creyeron en él cuando fué diputado por el Táchira el 90 y cuando vino cargado de recelos y amenazas el 97. Mientras el omnipotente señor Matos aun sufre el rigor de aguardar en la antesala, comparece todo jadeante el gordo posadero Rendiles cuya fonda de la esquina de Carmelitas fué siempre amparo y puerto seguro de estudiantes, poetas pobres y conspiradores. Y después de abrazarse antiguo posadero y antiguo huésped, don Cipriano saca del bolsillo doce morocotas para saldar una deuda memorable:

—Me las prestaste cuando estaba en mala situación. Y ya ves como cumplí mi palabra.

Y cambiando el "tú" por el "vos", como lo hacen ciertos labriegos andinos cuando quieren hablar en mayor confianza y desahogada intimidad:

—Vos conocés estos capitalistas caraqueños. Recomendáme uno que sirva para Ministro de Hacienda.

Con pausada voz de hombre obeso, Rendiles empieza a enumerar los nombres de algunos conspicuos accionistas del Banco Caracas y del Banco Venezuela. Pero bruscamente le interrumpe el acucioso Tello Mendoza quien ha acudido con una copa de especialísimo brandy a congratular a su jefe.

—Yo no creo, General —dice Tello Mendoza— que Ud. necesite de ninguno de esos "chivatos". A Usted le hace falta como Ministro un amigo suyo, ante quien Usted no se ruborice cuando quiera pedirle cien mil pesos.

Y el declamatorio romanticismo de Castro ante la malicia del consejero, comienza a ser atraída por la desnuda y brutal impureza de los hechos. Durante todo su Gobierno se moverá en tan indisoluble dualidad: por una parte tiene sueños de gloria y grandeza, un patriotismo elemental y frenético y es capaz de gestos desinteresados e imprevisibles; por otra sus cuarenta años de estrechez labriega quieren ahitarse del desconocido festín de la vida. Y mira entonces fijamente a Tello Mendoza como en signo de complicidad. ¡Este hombre halagador y dócil será, precisamente, su Ministro de Hacienda! Y en cuanto al gordo Rendiles con su campechanería y humor cazurro, quedará incrustado entre los funcionarios de Secretaría. Nadie como Rendiles servirá de mejor aduanero de peticionarios y petardistas caraqueños.

Otra vez el romanticismo de don Cipriano se enciende, e inquiere si entre los ilustres caballeros que han venido a cumplimentarle, se encuentra don Eduardo Blanco. Desde que en los años mozos leyó "Venezuela Heroica" el nombre del gran rapsoda de la epopeya patria se trocó para él en mito inspirador, en espontáneo culto idolátrico. "Tu duca, tu signore, tu maestro" quisiera decirle como Dante a Virgilio. Sólo un hombre nacido para el "epos", sólo quien convierta la prosa de la vida en himno pindárico, podrá entender otro espíritu tumultuoso, ávido de gloria y acción como el suyo. Don

Eduardo Blanco: ¡he aquí un hombre capaz de comprenderle e interpretarlo! Y al hermoso viejo, barbado, atlético y gallardo como una estatua de Zeus; ex-edecán de Páez, albacea y testigo de otra generación titánica, habrán de ir a decirle que aquel caudillo pequeñito, nervioso y casi delirante, necesita verlo. Contar con don Eduardo será para Castro un buscado título de preeminencia. Era como si el vate de la Historia, el Homero y el Píndaro de Venezuela, le descorriese las puertas de la inmortalidad.

Al día siguiente — y siempre en actitud de "triunfo" renacentista o fiesta romana — será la solemne procesión que conduce al "Mocho" desde la Rotunda a la Casa Amarilla. Dramáticamente se abrazan Castro y el jefe nacionalista, sellando esas efímeras concordias de la "familia venezolana". Ambos se muestran al pueblo y reciben las ovaciones desde los balcones del Palacio. Se procede, después, a las 10 y media de la mañana, a la trasmisión de poderes. El General Víctor Rodríguez, dice muy sobriamente, y como quien traspasa a otro propietario una finca rural: "Tenemos el honor y grato placer de poner el gobierno de la República en manos del Jefe de la Revolución". Y don Cipriano volviendo sobre sus recuerdos y citas escolares de los días pamploneses: "Repito aquí las palabras de Fabricio: Primero puede desviarse el sol de su camino que Fabricio del camino del honor y del deber". Ya luce sobre su pecho la gran banda tricolor de los Presidentes de Venezuela; la que impregnó de magia, sumo poder y altanería un hombre como Guzmán Blanco. Se queda pensando, cuando después del acto oficial comienzan a circular las copas de champagne, en su casi milagroso destino. Narra que siendo muchacho de diez y seis años, se le ocurrió dirigir desde su lejano pueblo una pretenciosa y engolada epístola al General Guzmán Blanco. Con adolescente jactancia y los más esmerados perfiles de su letra inglesa, se permitía decirle al César omnipotente cual era la situación del Táchira, y qué esperaban los pueblos de la munificencia

del autócrata. Y durante dos o tres meses, cada vez que la mula del Correo entraba al pacífico pueblo de Capacho corría a la estafeta a averiguar si ya Guzmán Blanco le había contestado. Sus compañeros de juego y aventura conocían la historia y le hacían las más acres bromas: ¿cómo que no te contestó el Presidente? Pero a diferencia de aquellos otros muchachos que se quedaron de conuqueros o mayordomos de hacienda, ordeñando vacas o administrando pulperías, a él le acicateaba un destino ambicioso; una inconformidad y anhelo trágico que fué el que le condujo con obstinación y persistencia a la meta del Capitolio. Ahora le sirven edecanes y se da el lujo de tener esperando para recibir sus saludos, a las barbas financieras del señor Matos, a las muy doctas y maliciosas de políticos y académicos.

Los Ministros del Gabinete recién nombrados son todos —con excepción del lisonjero e inefable Tello Mendoza— personajes de sabia y escéptica veteranía en la administración y usufructo de la República; curtidos doctores y espadones del Sanhedrín Liberal. No representan, precisamente, los "nuevos hombres" de la proclama castrista. Son el Doctor Juan Francisco Castillo que como todos los abogados que no alcanzan a ser presidentes, concluye su carrera pública de Ministro de Relaciones Interiores; Andueza Palacio en Exteriores; el General José Ignacio Pulido en Guerra; el Ex-Consejero de Gobierno y Presidente de 48 horas, Víctor Rodríguez en Obras Públicas; el Dr. Manuel Clemente Urbaneja en Instrucción; Tello en Hacienda; y como cuña conservadora en medio de la "compactación amarilla", el "Mocho" Hernández en Fomento. El Secretario General es Celestino Peraza que pocas horas antes sirvió con Luciano Mendoza, y el Gobernador de Caracas Julio Sarría. Ningún andino, aún, en el cenáculo mayor del Gobierno. ¿Lo habremos captado y lo dirigiremos? debieron inquirir aquellas espadas y combinadores máximos de la Causa Liberal. Algunos de esos hombres se burlaron de él cuando llegó a los Congresos con su mal cortadas levitas de la Plaza de Táriba, con su retórica y declamaciones de escolar, y con aquella inoportuna amenaza hecha en el Congreso del 90 de que defendería sus palabras hasta con

las armas en la mano. Pero cuando se le mira bien hay en el hombre una torva e imperiosa pupila, y las barbas que se dirían simiescas y un tanto ridículas si se observan en un retrato inerte, parecen electrizadas y demoníacas cuando nos acercamos a su presencia. "El hombre tiene mando" dice el General Pulido a sus colegas de Gabinete. Y adoba la expresión, porque es personaje de lengua cuartelera y desconsiderada, con un violento venezolanismo.

Entretanto (sucede esto en todos los cambios políticos de Venezuela) se han reunido en grave concilio, los intelectuales. ¿Qué podían representar, los pobres, en un país cuyo setenta o más por ciento de población era analfabeto, y las ideas había que regalarlas como tesoro personal, exquisito e intransferible a la escasísima minoría que compraba los libros de Zumeta, de Díaz Rodríguez, de Gil Fortoul? Entre estos intelectuales jóvenes que ahora se han puesto a deliberar hay hombres de ciencia y de letras: Santos Dominici, Luis Razetti, Eduardo Calcaño Sánchez, Pablo Acosta Ortiz, Elías Rodríguez, Angel César Rivas, Elías Toro, Carlos Leon, Pedro-Emilio Coll, Félix Montes. Están meditando sobre el momento venezolano y anhelan llevar al General Castro su reflexión y bien intencionada utopía sobre el cambio político. ¿Se salvará o perecerá Venezuela?. Es lo que muchas generaciones se han preguntado cuando se alzó un cuartel o viene por los caminos de llano o de sierra un nuevo caudillo insurgente. Si Castro requiriese efectivamente de "nuevos hombres", allí habría encontrado más brillantes y diestros que los de su propio Gabinete. ¡Qué gran Ministro de Obras Públicas —en lugar de Rodríguez— hubiera sido Eduardo Calcaño Sánchez, y de Instrucción Coll o Rivas o Elías Toro; y dirigiendo la Higiene, Razetti, y en la Corte Suprema un Félix Montes! Algunos de ellos que eran, sin duda, los venezolanos más capaces de su generación, servirán después al régimen como segundones a los que se pide halago y lisonja más que competencia; otros que se resisten, probarán las cárceles. ¿No es este el eterno

"corsi e ricorsi" de todas las generaciones venezolanas? Pero a la luz de su lámpara nocturna, incorporando párrafos de rudo positivismo científico del Dr. Razetti, de conciencia histórica de Angel César Rivas, de Lógica de Eduardo Calcaño Sánchez, de idealismo estético de Pedro-Emilio Coll, estos jóvenes redactan su documento. Comienzan diciendo que "ya se columbra la portada majestuosa del siglo XX y que en la incansable peregrinación de los pueblos, Venezuela llega rezagada, exangüe, el pecho desgarrado por toda iniquidad y sedienta de justicia". ¿Es esto lo que prometían para la época los profetas de "L'Avenir de la Science"; los apologistas entusiastas de la civilización? debieron preguntarse dichos jóvenes. Y enuncian un largo y angustioso balance de agravios. "Los instrumentos de trabajo, mil veces arrebatados de las manos de nuestros padres, permanecen inmóviles en las nuestras y no logra fundarse la heredad sagrada que hace amar al suelo nativo. Las Ciencias, las Artes y las Letras apenas se posan e intentan un himno levantado, huyen como alondras azotadas por el cierzo. Vivimos como tribus nómades en persecusión de ideales que son hechos en pueblos más afortunados. Todavía resuena pavorosa la voz del Magistrado que niega al ciudadano todas las garantías y el viento arrastra aún por llanos y montes, los jirones de la Ley". Piden apenas al General Castro que la Ley no siga desgarrándose en manos de la violencia, y ante la larga crisis de la República creen que puede ser provechosa aquella consigna de "nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos".

Mas no hay sosiego en esos días para meditar como se merece, el manifiesto de "los intelectuales". El Caudillo — para seguir recibiendo el aura y la esperanza popular — ha salido a recorrer las calles en un fogoso caballo peruano que le ha regalado su amigo Juan Otáñez Maucó. Las gentes recuerdan las cabalgatas jactanciosas de Guzmán Blanco. El General Matos que desea jugar el papel de intermediario melifluo entre la alta Banca y lo que en un futuro libro de "Recuerdos" llamará las "hordas", le ha ofrecido un banquete en su casa, que ha superado en esplendidez al de la "Casa Amarilla". Se habla ya de la próxima venida a Caracas de doña

Zoila, la fiel Penépole, que dejó a su belicoso marido emprender las más arriesgadas campañas, mientras ella aguardaba con ansiedad en la vieja casa labriega; y para la recepción de la primera dama las señoras del alto mundo han encargado los más parisienses modelos de la "Compagnie Française". A pesar de la dura situación del país (pobreza en el erario, "murallas de carne humana tratando de cobrar en la Tesorería", según informa una nota de "El Tiempo"; caravanas de ex-soldados realengos que arrastran sus harapos por todos los caminos de Venezuela) las gentes que tienen influencia —para no perderla— y los que carecen de ella —para lograrla— se preparan para las próximas fiestas. No importa que —como lo dice también "El Tiempo"— "abunde la miseria y la usura prospere con la inicua retroventa"; no importa que "los frutos alcancen precios muy bajos". Siempre fué así, imprevisora y apuntando a los más azarosos golpes de suerte, la vida de Caracas.

El 28 de octubre —día onomástico de Bolívar— el General Castro después de la visita a los lugares oficiales; de su solemne meditación en el "Panteón Nacional" ante las cenizas del Héroe, quiso confundirse con el pueblo anónimo en la gran retreta de la Plaza. Partió de allí al "Teatro Caracas" para asistir a un acto de "La Dama de las Camelias"; seguidamente al Municipal donde la Compañía infantil le ofrece una función de gala, y mientras esta se desarrolla, entra un Edecán al aterciopelado palco trayéndole turbadoras noticias ¡El Mocho que pocas horas antes había jurado como Ministro de Fomento, se ha declarado en rebeldía contra el Gobierno! —¿Dónde está el "tuerto" Acosta, mi jefe del día? —pregunta Castro. Pero también Acosta ha marchado a acompañar al antiguo camarada en tan absurda aventura.

Recorrida de cuarteles en la fría madrugada. El "Mocho" y Samuel Acosta son tan obstinadamente estúpidos que en vez de dar el "golpe seco" y sorprender a Castro en su retreta o función de teatro, toman con poco más de mil hombres el camino que por el Valle y los Altos se junta con el de Aragua y los Llanos. Estaban cerca del Gobierno, pero preferían internarse en la más hispida inmensidad de Venezuela.

El "Mocho" no concebía revolución sin largo tributo y degüello de reses llaneras. "Dígale al amigo Hernández Ron que necesito quinientas reses" era siempre su mejor consigna estratégica. Como un mal hoplita de la Ilíada, la guerra comenzaba para él en hecatombe; en arreo y sacrificio de rebaños para que sus soldados tuvieran fuerte y enardecedor sustento. Y don Cipriano que como en todos los momentos difíciles se ha puesto el jipijapa y ajustado el revólver para recorrer las guarniciones de Caracas, se siente seguro con estos miles de hombres que están limpiando pacíficamente sus fusiles y echándole creolina a sus gallos en las sucias y atiborradas casernas caraqueñas del 99. Parece una manera providencial de dar ocupación y oportunidades a tantos andinos que ahoran reclaman su derecho al botín y los despojos restauradores. No importa que acompañando al Mocho se alcen después pequeños caudillos como Pilar Medina en Coro y Loreto Lima, José Rafael Luque, Gordils y Garmendia en Aragua, Carabobo, Guárico, Cojedes, Portuguesa y Yaracuy. Del lado de Castro están por el momento los más jefes como Ramón Guerra, Víctor Rodríguez, Riera, Sarría, Ramón Ayala. Cuenta con su Estado Mayor de Generales tachirenses y trujillanos. Y conteniendo sus escrúpulos, piensa abrirse a "mandarriazos" —como diría Andueza Palacio— la caja fuerte del Banco de Venezuela. El Mocho será vencido, en su absurda diáspora de sierras y sabanas: de San Casimiro a El Tinaco, de allí a las montañas de Carabobo, por las fuerzas que comanda el andino José Antonio Dávila, seis meses después.

Y habrá entonces uno de esos desfiles de estilo romano y cesáreo que apasionan al Restaurador. Del mismo modo que antes le mostró la ciudad en paseo jubiloso, ahora el Mocho la atravesará en procesión de afrenta, hasta que le reciba en las puertas de La Rotunda —como un San Pedro infernal— el eterno jefe de policía Hipólito Acosta. (Hipólito Acosta era el necesario y redomado Fouché de todos los Presidentes que se habían sucedido desde Guzmán Blanco. Su astucia y carceril sabiduría eran columna de todo régimen. Con gran objetividad en su oficio, prendía hoy a los que adoró ayer o

viceversa. Su traje gris y su sonrisa gris se deslizaban cortando fríamente, casi quirúrgicamente, las menores delaciones. En tiempos de suma indignidad los periodistas que alguna vez esperaban caer en sus manos, escribían crónicas en su elogio, buscaban aspectos tiernos o risueños de su vida, para que en el instante de la prisión o el denuncio, el dogal les resultase blando). Y como en tantos otros episodios de su existencia de guerrillero, el "Mocho" vuelve a encontrar su conocido jarro de peltre aportillado y su pimpina de agua que es lo mejor que se le ofrece a los presos cuando tienen vieja amistad con el carcelero. La biografía del "Mocho", enigmática mezcla de torpeza, disparado sueño y aventura, Edipo de una República quimérica que jamás se realizó, es una serie interminable de derrotas y entradas y salidas de la cárcel. Por qué le acompaña la gente cuando sabe que no ganó ninguna batalla; que habla y escribe tonterías, que no tiene ideas claras sobre ningún problema; por que encuentra grupos de doctores que en Valencia, Guayana o Mérida están siempre suspirando y sufriendo carcelazos a causa de sus equivocaciones, es uno de los mitos más intrincados y significativos de nuestra Historia de hace cincuenta años. Pero bajo el liquilique blanco de este hombre sobrio y austero, compañero de estudiantes en pensiones pobres, impulsado por una especie de voluntad trágica; descontento en sus mínimos instantes de fortuna, se expresaba un curioso símbolo de insatisfacción y frustración venezolana. Fué a su modo una especie de Cristo popular en el que muchos pusieron fé, y otros le restregaron la esponja untada de hiel y vinagre.

V — NUEVOS PROCEDIMIENTOS

El General Castro quisiera iniciar, acaso sinceramente, los "nuevos procedimientos" de que habló en sus proclamas y en que tanto confían los jóvenes intelectuales. Pero en este duro, áspero y hambreado país todos son problemas y zozobras. A la fuga de "El Mocho" siguió en octubre y noviembre del 99 la altanera y desafiante actitud de Antonio Paredes. Frente a todos los tránsfugas y traidores que abrieron el paso al caudillo andino; frente a los adversarios de ayer, que ahora —a ejemplo del General Diego Bautista Ferrer— pronuncian brindis y discursos en su alabanza Paredes está dispuesto a jugarse un peligroso y romántico destino de Bayardo. Quiere ser el caballero sin tacha; el último mosquetero que desafía con su lealtad a los generales que "se pasaron". Si Ignacio Andrade no tuvo resistencia y coraje para defender su función constitucional, ahora hay un hombre en Puerto Cabello sosteniendo el último baluarte. Curiosa y nobilísima, aunque todos la llamen muy poco política, la personalidad de Paredes. Siente como ninguno de los militares venezolanos de su época, la responsabilidad de un linaje arraigado en Venezuela desde que Diego García de Paredes — pariente de los vencedores de Pavía — fundó en un valle andino la ciudad de Trujillo, y reverdecido con los laureles que el heroico General José de la Cruz Paredes ganara en tierras de los Incas en los días de Junín y de Ayacucho. El joven Antonio, de apuesta elegancia viril, modelo —si lo hubiera querido— del mejor "galantuomo" caraqueño de fines del siglo, esgrimista consumado, hombre estudioso que lee en el propio idioma y los comentará en un futuro "Diario de prisión" los clásicos de Inglaterra y de Francia, pretende ser el paradigma de una Vene-

zuela altiva, de despierta dignidad moral, ante lo que él llama una nueva invasión de bárbaros. En el libro que después escribirá, dice a cada paso que la generosidad, el arrojo y desinterés de sus ascendientes orientan su conducta a través de las turbulencias de la República. Se le considera un poco Quijote, personaje difícil para aceptar las razones prácticas, en un mundo de viejos caudillos que engordan y que a través de Castro se preparan a gozar de las mismas preeminencias de que disfrutaron en tiempos de Crespo y de Andrade. En vano el Presidente depuesto le mandó decir que era ya inútil toda resistencia. Castro entró a Caracas; organizó Gobierno, pero aún Antonio Paredes continúa atrincherado en el castillo de Puerto Cabello sin entregar la plaza. Hay en él un orgullo y quisquillosidad que llega hasta la desesperación, ansioso de que no se le confunda con los oportunistas y traidores. Cuando todos ceden y se acomodan, parece insistir en que su naturaleza se hizo de metal más incorruptible. Como todos los "Bayardos", los que llevan al último extremo su soberbia y su dignidad ética, será incómodo para sus propios compañeros. El presuntuoso Señor Matos ya había sido víctima de las explosiones morales y de la cólera casi sagrada de Paredes cuando llegara, todo melifuo, por vía de Puerto Cabello, a negociar con don Cipriano.

Desde Caracas Castro le envió una comisión encargada de discutir con él la entrega de la plaza. Al principio Paredes no se niega a iniciar el trato, pero descubre el 7 de noviembre que uno de los comisionados es aquel dudoso Benjamín Ruiz o Bolívar, aventurero colombiano que ha llegado ya a General y Doctor en las huestes castristas. ¡Y esto es demasiado deshonor para un Paredes! Es una injuria a la nacionalidad venezolana. En telegrama del 7 dirigido a don Cipriano, Paredes anuncia que "Ruiz o Bolívar quedará aquí arrestado mientras el Presidente de Colombia a quien he telegrafiado, me informe cual es su verdadero nombre, y si es de aquel país el sujeto a que me refiero, pues no toleraré jamás que ningún extranjero se mezcle en los asuntos políticos y militares de mi patria". Termina el mensaje amenazando a Castro que si no deroga el decreto que declaró ce-

rrado a Puerto Cabello y "no toma de acuerdo conmigo, medidas para que se restablezca el tráfico entre esta ciudad y Valencia, por ferrocarril, pondré a Ruiz o Bolívar a disposición del Gobierno de Colombia". Si las tropas de Castro disparan un tiro "contra la plaza" pasaré por las armas a Ruiz o Bolívar sin fórmula de juicio". A semejante desafío Castro contesta ordenando el asalto del castillo y anunciando a los cónsules extranjeros residentes en el puerto, el próximo bloqueo. Entre el 8 y el 10 de noviembre Paredes sigue dirigiendo a Castro telegramas que parecen retos medioevales, invitaciones a luchar cuerpo a cuerpo. "Si no viene es Ud. un cobarde — le dice el 8 —. Lo espero para probarle que mataré o pondré fuera de combate a los que osen entrar. Estoy seguro que Ud. personalmente no vendrá porque sabe que aquí encontrará la muerte". Y el día 10: "Me dejó Ud. esperando. ¿Por qué no vino? Es Ud. un cobarde. Reúna diez ejércitos como el que tiene y véngase para acabar de una vez con Ud. y todos los badulaques que le acompañan".

Castro responde con todas las fuerzas de infantería y artillería que llevan los Generales Ramón Guerra y Julio Sarria. Y después de 13 horas de combate, agotados ya los cartuchos de los defensores, el Gobierno se apodera de la fortaleza. Paredes es hecho preso mientras intenta fugarse, y se le trae a La Rotunda de Caracas para enviarle después al húmedo y colonial presidio de San Carlos en el golfo de Maracaibo. Allí escribirá el libro "Diario de mi prisión en San Carlos", menudo memorial de cautiverio político en los primeros años del castrismo. Y acaso porque entre el aristócrata Paredes y el plebeyo Cipriano Castro había más de un rasgo psicológico común: coraje a toda prueba, quijotismo y jactancia, se forjó entre ambos enemistad y odio inexorable. A Paredes, cegado ya por su idea fija, Castro siempre ha de parecerle un simple "parvenu de la barbarie". En cuanto a don Cipriano no ha de perdonar, tampoco, las injurias del rebelde de Puerto Cabello. Cuando en 1902, a causa del conflicto internacional que origina una amnistía de prisioneros políticos, Paredes es libertado, se escapa a Curazao y de allí a Trinidad. Detesta a Matos, pero preferirá participar en la revolución libertado-

ra antes de tolerar a Castro. Y ese odio de años ha de conducirle a la tragedia de su inmolación, en 1907. Para el Castro del tiempo que ha a venir, lisonjeado por todos, megalómano sin freno, Tiberio a quienes sus cortesanos convirtieron en libertino, Paredes aparecerá como el testimonio de una conciencia implacable. Y con el riñón supurándole, en un momento en que la cohorte lisonjera se ha reunido a esperar su agonía, entre los fantasmas de la fiebre, cuando le vienen a decir que el tenaz enemigo ha caído prisionero en su aventura de invadir la Guayana, Castro no vacilará en ordenar su asesinato. Se inclina sobre la almohada, y entra en coma soñoliento, como quien se descargó de una obcecación. Los cortesanos que están en la casa de Macuto — como los de Tiberio en Capri — se preguntarían en aquel terrible día de 1907 cuál habría de morir primero. Será el momento más lúgubre del castrismo; el desenlace de un drama en que luchaban acaso, las dos voluntades más fuertes, más trágicamente desasosegadas, de la Venezuela de comienzos del siglo.

Pero tornemos a la ordenada cronología. Los "nuevos procedimientos" se hacen difíciles en medio de la terrible complejidad del ambiente: cómo racionar bien esas muchedumbres armadas que se incorporaron a la revolución y han salido a perseguir al Mocho; cómo satisfacer en un país agotado, los anhelos de todos los que quieren acomodarse en la nueva situación pues no hay casi industria u oficio que los absorba. Con el buen ánimo de servir y conocer a todo el mundo el Caudillo vencedor — por mano de su secretario Torres Cárdenas quien reemplazó a Celestino Peraza, después de la fuga del Mocho — ha hecho publicar un aviso en los periódicos ofreciendo recibir a todos los amigos, en la Casa Amarilla, de 8 a 10 de la noche. Y el viejo caserón colonial apenas revocado y vestido de nuevos emblemas por noventa años de azarosa República, ve desfilar en esas horas toda una legión de solicitantes. Cada General que acude a ofrecerle indiscriminadamente su prestigio, tiene sus propios oficiales que

presenta y pone a la orden para cualquiera emergencia. Hay los jóvenes andinos que siguieron la campaña desde Tononó y Las Pilas hasta Tocuyito y que no se resingan a recorrer sin oficio ni prebenda, las aceras de la capital. Hay aquellos jóvenes intelectuales que le ha prestado Eloy G. González; colaboradores de "El Cojo Ilustrado", hábiles para decir y escribir frases elocuentes quienes como Rafael Cabrera Malo llegarán a Ministros dentro de pocos meses.

En compañía del astuto Dr. Juan Fco. Castillo, don Cipriano observa el mapa de Venezuela y va distribuyendo Jefes civiles para Guarenas o El Tinaco; administradores de Aduana para Carúpano y Porlamar. Cualquier mal poeta o coronel es expedido en una "comisión del servicio público". La Tesorería tiene que pagar curiosas cuentas como las de la sastrería Velardi y Yanez que han vestido a la moda a algunos de los más rudos oficiales tachirenses. Y quien no alcanzó un puesto o se siente nulificado por aciaga influencia, manda un venenoso anónimo de calumnia o delación. Son tantos los que llegan a la Casa de Gobierno, que el Secretario Torres Cárdenas hace publicar en todos los diarios, a partir del 18 de noviembre, un significativo aviso: "En vista de los constantes anónimos que contra servidores públicos se reciben en esta Secretaría, se hace constar que el Jefe del Gobierno no lee ni aprecia informaciones que si son amigas no tienen la franqueza del deber, y si son adversarias carecen de imparcialidad".

La prensa, según Castro —¿qué aprendiz de dictador no dijo lo mismo?— no contribuye tampoco a pacificar la República. Y el 4 de noviembre ya dirigió a la redacción del diario "El Pregonero" que ha publicado una serie de artículos titulados "El incensario y alerta", una carta entre consejera y regañona. Don Cipriano respeta la prensa, pero también le pide mayor cautela y ecuanimidad. Y "El Tiempo" de los Pumar, el venerable periódico que goza fama de mochista. se ha visto en situación peor a partir del 19 de noviembre. En dicho día el terrible Hipólito Acosta se lleva presos a los propietarios Fernando y Carlos Pumar. Un redactor —Pedro Manuel Ruiz que morirá veinte años después en las cárceles

de Gómez— se hace cargo de la dirección y escribe una fuerte nota editorial protestando por el atropello. Lo encarcelan inmediatamente. Y el día 21 sale en la página dedicada al artículo de fondo, un aviso que advierte que "encontrándose en completa acefalía la dirección de este diario como Gerente tipógrafo de él, me encargo de la dirección". Agrega: "este periódico no se ocupará absolutamente de la política del país". Firma el remitido Gregorio Martínez M.

Las restricciones a "El Tiempo" han de destacar a un semi habilidoso personaje a quien le debemos pintorescas anécdotas del castrismo: Carlos Benito Figueredo. Con el pseudónimo de Abigail Castillo firmaba Figueredo una sección de crónicas ligeras —columna muy leida— en que apuntaba con humor las cosas más salientes de la pequeña metrópoli. Pero el miedo saludable a su profesión de periodista, le hace buscar puesto más cómodo en la Secretaría presidencial. Desde ese buen observatorio anotará hasta 1905 los detalles de la vida de don Cipriano que reúne en su libro "Presidenciales".

Ciertas confidencias hechas a Figueredo fijan la tónica espiritual del Caudillo en aquellos días. La primera cuestión era conseguir dinero ya que Tello Mendoza — el peregrino Ministro de Hacienda cuyas teorías fiscales no distinguían los dineros del Estado de los del Presidente — encontró una desguarnecida caja fiscal. Castro piensa que el empréstito forzoso que podría imponerse a los capitalistas "deben cubrirlo primero los revolucionarios, pues de ese modo se impide que el dinero vaya a poder de Hernández; luego los Bancos que deben estar a las verdes y a las maduras, y después los amigos que puedan ayudarnos y que creo no se negarán al triunfo de la causa". Y como tales medidas violentas obligarán, sin duda a algunas prisiones confía al anecdótico Figueredo su peculiar teoría del presidio político: "Hay que justificar las prisiones no soltando al preso inmediatamente".

Contra el envidiado y envidiable don Manuel Antonio Matos — el hombre más rico de Venezuela — se dispara de inmediato la ofensiva económica. En vano el Señor Matos quiso domar las furiosas Ménades de la Restauración con aquel gran

banquete en que don Cipriano conoció por primera vez el caviar, y criados de librea vaciaban el vino en los más tintineantes cristales. Pocos dias después del banquete —y cuando ya Matos ha conseguido que los Bancos faciliten al Gobierno medio millón de bolívares para las gastos más urgentes— se le invita a una conferencia en que acompañan a Castro los miembros del Gabinete. Se requiere más dinero y el señor Matos y los directores del Banco de Venezuela deben sugerir los arbitrios. Con su énfasis de siempre, Matos toma la palabra y se atreve a decir (eterno complejo de Presidente frustrado) que antes de que el capital se comprometa en mayores créditos parecía necesario conocer los planes hacendísticos del Gobierno, y cómo se regularizaría la marcha de los ingresos fiscales. A título de amigo, solamente, el Señor Matos apenas aconsejaría al General Castro una suscripción de 500 a 600 mil bolívares entre partidarios de la causa y personas interesadas en "la estabilidad del orden" que coticen alrededor de cinco mil bolívares cada uno. La cuestión consiste en ponerse a buscar en todo el territorio venezolano esos cien o más amigos del orden. ¡Y como siempre don Manuel vierte lágrimas de cocodrilo sobre el malestar de la agricultura, el mal precio de los frutos, la catastrófica situación del crédito! Las palabras del financiero encolerizan al sanguíneo y obeso Dr. Andueza Palacio que lanza, con aprobación del Caudillo, la ejecutivista frase: —¡Si el Gobierno necesita dinero y los bancos no quieren darlo, habrá que abrir las bóvedas y cajas fuertes a golpes de mandarria!—. Y el señor Matos que no quiere contestar esas palabras tan descorteses, con toda gentileza mira su reloj de oro, alega un pretexto familiar y pide permiso para retirarse. Junto al mar de Macuto, en la vieja casa de los Guzmán, a la sombra de los uveros, va a reponerse de estos nuevos agravios de la política. Medidas de semejante naturaleza alejarán de Venezuela a los inversionistas que tanto requiere el país para su incremento. Escribe desde allí una carta a don Cipriano "carta de un amigo sincero, por el aprecio personal que le profesa y por amor a nuestra causa común". Se trata tan solo de que don Cipriano medite y no tome medidas extremas.

Pero para contestar a Matos la retórica de Castro se yergue en crispado trance épico. El Señor Matos acaso no comprende que después de las batallas armadas, la Causa Liberal está librando nuevos combates civilizadores, y que si aquellas necesitaron las espadas de los guerreros, estos requieren la patriótica y comprensiva munificencia de los comerciantes. Castro necesita "el concurso espontáneo y decidido del amigo de Causa" y le es indispensable para que "sirva de estímulo y ejemplo entre amigos y enemigos". Junto con la carta de Castro llegan hasta lo que Matos consideraba su Arcadia marítima, otras de colegas caraqueños en finanzas que le comunican el 5 de enero de 1900: "El personal del Banco Caracas está preso y el Presidente y Secretario del Venezuela. Este último está de junta de médicos. A Echeverría lo "rodaron" hoy, y acaban de decirme que don W. Guzmán ha suscrito cuarenta mil bolívares".

Con solemne ampulosidad — en que se ve la prosa de un consejero o secretario, pues el estilo del Señor Matos es mucho menos perfecto — replica al Jefe en otra carta del día 6. Hay algo de cómica lisonja en la desesperada defensa que hace de su bolsillo. "Venezuela entera —dice a Don Cipriano— le ha visto venir a Ud. desde el Táchira hasta Caracas, respetando con severidad inusitada vidas y propiedades, hasta el punto de que en las poblaciones se deseaba que Ud. las invadiese para que protegiera los bienes que tropas contrarias arrebataban y destruían. ¿Cómo creer Venezuela, ni menos yo —que le he tratado a Ud.— que sea Ud. el autor de esas medidas atentatorias?".

Ya Castro no responde a este mensaje, pero manda decir al Señor Matos que acuda a verle en Caracas. Y cuando con su macferland gris y su sombrero inglés, desciende de la estación del Ferrocarril, en Caño Amarillo, le están esperando en los andenes, los sabuesos de Hipólito Acosta. Para domeñar su soberbia, el señor Matos es internado en "El Tigrito", el más fétido calabozo de la Rotunda. Y varios días después, entre dos hileras de soldados, sacan a los banqueros del presidio y los hacen recorrer a pié — para que todo Caracas los vea — las largas y populosas calles que median entre la pri-

sión y el Ferrocarril inglés. Circulaba la noticia de que los mandarían a las bóvedas de San Carlos, pero sólo se trataba de una procesión bufa. Don Bernardo Lassére, Presidente de la Junta Directiva del Banco de Venezuela, meditó bastante en sus horas de presidio, y accedió a que la Institución prestara al Gobierno el dinero pedido.

Ahora todos recobraban de nuevo la libertad, y don Cipriano hace una visita de cortesía a los Bancos como para borrar cualquier agravio. En esas curiosas relaciones suyas con la Economía Nacional en que pasará de la violación al halago, tres años después dará una de las más lujosas fiestas de su gobierno en homenaje a la directiva de los "Bancos de Venezuela y Caracas". Serán sus huéspedes los prisioneros de ayer. Extrema tanto la nota que la crónica de este baile, destinado a festejar las nupcias del Poder con el Comercio "honrado", será escrita y recojida para la inmortalidad por un poeta de corte. Un lujoso volumen impreso en el mejor papel y los mejores tipos de Herrera Irigoyen, reunirá para la Historia las "impresiones artísticas" de suceso tan memorable.

En cuanto al señor Matos, que ha visto perder su preeminencia con el caudillo andino, empieza a recibir en los meses que siguen extrañas y tentadoras visitas. A su experiencia de hombre de negocios piden consejo el Ministro de los Estados Unidos Mr. Loomis; los jefes de tres compañías extranjeras tan importantes como The New York and Bermudez Company, The Orinoco Corporation y The Orinoco Shipping Company. Además un novelesco personaje A. F. Jaurett quien envía secretamente, por la vía de Curazao, curiosos informes sobre la situación venezolana a la prensa de los Estados Unidos. ¿Se prepara una revolución? Acaso. Y en el secreto pensamiento del Señor Matos — como hemos de verlo después — se afirma la creencia de que bajo una Administración semejante no hay garantía alguna para el capital nacional y foráneo, ni lícito halago a los inversionistas.

También los Gobiernos extranjeros empezarán en el año 1900 su larga querella de reclamaciones por los abusos y tributos de la Revolución. La deuda pública que ya asciende a ciento ochenta y nueve millones quinientos setenta y ocho mil bolívares agregará nuevas cifras de acreencia a la próxima bancarrota nacional. Empiezan a bloquear las oficinas del Ministro de Relaciones Exteriores y a dar trabajo a los traductores las notas de las legaciones — de la Imperial Alemana, de la Gran Bretaña, de Italia, de Holanda — que incluyen los minuciosos débitos de sus súbditos y compañías.

Cuando iba a "restaurar" el país y a cumplir aquel alegre programa soñado bajo las palmeras y guadales de Bella Vista ocurren tantos contratiempos — pensaría melancólicamente don Cipriano. Y prolongar el estado de emergencia pública y retardar todavía la normalidad constitucional, le parece un imperativo de los sucesos. Aunque ya esté prisionero el Mocho Hernández, el país hierve de intrigas y conjuras. Sobre la tierra fronteriza del Táchira está repercutiendo la inexpiable guerra civil colombiana con sus dos cruentos bandos de conservadores y liberales. En su destierro de Cúcuta, azuzado por su viejo resentimiento, está el émulo de ayer y de siempre, el postergado y presuntuoso aliado de la Revolución del 99: el Dr. Rangel Garbiras. ¡Cuidado si los "godos" de Colombia — como lo pronostican varias cartas del Dr. Santiago Briceño — ayudan a ese caudillo vencido a producir perturbaciones en Venezuela! El Liberalismo es indivisible —piensa Castro— y otro apotegma suyo es que no habrá verdadera paz en el país, mientras sobre la frontera occidental se proyecten las intrigas reaccionarias de los conservadores colombianos. Aunque gobierna sin poder legislativo y remueve jueces a su arbitrio, Castro se siente liberal por su anticlericalismo, su celo por el Patronato eclesiástico y ese poquito de Filosofía positivista, mezclado de tanta retórica, que escucha de algunos letrados de Caracas. Masones que llegaron al grado 33 y a caballeros "kadosh", hay en su Gabinete. En esos primeros meses del 1900 un joven escritor y jurista de

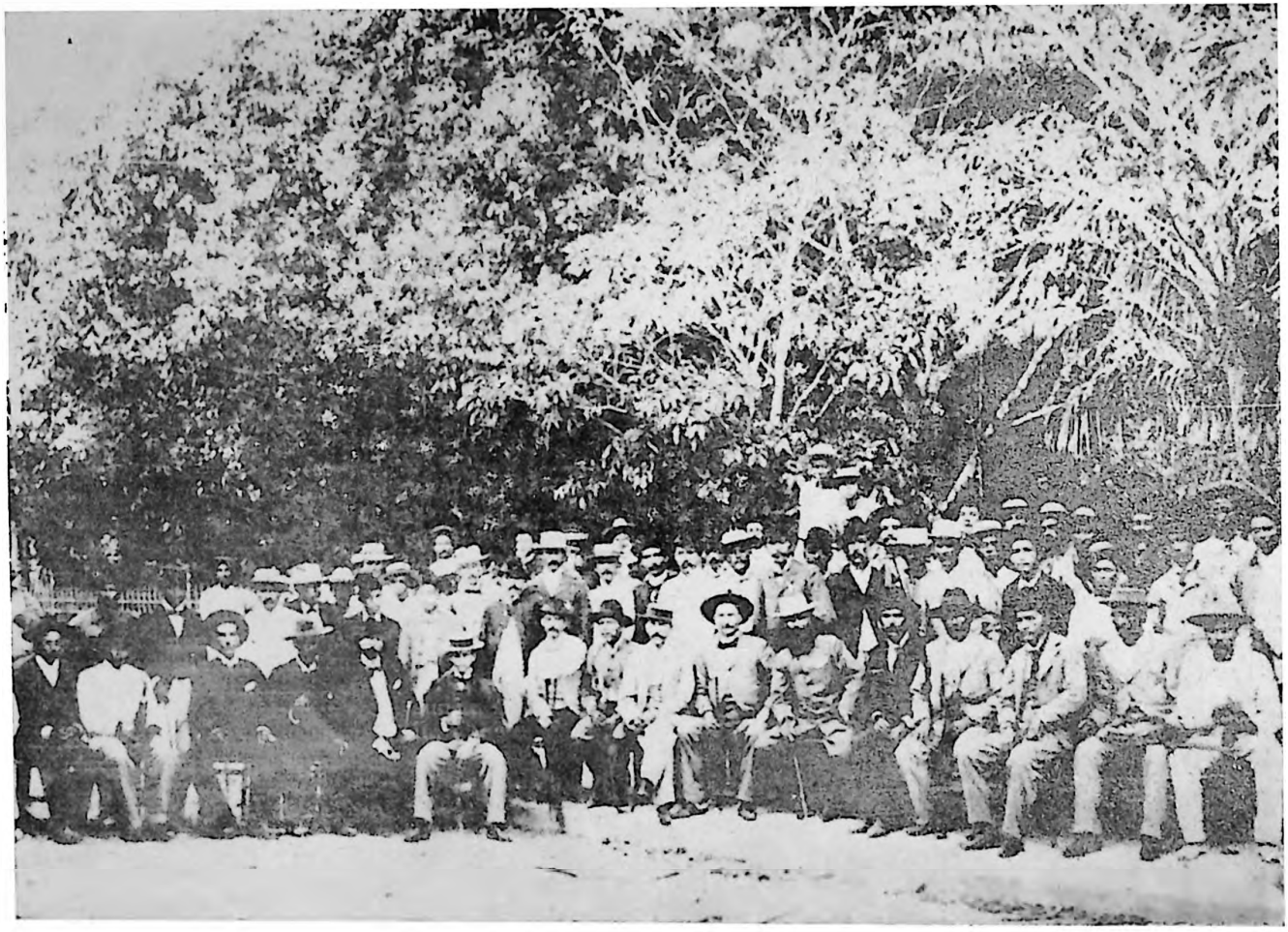
viva imaginación y pompa oratoria, el Dr. Rafael Cabrera Malo, lector de Darwin y de Spencer, alcanzará sobre él tan vivo ascendiente que será nombrado en el mes de agosto — no sin mohín de los conmilitones andinos — Ministro del Interior. También asiste a las nocturnas tertulias íntimas de la Casa Amarilla, un joven y brillante médico el Dr. Luis Razetti a quien le gusta divulgar las más radicales teorías científicas. Una noche en que a falta de más prudente tema Razetti y Revenga conversaban sobre Religión, impresionan al Caudillo las doctrinas de los elocuentes galenos. Razetti negaba — contra el dogma que don Cipriano estudió medianamente en el Seminario de Pamplona — que ninguna Religión puede ser revelada al hombre. Y la única revelación que debemos aceptar los científicos —terminó diciendo con gran brillo el Dr. Razetti— es la revelación racional que el hombre capta en él mismo y por sí mismo; la que resulta del progreso y del avance de la conciencia contemporánea; una revelación siempre parcial y relativa que se logra por la adquisición de verdades nuevas y por la eliminación de antiguos errores. Es la misma Ciencia que enseña ya el Dr. Razetti — y lo repite en tono de condotiero, no desdeñando la polémica con tradicionalistas y eclesiásticos — que "el hombre es un ser organizado de estructura y funciones semejantes a las de los demás animales, y las doctrinas y leyes que explican el origen y las leyes del desenvolvimiento de éstos, deben aplicarse también al ser humano".

Como todas las palabras que se escriben con letra mayúscula, "Ciencia y Progreso" son sustantivos que impresionan al Caudillo. En nombre de una "política científica" algunos de estos consejeros hablan de la necesidad de una ley de divorcio y de fortalecer la consigna guzmancista de la "instrucción laica". En nombre del Progreso, Don Cipriano debiera también luchar contra los "godos" de Colombia. Pero hay otra palabra más que le embriaga como el mejor "Hennessy" que se ofrece a los contertulios en las veladas nocturnas: la palabra "Gloria". Si él se llenó de gloria en las campañas que comenzaron en Tononó y concluyeron en el Capitolio de Caracas, campañas comparables a las de Bolívar

en 1813, ¿porqué no seguir imitando al Libertador, hacerse el albacea de sus mejores pensamientos y reconstituir, por ejemplo, la Gran Colombia?. Estos sueños de gloria y distancia, estas fantasías heroicas en que se mira como un nuevo gran Capitán de los Andes, personaje hegemónico en un Continente nuevo, comienzan a embriagar su imaginación. En tono tribunicio, aquel joven que en la pensión de Rendiles, largos años atrás, cuando nadie sospechaba su destino, le hizo leer la apasionada "Historia de los Girondinos", habla ahora de continuar la epopeya; de recuperar la posición ductora que Venezuela asumió en el Continente durante los días de Bolívar. Piensa tanto en ello, que cuando el General Ramón Guerra le presenta a uno de sus oficiales, joven de apuesta prestancia militar, le pone paternalmente la mano en el hombro y le dice: —Prepárese, amigo, porque oficiales como Ud. son los que necesita la patria. Tenemos que realizar la voluntad de Bollívar. Reconstituir, por ejemplo, la Gran Colombia—.

Castro no dudaba que el camino de Tononó a Caracas podría rehacerse para llegar a Bogotá, quizás a Quito y Lima, como nuevo y fulgurante Napoleón de la América del Sur.

Inmune a semejantes fantasías de su Jefe permanece un hombre realista y reconcentrado, disimuladamente calculador, que se llama el General Juan Vicente Gómez. Mientras el imaginativo compadre conversa con los intelectuales caraqueños y forja en la acalorada mente sus riesgosos proyectos napoleónicos, él prefiere — a fuero de buen labriego — escuchar los reclamos y lamentos de tantos soldados tachirenses que vagan por la ciudad. A veces ellos se quejan de que el glorioso Don Cipriano no atienda y escuche sus necesidades; y el bolsillo del General Gómez siempre está repleto de monedas de cinco reales, de las que los andinos llamaban "californias", que benévolamente les ofrece mientras la situación de la República permite premios mejores. Algunos truecan sus antiguas peinillas de soldados y se van como mayordomos de



González Pacheco y su Estado Mayor. Barquisimeto, 1903.

haciendas y vaqueras, o en el séquito de un jefe civil rural. La plebe caraqueña —entonces habstante famélica— habia reparado agresivamente en la presencia de aquellos intrusos cuyo lenguaje de eses silbantes, refranes y localismos les parecian bastantes extraños, y más de uno amaneció cosido a puñaladas en los sórdidos barrios de la capital. El reintegro a sus tierras y campos de tantos invasores sin oficio, acostumbrados a la brutal economía de la guerra, era un problema público, y precisamente al General Gómez se le encarga de dirigir el regreso al Táchira de los soldados en vagancia, y al mismo tiempo, de la pacificación del levantisco estado occídental. Un barquito de la escuadra pone al General Gómez y a sus hombres de tropa en Maracaibo, y de allí viajan en los vapores del Lago hasta el puerto tachirense de Encontrados.

Ya como Jefe civil y militar del Táchira, Gómez lanza una elocuente proclama. Dice que torna a su tierra natal "porque no es extraño a los tachirenses; he heredado las energías de su carácter y la firmeza de sus propósitos bajo el cielo azul del Táchira donde la luz alienta y vivifica y todo respira dignidad y altivez". Calma a los soldados que regresan con estas patéticas frases: "Si después de haber realizado la campaña más portentosa que registran las páginas de nuestra historia política, venís a vuestros hogares cubiertos aún vuestros cuerpos con los mismos harapos que vestiáis cuando se inició aquella, también es cierto que traéis vuestras frentes orladas con los laureles inmarcesibles de la victoria. Pondréis, por tanto, empeño en mantenerlos siempre vivos y frescos regándolos con sangre generosa cuando ella lo reclame".

En el Táchira, Gómez se conduce en aquellos días con sumo comedimiento. En sus paisanos, un tanto abandonados por el General Castro, ve como el futuro núcleo de un partido personal y regionalista. Le visitan y rodean sus innumerables primos: Gómez, Chacones, Matutes y Pratos; hombres de alma sumamente concreta, labriegos que pueden siempre cambiar el azadón por la peinilla y el buey del arado por el caballo o la mula guerrillera; gentes que entienden el poder político como un negocio y empiezan ya a temer de las excesivas

y retóricas fantasías de don Cipriano. Le invitan a desayunos campesinos con "pisca", y "puntales" con acemita y cuajada, y escucha — sin pronunciarse mucho — los consejos de curas de tanta influencia en sus parroquias como los presbíteros Ezequiel Arellano (que fué un poco coronel en los días de la Federación); Felipe Rincón González, ducho en comercio y teneduría de libros; Fernando Contreras. Les ofrece morocotas para reparar sus iglesias o terminar la segunda torre de los templos, y les promete atender gustoso cualquier recomendación que emane de ellos. Los curas tachirenses están un poco enojados con don Cipriano por su áspera conducta con Monseñor Jaúregui, el excelente educador del Colegio de La Grita, quien quiso mediar de pacificador entre fuerzas castristas y andradistas después de la sangrienta batalla del Zumbador, y a quien el Caudillo injurió en la más agresiva carta. Ante los argumentos del sabio y pacífico levita, Castro poseído de blasfema obcecación mesiánica, respondía diciéndole que su propio lenguaje "era el de la verdad clara y pura como la que enseñó el Redentor". Y como además culpaba al Padre Jaurégui de "traidor y de oscurantista", el tranquilo sacerdote debió tomar el camino del destierro. En México y en Roma hará el ilustre Prelado —hasta morir— una doliente existencia de hombre sin patria.

Restañador de pequeños rencores provincianos parece así, en aquellos días, el zamarro don Juan Vicente. Ya su redomada astucia política que calculadamente se suele disfrazar de simpleza, desenvuelve ciertas tácticas peculiares como aquella tan campesina y eficaz que uno de sus amigos llamará la del "cochino a medias". Consistía en vincular a sus intereses hasta a las gentes más humildes dándoles la ilusión de que eran sus socios y que su éxito y prosperidad se integraba a la del General. Cuando sea el mayor latifundista de las tierras aragüeñas, se detendrá, de pronto en un rancho para inquirir de cualquier labriego como engorda el cerdo para cuya manutención le adelantó veinte bolívares. Y como si le importara el negocio, y para que el pobre campesino se sienta protegido de tan prestigiosa amistad, le habla con simulado afecto y familiaridad de compadre. Su sabio empirismo ru-

ral le dá consejos. Y ese "Juan el veguero" hundido en el lodo y el polvo de la miseria venezolana, convertíase en aliado y hasta en informador del latifundista. Será una de sus lentas estrategias de poder frente a la fuerza más fulgurante y vanidosa, y por lo tanto menos calculada y fría, de don Cipriano.

Como dócil sirviente que ha cumplido bien el encargo; que se despersonaliza ante el Jefe, Gómez regresa a Caracas, cumplida su misión tachirense. Será alternativamente Gobernador del Distrito Federal y Vicepresidente de la República.—Aunque su lenguaje y pesados ademanes de paleto, su calculado "bertoldismo" merecerá algunas burlas en el libertino, lisonjero y semi-ingenioso círculo valenciano que comienza a rodear a Castro, él cobija su falsa fidelidad e ingenua inocencia, bajo la protección de doña Zoila. No acompañará al General en aquellas "juergas" a que a veces le convidan "los doctores Muérganos". Tiene una desconfianza campesina por los deleites y artimañas de la ciudad. Voluntariamente opacado en el grupo de Castro, a esa diaria hora del brandy cuando el Dr. Revenga lanza sus chistes más agudos y el Dr. Torres Cárdenas finge de sabio y reservado Maquiavelo, prefiere a veces quedarse en los corredores conversando con los hombres de la guardia, o entra a ver a doña Zoila que con frecuencia necesita consejos para la colocación segura de algunos "realitos". Es abogado de tachirenses sin fortuna, y su sana memoria rural que puede nombrar los centenares de reses de una hacienda distinguiéndolas por el pelambre, conoce así mismo como se llaman las gentes de Lobatera, de Michelena y de Ureña, de los más pequeños pueblos del Táchira que invocan su derecho a los despojos de la Revolución.

VI — "LOS PRINCIPIOS CARDINALES DE LA REPUBLICA"

Desde su casa de Táriba donde confluyen todos los rumores de la vida tachirense y de la frontera colombiana incendiada en la guerra civil que se llamará de los "mil días", el Dr. Santiago Briceño despacha entre los años 1900 y 1901 una nutrida correspondencia para su hijo Santiaguito que se marchó con la Revolución Restauradora y ahora es General, y para el propio don Cipriano Castro. Sus cartas de hombre progresista y sagaz que a través de las turbulencias políticas venezolanas ha guardado un liberalismo teórico, son unas de las más preciosas fuentes para mirar desde la periferia provinciana, el ambiente político y militar de aquel comienzo del siglo. El Dr. Briceño es un poco abuelo intelectual de la Revolución y sus años, cultura y honorabilidad le dan rango para hablar con relativa independencia a un discípulo tan díscolo y ahora tan envanecido como el General Castro. La crónica de sucesos alterna en sus epístolas con los consejos morales y políticos. Y a veces esa correspondencia de hombre culto y prudente trasmite la ilusión de que a través de los Generales andinos sueña el Dr. Briceño en realizar su isla de Utopía. Como muchos letrados de provincia que envejecieron esperando una Venezuela mejor, Briceño es de esos hombres que tienen un antiguo y decantado programa de toda la vida para que el sistema democrático empiece a funcionar; mejore la instrucción pública; los jueces sean más probos e independientes y el país se cruce de caminos e industrias. A través de las cartas parece que el Dr. Briceño admira y teme, simultáneamente, a un jefe tan impetuoso como don Cipriano. Le admira porque es, sin duda, el más arrojado caudillo de la República y porque hay en el hombre un extraño apetito

de gloria. ¿No fué don Cipriano como Gobernante del Táchira magistrado valeroso y discreto que se captó simpatías y no desvalijó el tesoro público? Pero, cuidado con los defectos de sus cualidades: si la gloria se trueca en vanidad y egotismo, si el valor en jactancia intemperante. Como buen hidalgo provinciano el Dr. Briceño está inquieto también, del ambiente de adulación y libertinaje que debe reinar en la capital de la República y previene a su hijo Santiaguito contra los placeres y seducciones de Capua. El quiere que se "enseñe, eduque, moralice y despierte el patriotismo, adormecido en una atmósfera de placeres, que ha venido alejando los hábitos de trabajo, corrompiendo los carácteres que sólo se preocupan en buscar palabras de lisonja para el mandatario, y produciendo con la corrupción debilidades que afeminan los ánimos". Y agrega en la misma carta: "Cuando estuve en Caracas me acordaba yo mucho de Lima, de la suerte que le tocó al Perú en su lucha con Chile, debido exclusivamente a la degeneración que la vida sibarítica y de orgia había llevado a los hombres de aquella capital, que no se ocupaban sino en sus femeniles afeites y en todas aquellas superficialidades dignas de ánimos degenerados, incapaces de estimar cual es la misión que al hombre cumple".

¿Era profeta el Dr. Briceño o ya para los primeros meses de 1900 tenía noticias de que el General Castro empezaba a ser un nuevo Aníbal captado por las voluptuosidades y lisonjas de su tibia Campania tropical? Ya en "El Cojo Ilustrado" y en los periódicos caraqueños de 1900 se anunció que el "gran tenor Andrés Antón, ilustre discípulo de Gayarre quien trajo a Venezuela varias compañías de ópera, había elegido para su retiro la capital venezolana donde tenía tantos amigos y donde pensaba establecer —para honra de nuestra cultura— una Academia de arte dramático. Con el esfuerzo operístico de Antón, nuestro viejo Teatro Municipal se convertiría en una segunda Scala de Milán, poblada de divas, trinos y gorgoritos. Y la propaganda y los elogios a Andrés Antón no parecen del todo indiferentes porque este hombre locuaz, ingenioso, de chistes mejores que sus arias, se convertiría bajo el castrismo, en una especie de Petronio del régimen, organi-

zador de fiestas intimas; Ministro sin cartera de menudos placeres. Con la misma destreza y vitalidad, Andrés Antón juega billar y toma brandy con el "Cabito"; canta una romanza o ha preparado a la mejor manera española la suculenta paella que saborean el Jefe y los cortesanos más selectos, asistidos de alegres y benévolas musas. En el ánimo del "General", Antón empieza a lograr favores que no conseguirían los tan adictos Torres Cárdenas, Corao, Alcántara o Tello Mendoza.

Pero singularmente en las cartas del Dr. Briceño al General Castro, se expresan ecunáimes previsiones y consejos para que se normalice la vida nacional. En la del 1 de mayo de 1900 le recuerda de manera indirecta cómo es necesario que su dictadura de facto se convierta en gobierno legal, de "acuerdo con el espíritu de los principios cardinales de la República". Practicamente el país está sin Constitución y por lo menos hace falta que se reúna un Congreso de Plenipotenciarios de los Estados, elegidos por los Concejos Municipales a fin de formular, siquiera, un Estatuto provisional que rija hasta que los nuevos Poderes Legislativos creen la nueva Ley organizativa. Y como el Dr. Briceño con su experiencia finísima olfatea nuevas y peligrosas revueltas, parece precaverle para que todas aquellas cosas no se hagan de modo dictatorial, "sino buscando la intervención del pueblo ya que de él emana toda autoridad". Mas ya en los ocultos planes del Caudillo está abolir el sufragio directo y amañar en la Constituyente de 1901 que le hace Presidente Provisional, la nueva Constitución que entrega todo poder electoral al Congreso. En los años que vienen asistiremos a diferentes mascaradas constitucionales y electorales en que el inveterado rabulismo venezolano (a veces peor que la espada de los caudillos) logró su mayor abyección.

También está temiendo el Dr. Briceño (y es el objeto de otras cartas) que el napoleonismo un poco desatentado del General Castro nos precipite en azarosas aventuras internacionales, concretamente con Colombia. Un letrado cruel y provecto, académico vestido de inquisidor, don Juan Manuel

Marroquín, ha lanzado a la vecina República en la más feroz guerra entre conservadores y liberales. La provincia fronteriza de Santander ha sido uno de los grandes focos de lucha. Durante el año 1900 cualquiera de los dos bandos ocupan alternativamente Cúcuta y Bucaramanga. Y por lo mismo que Castro llamó a su revolución "Liberal Restauradora" y un colombiano aventurero como Benjamín Ruiz fué uno de sus propagandistas intelectuales, Castro desea sentirse solidario con los liberales de allende el Táchira. Como en Cúcuta ha quedado rumiando su derrota política el Dr. Carlos Rangel Garbiras, y éste —siempre conservador— ya parlamentó con los lugartenientes de Marroquín para una posible invasión a Venezuela, Castro busca la amistad ultra-fronteriza del caudillo liberal colombiano Rafael Uribe Uribe. Otras circunstancias suscitan también en don Cipriano su apetito de aventuras forasteras. Se discute en esa alba del siglo —y después de la estruendosa quiebra de la Compañía francesa del Canal de Panamá— por dónde habrá de hacerse la comunicación interoceánica. Frente a las aspiraciones de Colombia han surgido las del caudillo "liberal" nicaragüense, José Santos Zelaya. También este omnipotente señor de la nación chorotega tiene la llave (y puede venderla bien), para unir ambos mares. Y ha surgido la más ardorosa amistad — acaso porque ambos tienen un común objetivo hostil: Colombia — entre el Dictador de Nicaragua y el de Venezuela. Zelaya admira las glorias de Castro. De Managua vino un pliego rubricado por todos los Ministros que unge a don Cipriano del título de General de División nicaragüense. Y aún hay otra personalidad en la complicada intriga diplomática: el General Alfaro del Ecuador quien para salvar su liberalismo conquistado a fuego y sangre contra clérigos y terratenientes estaría dispuesto a oponerse a la ofensiva conservadora colombiana que se proyecta desde las montañas de Pasto. ¿No apoya el gobierno de Marroquín a todas esas órdenes religiosas extranjeras que desde los días teocráticos de García Moreno consideran al Ecuador como eterno feudo suyo? Y Castro que en Venezuela está gobernando sin Constitución, parece dispuesto, sinembargo, a defender el liberalismo his-

pano americano. Piensa ya en una cita en Bogotá, cuando con tropas ecuatorianas y venezolanas se reconstituya la Gran Colombia.

Alarma a Briceño que el desproporcionado amor de Castro por su gloria y por los liberales de Colombia comprometa al país —en el momento en que necesita rehacerse— en dispendio inútil de vidas y recursos. "No juzgo —le dice en una de sus cartas— que Venezuela deba pronunciarse en las divisiones que la política ha creado en la antigua Nueva Granada. Además, el modo de llevar Colombia el proceso de sus relaciones con Venezuela en casi dos tercios de siglo de vida nacional, me hace temer que queramos salir de Scila para caer en Caribdis". Tampoco —opina en la misma carta— el país "cuenta hoy con militares y marinos expertos como lo tienen todas las naciones civilizadas". Que don Cipriano se quede tranquilo en su heredad arreglando el vasto desorden que dejaron administradores anteriores, sería el sencillo deseo del Dr. Briceño. Pero, ¿qué podrán estos sosegados consejos, frente a una literatura de aduladores que comienza a forjarse y a las lisonjas napoleónicas que le soplan cortesanos y escribas de cada día? En vano el diario "El Tiempo" de los hermanos Pumar, bastante escarmentado por las continuas prisiones de sus redactores, inicia —en la forma más astuta posible— un sistema que parodiando el libro de Gastón Boissier podría llamarse de "oposición bajo los Césares". Consiste en buscar las moralejas y aplicaciones políticas a través de hechos diversos que aparentemente nada tienen que ver con el Gobierno. Por ejemplo, el culto Obispo de Mérida, Monseñor Silva, ha lanzado una pastoral a sus feligreses condenando el supersticioso rito de "la mano poderosa" que practican los campesinos de los Andes. Las casas alemanas de Maracaibo se han puesto a vender en las aldeas montañesas cierta litografía que representa una inmensa mano — nada menos que la de la Divinidad — sobre cuyos cinco dedos reposan las figuras del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, de la Virgen y San José. Comprando esta imagen se cumple con las más altas potestades del cielo. Y ya en los más internados campos, burlando la ortodoxia de los párro-

cos, se empiezan a erigir capillas y ermitas a tan omnipotente culto. Manecillas de plata o metal más vil, cuelgan del pecho de los labriegos devotos.

Al comentar la pastoral, el periódico caraqueño no puede sino reflexionar en otras próximas "manos poderosas". "¡Cuánto se venera a la mano poderosa! —escribe el periódico— ¿A quiénes consultaremos sobre las falsas devociones políticas con las que se pretende engañar a los gobernantes?" Y esta notilla inocente y otro párrafo muy teñidamente irónico en que se encomia la belleza y utilidad de ciertas pantuflas fabricadas por las alumnas de las Hermanas de Caridad de Valencia y que se exhiben en el Magasin Universal (Don Cipriano en extrema y arrogante confianza, recibe a veces las visitas calzado de unas babuchas bordadas de relumbrosa mostacilla) son suficiente materia dolosa para que de nuevo los miembros más conspicuos de la familia Pumar: Fernando y Carlos Pumar, propietarios del periódico, pasen una corta temporada en "La Rotunda". También cae entre los cautivos el periodista Pedro Manuel Ruiz quien será heroico veterano del presidio político nacional, y habrá de morir de larga y supliciada muerte en los calabozos de Gómez veinte años más tarde (Véase, "Memorias de un venezolano de la Decadencia" por José Rafael Pocaterra, tomo II, capítulo XXXII). La cárcel política con sus sádicos Scarpias rurales, sus Alcaldes avaros que se incautan de la mayor parte del dinero de las raciones para arrojar a los presos una alimentación inmunda; las pétreas celdas coloniales —en Puerto Cabello o Bajo Seco— ulceradas por el mar y recorridas de todas las alimañas, comienzan a convertirse a partir de Castro en motivo constante y fatídico de la vida venezolana. Gómez, más cruel, perfeccionará el horror del sistema. E inaugurando un tema histórico que será de larga prolongación e insistencia en la narración venezolana, en ese año de 1901 el gallardo Antonio Paredes ha comenzado a escribir en papeles secretos el "Diario de mi prisión en San Carlos". Como estoico paladín de otra edad, en un inframundo de verdugos analfabetos, el hombre calma sus cóleras leyendo sobre el petate del cala-

bozo obras tan utópicas para la realidad venezolana como los "Ensayos" de Bacon o los estudios biográficos de Macaulay. Cuando no describe en sus páginas el horror y crueldad de los hombres, trasmite observaciones como estas:

"Si tuviera con qué escribiría un tratado sobre las costumbres de las arañas... Desde aquí veo también las rendijas negras e intersticios de las vigas repletas de cucarachas, ahora inmóviles, pero que al obscurecer se deslizan por el muro hasta el suelo o bajan de él volando en busca de los restos dispersos de nuestra pobre comida, para pasearse después alegremente hasta el alba, sobre nuestras asendereadas humanidades. Sale también algún ciempies de recomendables dimensiones, en persecusión de alguna atribulada alimaña y al pasar de una viga a otra no acierta a sujetarse y cae y me pica las costillas con tal saña, que al verlo se creería que soy el verdadero culpable de que se le hubiera escapado su presa".

Habla después Paredes de "las arañas-escorpiones cuya picadura produce una úlcera muy difícil de curar", de los "alimentos fétidos que le producen náuseas", del espantoso "pollino" de las cárceles venezolanas, inmensa lata en que se acumulan los excrementos de varias celdas en varios días y con el que se tortura el olfato de las víctimas; de los grillos y barras de hierro que gangrenan los pies; de los azotes que chasquean hasta cubrir de sangre la espalda de algún cautivo; de los cuentos atroces de estupros y asesinatos que narran los perseguidos de delitos comunes con quienes frecuentemente conviven los "políticos", y de la trágica reflexión de uno de los guardias para quien el presidio continúa siendo el "mejor amansador de los hombres".

Y mientras el Dr. Briceño escribe desde el Táchira acerca de "los principios cardinales de la República" ¿no parece siniestro que sobre la utópica Constitución de papel y Retórica que proyectan los constituyentistas de 1901, se erija esta pávida realidad de atropellos y abusos? Antonio Paredes sigue paseando nerviosamente, en los días en que el Alcaide amaneció de buen humor y le da permiso, por la azotea del

castillo; lleva en la mano un libro de sus amados tratadistas ingleses —Locke y Hume— y continúa pensando cuándo y cómo Venezuela podrá conocer un gobierno legal de personas decentes. A su naturaleza de paladín acaso duela la terrible certidumbre de ser un hombre anacrónico; hombre que nació con cien años de retardo. En los días de Bolívar y con más prestancia, inteligencia y osadía que su abuelo José de la Cruz Paredes, hubiera sido un héroe del linaje de los Sucre, Anzoátegui o Urdaneta; un soldado letrado digno de estar a la diestra del Libertador. Hubiera escrito con su pasión de historiador y su no desdeñable gusto literario unos "Anales" de los días de Boyacá, Carabobo y Ayacucho y no estas páginas tristes y desengañadas del "Diario de prisión en San Carlos". Había nacido para el epinicio, y le tocaba historiar y sufrir el crimen.

Los estudiantes universitarios de Caracas que ven atravesar las calles de la ciudad y dispuestos a toda contumelia a los bárbaros de chafarote que irguió como héroes la última guerra civil, se aprestan a protestar contra los hombres de presa, del único modo en que puede hacerlo una juventud desarmada; por medio del escarnio y la ironía. Coroneles y generales sin título y servicio, pero cobrando en las listas del Ministerio de Guerra y gratificados con peinillas y revólveres, ambulan por Caracas. Meten miedo, y a veces no pagan las cuentas en las tabernas de Puente Hierro. Forman apretada fila de saludadores y amigos de la causa, cuando el General Castro cruza las arboledas del naciente barrio del Paraíso en el brioso caballo peruano que le regaló Juan Otáñez. Y para ridiculizar el mal militarismo sin escuela, los estudiantes descubrieron un pintoresco personaje, especie de enano velazqueño con ínfulas de caudillo, muy conocido en las retretas de la Plaza Bolívar. Se llamaba Alfonso Sacre, y había nacido en Siria o en El Líbano. Vino a Venezuela en 1888 y como muchos de sus compatriotas hizo de comerciante ambu-

lante comprando quincalla en Valencia que revendía en pueblos de Carabobo, Lara y Yaracuy. Se estableció, sucesivamente, con negocio ya más sedentario, en Duaca y Churuguara, y de conocer y tratar tantos generales se impregnó del aura belicosa de la tierra. Fué uno de los tantos jinetes que galoparon en las minúsculas guerrecillas del Estado Falcón a fines del siglo XIX. Y ya un poco "tocado de centella" como dice la expresiva metáfora venezolana, hablaba de sus proezas y de os grandes combates de Rieras y Colinas que acaso contempló desde la retaguardia. En el periódico "La linterna mágica" de 18 de octubre de 1900 se publica su caricatura, y pocos días después se constituye una "Sociedad Glorias del General Sacre" de cuya Junta directiva foman parte los estudiantes Angel Vicente Rivero, Juan Fernández Hurtado, Miguel Márquez Rivero, Alfredo Olavarría, Felipe Guevara Rojas, Enrique Pérez Matos, Miguel Castillo Amengual, Juan Iturbe, Oscar García Uslar, Antonio José Calcaño.

El terremoto del 29 de octubre de 1900, más ruidoso que catastrófico, avivó el ingenio e ironía caraqueña contra el Restaurador que habrá de ejemplarizarse en la "sacrada". La verdad es que fué una de las pocas ocasiones en que don Cipriano perdió su valeroso control. Acaso porque recordaba lo trágico del terremoto de Cúcuta en 1875 que destruyó varios pueblos de los Andes y ocasionó numerosas víctimas, al sentir el remezón no tuvo paciencia de bajar las escaleras de la Casa Amarilla y decidió lanzarse con una paraguas abierto —a guisa de paracaídas— desde uno de los balcones. Cae sobre la calle con la pierna rota, y privado unos segundos de sentido. Cuando acude la guardia a recogerlo y se aglomeran gentes para contemplar tan desusado espectáculo, al Jefe no se le ocurre nada mejor que improvisar una especie de arenga a los espectadores que comienza con esta inoportuna y eclesiástica frase: —"¡Hermanos, míos!". Parecía que le estaban subiendo desde la subconciencia todas las imágenes de veinticinco años antes cuando casi se destruyó Capacho, y él quiso hacerse sacerdote en Pamplona. O en su manía de imitación bolivariana, no quería ser menos elocuente que el Libertador entre los escombros de 1812.

Los mismos médicos que le entablillaron la pierna herida en Tocuyito — Acosta Ortiz, Razetti — acudirán a medicinarlo en esta ocasión. En Caracas se hacen los más huidos chistes contra el Dictador que sintió miedo. Y los estudiantes agresivos y libertarios que buscan una especie de chivo espiatorio en que descargar su repulsa del caudillismo militar, siguen inflando el mito grotesco de Alfonso Sacre. Sacre — para ellos — será la caricatura de Castro como Delpino y Lamas lo fué de Guzmán Blanco. "La Linterna mágica" y "El Pregonero" comentan continuamente el juvenil homenaje que se prepara al guerrillero sirio-venezolano. Y el 22 de febrero de 1901 cuando el Restaurador, ya repuesto de su fractura, decide reiniciar sus crepusculares paseos a caballo por las calles de Caracas, la comitiva presidencial tropieza con otra más bizarra. Sesenta coches y más de treinta jinetes escoltan a Alfonso Sacre en una como parodia de procesión renacentista. Abre el desfile un gonfaloniero estudiantil flameando un estandarte, y otro levanta sobre rojo paño de terciopelo la corona que habrá de ofrecerse al héroe de la farsa. Don Cipriano, hombre de rápidas cóleras, desahoga sus venezolanísimos improperios ante los acompañantes, empuña bruscamente las bridas de su caballo y tuerce por una calle lateral. ¿Qué policía es ésta, que permite semejantes desacatos? Torna a la Casa Amarilla a beber su brandy de ira o de reflexión, con los amigos. Son días de Carnaval, de alegre febrerillo caraqueño, y acaso no convenga querellarse con los estudiantes. Al dia siguiente "El Pregonero" reseña el desfile en honor de Sacre y hace la biografía, —con moraleja— del festejado. "El General Sacre — dice — es una gloria, mitad árabe, mitad venezolana. Comenzó su carrera militar de quincallero raso, en tanto que otros la principian por el grado de coronel y de general. Hoy día es el candidato de la agrupación estudiantil para altos y elevadísimos destinos. Venezuela necesitaba un Sacre y lo ha encontrado".

En los altos de Escofet, el 7 de marzo, debía celebrarse la gran velada de apoteosis literaria del personaje. Pero ya buenos sabuesos de la policía, andan buscando a los estudiantes revoltosos. Invitábanlos para "una pequeña averiguación

en la Prefectura". El natural intimidamiento restó elocuencia a la ceremonia. Don Cipriano tolera, sinembargo, que se pronuncien algunos discursos. Mas el día 9 de marzo aparece en la Gaceta un decreto que expulsa de la Universidad a un grupo de estudiantes: Demóstenes Trujillo, M. Castillo Amengual, F. Masías, A. J. Calcaño Herrera, F. Guevara Rojas, O. García Uslar, M. Márquez Rivero, Julio Muñoz Rueda, Enrique Pérez Matos, Juan Iturbe. "No deberán ser admitidos dichos estudiantes en ninguna otra Universidad y colegio nacional del país". El alumno de Derecho, Juan Liscano se atreve a publicar un vibrante artículo en el periódico "El Obrero" el día 13 de marzo, censurando la medida. Y como la determinación oficial pasó sobre la más alta autoridad universitaria que es el Rector Santos A. Dominici, un grupo de ciudadanos se dirige a él en carta pública inquiriendo si "tales estudiantes han cometido faltas universitarias y el Rectorado las ha denunciado al Ministerio respectivo". Gallardamente el Dr. Dominici responde que "en el registro diario de notas y asistencias de los catedráticos no consta que dichos estudiantes hayan cometido ninguna falta escolar". Son, a pesar de todo, días de cartas dignas y decorosas, y otro grupo de estudiantes explica en mensaje público al Presidente cual ha sido el objeto de aquel burlesco festival que comienza a llamarse la "sacrada". "Su objeto —escriben— fué dar en pleno rostro una bofetada al militarismo de cartel que desde años atrás se ha levantado omnipotente en nuestro seno con mengua del honor de la República". Don Cipriano no tiene ya mucha paciencia, y el 11 de marzo responde a tan rumorosos críticos con un decreto que clausura temporalmente la Universidad.

Sinembargo el Restaurador, hombre de vehemente nerviosidad y de improntus, no es tan lentamente vengativo como lo será en el futuro su compadre Juan Vicente Gómez. A comienzos de 1901 —y como fogoso residuo de sus lecturas juveniles— aún aspira a llevarse bien con los intelectuales ve-

nezolanos. Como lee a Vargas Vila y le gustan las frases resonantes, casi quisiera que lo considerasen un colega de estudios y letras. En el Ministerio de Relaciones Exteriores está el ilustre don Eduardo Blanco; en el de Instrucción el Dr. Félix Quintero. Problemas más graves que el de los estudiantes alborotadores, asoman en el paisaje de la República. Ha de reunirse la Constituyente que debe dar juridicidad al estado de facto. Se complica la situación fronteriza con Colombia. Por Europa anda desde hace meses como Comisionado secreto suyo el señor Carlos Röhl quien trata en Inglaterra, Francia y Alemania de conseguir con los acreedores europeos de nuestra deuda pública condiciones de pago menos onerosas que las que quieren fijar los inflados agentes diplomáticos. Los informes de Röhl que se mantienen secretos y llegan directamente al Presidente — sin pasar por la Cancillería — son bastante pesimistas. Hasta el terremoto de Octubre de 1900 que fué presentado en Europa como espantosa catástrofe, sirve de argumento a los inversionistas para demostrar que en Venezuela cuando no se anarquizan los generales, se subleva la tierra. Guillermo II está demostrando un henchido e imperialista apetito por las aventuras en paises coloniales y lejanos. Es el hombre del guante de hierro. Naciones tan desordenadas y morosas como Venezuela, requieren un escarmiento. Carlos Röhl, hombre poliglota, de sabia experiencia en los negocios, va del Banco de Londres al Credit Lyonnaise y al Disconto Gesselchaft alegando y defendiendo los recursos de la República. Ha simpatizado con Cipriano Castro. "A este hombre si se le rodea bien, pudiera ser un pequeño Bolívar. Es inteligente, patriota, e impetuoso. Parece comprender cuando se le explican con cuidado las cosas más complicadas de las finanzas" ha dicho Röhl a sus familiares. Pero ya en 1901 Röhl parece advertir en la atmósfera bancaria europea un espíritu de agresión económica contra Venezuela. Junto a los informes que pueda dar el Agente Secreto, reposan en el "Disconto" de Berlín noticias

El Restaurador.

más interesantes que transmiten ciertas casas alemanas establecidas en Venezuela y quieren resarcirse y cobrar con intereses compuestos, las pérdidas de la última revolución. Don Cipriano reconoce la necesidad de concordia y unidad nacional en los duros días de emergencia que pueden sobrevenir. Y el 20 de Mayo, como preludio de las fiestas que se celebrarán el 23 conmemorando la invasión de 1899, ordena que la Universidad abra de nuevo sus puertas el 1° de junio.

VII — PRELUDIOS DE LARGA GUERRA

A quien parecía más amenazante el poder de Cipriano Castro era al pequeño caudillismo regionalista que se fortaleció en medio de la soledad e incomunicación de Venezuela. De pronto, los viejos generales y las dinastías provincianas de caudillos se encontraron con el nuevo jefe y sus bandas impetuosas que les irritaban más, porque venían de una región venezolana que había contado y participado poco en el reparto guerrero de la República. Con los andinos de don Cipriano no se podía alegar ninguna relación de parentesco. No estaban vinculados a las oligarquías sociales y militares que engendró el guzmancismo y que sostuvieron su prestigio —con los naturales cambios, transgresiones y traiciones de nuestro tumultuoso proceso histórico— hasta los días de Crespo. Jovenes sin otro antecedente que los frescos laureles de Tocuyito, iban a latir en la cueva de los caudillos corianos, llaneros y orientales. Esto —y a pesar de las declaraciones de venezolanidad completa formuladas por don Cipriano— no podía sino suscitar el resentimiento de los barones feudales. Pocos tenían el tacto y diplomática sedosidad de un Velutini, hombre que navega muy expertamente en las circunstancias, y de caudillo sabe convertirse en hombre de mundo y financiero y se coloca por sobre los resquemores, forjándose un poder oligárquico de nuevo estilo. Para quienes entre la debilidad y las contradicciones del Gobierno de Andrade se prepararon a un jugoso y suculento reparto de poder, Castro fué lo fortuito e imprevisible; había alterado todos los cálculos del sabio ajedrez político. El militarismo criollo a partir de la Federación fue predominantemente llanero-oriental y central-coriano, y ahora estos olvidados labriegos

de la frontera andina, o bachilleres ungidos de títulos castrenses, venían a establecer en cada provincia un gobierno que parecía sin raíces locales. Al feudalismo rural del Oriente, Coro y los Llanos y al neo-conservatismo que se agrupó junto al mito del "Mocho Hernández" pareció azar y catástrofe el gobierno de Castro, sobre todo después que el caudillo empezó a demostrar que no necesitaba viejos tutores. Frente al cinismo y cálculo de los más avezados políticos, él es mesiánico y providencialista. Forma favoritos y cortesanos pero no admite casi consejeros, y se hace el propósito de tener el país en un puño, sin compartir el mando con los antiguos régulos provinciales. Por eso mismo la traición irá acosando a Castro; no es raro que un comandante de armas a quien envía a cuidar la seguridad de un Estado se ponga de parte de los adversarios, y lo que se llamará la Revolución Libertadora —fenómeno de muy peregrina complejidad— parece la desembocadura, el turbulento desagüe de una serie de pequeñas guerritas que ya se habían fraguado en los años de 1900 a 1901. La situación internacional e intereses financieros diferentes a los del ruralismo feudalista, también fijarán su impronta en tan desoladora guerra; y por éllo se unen para realizarla fuerzas tan disímiles y contradictorias como las que habrán de personificar un Matos, un Luciano Mendoza, un "indio" Montilla.

Pero veamos, antes de que se desencadene la "Libertadora", la atmósfera provincial y militar de esos días. Las Antillas —próximas a Venezuela— como Trinidad y Curazao han sido siempre focos de preparación insurgente contra los gobiernos venezolanos, y en los hoteles trinitarios y curazoleños se notaba a fines de 1900 gran actividad de viajeros y conspiradores. Nicolás Rolando tenía la presunción de confederar contra Castro la mayoría de los caudillos orientales y llaneros, pactar con los "mochistas" para un gobierno de fusión liberal — conservadora e incorporar, también, al nuevo reparto de la República los andinos anti-castristas como Rangel Garbiras y Peñaloza. Compró un parque en la Antilla inglesa de Granada; y en Guayana y los caños del Orinoco esperaban hombres como el Caribe Vidal para condu-

cirlo a los llanos orientales. Mientras Rolando ha llamado en Trinidad para el 10 de diciembre de 1900 a una especie de convención general de caudillos, algunos se le adelantan en el interior de Venezuela. Dar el grito primero, levantar antes que ninguno la apuesta de dados que se extendía en la cobija, siempre fué aspiración de nuestros anárquicos y codiciosos guerreros. Sin acabar de recibir las recomendaciones de Rolando, Celestino Peraza se alza en las tierras guariqueñas de Las Mercedes el 14 de diciembre de 1900. Era, en poco más de catorce meses, la tercera metamorfosis del inquieto y habilidoso don Celestino. Hombre de espada y pluma, escribía en los ocios que le dejaban la guerra y la política, aquellas movidísimas aventuras venezolanas como "Los piratas de la Sabana" y sus leyendas del Caroní. Hubiera sido una especie de Fenimor Cooper criollo si nosotros amásemos más semejante tipo de literatura imaginativa y él perseverase en el escritorio más que en los campamentos. Entretanto, gustábale influir sobre los caudillos más viejos o de más belicosa nombradía, con las combinaciones de su raro ingenio. En octubre del 99 negoció con los comisionados de Castro el paso de las fuerzas andradistas de Luciano Mendoza a las filas de la Revolución, y obtiene en premio la Secretaría del Presidente y el Ministerio de Fomento cuando se subleva el Mocho Hernández. Ahora es un anti-castrista furibundo, y desde Las Mercedes en vehemente proclama, invita a todos los llaneros en estado de combatir. Enjuicia a Castro, su amigo y protector de hace pocos meses, con palabras de gran virulencia. "Ha vejado y perseguido —dice— al honrado comercio de la capital para arrebatarle el fruto de su trabajo. Ha comprometido la paz internacional con nuestra hermana Colombia haciendo correr allí la sangre de nuestros compatriotas llevándolos reclutados más allá de la frontera para satisfaces sus pasiones banderizas en aquella República. Ha dispuesto como cosa propia de los tesoros de la Nación mientras el pueblo perece de miseria. Ha matado el crédito interior y exterior porque el Tesoro público no alcanza para la acumulación clandestina que se hace fuera de las oficinas nacionales de cobro".

Contra Peraza, manda Castro al General Arístides Fandeo, y ya en su salutación de Año Nuevo de 1901 puede anunciar el Restaurador que aquel brote revolucionario guariqueño está dominado. Un poco más larga es la guerrilla cumanesa-margariteña que en nombre de Rolando libran contra el gobierno los caudillos Pedro Julián Acosta, Rafael Reyes y los famosos hermanos Horacio y Pedro Ducharne en el Estado Cumaná, y Carlos Azugaray en Margarita. A perseguir los revolucionarios, manda Castro a Oriente al duro y austero General Gumersindo Méndez. La guerra es asperamente difícil entre los matorrales de la Costa de Paria y en la medrosa selva de Las Cuivas. Pedro Julián Acosta y los Ducharne conocen todos los escondrijos del paisaje oriental; son guerreros anfibios de monte y de agua. El 21 de enero de 1901 Acosta ha dirigido un denodado ataque a Carúpano y el puerto queda en poder de los revolucionarios. El Gobierno solo lo recobra después que las bandas revolucionarias cumanesas sufren considerable derrota en Casanay. Pero se ha fortalecido la revolución en Margarita cuyas plazas más importantes ocupa Carlos Azugaray. Los facciosos margariteños sólo son vencidos cuando el Gobierno puede desembarcar mayores fuerzas y reocupar Juan Griego y La Asunción.

En un curioso remitido que publicaron los periódicos caraqueños el General Gumersindo Méndez dió cuenta de las peripecias y gastos de aquella guerrita de tres meses en la región oriental. Según él, su Ejército contenia 1360 hombres cuyo mantenimiento durante cien días costó a la nación tan solo 106 mil 312 bolívares. Cuando quiere gratificar a la viuda de Inocencio Zamora, soldado muerto heroicamente en uno de los combates, eroga con tal fin de la Caja del Ejército, 82 bolívares. Aspero, disciplinado y económico, el General Gumersindo Méndez pertenecía a aquel linaje de los andinos secos y sobrios — Fontiveros, Régulo Olivares, Román Cárdenas — que pretendían enseñarle a un país demasiado dilapidador y ávido de goces, un castellano ascetismo de otros dias. Ellos oponen a todo lo desmesurado y dionisíaco que se expresaba en el alma de Cipriano Castro una sequedad estoica, a veces roñosa, que en las cuentas de Gumersindo Méndez,

afirmó la leyenda de la avaricia andina en contraste con la prodigalidad y derroche de otras gentes y regiones. ¿Y no era como un sintoma de todo un estado social, que el premio a la viuda del soldado heroico fuese la miserable suma de 82 bolivares? Pero también Méndez queria ejercer una justicia rasa, sin matices ni distingos, y se le censuró en los circulos oligárquicos de Caracas cierto proceso militar instaurado contra Federico Peyer Urbaneja, Jefe de operaciones en la región del Golfo de Paria y a quien culpaba de exacciones indebidas, tributos inútiles a propietarios y campesinos, y lucro ilegítimo con las necesidades de la guerra. ¿No parecía excesiva audacia que aquel jefe montañés —y casi desconocido— se atreviese a enjuiciar a un miembro del cogollito social caraqueño?

—Son las cosas de estos invasores que no respetan linajes y apellidos; que no distinguen la "gente decente" diría alguno de los banqueros y barbudos aristócratas que por aquellos dias concurrieron a ciertas privadisimas reuniones en la casa del Señor Matos, disfrazadas de partidas de billar.

Entretanto se agudiza la cuestión con Colombia. Ni el Dr. Eduardo Blanco, Ministro de Relaciones Exteriores, ni el General José Ignacio Pulido, Ministro de Guerra, deseaban que se acrecentara el conflicto con nuestros vecinos, pero ya el espíritu napoleónico de Castro se veia como otro Restaurador de la Gran República de Bolívar. En el periódico de Pedro Vicente Mijares se sentó la brava tesis de que no habría paz en Nueva Granada, Venezuela y Ecuador mientras los "godos" de la camada del viejo Marroquín, siguieran gobernando en Colombia. Y hay que decir que tales godos, —adelantándose o coincidiendo en la agresión— no negaban su apoyo al pretendiente Rangel Garbiras que por no haberse entendido con Castro en la campaña del 99 ni aceptado las condiciones de éste, rumiaba su despecho en los campos de Cúcuta. Hará de intermediario durante los años 1901 y 1902, entre la oposición anti-castrista que se está formando en Venezuela, y el gobierno conservador colombiano. Concreta-

mente en el gabinente del señor Marroquín —según lo recuerda su copartidario Pedro Nel Ospina en memorable carta política— se discutió la ayuda que Colombia prestaría a los revolucionarios venezolanos, defendiéndola con vivo calor el anciano Presidente y su Ministro de Guerra (después de la renuncia de Nel Ospina), José Vicente Concha. ¿Abrumado por inexplicable y ferocísima guerra civil convenía al viejo gramático y peor gobernante Marroquín, revestirla con la liturgia patriótica de un conflicto internacional? El General González Valencia, sumo cacique y propietario en tierras colombianas del departamento de Santander, varias veces conferenció con Rangel Garbiras, y por su intermedio el conspirador venezolano recibe armas de Colombia.

Castro reacciona ante las intrigas colombianas con no menor decisión. El Edecán Martínez Sánchez recuerda la misteriosa visita de incógnito que hace a don Cipriano el jefe liberal colombiano Rafael Uribe Uribe a principios de 1901 y que se mantuvo secreta de los propios Ministros. Luego el Gobierno colombiano en la larga lista de agravios que contiene la llamada "Contramemoria del Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia" firmada por el Canciller Abadía Méndez, se detiene en otros "casus belli". De Puerto Cabello —afirma— partieron varias incursiones piráticas del vapor "El Rayo" que en los comienzos de este año se entretuvo en repartir armas y municiones a grupos liberales facciosos de la costa colombiana. Como el tal "Rayo" viajase demasiado entre uno y otro país, la Legación de Colombia en Caracas levanta un expediente de protesta, y el Gobierno de Venezuela hace la simulación de embargarlo "por motivos fiscales" sin entregarlo al país reclamante. Y la indignación colombiana parece subir de punto por la ayuda ya mucho más directa al General Uribe Uribe. En el vapor "Augusto" que pocos días después se incorpora a la Armada venezolana con el nombre de "Zumbador" el General Uribe Uribe hace un viaje casi de huésped oficial desde La Guaira a Maracaibo. En el puerto zuliano recibió todo un parque que por el Lago y el río Zulia, fué llevado hasta el Táchira, a las puertas mis-

mas de Colombia. Fué muy sospechoso —para el Gobierno de Bogotá— según la Contra-Memoria— que en un escrito titulado "Motivos", fechado en San Cristóbal, anunciara Uribe que "venía a continuar la guerra en Colombia y que ya no se trataba de la reivindicación de los derechos de un partido, sino del restablecimiento de la Gran Colombia, con la fusión de las tres naciones: Colombia, Ecuador y Venezuela, con el General Castro como Presidente".

Mientras las notas de protesta circulan de Cancillería a Cancillería, cuatro mil hombres (las fuentes castristas llegaron a elevarlos a 6 mil) cruzan la frontera el 25 de julio de 1901, a las órdenes de Carlos Rangel Garbiras.

Celestino Castro, el Gobernador del Táchira sobre quien golpea la fuerza de la invasión no es precisamente un héroe — algunos dicen que es el menos avisado de los Castro — pero como en los grandes momentos, don Cipriano está en el telégrafo del Palacio Presidencial dictándole órdenes a su hermano. Tiene el mapa del Táchira en la cabeza, y sabe como se han de distribuir los hombres y organizar la resistencia. Ya está escrita en prosa resonante — en que centellean algunos adjetivos del oficial de Secretaría Eloy G. González — la gran proclama en que el Jefe anuncia que "el sagrado territorio de la patria ha sido invadido por un ejército de colombianos comandados por el traidor Rangel Garbiras". Y don Cipriano sabe que el bravo Régulo Olivares defenderá el ferrocarril del Táchira y el puerto de Encontrados, y que los comandos combinados de Román Moreno, Rosendo Medina, Abel y Gumersindo Paradas, Aniceto Cubillán, Eulogio Moros harán enérgica guerra en los caminos y desfiladeros tachirenses que conocen bien. Según un testigo presencial — el General José Antonio Baldó — fué la solemne calma y teatralidad de Rangel Garbiras la que dió tiempo al gobierno del Táchira a preparar su osada resistencia. Dice Baldó: "Con sus batallones de línea y sus bandas militares a la cabeza desfilaba (Rangel Garbiras) por las poblaciones

fronterizas y caminos del Estado con despliegue teatral; y creyéndonos incapaces de defendernos por nosotros mismos y con nuestros propios recursos, se preocuparon en primer término de cortarnos las comunicaciones con Maracaibo, para lo cual parte de sus tropas desfilaron hacia Colón y ferrocarril del Táchira y ocuparon a Michelena, Lobatera, Borotá y últimamente Táriba". No ocuparon inmediatamente los invasores a Rubio, tierra de numerosa población campesina, lo que permite al Gobierno en aceleradas veinticuatro horas aumentar los contingentes de defensa de San Cristóbal, con buena provisión de veteranos y soldados rubienses. Vienen de Rubio, Juan Alberto Ramírez, Rafael Rojas Fernández, Timoleón y Arturo Omaña, Eliseo Delgado, conduciendo abundante oficialidad. Y otros caminos también están abiertos: los de los Capachos, Zorca, El Cedral, Tononó, San Antonio, La Mulera. La gran tribu de los Gómez que aún no trasladaba todos sus penates a la capital de la República: Eustoquio, Santos Matute Gómez, el sabio tío y consejero J. Rosario García y los Angulo, Bello y Colmenares Pacheco, suben de sus haciendas llevando todas las armas guardadas en los soberados y su dócil peonada, a defender a San Cristóbal. Combatir contra Rangel Garbiras era para ellos más que oponerse a una invasión internacional, liquidar una vieja guerra de familia. ¡Y en 1901 un hombre tan feroz como Eustoquio Gómez se llamaba liberal!

El General Celestino Castro reparte entre los defensores aquel imponente parque de cinco mil maúseres alemanes de diez tiros, recién traído de las fábricas europeas, y los tres millones de cápsulas que — curiosamente — se le iban a ofrecer a Uribe Uribe para hacer su revolución liberal en Colombia. Y ya en las colinas y sitios estratégicos que rodean a San Cristóbal: el puente sobre el Torbes, la plaza de San Pedro, el Tejar del Padre, la Parada, la Quinta Wolfran ocupan posiciones de batalla los batallones "Sucre", "Páez", "Urdaneta", "Junín" y "Ricaurte".

Más de veinticuatro horas dura el largo combate por ocupar la plaza de San Cristóbal que inician las fuerzas invasoras; combate que desde el Puente sobre el Torbes y las

alturas de la "Parada" desciende aluvionalmente hasta las propias calles de la capital del Táchira. Y así como en las filas enemigas hay un venezolano —Rangel Garbiras— dirigiendo soldados colombianos, entre las tropas venezolanas está Uribe Uribe. La prosa de Celestino Castro o de sus secretarios describe en largo comunicado oficial las incidencias de la batalla. Apenas tres mil venezolanos, según el relato del General, hacen frente a seis mil invasores. Hay luchas cuerpo a cuerpo por dominar determinada posición. "Sacaba a la vez mi peinilla con la derecha y empuñaba con la izquierda mi revólver", dice describiendo una de las escenas de la pelea el General José Antonio Baldó. "Más de ochocientas bajas tuvo el enemigo entre muertos y heridos". Del lado de los venezolanos hubo que lamentar la muerte del General Rosendo Medina, el viejo guerrero liberal que había combatido contra Castro en los campos de Nirgua; y los coroneles Celestino y Miguel Velasco tan afamados ya en la epopeya tachirense. Y la pluma del Presidente del Táchira o de sus amanuenses logra el más patético colorido describiendo la desbandada del Ejército enemigo en medio de una gran lluvia tropical —aguaceros de julio en el Táchira—, atropellándose en medio de sus revueltos montículos de caballos y soldados muertos, tambores, pertrecho y banderas caídas. Orgullosamente Celestino Castro — que hasta ese momento ha sido juzgado como el menos heroico de la belicosa familia — dice a su hermano que ha perseguido a los invasores hasta los propios límites de Colombia. "Nuestra enseña tricolor ondeaba victoriosa en la frontera y el enemigo aterrado, se encerraba en la ciudad de Cúcuta", escribe don Celestino. Entretanto Régulo Olivares ha derrotado en el puerto de Encontrados la facción enemiga que quiso apoderarse del ferrocarril y de la navegación del Lago. Numerosas monturas colombianas, de aquellas de talabartería tan bonita que fabrican en Málaga, Vélez y Chocontá, 5 sacos de alpargatas, varias divisas que decían: "Medio granaderos de Cúcuta" y algunas banderas blancas y azules — clásica divisa de los godos de la vecina República — es el humilde y significativo trofeo conquistado por el General Olivares.

Al ilustre don Eduardo Blanco, romántico e insuperable cantor de las grandes batallas de la independencia venezolana, rapsoda de los más heroicos combates y de la homérica aventura de Páez, lee el General Castro los telegramas de don Celestino. —Venezuela sigue dando héroes, don Eduardo, dice el caudillo al poeta — historiador. Pero don Eduardo (pasó ya de los sesenta años y mira la historia contemporánea con más escepticismo y frialdad que los grandes fastos del pasado), no parece electrizarse mucho ante la reciente epopeya. Ha hablado ya con su colega de gabinete, el General Pulido, de renunciar conjuntamente por las peligrosas imprudencias del Caudillo. Sinembargo se aguantará todavia algunos meses, mientras Pulido —más díscolo y cerril— presenta su renuncia el día 30 de julio. Lo sustituye en el Ministerio el General Ramón Guerra quien dentro de pocos meses habrá de pasarse a la Revolución Libertadora. En los corrillos de la plaza y las esquinas de Caracas se habla de la discusión entre el Presidente y el General Pulido quien ha objetado los nuevos y agresivos planes que Castro quiere desarrollar ahora contra los godos de Colombia. Pero estos problemas de la política de palacio son un poco ahogados por la enorme vocinguería que se levanta en toda la República para festejar la derrota de los "guates" que vinieron con Rangel Garbiras. A ejemplo del Jefe máximo, cada Presidente de Estado, cada Jefe civil de Distrito quiere dirigir una altisonante proclama a su ciudadanía cantando la efeméride. Cada padre de familia se siente obligado a enviar al General Castro una carta de felicitación. Castro es el "epónimo", el "benemérito", el "restaurador". Comienza la era que Morantes llamaría de los "felicitadores".

Un extraño personaje de Puerto Rico, Gumersindo Rivas, quien pocos meses antes con protección gubernativa, había fundado el periódico "El Constitucional", se llevará la palma entre los más desenfadados felicitadores. Mulato dicharachero, con ese trato y aparente simpatía fácil de las gentes antillanas, pródigo, bebedor y narrador de cuentos picarescos, tiene un don casi sublime para engastar lugares comunes. No teme a las palabras raras ni a las faltas de

Gramática. Escribe mal, pero copiosamente, con la misma vitalidad con que come o bebe. Es un pequeño geniezuelo de la intriga y la oportunidad. Se da cuenta de muchas cosas: de que en Caracas hay muchos poetas y escritores paupérrimos a quienes puede enganchar por paga y copitas de ron a su gran empresa aduladora; que a la mayoría de las gentes les gusta lo "cursi"; que muchos quieren ver publicado su retrato en el periódico, y que particularmente interesa al General Castro que hablen de su gloria no sólo en Venezuela sino también en el extranjero. Gumersindo Rivas sabe que hay en ese momento en París algunos hábiles condotieros de las letras hispano-americanas, por ejemplo Gómez Carrillo, que por un contrato de colaboración quemarán un poco de incienso modernista en honor del General Castro. Y —paradójicamente— y hasta por su falta de escrúpulos, el suelto aventurero puertorriqueño creará en su periódico la primera empresa de diarismo moderno en Venezuela. Distinto ya en presentación y estilo al muy conservador y tradicional "El Tiempo". Es el periódico que cada día publica un fotograbado, contra la penuria gráfica de los periódicos caraqueños. Anuncia corresponsales especiales en París, Londres, New York o Berlín. Dedica largas columnas a la vida cotidiana y alabanzas del General Castro. Sube los salarios u ofrece más ron a los hambreados redactores que usaron para mencionar al Caudillo, nuevos, numerosos y enfáticos adjetivos.

Carazúa será el trágico desenlace de los sueños grancolombianos del Caudillo. Nadie ha escrito — en Venezuela o en Colombia — un buen relato de la escalofriante aventura guajira como si un pudor internacional quisiera hacer invisibles las partes más trágicas de la Historia. A falta de relatos escritos (ninguna de las profusas Memorias de nuestros militares la menciona, y se hace caso omiso del episodio en el majestuoso volumen de 797 páginas en que Landaeta Rosales reunió la documentación sobre el conflicto colombo-venezolano), tenemos que acudir a la narración oral de los pocos testi-

gos y sobrevivientes. Don Carmelo Castro, el hermano menor de don Cipriano, me cuenta sus recuerdos de la campaña, en una neblinosa tarde de invierno caraqueño, mientras escanciamos el café. Y antes del episodio, conviene hablar primero del testigo. Carmelo Castro tuvo todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de ser el hermano menor del Caudillo. Lo separaba una distancia cronológica de más de veinte años. Don Cipriano levantó montoneras, gobernó el Táchira e iba al Congreso, cuando don Carmelito hacía su infancia de niño provincial junto al río. Pero algo había de singular en el chico; en su energía y fortaleza para la pelea cuando don Cipriano por quererlo bien y prepararlo para la carrera militar, le trató con pedagogía más dura que a sus demás hermanos. Y ya dictador en Caracas, obligó al joven a hacer la más áspera vida de cuartel. Lo único que don Carmelito logró del castrismo fue unos estudios militares en West Point y los largos años de cárcel que le impondrá Juan Vicente Gómez cuando reaccione contra su compadre. Acompaña después a su hermano, en largos, tediosos y desesperanzados años de exilio; y cuando muerto Castro quiere volver a Venezuela a vivir una vida laboriosa, se le lleva otra vez con los estudiantes del año 28, al presidio de Puerto Cabello. ¡Qué significativa biografía de hombre venezolano de la primera mitad del siglo XX! Pero los estudios de don Carmelo; su dominio de lenguas extranjeras, el ensanchamiento de su horizonte mental, le hacían juzgar las cosas de la política, con clara independencia y espíritu crítico. A veces se atrevió a censurar los actos de su hermano en nombre de principios democráticos — como en cierta famosa carta política de 1919 — y semejante autonomía de criterio no le permitió jamás pertenecer al estrecho círculo de los andinos favorecidos. Es don Carmelito, en cambio, uno de los sufridos veteranos de Carazúa.

Ciertas promesas zalameras formuladas en buen lenguaje antioqueño por el General Uribe Uribe, hicieron creer a Castro que una invasión a Colombia por La Guajira hasta Riohacha, y otra por los llanos hacia Arauca, decidiría a favor de los liberales la revolución colombiana; y permitiría que

Castro fuese el sucesor de Bolívar. (Acaso Uribe Uribe se reservaba para sí el destino de Santander). Bastaba que los venezolanos prendiesen en esos dos focos la chispa estratégica, y acudirían de todas partes las masas insurgentes del liberalismo. Estarían contados los días del gramático-Presidente, Marroquín. Leonidas Plaza invadiría desde el Ecuador. Esperaban a las tropas de Venezuela nuevos Boyacá, nuevos Pichinchas, nuevos Bomboná. ¡Qué tema para la poesía épica de don Eduardo Blanco! El viejo Pulido en las últimas sesiones de Gabinete del mes de Julio, estuvo impugnando el plan. "Usted no tiene jefes para semejante aventura; ni su hermano Celestino, ni Dávila — el perseguidor del "Mocho" — son hombres capaces de derribar ningún gobierno extranjero. Y para hacerlo en un país arruinado como el nuestro habría que movilizar todas las fuerzas y todos los recursos; y como Ministro de Guerra me opongo a acción tan insensata". Pulido debió presentar la renuncia, y al nuevo Ministro, Ramón Guerra, parece que no le importaban mucho los planes napoleónicos de don Cipriano, pues ya estaba pensando en hacerle traición. Así Castro decide en uno de sus rasgos de audacia, mandar las dos expediciones. Hay tanto furor y retórica guerrera hasta en los medios burocráticos, periodísticos y literarios de Caracas, que tranquilos hombres de pluma como el Dr. Vicente Dávila escriben hojas y artículos incendiarios. "¡A las armas!" se llama un extraño y detonante escrito del Dr. Dávila en que conmina a todos los compatriotas y en especial "a la juventud liberal restauradora" a incorporarse en el Ejército y contestar a los colombianos "con la indignación del sable y la metralla". Según el Dr. Dávila, en tan grave emergencia los venezolanos deben demostrar al mundo "que somos de la raza de Saint-Just, de Couton y de Lebas; somos oradores, poetas y guerreros; somos descendientes del tribuno Guzmán y del guerrero Zamora". Y en prosa de parecido aliento épico otro grupo de escritores y funcionarios públicos — César y Miguel Mármol, el parnasiano poeta Gabriel E. Muñoz, Juan E. Arcia, Pedro-Emilio Coll, Tomás Llamozas, Jacinto Añez, Delfín Aguilera, Eloy G. González, Francisco Arroyo Parejo, etcétera — se

dirigen al General Castro "como venezolanos de honor y en simple calidad de soldados del Ejército que comandáis". ¡Pues ya que se ofrecen para pelear, que lo hagan, dijo el General Castro al Edecán Martínez Sánchez cuando le entregó la carta. ¡Y por culpa de la incontinencia retórica de aquel documento, escritores y periodistas como Mármol, Tomás Llamozas y Eloy González reciben la orden de engancharse en las tropas que al mando de José Antonio Dávila parten a tan desventurada campaña!

Lo demás es la desesperada marcha de cerca de dos meses por los desiertos de la Guajira. Partieron desde Maracaibo más de mil quinientos hombres y regresarán — en una de esas fugas y dispersiones que recuerdan las de los buscadores del Dorado en los agrios y selváticos días de la conquista — unos pocos centenares. No aparece — como se le esperaba — en el límite de los dos países, con refuerzos y víveres colombianos el General José M. Castillo. Lo encontrarán sólo después de larga y agobiadora expedición de semanas. Las tropas castristas antes de llegar a los prometidos collados de Colombia, atraviesan una pampa de arena, asada al sol. Faltan hasta alpargatas para los soldados, y estos arrastran por el paisaje inclemente sus enormes úlceras. Días enteros sin descubrir, siquiera, el agua salitrosa de una cazimba. En ese año que fué de singular sequía en las estepas guajiras, tropezaban en el camino esqueletos de reses muertas con los cachos y los huesos apolillados de comején. Después de varios días de sed, verdea en el desierto el ojo pútrido de un charco. Se acercan voraces, y al remover las aguas para beber tocan los cadáveres de tres mujeres, asesinadas y violadas por las tropas colombianas que pasaron antes. ¿Beberemos de esta agua?, se preguntan los venezolanos. También se lo pregunta el joven oficial Carmelo Castro. Y todos se abalanzan sobre el pozo maldito. —Durante largas horas sentí un horrible regusto de boca hedionda. Era un sabor como de fango, lamas y cadáver, cuenta don Carmelo. Al otro día comienza en la tropa una epidemia de disentería, que ha de sembrar de cadáveres el duro camino hasta el pueblo de Treinta.

Todos esperaban mucho del pueblo de Treinta, donde acaso les aguardaba el retardado general Castillo. Pero el pueblo es solo una gran ruina de ranchos quemados. Los vecinos huyeron ante un imprevisto ataque conservador. No encuentran qué comer, y mientras entierran los muertos de la epidemia disentérica, se alimentan de cogollos y raíces. Por fin aparece el General Castillo con un refuerzo de cien colombianos y — lo que es más importante — con varias cargas de sal y panela. Se discute el plan de acción. Informa el General Castillo que no se ha podido formar el Ejército del Atlántico en el que confiaron mucho él y el General Uribe Uribe. Cañoneros colombianos rodean ya el puerto de Río Hacha. Lo mejor será que los venezolanos regresen. ¿Y para esta farsa trágica nos hicieron andar centenares de leguas?, se preguntan algunos venezolanos. Hay discusiones duras e inevitables entre los oficiales de una y otra frontera. Otros están indignados con el General Dávila a quien se culpa de imprevisor y roñoso porque calculó mal las provisiones y auxilios de su Ejército. Hay conatos de sublevación. Brillantes oficiales como el Coronel Arturo Uslar, el Ingeniero Tomás Llamozas, el propio don Carmelo Castro censuran los errores de Dávila. Don Carmelo es partidario —en un último esfuerzo desesperado— de un ataque frontal a Río Hacha, tratando de apoyarse en los barcos venezolanos de auxilio que habrán salido ya de Maracaibo. Puesto que hay muy pocas esperanzas, es necesario jugarse la última carta. Dávila no se decide a obrar. Y mientras las cosas se resuelven, llega la emboscada de Carazúa.

Carazúa — 13 de setiembre de 1901 — es la brutal y sorpresiva dispersión de los restos del ya muy arruinado Ejército de Dávila. Seiscientos muertos y trescientos prisioneros hacen las fuerzas enemigas, muchas de las cuales acaban de desembarcar en Río Hacha en el crucero francés "Suchet", prestado al Gobierno de Marroquín. Tres pequeños barquitos venezolanos habían llegado a Río Hacha a auxiliar a Dávila, pero el poderoso "Suchet" los obliga a arriar bandera y mantenerse a distancia del Puerto. Por los eriales de la Guajira, buscando una salida a Sinamaica y Maracaibo, hu-

yen ahora en pequeños grupos los restos de las tropas castristas. Algunos descienden bastante al Sur, y tropezarán con las flechas ponzoñosas y la inexorable hostilidad de los salvajes indios motilones. Son los desaparecidos en la trágica lista de bajas que tiene que apuntar José Antonio Dávila. Es tanta la afrenta, el dolor y el escándalo de tan miserable campaña, que Régulo L. Olivares va a Maracaibo a levantar la información oficial sobre el desastre. En una nota al Comisario de Guerra Arturo Uslar, Dávila quiere justificarse de los cargos de desidia e imprevisión que se le hacen, y achaca sus reveses "al clima inclemente y a una tierra desolada, difícil de comunicación".

En Caracas nada se dice de la rota de Carazúa. En ademán de procónsul, Castro hizo desfilar por las calles de Caracas hasta guardarlos en La Rotunda, algunos de los pobres "guates" colombianos capturados a Rangel Garbiras durante la invasión al Táchira. Más económico hubiera sido conservarlos en la cárcel de San Cristóbal que someterlos a este viaje inútil y costoso. Pero esa procesión — a semejanza de las que hacían los "Imperator" romanos con los cautivos de Numidia o el Ponto — satisfacía el ánimo de grandiosidad y pompa castrista. Los periódicos de Caracas — para seguir molestando al gobierno de Marroquín — escriben artículos de vehemencia casi teológica, contra los godos de allende el Táchira.

Y otro gesto altanero de don Cipriano fué su largo y descomedido telegrama al Presidente de la Segunda Conferencia Interamericana reunida en México, quien interpuso sus buenos oficios para que los gobiernos de Venezuela y Colombia, lleguen a un arreglo equitativo y fraternal de sus presentes dificultades. Mientras que el zamarro Marroquín emplea las palabras más melosas de su ortografía parda, don Cipriano pasa sobre la redacción protocolar y académica de don Eduardo Blanco, para responder en su propio y providencial estilo. Culpa en largo documento telegráfico al "Gobierno conservador colombiano de haber tendido siempre a ejercer su acción sobre la genitora de su independencia y libertad". Y ya en plena pugna verbal habla "del terror, la miseria y el oscu-

rantismo con que pretende invadirnos". En esos mismos días, el Ministro chileno Herboso con plenipotencia simultánea en Bogotá y Caracas, también ha querido ofrecer la mediación de Chile para conciliar a las hermanas querellantes. Y mientras don Miguel Abadía Méndez contesta a Herboso con la más pulida tradición diplomática de la Cancillería de San Carlos, don Cipriano propone para la conciliación que Colombia considere los términos de su nota al Presidente de la Conferencia Interamericana de México. Es decir que los godos colombianos se arrepientan publicamente de cualquier falta "contra la genitora de su libertad" y se dejen llamar "retrógrados y oscurantistas". El viejecillo Marroquín y el muy académico Canciller Abadía Méndez contestan con un decreto en que "se declaran interrumpidas las relaciones diplomáticas entre Colombia y Venezuela". ¿Pero ya no estaban de hecho interrumpidas? El ilustre don Eduardo Blanco no resiste más, y el 8 de noviembre alega razones de salud para separarse del Ministerio de Relaciones Exteriores venezolano. En su lugar es nombrado una gastadísima reliquia de los dias de la Federación: el General Jacinto Regino Pacheco.

En cuanto al Señor Herboso, Ministro Plenipotenciario de Chile quien en nombre de su país había propuesto la mediación chilena en el conflicto, será personaje de largo renombre en los fastos caraqueños del castrismo y en la amistad del Caudillo. Hombre de rizada barba, de elegancia mundana, muy aficionado al juego, hará durante su permanencia en Caracas riesgosas apuestas a la mesa de "baccarat" en que suelen jugar Manuel Corao, Torres Cárdenas y a veces el propio don Cipriano. Pero para estar cerca del poder, informarse de todo y gozar de especialísimos privilegios diplomáticos, sabe halagar a Castro con lisonjero artificio que ya le envidiarían muchos venezolanos. Un día le sopla la conveniencia de unir los pueblos hispano-americanos en una vasta federación que acaso Castro como guerrero de tan universal prestigio, pudiera presidir. ¡Esto es mucho más que la

Presidencia de la Gran Colombia! Y en días tan trágicos como los del 903, don Cipriano habrá de despepitarse en una carta indiscreta al Plenipotenciario chileno en que se regocija en la idea y propone que sea Venezuela "por su posición topográfica, donde se reúna un Congreso de delegatarios de las diversas naciones que pactarán la forma de esta Unión". Alimentándole semejantes sueños de grandeza, Herboso será entre los diplomáticos extranjeros, figura de suma magnitud en los días de duelo y colisión internacional que se aproximan para el país. Pero no adelantemos los acontecimientos, y seamos más fieles al Calendario.

VII — ASFALTO Y FUSILES

En su cómodo apartamento del Hotel Continental en París, el General Manuel Antonio Matos a comienzos de agosto de 1901 recibe extrañas visitas y comenta las noticias de Venezuela. Pasa en sus conversaciones del Español al Francés y al Inglés y tiene entrevistas reservadísimas que se celebran en su habitación, a puerta cerrada. Desde hace largos años se hospeda en el Hotel Continental y todos los mozos le conocen los gustos exigentes y rumbosas propinas. Entre los más señalados y secretos visitantes que recibió en aquel estío parisiense, se cuenta un agente de raza israelita, Rudolfo de Paula, hombre de lengua melíflua, sumamente activo y servicial, a quien el caballero venezolano confía las tareas que él no quisiera cumplir de modo directo.

La verdad es que Matos cree que ahora culmina el más responsable y brillante momento de su vida. A pesar de su gran fortuna ha sido un segundón en la movida historia política venezolana; durante el guzmancismo fué sólo el concuñado próspero del Ilustre Americano, víctima habitual de sus impertinencias y jactancias; y ya caído Guzmán tropezó siempre con la desconfianza y recelo criollo de personajes como Crespo para quienes Matos era "demasiado musiú". Como legatario — hasta por razones de familia — de la causa del viejo liberalismo amarillo y guzmancista, fué a recibir a Castro el 99 y contribuyó con su calculada untuosidad a hacerle fácil el camino que separaba a Valencia de Caracas. Presentando el que creyó ingenuo y selvático don Cipriano, a la sociedad de Caracas, abrigó la ilusión de ser el gran potentado y consejero detrás del Trono. Y ya sabemos como se interrumpió el idilio. El nacionalismo agresivo de Castro,

sus procedimientos demasiado personales y expeditos, y sobre todo la falta de consideración por los intereses extranjeros hicieron pensar a Matos que convenía una acción enérgica antes de que Venezuela concluyera de "barbarizarse". Por el momento, aquel loco delirante parecía haberle ganado la partida.

Desde fines de 1900 fué en Caracas asiduo contertulio suyo, un misterioso aventurero de nombre A. F. Jaurett, protegido y relacionado de Mr. Loomis, Ministro de los Estados Unidos en Venezuela. Jaurett desempeñaba — sin estar en la lista diplomática — una misión oficiosa de Secretario e informador de la Legación norteamericana y redactaba un periodiquito, "Venezuela Herald", para la entonces muy escasa colonia de lengua inglesa radicada en el país. Representaba asimismo en Caracas el New York Herald y a la Associated Press, y ciertos despachos expedidos por la vía de Curazao a la prensa norteamericana sobre la situación nacional —bastantes agresivos contra el Presidente Castro— se atribuyeron a su intrigante pluma. A veces el extraño sujeto parecía un ventrílocuo de las relaciones e intereses del señor Matos. Pero más productivo que tan varios afanes de correveidile político y diplomático, era para Jaurett cierto empleo secreto de propagandista del "trust" del asfalto que tendrá suma influencia en la política criolla de los próximos meses. Luego se averiguó — y esto naturalmente, debió de chocarle mucho a hombre tan acompasado como el señor Matos — que el tal Jaurett era una de las peores pécoras que pueden caer sobre un país, y que bajo un solo nombre propio ocultaba personalidades contrapuestas. Una ficha policial que se publicó varios años después, mostraba que había sido ciudadano y oficial del Ejército francés; que desertó y comerció en Panamá cuando allí funcionaba la Compañía del Canal de M. Lesseps; que posteriormente actúa en México donde comete numerosas estafas promoviendo negocios mineros imaginarios, y que por último — y como previa escala para su rápida aventura venezolana — estuvo en Miami, Florida, hacia 1896, convertido por no se sabe qué metamorfosis, en democrático ciudadano de los Estados Unidos. ¡Tan norteamericano parecía que en

él depositaron toda su confianza el Ministro estadunidense Mr. Loomis y la Compañía de Asfalto! Loomis, además, lo recomienda a su sucesor en la plenipotencia — Mr. Boowen — quien le sigue franqueando archivos y escritorio en la sede de la Misión. Cuando Castro descubre las cosas que fraguaba el tal Jaurett y lo expulsa del país, la Legación americana quiere defenderlo y protesta contra la medida, como si se tratara del más auténtico descendiente de los puritanos. Serán las propias autoridades de Venezuela quienes informan con la mayor discreción al Ministro Bowen, que la ciudadanía estadunidense del personaje no parecía claramente demostrable.

Jaurett no era sino uno de los tantos fantasmas de la llamada cuestión del asfalto, que ya emerge volcánicamente a la superficie de nuestra política, en 1901. Ocurrió que el General Guzmán Blanco en su deseo de progreso material velocísimo y negocios aún más súbitos, hizo en 1884 una detestable operación al otorgarle al norteamericano Horatio R. Hamilton una concesión para "explotar los recursos naturales" del entonces muy vasto Estado Bermúdez. A Mr. Hamilton le interesaban, de modo particular, los yacimientos de asfalto de la región de Guanoco, sin desdeñar, tampoco los productos complementarios que pudieran hallarse en las vastas tierras baldías. El contrato le trocaba en verdadero rey de selvas inexplotadas. Se le concedía, graciosamente, el "derecho de importar libres de aduana los implementos y útiles que necesitaba para su explotación y el de navegar los ríos del Estado Bermúdez en pequeños vapores, tomando la madera necesaria para el combustible". Estábamos invistiendo a Mr. Hamilton de altanero y abusivo imperio sobre toda una región venezolana. Solo tenía que disputar a algún tigre y a las mapanares y traga-venados que en aquellas tierras calientes alcanzan considerable magnitud, el dominio de su verde imperio húmedo. Las obligaciones del contratista no eran excesivas; pagar al Estado venezolano dos bolívares por cada 999 y medio kilogramos de asfalto que exportara, y cinco centésimos de bolívar por cada uno de los productos diferentes que llevase al extranjero, exceptuando las maderas. Para el

trabajo de éstas, Mr. Hamilton tenía el más absoluto derecho de tala. Muy benéficamente, el gobierno de Guzmán Blanco fijaba al contrato una duración de 25 años, y hasta su término no se daría otra concesión similar en el Estado Bermúdez. No importaba que por aquella época el del asfalto fuese el sistema de pavimento más usado del mundo; que se asfaltaran las grandes calles de las metrópolis de los Estados Unidos y las carreteras que van del Atlántico a California. El único que podía extraer nuestro betún lodoso, era el privilegiado Horatio Hamilton. Para que el contrato no pareciese demasiado irritante, en otra cláusula adicional el contratista se comprometía "a canalizar uno o más ríos del Estado Bermúdez comenzando por los de Caño Colorado y Guarapiche". Con tan buena negociación en el bolsillo, Mr. Hamilton parte a New York, y el 24 de octubre de 1885 traspasa su contrato a la nueva y grande compañía asfaltera, "New York & Bermudez Company", que a lo largo de los años — y a medida que el progreso moderno requiera más lodo betuminoso — se trocaría en el trust del Asfalto. Ya en la segunda presidencia de Crespo hubo la intención de demandar a la Bermúdez por incumplimiento de contrato, pero el Gobierno venezolano se contentó en 1897 en otorgar otra concesión rival denominada "La Felicidad".

Seguramente a Castro le soplaron ya por 1900 la conveniencia de demandar a la Bermúdez y devolver a la nación tan ricos yacimientos; y ello explicaría el tesón y diligencia con que los agentes del Trust solicitan al Señor Matos. La cuestión del asfalto, a causa de las futuras medidas nacionalistas del Presidente, se prolongará durante todo su régimen; se complicará con los negocios y artimañas de otra compañía semejante, la "Orinoco Shipping Company"; habrá de imponernos seis años más tarde una ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, y entretanto colabora financiera y políticamente con la revolución de Matos.

Esta, pretenderá fundir cosas tan contradictorias como el "respeto a los intereses extranjeros" y la rebeldía autóctona y sueño de predominio que agitaba a los grandes caudillos desplazados o resentidos como Monagas, Rolando, Peñaloza,

Solagnie, etcétera. Junto al señor Matos, sus cuidadas manos, su lengua poliglota y el hermoso parasol con que se defiende de la canícula inclemente, actuarán en la Revolución personajes tan hispidos e irredimiblemente bárbaros como el indio Rafael Montilla, el "tigre de Guaitó". Nunca se vieron en ninguna otra guerra civil venezolana alianzas más inverosímiles. Pero mientras se levanta la gran hoguera venezolana de los años 1901 a 1903, hay que acompañar al señor Matos en sus andanzas y conexiones extranjeras. Cierto libro publicado en New York en 1907 y que se titula *The Venezuelan question, Castro and the asphalt trust* por O. E. Thurber, ayuda a esclarecer el itinerario del magnate venezolano en los días en que se preparaba la revuelta. Es uno de los documentos más importantes para la historia interna de ese período y para estudiar los orígenes de lo que puede llamarse el imperialismo en Venezuela.

Matos llegó a París con buena carta de crédito datada en New York. En la metrópoli norteamericana tuvo muchas conversaciones con negociantes e inversionistas a quienes comunicó su impresión desconsolada de la situación económica venezolana. Castro no era hombre para pactar discretamente con las compañías extranjeras e impulsar, por ello, el desarrollo material del pais. Se desencadenaba ya en Caracas una ofensiva diplomática de las grandes potencias a causa de la morosidad del Gobierno en el pago de la deuda pública y oportuno despacho de las reclamaciones extranjeras que se suscitaron como consecuencia de la guerra civil del 99.

Institución bancaria europea tan bien informada como el "Norddeutsche Bank", dió a conocer a los círculos financieros del mundo, sus puntos de vista bastante amargos e imperialistamente sarcásticos, sobre la crisis fiscal de Venezuela: "Por fortuna — decía el Informe — que como todas las grandes potencias están sufriendo por igual en sus intereses venezolanos, pronto le será puesto un cese a esa insostenible situación". ¿No constituían las palabras del Norddeutsche

Bank una franca incitación a las potencias europeas, para que en nombre de sus defraudados deudores interviniesen en el país? El Decreto castrista del 24 de enero de 1901 produjo suma irritación en los medios diplomáticos, ya que excluía por tiempo indefinido el dictamen sobre las reclamaciones anteriores al 23 de mayo de 1899; fijaba un breve plazo de solo 90 días a los interesados para transmitir sus quejas; determinaba que los pagos se hiciesen en certificados de una deuda creada al efecto, y ponía en vigencia la drástica ley de 1873 según el cual la nación venezolana establecía su irresponsabilidad respecto a los daños y perjuicios no causados por autoridades legítimas, y castigaba con la pérdida de todos los derechos y con multa y prisión al reclamante que "exajerara los daños sufridos". ¿No eran éstas las justas defensas de un país agotado que advertía a los extranjeros que si inmigraban a Venezuela debían aceptar las mismas contingencias, el mismo azar y dolor de los venezolanos? Pero una de las cosas que fatigaron más a don Eduardo Blanco durante su permanencia en el Ministerio de Relaciones Exteriores — tanto como los planes castristas de grancolombianismo — fué la continua polémica de notas con las Legaciones de Italia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos que continuaban cobrando perentoriamente, a pesar de nuestro colapso financiero. Por eso, quizás, pensó el Señor Matos que era ya el tiempo en que Venezuela fuese gobernada por un personaje como él que a sus méritos de capitalista, acreditado en los círculos bancarios del mundo, agregaba un decorativo e indispensable título de General. —Matos no es, precisamente un héroe ni un gran jefe, pero sabe entenderse con los "musiúes", y en el momento preciso le birlaremos la presidencia, debieron calcular en sus respectivas madrigueras provincianas, citando ya a sus respectivos "oficiales", hombres del temple de Riera, de Rolando, del viejo Domingo Monagas. Muy favorablemente Ramón Guerra quien ha sustituido al corajudo y atrabiliario viejo Pulido, está permitiendo hacer a Castro todo género de disparates. Venezuela —había anunciado ya a los lectores del "New York Herald" el inefable corresponsal A. J. Jaurett— parecía madura para otra revolución.

Naturalmente que el "trust" del asfalto y la otra empresa imperialista amiga "The Orinoco Shipping", debían aprovecharla. Varias veces concurrió Matos durante el mes de julio a la oficina de la "New York & Bermudez Company" situada en el pleno corazón de los negocios, en el número 11 de la calle Broadway. Había tenido oportunidad de conocer en la rápida pero estimulante visita que hizo a Caracas, al abogado director de la Compañía, Henry Willard Bean, quien ahora le sirve de introductor ante los otros miembros de la Junta Directiva. El señor Matos trasmitió sus informes sensacionales. Y aquellos caballeros se impresionaron tan favorablemente que el día 5 de julio de 1901 — para que el financista venezolano no pasase sólo y desterrado el aniversario patrio — le ofrecieron un suntuoso banquete. ¡Delicadísimo rasgo de amistad internacional! Se pronunciaron algunos brindis indiscretos. Sin declarar aún la guerra, Matos ya se consideraba el árbitro de los destinos futuros de Venezuela. Y acaso fué al final del banquete — según los agudos chismes del escritor Mr. Thurber — que Matos recibió un primer cheque de la Compañía por 100 mil dólares como inicial ayuda modesta a su empresa de restablecer las libertades venezolanas. Según Mr. Thurber quien afirma haber visto el cheque, se conversaron también otras cosas: que el Superintendente de la Compañía en Venezuela Mr. Jeffs, recibiría órdenes de apoyar la revolución de Matos "in every manner with Company in Guanoco could do so". Los favores podrían ser de otorgar pasajes en barcos de la Compañía desde Trinidad hasta los puertos del Oriente venezolano, y transportar — cuando sea necesario — "algunos rifles, revólveres, máuseres y machetes".

Se hace difícil para Matos adquirir en el vigilado puerto de New York un barco revolucionario, y de allí su viaje a Europa. Es entonces cuando aparece en sus habitaciones del "Hotel Continental", el melífluo Rudolfo de Paula. Y entre todas las proposiciones y pesquisas de que informa el sagaz agente, parece convenirle cierto barco inglés de la Compañía "The Aberdeen Steam Navigation Company" que ofrecen en Londres por 20 mil libras. Bien protegido en su macferland

oscuro — pues aunque es verano siempre hay algo de frío y humedad en las costas inglesas — el Señor Matos cruza el Canal de la Mancha.

El vaporcito se llamaba "Ban Righ" y transportaba carga y pasajeros entre Londres y los puertos del Norte. Algunas veces se aventuraba hasta los fiordos noruegos; y de las brumas nórdidas, de los pálidos mares helados, vendría ahora a conocer los cabrilleantes, pesados y calientes mares del trópico. Vería los verdores de Guanta y los médanos blancos, ulcerados de sol — verdaderos fiordos de arena — de la costa coriana. Según el indiscretísimo Thurber que quiere ser implacable repórter de los hechos de Matos en estos días, la Compañía de Asfalto agregó a su primer donativo de cien mil dólares otros cuarenta y cinco mil más para cerrar la negociación del barco. Se le dijo a los tripulantes y a su capitán Willis (quien después hará un pintoresco relato de la expedición) que la nave saldría para Sur América cargada de "quincalla, instrumentos de música, vinos y perfumería". Y para hacer el traspaso de la "Compañía Aberdeen" a una sedicente empresa colombiana, se presta el Ministro de Colombia en Londres, señor Gutiérrez. (Era otra de las intrigas contra Castro que fomentaba el Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, José Vicente Concha).

Por medio de otro de sus agentes: el corredor inglés Kinleyside y provisto de púdicos certificados consulares colombianos, Matos logró despachar el "Ban Righ" y su clandestina mercancía de 175 toneladas de máuseres, 180 de municiones, albardas, cañones y vario material bélico; y partió él también en el trasatlántico "Amerique". El punto de destino será el puerto de Saint Pierre en la isla de Martinica donde se cuenta con la benévola complicidad de las autoridades coloniales francesas. Ya están convocados y acuden desde los peñones antillanos algunos de los caudillos comprometidos en el movimiento: el viejo Domingo Monagas, Nicolás Rolando, Pedro Ezequiel Rojas, Horacio Ducharne, y todo un grupo de valerosos oficiales que darán mucho que hacer y morirán en combates, presidios, destierros e invasiones de los próximos treinta años de tiranía: Doroteo Flores, Egea Mier, Manuel Jove,

J. M. Betancourt Sucre. Por toda Venezuela y donde quiera que haya un general capaz de "parar" cincuenta hombres, deben estar circulando las cartas de Matos en que convida a la sublevación; cartas semejantes a la que dirigió al General Julio Sarría y fué interceptada por el Gobierno. Matos promete ser el vengador de la República vejada brutalmente por Cipriano Castro y comprometida en inútiles conflictos exteriores, como la última guerra con Colombia. A pesar de su antigua ortodoxia liberal, de su amarillo guzmancismo, Matos llama a concordia de liberales y de godos de "uña en el rabo" y hasta de conservadores colombianos, para derrocar a Castro. Curiosamente se repetían en ese final de 1901 las mismas circunstancias, traiciones y transgresiones y pactos políticos, que permitieron el triunfo castrista el 99. Con la sola y muy importante diferencia entre la naturaleza de los jefes de una y otra Revolución. Y la policía de don Cipriano, por esos mismos días logra descubrir el más importante núcleo caraqueño de conjurados entre los que se cuentan capitalistas como don Pancho Travieso, don Lucas Ramella, don José Antonio Olavarría, don Manuel Acedo y — cosa muy significativa — hasta el propio Ministro, General Ramón Guerra quien se había ausentado al balneario de Las Trincheras con el inocente pretexto de una cura de aguas.

El General Domingo Monagas presentó ya a Matos en Martinica una variada oficialidad y marinería formada de esos cobrizos guerreros anfibios del Oriente venezolano, soldados en tierra y piratas en alta mar. Eran según el cálculo del capitán inglés Willis, más de cuatrocientos hombres. Y para halagarles la vanidad, más de ochenta entre ellos lucían ya título de generales. El marino británico describe en la más coloreada prosa la irrupción violenta de aquel extraño y desigual grupo, a posesionarse de la nave. "Armados todos hasta los dientes, mientras la atmósfera tropical parecía condensarse con los olores de los cuerpos sin lavarse, del hierro caliente y del aceite de las máquinas", apunta Willis. El día de año nuevo —1902— el generoso señor Matos hace subir champagne al barco; la empinan los soldados más toscos, a pico de botella, como si se tratara del más criollo guarapo fuerte

y se procede a rebautizar el "Ban Righ" con el nombre de "El Libertador". Se estrena el cañón con veinte salvas de saludo, y el joven secretario de Matos, Antonio Parra Hernaiz lee la proclama insurgente del jefe. Todos aquellos hombres se han congregado allí, dispuestos a "salvar de la ruina a nuestra querida Venezuela". Y se repite como un estribillo lamentoso la frase más patética de la alocución: "—La patria gime; la patria perece!".

Por fin una caliente noche de enero el barco zarpa de Saint Pierre, rumbo a las costas de Venezuela. A las casi desoladas playas de Terrón Colorado y Machurucuto había convocado el viejo Monagas, Comandante en Jefe de la nave, a sus guerrilleros orientales para abastecerlos de armamento. La principal función del buque sería ir repartiendo parque a lo largo de la costa para llevar la guerra al interior. Pero en ese primer trayecto por el litoral oriental, "El Libertador" es casi un barco fantasma, porque los rebeldes — acosados ya de fuerzas castristas — no pueden llegar al mar. Y cuando se le explica al Capitán Willis el oficio de piratería que debe cumplir, y este se resiste (ya que su profesión es de marino mercante y no de corsario) muchos de los generales venezolanos lo conminan a obedecer, apuntándole con sus revólveres. Willis será pirata, a pesar suyo. Escribe en su curiosa narración: "Aquellos venezolanos miraban la guerra y la efusión de la sangre con la misma naturalidad con que un gato coge un ratón". Son seres diabólicos, de reacciones imprevisibles, completamente insoportables para la cortesía y corrección británica.

Y para importunar a sus bárbaros dominadores, Willis y sus mecánicos ingleses, organizan, sencillamente, algunos pequeños actos de sabotaje o entregan a los venezolanos más ignorantes, el manejo de las piezas más complicadas. En la marcha de Oriente a Occidente al barco se le tuerce una biela y se hace preciso recalar en La Orchila y después en Curazao para reparar el daño. Al salir de Curazao, hay otro grave desperfecto en las calderas y es necesario refugiarse en Puerto Colombia en vez de seguir el derrotero corsario por la costa venezolana. En Barranquilla, el Capitán Willis, logra

librarse de sus violentos patrones, y tomar pasaje para Inglaterra, desde donde escribirá su corta aventura tropical. Entretanto —declarado ya pirata el barco por el Gobierno de don Cipriano, y elevada la queja ante el Gobierno inglés por haber permitido armarlo— se está encendiendo en Venezuela la guerra civil. La primera acción bélica en que ha tomado parte la nave, ocurre al regreso de Puerto Colombia, en ruta hacia Coro. A la altura de Cumarebo se encuentran con el pequeño vapor gobiernista "Crespo" al mando del Capitán Pedro Rivero y se traba un desigual combate. Todavía con la nave desmantelada, las hélices y las maquinarias rotas por los certeros cañonazos del más potente "Libertador", el Capitán Rivero entre un montículo de muertos y heridos, espera con la espada en la mano el abordaje de la marinería revolucionaria. Parecía un paladín de otra edad. E impresiona tanto su coraje y serenidad a los vencedores, que cuando sube —ya prisionero— al puente de la nave enemiga, se le recibe con honores militares. Eran — dentro de tanta traición e impureza — los vestigios de una Venezuela caballeresca y romántica, inexorablemente honrada en su vieja manera de combatir.

El veintinueve de febrero de 1902 el General Cipriano Castro presta juramento ante el Congreso Nacional como Presidente Constitucional de la República, elegido por el mismo Cuerpo. Culmina en la elección toda una farsa política que desde el gobierno de facto, pasando por la Constituyente de 1901, condujo — a través de una mañosa reforma de la Constitución — a este asustado y reducido voto que emiten los altos funcionarios públicos mimetizados en Poder Legislativo. Sinembargo, los grandes electores no confían mucho en el poder de resistencia de su elegido ya que el país se está conmoviendo y anarquizando como en los peores y lejanos días de la revolución federal. Desde hace cuarenta años no vive Venezuela tiempos más tormentosos. ¿Y este hombrecito pequeño, de ojos y ademanes casi delirantes, quemado

en su propia combustión nerviosa, será capaz de resistir el embate de fuerzas desatadas — internas y externas — que conspiran contra el régimen? Todo cuanto ha pasado en los últimos meses no es sino un indicio, las primeras nubes del temporal que habrá de descargarse sobre la República. Su terrible jactancia, la propia fé en su genio diabólico, es cuanto le ha sostenido y habrá de sostenerlo en el continuo diluvio de contratiempos. Apremiantes notas que trae el Ministro de Relaciones Exteriores de los diplomáticos extranjeros que reclaman una deuda impagable; faltas de respeto de las compañías establecidas en Venezuela como la del Ferrocarril alemán quien se atreve a decir al Gobierno que no transportará más tropas por la vía férrea hasta que no se le cancele más de medio millón de bolívares que se adeudan por pasajes; y urgencia de dar una reprimenda pública al orondo Herr Knoop, amenazándole con echarle del país o sumirlo en la cárcel aunque todos los barcos de guerra del Kaiser vengan a reclamarlo. (Se le advertirá, de paso, que su conducta "constituye un acto de hostilidad, o la prueba de que el Director conoce planes que se abstiene de revelar al Gobierno"). Y cuando para salir de estos conflictos los funcionarios le traen borradores de notas muy comedidas, en aceitoso lenguaje administrativo, el hombrecito se eriza como un tigre y arroja sobre el tibio documento oficial su retahila de improperios. El telégrafo —desde el mes de octubre— no cesa de traerle cada día, la noticia de un alzamiento militar en todas las zonas del vasto y mal comunicado territorio.

Como en todas las revoluciones que empiezan, hubo gentes demasiado precipitadas y madrugadoras. Por ejemplo, el Dr. y General Juan Pietri que el 22 de octubre de 1901 se levanta en la sierra de Carabobo, endilgando su respectiva proclama. Anunciaba heroicamente que estaba "dispuesto a su propio holocausto por la redención y bien del país". Descubiertos pocos días después en Caracas algunos de los cómplices oligarcas de la revolución de Matos, Castro quiso castigar en el Dr. y General Pietri toda una clase social. Y cuando vencida su pequeña facción, se le trae prisionero a Caracas, le irroga la afrenta de ponerlo en libertad "para que no se in-

tranquilizara su familia". Otro peregrino rebelde, fué el muy poco inteligente General Aurelio Valbuena quien el 1° de noviembre del mismo año, se alzó en Turmero haciéndose llamar "Jefe supremo de la Revolución reconquistadora de la dignidad nacional". Comienza diciendo Valbuena en una grotesca proclama que "aun cuando tengo conocimiento de que nuestro amigo el General Juan Pietri es Jefe supremo de otra revolución, yo no he vacilado también en lanzarme asumiendo Jefatura suprema porque es más natural que sea un hijo del Coquivacoa el Jefe, y no un hijo de Río Caribe, desde luego que esto sería más deprimente para los venezolanos". Y en lugar de unirse con Pietri — como lo aconsejaba el buen sentido — este "pobre" Valbuena acomete más que contra Castro, contra su posible colega de aventuras revolucionarias. Sigue diciendo en su disparatadísima alocución: "El General Juan Pietri no habla bien el Castellano y se le conoce que es musiú, lo cual expondría la revolución a que los pueblos no le siguieran y quedáramos solos. Item más, el mencionado Juan Pietri conoce más el arte de la oratoria que el de la guerra".

Bien "apersogado" cae Valbuena y los pobres labriegos y coronelitos aragüeños que tuvieron la debilidad de seguirle, mientras que ya entrado 1902, de oriente a occidente, desde los llanos orientales hasta las estepas de Lara y Falcón, la tierra venezolana comienza a convertirse en pávido desfile de caballerías. Y anda el país tan mal, que el 1° de marzo — un día después que don Cipriano ha pronunciado ante el Congreso su solemne juramento presidencial— los diarios de Caracas publican un Mensaje especial del Ejecutivo por el que declaran suspendidas "todas las obligaciones del crédito interior y exterior".

Gran cuchicheo de diplomáticos — Bowen de Estados Unidos, Haggard de Gran Bretaña, von Pilgrim Baltazi de Alemania — que comentan la catastrófica situación e informan a sus respectivos Gobiernos. ¡Acaso el señor Matos, hombre de amplia experiencia comercial, habituado al trato con los extranjeros, sea la salvación de este ruinoso país! Venezuela tiene abundantes recursos naturales, pero le sobran caudillos

y le falta Estadística y Administración, comentan en perogrullescas frases los cautelosos agentes. A Mr. Bowen, le han ofrecido, libre de rédito, la casa del señor Matos para sede de su misión. Es una de las mejores residencias de Caracas; tiene sala de billar, gran comedor, habitaciones amplísimas, excelente bodega de vinos. El Ministro de los Estados Unidos vacila en aceptarla. Pero como ha tratado bastante a Castro y ha remitido al Departamento de Estado numerosas notas sobre el carácter, opiniones y reacciones del personaje, transmite una peculiarísima opinión a sus colegas: ¡Cuidado con este hombre! Es más temible en el peligro. "Tiene ilimitada confianza en su habilidad para dirigir los asuntos internos y regular sus relaciones con los extraños". Muchos años después en un curioso libro "Recollections Diplomatic and Undiplomatic", Herbert Wolcott Bowen recojerá los recuerdos, y azaroso devenir de esos días venezolanos.

IX — LA TIERRA ENCENDIDA

"Coriolano" es una palabra de moda, sacada de la ropavejería histórica de los letrados del castrismo y que puede aplicarse a quienes en extranjero suelo conspiran contra el Restaurador. En una extensa solicitud pública dirigida a la Corte Federal y de Casación por el joven oficial Félix Galavís a fines de 1901, en que denuncia "como traidor a la patria al Dr. Carlos Rangel Garbiras", cómplice y agente de las intrigas conservadoras colombianas contra Venezuela, le aplica semejante apodo clásico. Pero desde comienzos de 1902 el "Coriolano" por excelencia será el General Matos cuyas relaciones con capitalistas ingleses y yanquis y la protección que mereció su barco el "Ban Righ" en aguas de las Antillas, destaca la prensa gubernamental. Contra esa especie de confederación de caudillos rebeldes, contra la magnitud de la larga guerra civil que vivirá Venezuela entre 1901 y 1903, serán las casi bárbaras consignas nacionalistas de Castro, la mayor fuerza de su régimen. Y una de las causas que explican el fracaso final de la Revolución Libertadora es no sólo el recelo de sus altos conmilitones, sino los puntos débiles que presenta para las campañas de opinión pública la persona del General Matos. No es que don Manuel Antonio no sea un caballero honorable, pero contra ningún otro — ni Domingo Monagas, ni Riera, ni Luciano Mendoza, ni Solagnie — podían esgrimirse tantos ataques demagógicos, de gran alcance emocional, como el conocido banquero de Caracas. Todo su dinero, corrección y relativa energía con que se condujo durante la guerra, no alcanzaron a quitarle ante el pueblo venezolano el sambenito de presuntuoso, extranjerizante y aristócrata, con que le describe el periodismo del Gobierno.

Al fin y al cabo, los caudillos orientales y occidentales que le acompañaron en su gran aventura, desde Rolando hasta Peñaloza y el feroz indio Montilla, eran auténticos productos del suelo en que las respectivas comarcas se reconocían y se identificaban por vínculos campesinos y tribales. El generoso y osado Rolando era un poco el Oriente venezolano, conocedor de rutas de tierra y de mar; compadre y protector de muchos que compartieron con él sus riesgos de guerrillero. Domingo Monagas era el último y liberalísimo representante de todo un viejo linaje de lanceros, de una antigua hegemonía fundada en la guerra y el valor personal que ejercitaron sobre la República los viejos caudillos barceloneses y maturineses, así como Riera encarnaba los espinosos médanos de Coro y el indio Montilla la guerra de trampas y emboscadas de los páramos trujillanos. ¿Quién le iba a negar nada en los llanos de Maturín al gran compadre Domingo Monagas, ni en las serranías corianas a Riera, ni en Carúpano y Cumaná a Rolando? Todos esos jefes se "habían quemado la cotonía" — como dice el viejo refrán venezolano — en luchas viriles contra las tropas regulares de la República; eran gentes de aguante, capaces de comer el más viejo y apolillado cazabe y de beber el agua pútrida de un charco llanero en sus expediciones insurgentes; conocían a sus tropas y habían formado sus propios oficiales, mientras el señor Matos resultaba para el pueblo venezolano, distinto, distante y casi forastero. Fácil era la campaña gubernamental contra él, a quien se aplica la más coloreada difamación. Después de acompañar su barco corsario en un primer periplo por la costa venezolana; y mientras la guerra se enciende en el interior del país, Matos ha fijado un provisorio cuartel político en la Isla de Trinidad desde donde aspira a dirigir lo que se llamarían las relaciones exteriores de la Revolución y los auxilios que a ésta otorga la complicidad de las autoridades inglesas. Cuenta con la benevolencia de la Compañía de Asfalto y con el apoyo de la Orinoco Shipping Company cuyos vapores "Masparro", "Apure", "Guanare" a veces son despachados a las playas orientales llevando contrabando revolucionario. El Gobierno de la Isla no oculta su apoyo y permite que los ma-

nifiestos de embarque de dichas naves, cuando se dirigen a zonas insurgentes, sean firmados por Julio C. Lyon, Agente comercial de la Revolución en Puerto España, mediando la circunstancia de estar acreditado allí un legitimo Cónsul de Venezuela.

Carlos Benito Figueredo, habilísimo periodista y correveidile que ejerce dicho cargo, logra venir a Caracas y con destreza de repórter mezclado de sabueso, informa a don Cipriano de los menores pasos de Matos. Cuenta en su libro "Presidenciales" que le leyó a Castro una nota muy airada que dirigió al gobierno insular y que por el tono poco diplomático no fué autorizada por la Cancillería de Caracas. Pero con el desgarrado patetismo nacionalista que el "Restaurador" estaba dispuesto a encarnar, no sólo aprueba el oficio de su Cónsul contra la opinión del Ministro de Relaciones Exteriores, sino la complementa aún con otros adjetivos muy ásperos de su propia cosecha. Quizás ha de ser esta tenacidad de Castro, la trágica personificación que asume de una nación perseguida y arruinada, lo que al fin le dé el triunfo en los terribles dias que se aproximan. Y Carlos Benito Figueredo envía también desde Trinidad un puñado de noticias para ridiculizar al General Matos y convertirlo en el "chivo expiatorio", en el "nuevo Coriolano" en que se ceben las pasiones y propagandas del régimen. Mientras los demás caudillos de la "Libertadora" ya están combatiendo en caños y médanos, sierras y llanuras inundadas, ese "Capitán Araya que complicó a los otros mientras él se queda mirando desde la playa", espera "desde los mullidos cojines del Queen's Park Hotel". Ese hotel trinitario donde Matos despacha sus asuntos de financiero y promotor de la revolución, se presenta en los periódicos caraqueños como un centro de sibaritismo. ¡Tan distinto como jefe revolucionario a Castro que dormía en el suelo a la par de sus soldados, y comía de su tosco rancho! Y la imagen de un Matos, aristócrata y extranjerizante que menosprecia al pueblo venezolano, se estereotipa en sostenidas crónicas de la prensa. Un extenso artículo de "El Constitucional" se mete demasiado en su vida privada y cuenta que cuando vivía en Caracas atendía a sus visitas "con

criados extranjeros vestidos de frac y corbata blanca que ni hablan ni entienden una sílaba de nuestro idioma. Cuando era Ministro despachaba los asuntos en su casa en Antímano. Su firma la recogía algún Director del Despacho, quien hacía dos horas de antesala, parado en el corredor, mientras un criado inglés o alemán llevaba y traía los papeles". Un periodista alemán, el Barón Biden de Kieghstein, cuyo escrito se traduce del "Taeglicher Rundschau" de Berlín, describe a Matos como "un viejo señor, de mediana talla, vestido como un petimetre y rizado, que extiende una mano delgada, seca y bien cuidada". Y cuando después de la marcha del General Velutini al Oriente, un Braulio Yaguaracuto: "el egregio representante del valor indígena oriental" se incorpora a las tropas del gobierno y rompe sus vínculos con la Revolución, no falta tampoco otro periodista que destaque el hecho de que un héroe aborigen de tan fiera naturaleza no podía estar con el señor Matos, "quien deseaba entregar el país a los extranjeros". Yaguaracuto se convierte durante algunos días, y por su hermoso nombre caribe, en un segundo Guaicaipuro. En esa anómala fusión de grandes caudillos e intereses de la "Libertadora", Matos aparece ante gobiernistas y opositores en el peligroso papel de amigo o abogado de los "musiúes". Y lo que decía como acre reproche la prensa gobiernista, no lo ocultaban como tímido elogio los revolucionarios. Así, cambiando de matices y énfasis, se podía convertir en dicterios de "El Constitucional" y de "La República", la alabanza que hacía de Matos en una de sus proclamas el viejo caudillo Luciano Mendoza. Decía éste que en "la hora de las reparaciones" se había pensado en el General Matos "cuya prestigiosa figura es respetada en Europa. Con sólo extender sus manos, detendría en medio de los mares a la escuadra alemana que ya amenaza a nuestros puertos". Había solo diferencia de entonación y de música, entre este panegírico chabacano y las censuras de los castristas.

A pesar de la intervención de Matos, la guerra ha de desenvolverse en el viejo estilo rural de las revoluciones criollas del siglo XIX. Barquisimeto y Coro en el Occidente de Venezuela, Carúpano al Oriente, Ciudad Bolívar al Sur, La

Victoria en el Centro, serán los ejes o pivotes ideales, puntos de defensa y aprovisionamiento a donde dirigen su mirada los guerrilleros. Y con mucha justicia el General Cipriano Castro dirá doce años después en un patético folleto escrito en Puerto Rico que jamás hombre alguno se vió rodeado como él por un círculo mayor de traidores. El General Luciano Mendoza — el mismo que contribuyó a abrir el paso de Castro a Caracas el 99 — había sido fidelísimo y muy castrista representante en la Constituyente de 1901; se le designa Presidente de Aragua y bruscamente abandona su investidura de Gobernador para alzarse en Villa de Cura y tomar la vía de los Llanos. El General Ramón Guerra fué el Ministro que sustituyó al pundonoroso Pulido en la dirección de las armas nacionales e inventa un viaje a Las Trincheras para entenderse con los conspiradores. Otros jefes de menor cuantía como Valbuena habían sido viejos clientes y protegidos de Castro desde los lejanos años andinos. Pero acaso la traición es el resultado de una vacilante política sin principios, de una tierra tormentosa sin fijeza institucional y casi sin seguridad económica, como era esa Venezuela de principios del siglo. Y algunos de los traidores, de los "restauradores" de hacía muy pocos meses, en su incontinencia y demérito de las palabras —tan característico de la época— no temen justificarse con las proclamas más resonantes. ¿No inquietó al señor Matos —como símbolo inicial de la fragilidad de su poder— que cada uno de estos caudillos cuando se "alzaban" en su pedazo de llano o de serranía, tenían la necesidad de escribir su proclama particular? Y tantas proclamas, tantos signos de individualidades que quieren destacarse en el primer plano, ¿no constituyen un indicio de las querellas de jefes por el poder que habrían estallado, fatalmente, aun en el caso del hipotético triunfo de Matos? Ello a pesar de la propaganda exterior que se hacía el General banquero, quien según un periódico de Liverpool enviado a la Cancillería por el Cónsul venezolano, podía ser ante los inversionistas europeos "el más respetable fiador de las finanzas nacionales". Y el virulento periodista Pedro Vicente Mijares, que según los posteriores "Recuerdos" de Matos le atacaba tanto, para apro-

vechar del ventajoso remate de una de sus casas e instalarse en élla, despliega contra el jefe revolucionario todas las jaurías del patriotismo enconado.

Entretanto, cada caudillo de la Revolución se presentaba ante su tribu, con la proclama ya escrita, en el más idealizado retrato. Luciano Mendoza anuncia, por ejemplo, que "adquirá la energía de otros días para desconocer al indigno ciudadano que por un error de todos llevé sobre mis hombros a las gradas mismas del Capitolio Federal". El traidor de ayer pretende explicarse y justificarse con la traición de hoy.

Por eso mismo, porque a ratos parece moverse terriblemente solo en una atmósfera en que abundan los traidores o los candidatos a traidores; porque contra Castro en esos dos años se ha levantado el dinero y la coacción exterior, no carece de grandeza trágica este hombrecito menudo con barba, cólera y ojos iluminados de profeta islámico. (Hay que comprender y hasta perdonar al Cipriano Castro de 1901 a 1903, ya que sobre él no tienen las nuevas generaciones sino la imagen caricaturesca, libertina y disoluta de los rencorosos panfletos de Pedro María Morantes. Ni el bravo y rispido Ezequiel Zamora se hubiera erguido para defender su concepto de la nacionalidad, un poco bárbara, con el ímpetu como de fiera acosada, que saca entonces don Cipriano. Y por eso, mucho más valor que los dicterios de Morantes tienen sobre esa época de Castro las viriles palabras de Rufino Blanco-Fombona. "Una sola cosa — dice el gran panfletista — ha de salvarlo ante la historia: la energía, la energía bella, máxima, inquebrantable de este hombrecito de hierro a quien no han podido rendir ni las guerras interiores, ni las conjuras, ni las sublevaciones militares, ni los bloqueos de las potencias, ni siquiera los años de ininterrumpida y cruel enfermedad". Por los días en que comienza la revolución Libertadora, Antonio Herrera Toro habrá de pintarlo como un jinete menudo pero nervioso, sobre su arriscado corcel rosillo, luciendo kepis rojo, el dolmán azul y los pantalones de púrpura, de los generales de la República. Al fondo, otros hombres morenos, con el color de la tierra venezolana, cubiertos de rurales sombreros jipijapas, parecen disponerse a acompañarle a una nueva

guerra de aguante y de audacia. Y será, como otras veces, su jactanciosa fé en si mismo y su febril osadía lo que ha de salvarle.

El 19 de diciembre será permanente fecha propicia para el Vicepresidente de la República y futuro e inexorable caudillo, Juan Vicente Gómez. Un 19 de diciembre ha de levantarse con la República, y en este de 1901 sale a combatir las huestes de Luciano Mendoza, alzado en tierras de Aragua. Si para Castro constituyó un continuo peligro la Revolución Libertadora, para su lugarteniente Gómez marca la iniciación de una época de gran relieve personal. Gómez ya conocido como el taciturno compadre de don Cipriano, como campesino ansioso de tierras y de rebaños, ahora lucirá propios laureles militares y su táctica de caimán paciente, aguaitando en el caño, resulta a veces más eficaz que el arrojo de otros "tigres encaramados" de nuestra epopeya vernácula. Nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército expedicionario, en La Puerta, a fines de diciembre, logra arrojar a los llanos las tropas de Mendoza rotas en dos grupos: uno que con el anciano guerrillero se repliega sobre la Sierra de Carabobo, y otro que al mando del General Francisco Batalla ha de internarse en larga y penosa diáspora en las llanuras de Cojedes y Portuguesa, buscando su enlace con los revolucionarios de Occidente. Ya en estas primeras escaramuzas Gómez capitaliza para sí una fuerza que en el futuro será uno de sus sustentáculos políticos. Todo triunfo que logra, lo atribuye en gran parte a sus "oficiales andinos". Casi en ninguno de los telegramas que envía a don Cipriano deja de hablar de sus compañeros con la respectiva connotación geográfica. Y si pensamos en el sofrenado resentimiento que tenían contra Castro muchos de sus conmilitones tachirenses por haber hecho en sus dos primeros años de gestión pública un gobierno más nacional que regional, se advierte que el calculador Juan Vicente —aun con todas las rendidas protestas de vasallaje al jefe— quería convertirse en protector de conterráneos. Guar-

dando siempre su disimulo, se atrae muy buenos amigos por todo lo que en su carácter parece contrario a don Cipriano. No estalla en cóleras y súbitos improperios como el "Restaurador"; sabe frenar la lengua y disfrazar sus intenciones en campechana cortesía. Además, como el dinero le cuesta poco porque tiene mentalidad de tratante, y carece de escrúpulos para manejarlo, suele ser dadivoso con los subalternos.

Los primeros dias del año 1902 le fueron singularmente venturosos. Casi tiene caracteristicas de epopeya la derrota del viejo centauro Luis Loreto Lima en la plaza del Tinaco. Por entre matas llaneras y desguazando caños con el agua hasta la cintura, con su pequeño bosque de lanzas y su tremendo instinto de baqueano, llegó Loreto Lima a poner sitio al poblachón cojedeño donde Gómez se habia fortificado. Pero era un poco la lucha de las últimas lanzas federales, hijas o nietas de las grandes lanzas de Páez, contra los modernisimos fusiles de repetición. En la vanguardia de sus tropas acompañaban siempre al legendario centauro sus tres oficiales preferidos apodados "El Cura", Juan Pedro, Musiú Francisco. Llaneros que descifran en el lejano horizonte la presencia de tropa enemiga, cuando los caballos ventean nerviosamente, con la cabeza erguida, sobre los altos pajonales. Pero el muy zorro Juan Vicente fortificado en las casas que rodean la Iglesia, no sale siquiera a combatirlos y ordena disparar contra las lanzas, toda una granizada de balas. Una ha de caer, precisamente, sobre el pecho del legendario centauro. Loreto Lima es tan buen jinete que aun moribundo se sostiene sobre la dura armazón de su silla vaquera. La sangre le inunda, sin destrozarle todavía, su liquilique de campaña. Y al grito de "¡Se nos muere el jefe!" los llaneros se desgaritan como atajo de reses bravas en ausencia del gran padrote. Juan Vicente Gómez con calmoso paso de plantigrado, sale a contar los cadáveres. Haber vencido a Loreto Lima era para su próxima carrera de caudillo, todo un inesperado y auspicioso regalo mitológico.

Sobre su caballo de hombre serrano ha visto por primera vez la inmensidad de las llanuras. El paisaje se le ensancha de nuevas ambiciones. Llano abajo, a través de caños y cal-

cetas, marchan los fugitivos. "Tumbando siempre a la izquierda, seguí mi marcha acompañado de la inmensa oscuridad y de la Virgen del Soldado; las luces mortecinas de los fuegos fatuos producidos por las pilas de bosta, me desconcertaban un poco en el rumbo; pero al fin me orientó el ladrido de un perro y pude llegar a la casa de una fundación". escribe uno de los oficiales revolucionarios, Antonio Martínez Sánchez. Y cuenta, también, sus escenas de merodeo y aventura en los hatos y pasos del camino: "El Ave María Sanchera", "El Sardinero", buscando soldados y oficiales de Mendoza y Loreto para seguir la vía de Portuguesa y unirse a los revolucionarios de Occidente. De su primera baqueanía llanera Gómez regresó a las sierras de Carabobo a pelear en campos de Bejuma, otras facciones mochistas. Retorna a Caracas —casi como un procónsul victorioso— a recibir las primeras congratulaciones de Castro. Pero aquella guerrita que él anunció vencer en los Estados Aragua, Cojedes y Carabobo parecía insignificante frente a las que se estaban encendiendo en otras provincias. Casi sin sacudirse las botas de campaña, tiene que salir al frente de otra expedición que marcha a Coro a pelear contra Riera.

Toda la República está encendida y hasta los fieles Andes de don Cipriano, de donde él piensa sacar nuevos mocetones robustos para lanzarlos contra Coro o Barquisimeto, se agitan en esos días por la nueva invasión de Rangel Garbiras. Por fortuna para el Gobierno, Rangel habrá de querellarse con sus propios oficiales como Emilio Fernández, Añez y Montiel. El jefe invasor no ha sabido disciplinar bien las tropas, no oye los consejos de quienes saben más de milicia y no puede contener las depredaciones de un oficial suyo de apellido Méndez quien en el sitio de Las Cumbres ordena el cruel e inútil asesinato del General José Miguel Crespo y de otros connotados vecinos. Al propio Rangel, hombre de fina cortesía y cultura alteran completamente los desmanes de su lugarteniente bárbaro. Además, ¿por qué ha permitido que parte de sus tropas luzcan el emblema azul del partido clerical que controla la vecina República? ¿Es que nos quieren imponer las añejas consignas y convenciones de la clerecía colombia-

na? Sus tropas son derrotadas en Las Cumbres, y sus más notorios generales escriben contra él sonadas cartas públicas en la prensa de Cúcuta. Ya la antigua guerra de Rangel contra don Cipriano se ha de tornar en simple oposición literaria. Desengañado de su melancólico papel de Condé frente al Luis XIV andino, se retira a la costa colombiana y escribe poco leídos documentos públicos sobre la situación de Venezuela. Con el fracaso de la nueva intentona fronteriza de Rangel, se desvanece un poco la esperanza de Matos de tener aliados militares en los "godos" de Colombia.

Los caudillos corianos son enemigos temibles. En la llamada "Caracas Bay", entre Coro y Curazao el barco de Matos ha dejado nutrido parque que lanchas y piraguas contrabandistas, reparten por el áspero litoral de Falcón. El Jefe Militar del Estado, Luis Valera, está sufriendo el asedio de una obstinada y casi fantasmal guerra de guerrillas que desconcierta a las tropas regulares. La guerra duele en Coro como la tierra llagada y el blanco sol inclemente. A juntarse con Riera, sumo capitán revolucionario de esa campaña, han venido jefes de tanta energía como el veterano general tachirense Juan Pablo Peñaloza y el indio trujillano Rafael Montilla, "El tigre de Guaitó". De "rústico peón, de maleta al hombro y pata en el suelo", sirviente que lavaba y curaba las llagas y heridas de las bestias de silla del General Juan Bautista Saavedra allá por el 92", el guerrillero trujillano se había encumbrado a un legendario prestigio bélico. No era solo temible en el ataque sino en la virtud de esconderse de toda persecución, en madrigueras inaccesibles. Tenía en la memoria todos los vericuetos y caminos de cabras que comunicaban Trujillo y Lara y éste con Coro. Sufría por igual en su cuero de bronce las ventiscas de los helados páramos de la cordillera andina y el arenal de brasas de los desiertos corianos o caroreños. Especie de "Facundo Quiroga" de la revolución, destructor con su espíritu oclocrático de los linajes guerreros de Araujos y Baptistas en su tierra trujillana,

sólo podía ganarle en ligereza y barbarie dentro de sus conmilitones y compañeros aquel extrañísimo General Sandalio Navas dispuesto —según los recuerdos de Tellería— a asesinar llamando godos a todos los prisioneros que cayeran en sus manos, y tan acostumbrado a combatir con el cuerpo medio desnudo que cuando lleguen a ocupar Barquisimeto le ordena el Inspector General del Ejército: —General Navas, póngase los pantalones porque así no se puede entrar a una ciudad civilizada".

Contra gentes tan curtidas debe lanzar toda la fuerza del Gobierno el General Juan Vicente Gómez. El mismo en un telegrama a Castro ha definido las características de esas guerrillas corianas: "Abren picas por caminos intransitables y se pierden en inmensas selvas (Curarigua)". Sin embargo, logra infligir una derrota a Riera y Peñaloza en Urucure, pero tiene que embarcarse de regreso en La Vela el 27 de abril, porque Castro le necesita en el otro extremo del país, en el litoral cumanés, donde la situación parece más peligrosa.

En Oriente, Nicolás Rolando merece llevar su nombre de paladín. Matos desde Trinidad, ha remitido parque, a lo largo de la costa, entre Macuro y Puerto Píritu. Es precisamente esa reción oriental la que tolera menos a los "andinos" de Castro y la que le opone todo un linaje de aprestigiados jefes: Rolando y Domingo Monagas tienen categoría de caudillos nacionales. Ningunos —como ellos— pudieran objetar a Mator su hipotético derecho a la Presidencia de la República. Y a su partido y crédito se agrega el de una serie de jóvenes que ya conquistaron una leyenda de heroísmo, como el Caribe Vidal y los hermanos Ducharne. Dos audaces operaciones estratégicas habían dado ya a los revolucionarios de Oriente el dominio de una vasta zona marítima y continental. Con sus guerreros casi anfibios, hombres de lanza y de remo, el "Caribe" había ocupado Cumaná, mientras las fuerzas de Rolando derrotaron a las del gobierno en Guanaguana, especie de escarpada trampa en el camino terrestre entre Barcelona y Maturín. Guanaguana sería una escala para se-

guir a Aragua de Barcelona e interceptar desde allí el camino entre el Centro y el Oriente a través de los llanos barceloneses y guariqueños. Si las tropas expedicionarias de Gómez expulsan de Cumaná después de un duro ataque a la plaza, al Caribe Vidal, éste logra escaparse a Carúpano, puerto ya ocupado por Rolando.

La situación parece tan difícil en ese lluvioso mayo de 1902 que don Cipriano decide enviar al segundo Vicepresidente Velutini con nuevas fuerzas en auxilio de Juan Vicente Gómez. Quizás Velutini por ser también caudillo oriental y hombre de vastas relaciones en la zona, logre con su diplomacia lo que no se puede hacer con la espada. El sitio de Carúpano, que el Gobierno logra arrancar a la Revolución es empresa común de Velutini y de Gómez, pero éste cae herido en un muslo y le llevan a Cumaná en camilla. Velutini permanece como provisorio Jefe de los Ejércitos Restauradores de Oriente.

A pesar del triunfo gobiernista en las dos ciudades marítimas, los revolucionarios están avanzando hacia Aragua de Barcelona y buscan el próximo camino de enlace hacia el centro y el occidente. Otra provincia que hasta ese momento había pertenecido fiel al Gobierno — Guayana — habrá de entregarse a la Revolución por el pequeño golpe que encabeza contra el gobierno regional, el Coronel Farreras. Los revolucionarios dominarían con aquella porción de la República, no sólo una gran zona interior de los actuales Estados Sucre, Anzoátegui y Monagas, y la vía terrestre de los llanos, sino la comunicación por el Orinoco y los ríos del Sur. Era ya a fines de junio de 1902 tan grande la anarquía nacional que uno de los normalísimos trenes de pasajeros y mercancías que hacían el corto y muy concurrido trayecto entre Caracas y La Guaira, pudo ser asaltado y desvalijado por una partida de bandoleros. En otras comarcas — aparte de las grandes zonas estratégicas del Oriente, Coro y Lara — se yerguen facciones de bandidos disfrazados de guerrilleros. El 8 de junio el General González Pacheco, quizás la espada más noble y el jefe más gallardo entre los que defienden a Castro, anuncia desde Barquisimeto que la plaza está apenas defendida por

200 hombres y que "las avanzadas de Mendoza y Batalla se encuentran a muy poca distancia de la ciudad".

La situación financiera del país no parece menos dramática y el Ministro de Hacienda Tello Mendoza está visitando el comercio de Caracas en busca de un empréstito interno para fortalecer las decaídas finanzas. La Casa Boulton accede a prestarle medio millón de bolívares, con garantía del Ministro más que de la República, a la que no se le reconoce bastante solvencia.

El incienso y la excesiva retórica de la prensa gubernamental, no ocultan la imagen de un país alarmado y rencoroso, con gran duda sobre su destino. Varias veces los periodistas se acuerdan de que la muy olímpica Inglaterra no ha dado aún a Venezuela decente satisfacción por el apoyo prestado a Matos, que armó y sacó su barco de puertos ingleses. A Mr. Haggard, Ministro británico en Caracas, le dedican entonces algunas frases de muy escasa cortesía diplomática. Va el propio Ministro o el Decano de las misiones extranjeras a protestar a la Casa Amarilla contra tales injurias, pero el Canciller se frota las manos para decir al reclamante que en "Venezuela la prensa es libre". Y para el nacionalismo rabioso de don Cipriano que ahora pasa casi todo el día junto al telégrafo del Palacio recibiendo o enviando mensajes, es casi un minuto de risueño descanso el chiste, ironía o impertinencia con que se barajan los golpes de semejante ofensiva diplomática. "General, no hay como Usted, para meter en cintura a los "musiúes" dice algún cortesano. Castro que siempre se sintió un "San Jorge armado del honor nacional", como se le dirá después en una de tantas jaculatorias de la lisonja, manda a servir "brandy" e invita a los más íntimos a una partida de billar. Los días y noches caraqueños están llenos de sorpresivos rumores.

El 5 de julio, terciada la banda tricolor, con gran desfile de guardias y banderas, seguido de las levitas de los Ministros y las grandes calvas jurídicas de la Corte Federal y de Casa-

ción, el General ha visitado el Salón Elíptico. Pasa su vista nerviosa — como en todos los días de fiesta nacional — por aquellos grandes cuadros de batallas en los que Tovar y Tovar y Herrera Toro desplegaron con elegancia neoclásica, en bien enlazados conjuntos, la historia épica de la patria. Se detiene largo rato en la gran bóveda en que se despliega en vasta perspectiva de colinas y hondonadas, el escenario y la acción de Carabobo. Y mira también los retratos de aquellos héroes que desde Caracas fueron a abrevar sus caballos y a rubricar sus órdenes de mando, tres mil kilómetros más al sur. En este momento difícil, él y Venezuela necesitaban confortarse en los recuerdos heroicos. Y con el innato sentido teatral que guía todos sus actos, después que los acordes del Himno han anunciado su salida del Capitolio, las palabras "Boletín Oficial" agolpan a los curiosos en las calles estrechas del centro caraqueño. Don Cipriano anuncia a sus compatriotas que se ausenta provisoriamente de la Capital y que queda al frente del Ejecutivo el General Juan Vicente Gómez "mi sustituto legal". Elogia al hombre que le reemplazará durante unas semanas: "Es — dice — la personificación de todas las virtudes públicas y privadas y representa legítimamente en el poder, la tradición de la causa a que servimos y la lealtad a los principios y sus hombres". Pero las frases más patéticas de la alocución son aquellas en que habla de sí mismo. "Por sobre las contrariedades de la naturaleza — escribe — yo encadenaré los sucesos y los sujetaré al carro de la victoria en el propio campo de la rebelión. Voy a comunicarle a las operaciones de la guerra el entusiasmo de mi fe, el nervio de mi actividad y la eficacia de mi dirección personal".

Veinte malos días ha de pasar don Cipriano fuera de Caracas. Rostros consternados le esperan en el puerto de Guanta para anunciarle la gran derrota de Aragua de Barcelona que ha de abrir al viejo Domingo Monagas y a Rolando el camino del Centro y proyecta una posible fusión con los otros núceos revolucionarios. Y noticias no menos inquietantes le están telegrafiando desde Barquisimeto los Generales Rafael González Pacheco y Santiago Briceño. Junto a las colinas bar-

quisimetanas, poniendo estrecho cerco a la ciudad, están las fuerzas unidas de Luciano Mendoza, Solagnie, Montilla, Luis Crespo Torres, Santiago Sánchez y el Ingeniero y General Roberto Vargas, "El Tuerto". Una alianza diabólica y casi inconcebible de las más diestras espadas del mochismo y de la causa liberal. Los defensores, bajo la tremenda voluntad de González Pacheco cavan trincheras y lanzan a los sitiadores — cuando les faltan municiones — bolas incendiadas. Pero el pueblo clama a las dos semanas, en las pulperías desmanteladas, por una lata de sardinas, un pedazo de duro queso caroreño, una botella de cerveza. Se ha agotado la harina y escasea también el maíz para las arepas humildes. Faltan el malojo y la caña tierna para las cabalgaduras de los jefes. Los sitiadores también se cansan en ese largo asedio, bajo el duro sol de erial, de la altiplanicie larense. Por fin se yergue, de uno a otro campamento, una bandera blanca invitando a más amable trato. Parlamentan el Obispo de la ciudad, los más connotados vecinos y los jefes de la revolución. Consigue González Pacheco una tregua bastante honrosa que le permite salir de la ciudad para dar entrada a los revolucionarios, con banderas desplegadas y a tambor batiente. Escapa con su jirón de tropas buscando la ruta de los Humocaros donde esperaba un refuerzo de soldados que trae desde Trujillo el Dr. y Gral. Leopoldo Baptista. Otros y frescos contingentes se le suman en El Tocuyo y Quíbor. Y ahora, después de dos semanas, González Pacheco vuelve a entrar en Barquisimeto... Previene sí, a Castro, del auge irrefrenable que toma en Occidente la Revolución.

Una extraña excusa estratégica para un país que conoce tan mal su propia Geografía, dan los periódicos caraqueños cuando —con menos gloria que la esperada— Castro retorna a la capital el 24 de julio. Según la propaganda oficiosa si Castro ha vuelto es porque ha dejado cerrada al enemigo la vía de Maturín. Pero don Cipriano anuncia que otra vez marcha al campo de batalla. Y el 3 de agosto de 1902 — recordando de nuevo los grandes cuadros marciales del Salón Elíptico — la ciudad contempla el más refulgente espectáculo. De la Plaza Bolívar hacia Puente Hierro abriendo su vanguar-

dia de caballería, con sombrero jipijapa y divisa amarilla — como para autenticar su liberalismo — Don Cipriano preside un Ejército de 6 mil hombres que se dirije a los valles del Tuy. Hasta la salida de la ciudad por el Sur, le siguen los vítores de la ciudadanía. De pronto, don Cipriano se detiene, sofrena su caballo, blande en alto su sombrero y contesta a las salutaciones con un estruendoso: ¡Viva la República! A paso de pelotón, estrenando sus bayonetas nuevas, las tropas dejarán el pueblo del Valle y por la estrecha cortada del Cuayabo salen a buscar las tierras tuyeras. Cubriendo los pasos de montaña entre San Casimiro y Ocumare del Tuy se escalonarán esas tropas previendo el asedio de los revolucionarios orientales. Los periodistas que van en la expedición — como el muy lisonjero Pedro Vicente Mijares — escriben continuamente las andanzas de don Cipriano: un dia está en Cúa, otro en Ocumare. No le hace asco — como en sus mejores días de guerrillero — a la mala comida de los ranchos, ni a la totuma de guarapo que compartió en una pulpería con aquellos zambos de sombrero de cogollo que vinieron a incorporarse a sus tropas. Más allá de esos cerros de laterita o esos morros dentados — testigos de las más viejas luchas geológicas del mundo — que separan la cordillera caribe y los valles de Aragua y del Tuy de los llanos, ya se mueve una gran invasión. Matos está en Zaraza con el grueso del Ejército oriental; después en Altagracia de Orituco.

Pero también (Pedro Vicente Mijares lo comenta en sus cartas a Caracas) el General letal e invisible, "el General Paludismo" parece hacer muchas bajas y derrengar muchas gentes entre las tropas revolucionarias metidas en la llanura. Del mayor y más respetado Jefe de la Revolución, el General Domingo Monagas se dice que sufre de una grave "tisis intestinal" y anticipadamente se ha venido anunciando su muerte desde el mes de Junio. Con estoicismo singular, el viejo Monagas va de una parte a otra, por los llanos barceloneses y guariqueños, estimulando a sus compadres y consiguiendo más hombres y recursos para la expedición insurgente. Uno de los oficiales de la revolución, Julio Calcaño Herrera, cuenta una escena que participa a la vez de la profecía y de la epo-

peya. Fué al finalizar el mes de Agosto, cuando Matos y Monagas se encontraron por última vez. Con cara ya cadavérica, el viejo caudillo se presenta al cuartel de Zaraza a despedirse de Matos. Va hacia Tucupido y La Pascua, y Matos le ve acaso tan enfermo que no consiente que se apee de la bestia para evitarle la mortificación de ayudar a sostenerlo. Y antes de soltar las bridas de su caballo, el gran jefe llanero dice al organizador de la Revolución:

—"No olvides Manuel Antonio, que por ningún motivo debemos pelear en La Victoria. Allí nos va a esperar Castro. Hay que flanquearlo en esa plaza. Debemos batirlo donde nos convenga y no donde él quiera".

Varias veces — según los recuerdos de Calcaño — repitió las mismas frases con la terquedad de quien dicta sus últimas disposiciones. Moriría en Chaguaramas el 1° de setiembre de 1902. En el boletín de los revolucionarios en que se registra el suceso, se dice que falleció "rodeado de sus compañeros y llorado por todo el Ejército". Y aún caballerosamente, la prensa gobiernista hará el elogio de Domingo Monagas. Se contrasta su valor, su tradición guerrera y hasta su liberalismo "extraviado en el último tiempo", con la milicia improvisada y los gestos aristocratizantes del señor Matos. Quizás la muerte de Monagas, el gran patriarca llanero de la expedición, el Moisés que sabía conducir su bravo pueblo de jinetes, infundió más ímpetu y seguridad en la propia estrella al futuro vencedor de La Victoria, General Cipriano Castro.

X — EL "TOPO DE LOS MUERTOS"

Por el estrecho camino que conduce a Puerto Cabello a través de los valles de Aragua y que cosía en desiguales puntadas, venciendo fosos y raptando laderas, el trencito que se denominaba pomposamente "Gran Ferrocarril de Venezuela" — el ferrocarril de los 87 túneles — se comunicaba Caracas con todo el resto del país. La encrucijada de Cagua, a la sombra de inmensos samanes, es una especie de rosa de los vientos venezolana. Es región de trópico caluroso pero graso y benévolo, alto de pastos, de alegres haciendas y poblaciones industriosas que fueron desde la Colonia núcleo del mayor poder agrario de la República. Quien señoree estos valles, y Maracay y La Victoria, centros estratégicos desde la derrota de Miranda y las guerras de Bolívar, controla también la nación: tiene abiertas las rutas del mar, de Occidente, de los Llanos. En Aragua parecen haberse citado los dos grandes ejércitos de la Revolución: el que viene de Oriente después de enterrar al anciano jefe Domingo Monagas, y el de Occidente con caudillos como Luciano Mendoza, Riera y Solagnie. Al concentrarse en Villa de Cura suman ya 14 mil hombres, a los que el Gobierno de Castro solo puede oponer 6 mil guerreros después que sus tropas se acrecentaron con el contingente andino traído por los generales Pedro María Cárdenas, Pedro Linares y Leopoldo Baptista y cuyo mayor estratega se llama Rafael González Pacheco. Don Cipriano confronta una posición tan difícil como la del Presidente Andrade en 1899. Ahora Castro es el "invadido". De la vieja guardia de los caudillos liberales, los de las hazañas de los últimos días guzmancistas y de la guerra del 92, solo le acompaña el General Diego Bautista Ferrer, ya que los otros se fueron a la

Revolución. Contra tantos espadones historiados como los que están en el Estado Mayor de Matos, sólo cuenta con el ánimo intrépido de oficiales jóvenes como Olivares, Alcántara, Galavís, Eliseo Sarmiento. Cuenta también con la extraordinaria habilidad e inventiva de González Pacheco quien convierte en victoria las retiradas, y con la morosa y callada fidelidad de su compadre Juan Vicente Gómez.

No ha perdido sin embargo su fulgurante prontitud de tigre en acecho. Aunque es Presidente Constitucional de Venezuela le devora en esos días un como extraño complejo de hombre perseguido que después de tantos triunfos, resbala en el tremedal de una conspiración oscura. Habla con ácido despecho de las "relaciones bancarias" del señor Matos y de los acreedores y compañías extranjeras que están jugando al triunfo de la Revolución. El cable francés en Caracas y las estaciones costaneras de la República transmiten primero a los revolucionarios que al Gobierno, las noticias más importantes. Y la "Compañía" alemana del "Gran Ferrocarril", sigue desplegando una mañosa campaña de obstáculos y casi de sabotaje.

A su campamento del Tuy llegó la mala nueva de que el Ejército revolucionario de Occidente ocupaba ya Tocuyito y se aprestaba al ataque de Valencia. ¡Qué parecidos son estos hechos a su propia campaña del 1899! Pero él no quiere semejarse a Ignacio Andrade. Por el mal camino de Charallave, Ocumitos, Cortada del Guayabo, San Diego y Carrizal, don Cipriano se mueve velozmente hacia Los Teques a despachar trenes cargados de tropa para la defensa de la capital carabobeña. Mas la insidiosa Compañía del Ferrocarril alega una mañana que no puede despachar el largo convoy pedido por el Presidente, pretextando un derrumbe cerca de Las Tejerías. —¿Cómo, si no ha llovido anoche?, replica don Cipriano. Y con gesto cesáreo ordena al Jefe de Estación el inmediato enganche de los vagones, a riesgo de medidas más drásticas. El mismo comprobaría la mala fé de la Empresa cuando al llegar al indicado sitio del derrumbe, encuentra un caporal con cuarenta peones arrojando tierra y piedras sobre la vía. —¡Tienen una hora para despejar la línea! ordena,

entonces, colérico. Y llega a Valencia cuando menos se le espera. Será en esos primeros días de octubre obstinadamente incansable en la organización de la defensa entre Los Teques y Valencia, teniendo como principal centro de operaciones a La Victoria.

Entretanto, la mejor casa de Villa de Cura se ha preparado para el señor Matos quien recibirá en ella, en entrevista memorable, a todo el Estado Mayor de la Revolución. Llegan a discutir lo que puede ser el plan final de la campaña, un guerrero tan viejo como Luciano Mendoza y otro tan joven, ágil y arrogante como el "Caribe Vidal". El brioso caballo negro sobre el cual galopa el "Caribe" con elegancia de paladín, se recuerda en los memoriales de la época, por ejemplo en la crónica de don Julio Calcaño Herrera. Y mientras Generales y Coroneles deliberan, la "carne de cañón" de todas nuestras guerras civiles, los "Juan Bimba" venidos de las más opuestas latitudes, devoran en la plaza una ternera a la llanera, acompañada de mal ron y guarapo fuerte. El señor Matos propicia el plan táctico de Domingo Monagas: sorprender a Castro cayendo a Caracas por la vía del Tuy, y no gastarse en un ataque a La Victoria. Pero el longevo Luciano Mendoza, defiende su propia estrategia: —Es mejor atacarlo en Aragua. Castro, —alega jactancioso— no nos aguantará tres horas de combate. Y en vano Peñaloza quien sabe bien el valor del Presidente y ha sido su émulo de toda la vida, le replica con energía: —Conozco muy bien a don Cipriano: resistirá en La Victoria, y si lo derrotamos allí se parará en Los Colorados, y luego en Los Teques y últimamente en Caracas, "y no se rendirá nunca" dice la transcripción del diálogo recogido por Calcaño Herrera. Ante la veteranía y las cicatrices de Mendoza, Matos que se movía entre sus curtidos caudillos con extraño complejo de timidez e inhibición, no puede sino aceptar la mayoría de votos que obtiene el plan del bronco Lugarteniente. No era necesario discutirlo mucho, puesto que los informes políticos transmitidos por Duarte Level, resultaban bastante halagadores. La Revolución, parecía tener ahora todas las cartas del triunfo. La mayor parte del país estaba en manos de los revolucíona-

rios: ellos controlaban el Oriente; gran parte del Occidente con la sola excepción del Zulia y los Andes donde no faltaban, tampoco, guerrillas hostigadoras; una porción muy apreciable de las provincias centrales, salvo Valencia defendida en esos días por el General Víctor Rodríguez. Y clandestinamente circulaban en Caracas hojas de propaganda infamante contra don Cipriano, y actuaba como "quinta columna" la hostilitad todavía muy viva entre "los centrales" por aquellos andinos a quienes seguían considerando "invasores".

Castro le está imprimiendo a la campaña que se avecina, todo su énfasis y solemnidad. Se prepara para realizar, otra vez, hazañas dignas de "Venezuela Heroica". El 13 de Octubre traslada temporalmente la capital de la República a Los Teques, y funcionarios y periodistas escriben en los periódicos hinchadas y solemnes cartas en que prometen salir a la defensa de "la patria en peligro". El elocuente Dr. Angel Carnevali Monreal, futura víctima de los presidios de Gómez, se separa en oficio público de la Secretaría del Estado Aragua "porque desea presenciar a la sombra de la bandera de mi causa, los lances de la lucha". Y al campamento del General Diego Bautista Ferrer, llegan periodistas caraqueños como Pedro Vicente Mijares dispuestos a ser los Herodotos de los grandes acontecimientos que se proyectan.

Tanta literatura adjetivada y florida a la moda del 1900, harán del extenso parte de la batalla de La Victoria entre el 11 de octubre y el 2 de noviembre de 1902, firmado por el General Diego Bautista Ferrer, el más retórico de cuantos documentos militares conozca la Historia venezolana. Hay que decir, también, que es la narración más completa, no superada por los cronistas posteriores. Ferrer que casi apadrinó las primeras acciones militares de Castro en Los Andes, ahora se dirige a él como a una divinidad inspiradora a quien obedece y a quien atribuye todo el genio e inventiva del combate mayor, en la historia de nuestras guerras civiles. Es Castro — según Ferrer — quien traza las posiciones estratégicas entre Los Teques y Valencia donde han de concentrarse las fuerzas del Gobierno. Es como "un ángulo obtuso cuyo vértice estaba en Los Teques, y cuyos lados se prolongaban hasta

Ocumare y Valencia con facilidad para moverse de un extremo a otro, según las circunstancias", escribe el Dr. Emilio Constantino Guerrero.

Las colinas que rodean a la ciudad de La Victoria — El Calvario, La Calera, El Zamuro, El Cují, etcétera — serán como fortalezas naturales desde donde el Ejército castrista domine el valle. A las 4 de la tarde del 12, el Cuerpo de observación que se había destacado por la carretera hacia Cagua, a tiro ya de las montoneras enemigas, se encuentra con don Cipriano que viene revisando su frente de batalla. El cerro de El Calvario es la posición más escarpada. En ampuloso lenguaje cortesano, Ferrer recuerda el heroico papel del Presidente cuando comenzó la batalla. "La estrella de Ud. —escribe—, el destino de la Causa, la Providencia de los pueblos, quisieron que Ud. llegara precisamente en el instante crítico, gravemente crítico del lance. El enemigo, infinitamente superior en número, estaba ya casi sobre nuestros puntos avanzados. Ya casi nos arrollaba irremediablemente echando una masa de hombres sobre cada guerrilla nuestra. Con su admirable percepción guerrera apreció Ud. rapidamente la inminencia del peligro". Y según el panegírico de Ferrer, a la enérgica voz de Castro, "se reorganizan los dispersos, las guerrillas replegadas lánzanse a restablecer su primitiva línea de combate, y todos al verlo que envaina la espada y toma un máuser para disparar con pulso firme y calculada intención sobre los pelotones enemigos, precipítanse a la carga con soberbia acometida".

El hecho es que don Cipriano, que hace tres años que no guerrea de veras, vuelve a respirar ahora con el olor a mastranto de los campos aragüeños, la pólvora embriagante de los grandes combates. También en octubre y en este mismo paisaje, culminó el glorioso destino de su "Revolución Liberal Restauradora". Sigue siendo providencialista, y ese vago "Dios de las Naciones" que invoca continuamente en sus proclamas, debe estar con él. La revuelta de Matos — como lo dirá en su próxima alocución del 3 de noviembre —"es híbrida, inmoral y delictuosa ante Dios y la Patria", y por lo tanto, en nombre del bien, no podrá prevalecer. Pertenece

don Cipriano a ese linaje de caudillos que creen lo que dicen. Esta ha de ser su gran fuerza y también su futura debilidad. Entretanto, y en esa patética larga quincena entre el 11 de octubre y el 2 de noviembre, va de uno a otro campamento y posición fortificada animando a los jefes de los distintos batallones: a Rangel y Sandoval atrincherados en la colina de los Araguatos; a Gómez y Leopoldo Baptista que vienen a cargo de la División Trujillo; a su hermano el joven General Carmelo Castro que pelea con denuedo al frente del "Batallón Urdaneta". El telégrafo le comunica cada instante con el activísimo González Pacheco quien resguarda en Los Teques el camino hacia Caracas y la línea del ferrocarril. La primera carga enemiga sobre el cerro del Calvario termina en la derrota y dispersión de la avanzada revolucionaria de los generales Pérez Crespo y Palacios. Máuseres, banderas, cornetas y bestias aperadas, ruedan cerro abajo ante el plomo cerrado de los castristas. Y don Cipriano que dirije casi alborozadamente la tumultosa acción, entrará a La Victoria después de todo un día de pelea ante los vítores entusiastas de "héroe vencedor, jamás vencido".

La llamada batalla de La Victoria es como una serie de combates dispersos a lo largo de un sinuoso laberinto de colias. El norte de las defensas castristas lo forman ese cerro del "Calvario" que él con su retórica bíblica denominaría después el "Tabor" de la Restauración; al sur va el camino de Suata, y se yerguen las alturas de Machango que habrán de llamarse "Topo de los Muertos" por la cantidad de víctimas que caen durante una semana de pelea; por el oeste las estribaciones de Pipe y por el este las alturas de La Calera. Castro observa que acaso las municiones no alcancen para un tan extenso frente de batalla. Y pasa por la prueba más dura de un General que es la de replegar y concentrar sus defensas. De lo que sí podían estar seguros los revolucionarios es que cualquiera que fuese la suerte de la acción, don Cipriano no era de los jefes que caen prisioneros. Su plan de guerra era el que no pudo desarrollar Miranda en 1812, cuando en esos mismos lugares se vió invadido por las mesnadas realistas de Monteverde. "Su intención —dice el General López

Contreras—, en el caso de no poder continuar la lucha, era abrirse paso por Las Colinas y camino de la costa hasta Ocumare donde estaba fondeada la escuadra. Todas las tropas del Centro quedarian combatiendo en guerrillas, mientras él con un grupo de oficiales se embarcaría para Maracaibo, y con cinco mil máuseres y un millón de tiros existentes en el Castillo, y con otro tanto material de guerra de que disponía en los Andes, organizar un nuevo Ejército para volver al Centro". En una palabra, al verse derrotado, trataría de rehacer la situación del 99. Mas la anarquía, rivalidad y desorden en las tropas enemigas, contribuirán mejor a su triunfo.

El 15 y el 16 de octubre, en continuo fuego desde los cerros, el parque del Gobierno está ya agotándose y la línea telegráfica con la capital ha sido cortada por el enemigo. Varios hombres aguaitan en la estación de La Victoria la llegada de un tren hipotético. ¿La siempre traidora Compañía del Ferrocarril alemán habrá inventado otro derrumbe en la vía? — se pregunta caviloso don Cipriano. Ha ido a visitar en una casa de La Victoria a su amigo herido, el General Francisco Linares Alcántara. Vuelan hacia la trágica colina que ya comienza a llamarse "Topo de los muertos", bandadas de zamuros siniestros. Han enterrado otras víctimas de los asaltos enemigos como el General Daniel F. Osio y el Coronel Falcón. Nada se sabe de lo que está ocurriendo en Caracas. Y de pronto en el pegajoso calor de la canícula, despunta en el valle, a la orilla de los tablones de caña, el penacho de una locomotora. ¡González Pacheco ha podido despachar desde Los Teques las municiones esperadas! Y como chicos que asaltan una piñata, así se precipitan sobre el cardúmen de máuseres y balas, los jefes y soldados que marchan a distribuirlas en las líneas de defensa.

Al amanecer del 18, tomado ya el fuerte café llanero que espolea el ánimo, enconmendándose los soldados montañeses a su supersticiosa devoción de la "Mano poderosa" y los centrales rezando al "Anima Sola", ya vacían las cananas, brillantes de municiones nuevas. Avanzan desde la cuesta de Las Mulas y los cerros de La Guacamaya los soldados de Matos. Calcaño Herrera recuerda al General financista mo-

viéndose activamente de uno a otro batallón y abriendo contra el bravo sol aragüeño aquel parisiense quitasol blanco que no abandonó durante la campaña. Se le acerca el Dr. Francisco de Paula Reyes y le dice: "General, permítame que le observe que el paraguas de Ud. es un magnifico blanco; le están tirando especialmente". Y truenan contra la avanzada revolucionaria los cañones de Castro. ¿No era ese parasol de Matos un signo de distancia y casi de menosprecio entre el Jefe y su tropa? A pesar de que se comportará muy valientemente en la batalla de La Victoria, nunca logrará vencer aquella ácida reacción de ironía y resentimiento de sus oficiales y tropas quienes por primera vez contemplaban a un jefe militar llevando paraguas. Y hasta los "patiquines" caraqueños que le acompañan, no cesan de comentar las rivalidades y recelos que desde la muerte de Domingo Monagas dividen el comando: Riera parece disgustado con Matos porque ha nombrado a Peñaloza Delegado Militar en los Estados Guárico y Miranda y le ha quitado, además a su Jefe de Estado Mayor Ortega Martínez; y Rolando y el viejo Mendoza parecen candidatos hostiles a una eventual Presidencia de la República. Sinembargo, en ese instante, las fuerzas de la Revolución vienen cargando bien. "Los fuegos — escribe el General Ferrer — eran vivos, crecientes, intensos. Se hacían esfuerzos inauditos por arrollarnos. Se nos venían encima por batallones con arranques dignos de noble objeto". Una defensa que al avanzar la mañana se trueca en ataque sumamente móvil, y la alegría pródiga con que estrenan el parque flamante y fusiles por primera vez usados, le oponen los castristas. La batería de cañones Krupp emplazada en una colina de la hacienda "La Quebrada", golpea insistentemente el avance enemigo. Al mediodía las fuerzas de Matos, abandonando ya sus posiciones de La Curía y la Cumaca, se repliegan sobre la cuesta de Las Mulas. El "Topo de los Muertos" se abre como trampa siniestra donde al golpe de la artillería gubernamental, han de caer como moscas, caballos y jinetes. Se pudo repetir como en el verso de Herrera:

Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero.

—¿Qué hacía el General Castro en los días de la batalla de La Victoria? ha de preguntar muchos años después, un periodista de Caracas al Coronel Francisco Power, Edecán del Presidente durante la campaña. Y desde sus recuerdos de medio siglo, el veterano responde: "Dondequiera que se peleaba estaba él con su máuser y una cotona amarilla para que no se le distinguiese". El parasol blanco de Matos, siempre único y sobresaliente, y la cotona amarilla de Castro, igual a la de todos sus soldados, señalaban simbólicamente dos estilos de hacer y sentir la guerra. Y en su caballito de paso —más barba negra y ojos fulgurantes que consistencia corpórea— el caudillo va con agilidad de equilibrista cruzando los cerros. Parecía revivir aquellos galopes por las cuchillas de los Andes, en sus tiempos mozos, huyendo de la policía, o en trance de raptarse sobre el arzón de la silla, una muchacha labriega. Del relato de Ferrer como de los broncos alejandrinos de una epopeya medioeval se destacan otras figuras: el enteco General Olivares y sus cargas al pasitrote; la "marcha violenta, armas en balanza y a pecho limpio" del Coronel Abel Guerra; las cargas a golpes de sable y bayoneta de Juan Manuel Peñaloza.

En los días siguientes, hasta el 1° de noviembre, sigue la lucha por desalojar al enemigo de las alturas inmediatas a San Mateo y especialmente del Cerro del Zamuro, que será su postrera línea de defensa. Juan Vicente Gómez y Leopoldo Baptista serán los adelantados de esta expedición. Gómez se caracteriza en la Política y en la Guerra por las marchas nocturnas y sorpresivas, por los calculados movimientos de flanco, sin que chasqueen casi los pasos — como de contrabandistas — de sus mañosos soldados. Acecha en alta noche o en la madrugada, cuando el enemigo debe estar tendido en sus chinchorros. La fusilería de Baptista, desde el valle, parece distraer al adversario de estos asaltos de Gómez. Los hombres que reptan como cabras y caen a la espalda del enemigo, coronan la altura de "Pipe" en la noche de Todos los

Santos. Lo que entonces pasó — escribe en su parte el General Ferrer — "es digno de la consagración de la leyenda. Los gritos de ¡Viva Castro!, ¡Viva el Gobierno!, resuenan en todas las alturas. De mil doscientos a mil quinientos facciosos huyen despavoridos por los cerros que caen a La Curía y a San Mateo".

Matos y Mendoza escaparon por el camino de Cagua entre una impedimenta de cadáveres, fusiles y cápsulas abandonadas, bestias heridas y ganado suelto — del que habían traido del Llano para racionamiento de la tropa. Abandonaron también sacos de correspondencia y papeles, entre ellos los diplomas nitidamente impresos con títulos de General o Coronel para quienes cotizaran o combatieran más heroicamente en la guerra. "En estas tropas venezolanas los oficiales son casi tan numerosos como los soldados" había escrito en una divertida crónica sobre los sucesos de Venezuela, el periodista alemán Barón Biden de Kieghstein, corresponsal del "Taeglicher Rundschau" de Berlín. Y los elegantes diplomas que Matos no alcanzó a firmar sirvieron de papel de envolver en las pulperías aragueñas durante muchas semanas. Pedro Vicente Mijares, Herodoto de esta campaña, resumirá para los periódicos caraqueños el balance numérico de La Victoria: "22 días de incesante pelea; 20 mil soldados en el campo de batalla; 3 mil bajas entre muertos y heridos". Y el propio General Ferrer abandona un poco su prosa panegírica para dolerse de la cantidad de heridos y cadáveres en las trágicas madrigueras de "La Cumaca", "La Curía" y "Topo de los muertos".

—¿A dónde ir? se pregunta la desbandada del Ejército revolucionario a las puertas del pueblo de Cagua. Si en Villa de Cura, varias semanas antes, se citaron para concentrarse, ahora hacen un alto antes de la dispersión. Lino Duarte Level trasmite una absurda consigna a los grupos militares: los de Oriente se irán para Oriente y los de Occidente para Occi-

dente. Después de haber estado tan cerca de Caracas, estas fuerzas parecen regresar a los comienzos de la Revolución y a los núcleos provinciales que les dieron origen. Rolando y sus orientales serán los futuros héroes de la campaña de El Guapo; Solagnie y Montilla de los nuevos combates por Barquisimeto; las gentes de Riera tornarán a pelear en los médanos corianos. En cuanto a Matos piensa ganar de nuevo la costa para adquirir en las Antillas más parque y pertrechos.

A pesar de la modernidad que había pretendido darle a la Revolución su Jefe financiero, ésta actúa como las bandas feudales de fines de la Edad Media que si concurrieron al llamado del Rey para el sitio y saqueo de una ciudad enemiga, tornan a sus tierras y castillos obedeciendo tan sólo a los propios capitanes de banda. Después de La Victoria, y a pesar de la hostigante y sangrienta cadena de combates que han de prolongarse hasta julio de 1903, la Revolución se disgregará en facciones provinciales. Ya no lograrán nueva concentración como en Villa de Cura. Si la guerra dura todavía muchos meses es porque a ejemplo, también, de las bandas feudales, se trueca en industria y botín universal. De cada hato llanero se sacan bastantes reses para que el Juanbimba soldado se empache de la carne que nunca comió. Hacendados prudentes esconden en cuevas o subterráneos o cubren de trapo los cascos de sus bestias pasitroteras, para ponerlas a salvo de las comisiones de requisa. La Guerra Civil continúa siendo una orgía en que sacian su instinto de predominio los levantiscos y su apetito secular los desposeídos. Cualquier labriego quiere regresar armado a su campo, siquiera con título e insignia de comisario aldeano. En la bárbara retaliación de nuestra vida nacional, los que antes fueron prisioneros ahora aspiran a satisfacer sus rencores de parroquia. El comando de una Jefatura civil —aunque sea la más mínima; unos machetes, fusiles y revólveres para armar a los oficiales; una buena cuerda de gallos y algunas "queridas" para engendar hijos que les "pidan la bendición" son los sím-

bolos de poder primario para estas gentes que emergen en la marejada social de la guerra. El ideal de poder de un jabalí salvaje como Rafael Montilla o del analfabeto Sandalio Navas, no equivale naturalmente, al del paladinesco Nicolás Rolando, del austero Régulo L. Olivares, el romántico Caribe Vidal o el bien educado Señor Matos. Pero en un país empobrecido, casi todos inquieren — cuando acabe la guerra — lo que según el General Eleazar López Contreras le preguntaba en 1903, después de las batallas finales de la "Libertadora", su compañero de armas Carlos Díaz Irwin: "Bueno pues, se acabó la guerra! ¿Y ahora de qué vivimos?".

XI — LA PLANTA INSOLENTE

La Victoria ya se llama en la prosa cursi de "El Constitucional" la "Jerusalem bendita", "la ciudad santa de la Restauración", y el Caudillo recibe de todo el país millares de felicitaciones y páginas adulatorias. Los revolucionarios orientales tomaron el camino del Tuy donde según la prensa habrá de diezmarlos "El General Paludismo", y los occidentales pretenden avanzar por la vía de Nirgua a Barquisimeto. Sinembargo en ese mes de noviembre don Cipriano no puede gozar de su triunfo porque le aborrascan el horizonte otros graves problemas. Cada audiencia con el Ministro de Relaciones Exteriores, el pequeñito y verboso médico Dr. Rafael López Baralt, suscita su cólera y olímpica nerviosidad cuando éste le trae los informes de los Agentes diplomáticos de Venezuela y los recortes de los periódicos de Londres, Berlín y New York que censuran la política del Gobierno en lo referente a los créditos extranjeros. El "Ferrocarril alemán" con Herr Knoop a la cabeza, y las casas exportadoras que desde hace más de medio siglo controlan el comercio del café y el cacao venezolanos asedian al Gobierno germánico para exigir de Castro que pague la deuda. Son los días de Guillermo II y Teodoro Roosevelt, y se supone que son las razas nórdicas y agresivas las que deben asumir su misión disciplinaria y civilizadora sobre los adormecidos pueblos tropicales. Mr. Roosevelt decidió que los Estados Unidos no sólo se queden con Puerto Rico y Filipinas sino permanezcan también algunos años más en Cuba con el higiénico pretexto de extirpar la fiebre amarilla. Y las objeciones que formula el Gobierno conservador de Colombia para aprobar la dirección y tras-

paso a los americanos del Canal interoceánico, obligará dentro de algunos meses al Presidente yanqui a inventar la República de Panamá. No se puede luchar —dicen los más imperialistas periódicos americanos— contra el "destino manifiesto" que da a los pujantes y jóvenes Estados Unidos tutela moral y progresista sobre los pueblos alborotados del hemisferio Sur.

La megalomanía cipriánica le ha hecho suponer —y sin medir siquiera el peso de sus conflictos— que acaso el rudo Presidente cazador de los Estados Unidos y él pudieran entenderse para un nuevo orden continental. El y Roosevelt coinciden, por el momento, en un enemigo común que son los zamarros conservadores de Colombia. Si con la buena voluntad americana y la espada victoriosa de Castro se pudiera derrocar ese gobierno colombiano, restaurar la Gran Colombia e implantar un "liberalismo" interpretado al estilo castrista desde el Avila hasta el Chimborazo, los yanquis pudieran estar seguros de la buena y pacífica construcción del canal. Así se lo insinúa en una visita al Ministro Bowen. Y el agente americano frunce el ceño ante los propósitos disparatados del Gobierno de Venezuela. Después, cuando Mr. Roosevelt le manifieste toda su reticencia y menosprecio, nuestro aguilucho de los Andes acendrará un odio implacable contra los Estados Unidos. Pero las utopías diplomáticas de Castro que ahora desconciertan al Dr. López Baralt como antes quebraron la ilustre paciencia de don Eduardo Blanco, brotan no sólo de su propia y desenfrenada imaginación, sino de ciertos proyectos fantásticos que le sopla el Ministro chileno Herboso quien ha descubierto el medio de vivir agradablemente en Caracas cultivando caprichos y delirios del "Restaurador". Herboso es de esos agentes que tienen que inventar conflictos y novelescas intrigas para justificar su permanencia en una misión de poco trabajo. Ahora seguramente escribe a la Cancillería chilena diciéndole que a través de Venezuela y del Grancolombianismo redivivo de don Cipriano, se fortificaría la siempre buscada amistad de los chilenos con el Ecuador, para debilitar y aislar más al tradicional adversario peruano. La brillante misión Herboso

—es corolario que sacamos de su extraña actitud— vendría a corregir así, en Venezuela, la antigua peruanofilia que desplegó el Gobierno venezolano en los días de Guzmán Blanco, cuando finalizaba la guerra del Pacífico. ¡Así, cuando peligros mayores nublaban el horizonte, podía perder su tiempo; entreteniéndose como en un juego de bridge, en llenar la cabeza de ideas fabulosas a un Jefe de Estado, valiente e incontrolablemente imaginativo!

Aunque durante todo el año los diplomáticos alemán, francés, inglés e italiano enviaron notas y memorandos a la Cancillería como protesta por la demora en el pago de los intereses de la deuda y de los procedimientos fijados por la Ley que creó la Junta de créditos, el tono de la correspondencia se hace más conminatorio a partir de noviembre. Haggard, Ministro Residente de la Gran Bretaña, se queja el día 11, del carácter insuficiente de las respuestas venezolanas y dice "que será deber del Gobierno de Su Majestad considerar qué medidas deben adoptarse para la protección de los intereses británicos". Pero al cobro de deudas que formula Gran Bretaña, responde López Baralt con larga lista de quejas que se refieren al agravio que nos causaron los británicos al permitir que se armara en Londres la expedición filibustera de Matos; a la conducta de las autoridades de Trinidad por su tolerancia y cómplice despacho de valijas que desde la Antilla se hace a los revolucionarios del Oriente y Ciudad Bolívar. En una palabra, López Baralt da a entender a los ingleses que también Venezuela puede cobrarles indemnización por tales abusos. Y Mr. Haggard contesta el 19, muy taciturnamente, diciendo que "lo ha transmitido al Gobierno de Su Majestad". No hace ningún comentario y reitera como siempre a su Excelencia "la seguridad de mi más alta consideración".

Una "internacional financiera" cuyas artimañas expone Enrique Bernardo Núñez en su estudio "El hombre de la levita gris", despliega sus hilos contra Castro y hace que a ratos

coincidan la prensa de New York, Berlín o Londres. Casi es uno mismo el tono con que se refieren a los asuntos venezolanos "The New York Times", "The Times" y hasta el muy conservador y bien escrito "Le Temps" de París. Con hipocresía y falso sentimentalismo puritano, y como para justificar que Inglaterra colabore con Alemania en una expedición punitiva, el "Daily Mail" de Londres ha publicado un artículo sobre las atrocidades que ocurren en Venezuela. Inversionistas ingleses y honorables suscritores del "Daily Mail" que poseen acciones en las compañías británicas en nuestro país, están dispuestos a salvarnos. El "Daily Mail" y también "Le Temps" de París invocan los derechos de la civilización. Como a nadie le falta Dios, hay también en Francia un pintoresco personaje llamado Paul Théodore-Vibert, autor de una "collection complete des nouvelles philosophiques", que en pequeños periódicos hace la defensa de Castro, y se convertirá en tan apasionado apologista que en 1909 cuando don Cipriano sea ya un nuevo judío errante, expulsado y hostigado en todas partes, ha de dedicar a su justificación todo un volumen de clara y muy pedagógica prosa francesa. En esos días de noviembre lo único que ya podría salvar a Castro y con él a la dignidad de la doctrina de Monroe, era la gestión que hacía cerca del Gobierno norteamericano el financiero Isaac Saligman por levantar en círculos bancarios de los Estados Unidos un empréstito a Venezuela, si las autoridades yanquis lo respaldaban con su fianza. Pero Mr. Roosevelt no parece dispuesto a proteger a deudor tan insolvente y descompasado como el caudillo venezolano. Y mientras se define el papel que cumplirá el manoseado *"monroísmo"* en la acción contra nuestro país, ya surca el Atlántico una escuadra enemiga.

Será el propio caudillo quien dé la primera voz de alerta nacional en su famosa carta del 6 de diciembre al Director del diario "La República"..."Se viene anunciando por la "Agencia Pumar" y algunos otros órganos de prensa que na-

ciones extranjeras entre las cuales se nombra a Inglaterra y a Alemania se coligan para ejercer actos de violencia contra Venezuela a efecto de obtener por ese medio el restablecimiento del servicio de pagos relacionados con la deuda pública, suspendidos por causa de la revolución que acabo de vencer" escribe Castro...Y como es natural, y después de otro párrafo "se resiste a creer" esas noticias, "porque no se concibe como naciones civilizadas que cultivan relaciones de amistad cordial con Venezuela, pospongan al atractivo poder de su cultura oficial el poder de su fuerza". Pero el domingo 7, el justo reposo de día feriado a que tenia derecho el Ministro de Relaciones Exteriores de la República, Dr. Rafael López Baralt, se interrumpe, cuando dos mensajeros acuden a su casa, con pliegos de las Legaciones inglesa y alemana. Y —como lo dirá López Baralt en sus oficios de respuesta— sólo "un sentimiento de extremada cortesía de mi parte me movió a recibir la nota en aquel día y en aquellas circunstancias" Todo el día 8 ha de pasarlo el Canciller junto a sus oficiales de la Dirección de Derecho Público Exterior, para responder con cauteloso y elegante estilo lo que ya se sabía que era un ultimatum...Las notas de respuesta venezolana no encontrarán a los destinatarios en sus domicilios, porque con la niebla matinal del lunes partieron a La Guaira en el primer tren, buscando la protección de sus barcos.

En la tarde del martes el Administrador de la Aduana de La Guaira llama con urgencia por el pesado teléfono de manubrio y transmite, telegráficamente, las cosas terribles que suceden...Douglas, Almirante inglés de la flota aliada, da orden a sus barcos de apodararse de lo que sólo peyorativamente se podía llamar nuestra escuadra. En la amarga y brusca marejada de la rada guaireña, con la bandera tricolor esplendiendo en el mástil como violento papagayo tropical, cabeceaban estos barquichuelos con su olor a plátano, a hierro oxidado, a sancocho margariteño, a transpiración mestiza. Se acerca a los guardacostas venezolanos, el "Panther" forrado de acero gris y de humeante chimenea, como junker alemán que fuma su gran cigarro. Saltan en lanchas circuidas de ametralladoras, los tiesos marinos rubios a imponer la ren-

dición de nuestra flotilla fantasmagórica. Al mismo instante, la infantería inglesa del "Redistribution" está desembarcando en el Tajamar. En comandita de violencia, los marinos británicos se han lanzado sobre el "Margarita" mientras los alemanes se apoderan del "General Crespo", del "23 de Mayo" y de "El Totumo". Ya se comenta en La Guaira que los ingleses no sólo destruyeron las máquinas y calderas del "Margarita", sino sacaron todo el dinero de la caja fuerte y hasta levantaron las ollas de plátano y pescado con que se racionaba a la tropa. Cincuenta alemanes armados de máuseres que subieron a "El Totumo" rodean al Capitán venezolano y poniéndole un revólver al pecho, intiman la rendición. Ya remolcados mar afuera, híbrida mezcla de guardacostas y piraguas, salen nuestros pobres barquitos como presas de corso. A bordo de las naves insignias están el señor W. H. D. Haggard, Ministro Residente de la Gran Bretaña y Von Pilgrim Baltazzi, Encargado de Negocios del Imperio alemán.

Don Cipriano reacciona al recibir las primeras noticias, ordenando que sean llevados a la cárcel los súbditos alemanes e ingleses residentes en Caracas. El señor Bowen, Ministro de los Estados Unidos y a cuyo cargo han quedado los intereses de las potencias enemigas, contempla con espanto cómo conducen a La Rotunda, sin negarles la humillación del "plan de machete", a tan honorables comerciantes extranjeros. El "plan de machete" se había siempre reservado a las morenas espaldas de los venezolanos; ahora en igualitarismo brutal golpea también sobre los arios. Para Mr. Bowen esto es incalificable escándalo, y su cochecillo trota a Miraflores a parlamentar con don Cipriano. Por las estrechas calles que conducen de la esquina de la Cárcel hasta la casa presidencial, ya se aglomera un pueblo gritón que dirigido por los estudiantes, exclama al paso del Ministro: ¡Viva la Doctrina Monroe! Los universitarios que estudian Leyes están dando un pedantesco mitin en la plaza Washington, y expresan cómo a la luz de aquella doctrina y de todo el Derecho internacional americano, la agresión es inconcebible. No hay en esa Caracas de 1902 sindicatos obreros y el bravo pero indefenso pueblo tiene que conformarse con las teorías —demasiado ele-

vadas— de los jóvenes bachilleres. Otros oradores y poetas al estilo antiguo, sacarán para congraciarse a la vez con el pueblo y con Castro, una ropavejería de frases románticas. Hablarán de los "Bárbaros del Norte", del "leopardo inglés y del águila prusiana". Citas de Victor Hugo y de Vargas Vila resuenan como bombardas. Y un poeta de vida desenfadada que después será dócil rapsoda de los tiranos, Carlos Borges, se ensaya como orador multitudinario.

Mr. Bowen encuentra a Castro con el ladeado gorrito y las chinelas de entrecasa, profiriendo improperios. ¡He ordenado que se escriba una proclama que será un gran documento público! —le dice a Mr. Bowen— ¡Hablará para toda América! Y al encontrar al Ministro estadunidense lo primero que inquiere, es cómo ha de quedar la Doctrina de Monroe en tan insólita emergencia. Pero calmándole los nervios, el Ministro se acerca a una silla y consigue trocar el monólogo en coloquio. —Sí, está muy bien la Doctrina Monroe y acaso los Estados Unidos mediarán ante las potencias agresoras, pero también es necesario que don Cipriano ponga algo de parte suya, y no dé al Universo un espectáculo escandaloso como el de la prisión de los súbditos extranjeros. La Doctrina de Monroe presupone la buena cortesía de los débiles. Y con su fogosa y rápida imaginación, Castro ve la oportunidad de mostrarse no sólo heroico sino también magnánimo. Adelanta ya al Ministro la gran frase que se publicará en "La Restauración Liberal" al día siguiente: "Venezuela no necesita rehenes para facilitar la victoria". Llama al Alcaide de la Cárcel y le ordena que liberte los prisioneros. "Y yo que reservaba "El Tigrito" al señor Knop", dice el sarcástico Acosta. "El Tigrito" la más oscura y húmeda de todas las celdas de La Rotunda, con su olor a letrina y sus ratas engordadas en el albañal.

Ya Mr. Bowen en quien se juntan ahora las funciones de Ministro yanqui y negociador confidencial de la República, se ha despedido, y Castro en quien el frenesí no obtura del todo el cálculo, piensa en lo que puede llamarse el buen empleo político de la agresión. En el Castillo de San Carlos está preso el Mocho Hernández quien sigue siendo el jefe místico, más

prestigioso que eficaz, de lo que se llama el Nacionalismo. Reveses y reveses no quitan al Mocho el diáfano capital humano de su fuena fe. En una política en que sobran los traidores y los intrigantes, el Mocho se mantiene ingenuamente veraz. Es hombre de creencias absolutas. Escribe siempre con mayúscula y respeto reverencial las palabras de los sentimientos con que se le engañó: Patria, Justicia, Unión Nacional. Cuando se quiere calmar o dar confianza a la otra mitad de una Venezuela burlada e intranquila, se llama al Mocho Hernández. Y Castro ordena, por éso, la libertad del Mocho ya que en momentos en que el país sufre tan grave peligro, los venezolanos deben juntarse ante la madre común. Un jurisconsulto hábil, infinitamente más calculador y frío que el Mocho y su orientador espiritual, el Dr. Alejandro Urbaneja, había preparado una conciliación palaciega. De toda esta crisis el Dr. Urbaneja, descendiente de políticos muy cautelosos, quería sacar una serie de cosas concretas: reabrir su acreditado bufete de suculentos juicios después de un estúpido e improductivo destierro en Curazao, y acercarse al Poder. Unas cartas patrióticas del Dr. Urbaneja con cierta mañosa vaguedad jurídica, se publicarán en la prensa de Caracas en aquellos días. Y de punta en blanco, el Mocho habrá de mostrarse como la otra mitad de la República, al lado de Castro, en ruidosa manifestación de Miraflores. Parecía repetirse la escena de tres años antes, a la entrada de don Cipriano a Caracas. La presencia del Mocho es ya espectáculo obligado en todo suntuoso y solemne instante en que es necesario hablar de "unión nacional". De la cárcel a la apoteosis, y de ésta de nuevo a la cárcel, es el repetido ciclo vital del caudillo nocionalista. El pueblo otra vez habrá de pedirle que hable. Y con el fervor de un escolar el Mocho insistirá en sus patrióticas palabras de siempre: "Apenas aspiré el aire de la libertad —dice — recibí junto con él la noticia de que la planta del extranjero ha hollado nuestro suelo. ¡No he necesitado más! La Patria está en peligro y yo olvido todos mis resentimientos para acudir en su auxilio". Castro le abraza, y aun hay partidarios ingenuos a quienes se les humedecen los ojos. Es otra vez, uno de los tantos melodramas

románticos de la Historia de Venezuela. Pero al lograrlo en forma conmovedora, Castro estaba golpeando uno de los talones de Aquiles de la revolución que era precisamente el Mochismo. Ganaba una batalla interna en medio de la agresión exterior.

En reunión de Miraflores la misma tarde del 9 de diciembre, la voz tribunicia de Eloy G. González había leído la gran proclama de Castro y de allí salió a los talleres de la Imprenta Nacional y a producir efecto explosivo en todos los venezolanos. Comenzaba con las terribles palabras: "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria". Y aunque algunas metáforas y lugares comunes como el del "Dios de las naciones", "la pléyade de héroes que acompañaron a Bolívar", el "contubernio inmoral y cobarde de la fuerza con la alevosía" resulten excesivas para nuestro gusto de hoy, toda la fuerza propagandista del documento parecía resumirse en la gran frase de obertura. En ella se troquelaba, ardientemente, la indignación nacional. Grupos reunidos en la plaza Bolívar y que desfilan en procesión cívica hasta el Panteón Nacional para jurar la defensa de la patria, están repitiendo la encendida consigna: "La planta insolente del extranjero". Y al firmar Castro su proclama —ya no en tono de Presidente sino de agitador— parecía unificar con ella al país entero. No sólo se reparte en volantes y se lee con patética insistencia en todas las plazas públicas, sino la Litografía de Herrera Irigoyen la edita en elegante pergamino que habrá de enmarcarse y colocarse en todas las casas, con categoría semejante a la del Acta de Independencia. Hemos de ver cómo tras de esas palabras fogosas revienta una solfatara de pasión patriótica que explica los hechos de Puerto Cabello y del Castillo de San Carlos. Cipriano Castro logrará en esos días su estelar momento caudillesco.

Puerto Cabello es el segundo acto del drama. Con las depredaciones que los piratas sajones cometían durante la época colonial en los establecimientos de Tierra Firme puede

compararse esta mala hazaña del crucero inglés "Charibdys" y del alemán "Vineta" contra los viejos fuertes de San Felipe y Solano. Verdad que los propios habitantes del puerto dieron comienzo al zafarrancho. El día 12 —con demasiada impudicia— recaló allí con su listeada bandera inglesa y a echar carbón a sus calderas, el buque mercante "Topaze". Una poblada de indignación se forma en la ciudad y asalta el barco. Como en un drama de Lope de Vega el pueblo quiere hacer justicia por sí mismo. Los policías le dejan obrar y casi se solazan de que tropel tan osado entre a saco en la nave, apresen al Capitán y los oficiales y descuelguen la bandera británica. El acorazado alemán "Vineta" anuncia al acorazado "Charybdis" —que estaba mar afuera— el tumulto de la ciudad, y éste acude sobre Puerto Cabello a toda máquina. Hay un ultimatum dirigido por los Comandantes del "Charybdis" y del "Vineta" a los hombres fuertes de la plaza: Vicente E. Mora, Jefe Civil, Secundino Torres, Comandante Militar y José T. Arria, administrador de la Aduana, exigiendo satisfacción en término de minutos. El "ultimautm" fué entregado a las 4 y media de la tarde del 13 y debía contestar se a las 5. En vano se telegrafía con urgencia a don Cipriano, pero parece mudo el telégrafo de Miraflores. En vano se reúnen y piden tregua a los cruceros, los cónsules acreditados en Puerto Cabello. Cuando el "Charybdis" surge en las aguas tranquilas de la bahía, los habitantes no saben si se trata de cañonear toda la ciudad o concentrar el fuego en los viejos fuertes españoles. Se produce, por éllo, un pánico que dispersa a la población entre los manglares de la costa y los caminos de San Esteban y Valencia. Entretanto al Jefe del Castillo a quien se le había dicho que los Cónsules estaban arreglando todo "por la vía diplomática", le sorprenden los primeros cañonazos, "mientras amolaba las espuelas a un gallo de pelea". El Jefe del Vigía responde para salvar el honor con las modestas culebrinas a pólvora y taco, comidas por el salitre del mar, y más ornamentales que agresivas, de la vieja fortaleza. ¡Nunca se pensó que sobre ese Castillo, centenario y lóbrego pontón donde purgaron su inconformidad con los gobiernos largas generaciones de venezolanos, se

desatase un ataque exterior! Bastante teníamos con nuestras guerras civiles donde el machete y el máuser fueron más eficaces que los cañones. Y cuidaban por ello las fortalezas —restos de un carcomido Imperio indiano— carceleros más que artilleros. Se concedía un castillo con sus presos y la libre especulación sobre la pulpería y las raciones, a cualquier tosco "amigo de la causa" que empieza a engordar y ponerse artrítico y sublima su viejo ímpetu levantisco en los tormentos a los cautivos o en su cuerda de gallos de pelea. Este Julio Bello —que no hay que confundir con Jorge Bello que será el semi-héroe de la defensa de San Carlos— se entrega pacíficamente a los ingleses que ya comienzan a saquear y desmantelar la fortaleza. Como corsarios protestantes en lucha todavía contra el papista Imperio español, se ensañaron especialmente con la capilla colonial del fuerte; con los libros y papeles que tras de sus hispanos forros de becerro habían resistido la polilla tropical y con las campanas católicas con sus cifras e inscripciones del tiempo de Felipe IV, de Carlos II, de los primeros reyes borbónicos. Lo que no destruyen los cañones en la Penitenciaria y Fortín Solano, lo pulverizan los cartuchos de dinamita que hacen saltar como bizcocho podrido la vieja argamasa española. Toda una pared se derriba sobre un grupo de soldaditos venezolanos, y un centinela que se quedó custodiando la garita, es aventado por la explosión. En campos y potreros próximos, labriegos, niños y mujeres huyen despavoridos. ¡Había llegado el Juicio Final! El trencito que va a Valencia se congestiona de fugitivos, y desde dicha ciudad el Gobernador anuncia que faltan víveres y que se castigará a los especuladores que alcen los precios.

Las molestias de Puerto Cabello se le complican a don Cipriano con la impertinentísima gestión del señor J.P. Riva, Ministro de Italia quien también quiere sumarse en nota del 11 de diciembre, al reclamo de ingleses y alemanes. Ya han salido de Italia dos barcos que participarán en el bloqueo. Otra vez, en la niebla del amanecer, acude el Ministro Bowen a despedir a su colega italiano en la estación del Ferrocarril

de La Guaira. Don Cipriano —y esta actitud romántica de titán herido luchando contra el mundo no le disgusta— puede presentarse como víctima heroica, como el símbolo de un pequeño país erguido contra la violencia de los fuertes.

La circular del Ministro de Relaciones Exteriores López Baralt de 15 de diciembre denuncia a las Cancillerías extranjeras el insólito agravio que se irroga a la nación venezolana. Y por tantas injurias, también llegan para fortalecer y ennoblecer la causa que Castro quiere encarnar, los ecos de protesta que suscita en todas partes la agresión de las escuadras. La oposición inglesa en las Cámaras contra el Premier Balfour, censura esa repugnante alianza de Inglaterra con el jactancioso Kaiser alemán, mala empresa que acaso suscite el encono de los Estados Unidos. Al barbudo Cipriano Castro, nervioso, violento y desesperado con su rostro de profeta o derviche islámico, se le compara con aquel Menelik de Abisinia que unos años antes resistió a los europeos en su duro rincón etíope. Si los gobiernos hispano-americanos son demasiado tímidos para pronunciarse sobre el caso de Venezuela, y su medrosidad diplomática no les permite otro verbo más expresivo que "deplorar", el pueblo y la juventud simpatizan con nuestro país. Hacía poco tiempo que José Enrique Rodó lanzara en la musical prosa de "Ariel" su ecuménico mensaje latino-americano, y desde los primeros núcleos socialistas de Buenos Aires se había alzado Manuel Ugarte en prédica candente contra el Imperialismo. En México llega a parangonarse el caso de Castro con el de Juárez frente a la invasión francesa y el Imperio de Maximiliano. Según los recuerdos del Coronel Marmaduke Grove, futuro líder del socialismo chileno, los jóvenes cadetes de la Escuela Militar de Chile tendrán por aquellos años romántica admiración hacia el caudillo venezolano que troqueló la frase ferozmente patriótica: "La planta insolente del extranjero".

Por sobre la cobardía de los gobiernos, hay para Castro gestos de cordialidad latino-americana tan singulares como el de aquel Banco de Préstamos de Buenos Aires, "La Popular", que le telegrafía ofreciéndole fondos para el pago de las reclamaciones extranjeras. En la libre Argentina de en-

tonces, un Canciller y jurista de la talla de Luis M. Drago piensa el texto de la larga nota que dando un ejemplo a los propios Estados Unidos, sitúa en el más alto plano del Derecho público la enconada cuestión venezolana. Frente al empirismo yanqui que en nombre de Castro empieza a negociar los protocolos con las potencias agresoras, Drago va mucho más lejos y no quiere que se resuelva la emergencia transitoria, sino se fije una teoría duradera. "El capitalista que suministra dinero a un Estado extranjero —ha de escribir Drago— tiene siempre en cuenta cuáles son los recursos del país en que va a actuar y la mayor o menor probabilidad de que los compromisos contraídos se cumplan sin tropiezo". "El acreedor sabe que contrata con una entidad soberana y es condición inherente de toda soberanía que no puedan iniciarse ni cumplirse procedimientos ejecutivos contra ella, ya que ese modo de cobro comprometería su existencia misma, haciendo desaparecer la independencia y la acción del respectivo gobierno". "Todos los Estados, cualesquiera que sea la fuerza de que se disponga, son entidades de derecho, perfectamente iguales entre sí y recíprocamente acreedoras por ello a las mismas consideraciones y respeto. "El cobro compulsivo e inmediato, en un momento dado, por medio de la fuerza, no traería otra cosa que la ruina de las naciones más débiles y la absorción de un Gobierno con todas las facultades que le son inherentes por los fuertes de la tierra".

Ya cuando Drago ha firmado esa nota que se convertirá en norma de Derecho internacional americano, el Ministro Bowen ha partido de Venezuela en buque de guerra, a empezar a negociar desde Washington los protocolos que pongan cese a la agresión.

Sinembargo, los alemanes que son más odiados que los ingleses —acaso porque luzcan en aquellos días mayor jactancia militarista— siguen hostigando nuestras costas. Los actos de más violenta resistencia nacional ocurren frente al Castillo de San Carlos los días 17 y 21 de Enero. Ya algunos ma-

rinos del "Panther" habían logrado varias semanas antes, pasar la estrecha barra del golfo de Maracaibo y llegar hasta el puerto zuliano. Ese Maracaibo de 1902 parecía una especie de metrópoli de todos los intereses alemanes en Venezuela; y el inteligente, desafiante y duro señor Eduardo Von Jess era no sólo el Cónsul del Imperio alemán sino también el jefe de la Casa Breuer Möller, acaso la corporación comercial más fuerte establecida en el país. Todo el café de la Cordillera y el expendio de víveres y mercancías secas estaba monopolizado por las empresas alemanas, especialmente Breuer Möller y Blohm y Compañía. Eran los importadores, exportadores, prestamistas y banqueros de casi todo el Occidente. Fortunas de viudas y huérfanos, de agricultores a quienes adelantaron dinero para sus cosechas, acciones de ferrocarriles y vapores, se concentraban en sus manos. Y el poder de estas empresas llegaba donde no podía penetrar la fuerza y rigor de Castro. Aun los Gobernadores del Zulia y funcionarios y jefes militares de la región debían contemporizar con estos árbitros no sólo de la vida económica, sino también de las relaciones sociales. Los clubes de Maracaibo estaban presididos por esos junkers del Comercio. Y el señor Von Jess, jefe moral de la Colonia, hombre instruido y enérgico, lector de Von Treitschke y de los más agresivos teóricos del Pangermanismo, mantenía a sus alemanes como una legión para-militar, dispuestos a combatir por el triunfo de la raza aria en nuestras tierras calientes. Ciertas reuniones del "Club del Comercio" terminaban cantando el "Deutschland, Deutschland, über alles". Ni Cipriano Castro se hubiera atrevido contra el prestigio e influencia de Von Jess. En la casa Breuer su sitio de Jefe sobresalía desde altísimo estrado bajo el cual se postraban humildemente, los empleados criollos. Dependía de su imperiosa voluntad el destino de muchos jóvenes venezolanos empleados de la firma. El hado económico del país ha sido siempre que tras del poder brutal pero un poco ilusorio de los caudillos, se yergan los extranjeros Virreyes inversionistas que ahora presiden los negocios del aceite como en 1902 monopolizaban los del café. No fué extraño, por éso, que los marinos del "Panther" al llegar a Maracaibo acudiesen a to-

mar cerveza helada y a cantar canciones en casa del señor Von Jess. Si estaban rotas las relaciones oficiales con el Cónsul de Alemania no lo estaban con el jefe omnipotente de la firma Breuer Möller.

No obstante, al pretender cruzar la barra, el "Panther" —la agilísima pantera de la escuadra alemana— queda como varada en el tablazo. ¡Sólo con prácticos venezolanos se pueden navegar aquellas aguas! Los alemanes se entretienen, entonces, en asaltar la modesta goleta "Victoria" de Virgilio Fuenmayor que viene de la Guajira con cáscara de dividive y cueros de baja calidad. Con hachas y serruchos le destruyen el palo mayor. —"¡Su Gobierno nos debe ocho millones y nosotros nos cobramos haciendo destrozos! le dicen al inocente Fuenmayor, que llegará a Maracaibo entre los vítores patrióticos de las bulliciosas gentes del Saladillo y la Marina vieja.

Pero Jorge Bello, el jefe de la fortaleza de San Carlos, tiene coraje para resistir. Espera en la esplanada del Castillo el paso del "Panther" y contesta a la artillería germánica con la insistente carga de sus cañones, tan malos y viejos que según un testigo presencial "salian de sitio a cada disparo". Y narra el testigo Manuel Quevedo, en relato inserto en las "Memorias de un venezolano de la Decadencia" de José Rafael Pocaterra, tomo I, página 116: "Era una lluvia de plomo". "A mi me voltearon el cañón y una piedra de las que volaba me rompió la pierna. El pueblo estaba ardiendo; la tropa fué sacada de la fortaleza y enguerrillada por los médanos; el castillo sufrió todo el fuego: melones enteros de la muralla volaban vueltos polvo. ¡Y tanta gente herida inútilmente!" A las depredaciones del "Panther" siguen las granadas del "Vineta", y los venezolanos responden en un combate que dura cerca de ocho horas. Sobre el "Panther" semi-encallado en las aguas lodosas de la entrada de la barra, rebotan las insistentes cargas de los defensores. Con abolladuras en el casco, casi prisionero entre los bancos de arena, escapa por fin, buscando el mar libre. En el torreón de la fortaleza, con las salvas de honor, Jorge Bello torna a izar la bandera de la República.

Con la resistencia de los hombres de Bello, la imaginación fabulosa de Castro teje toda una mitología heroica. Llama a los defensores de San Carlos "depositarios de la honra nacional" y "héroes del deber cumplido". Remontándose a la Historia clásica, la acción de San Carlos en el frenesí retórico de la época, es una "nueva Salamina". Jorge Bello, pariente de Castro, es como otro Temístocles o un segundo Nelson.

En el invierno de Washington, ese mes de Enero, Mr. Bowen, Ministro de los Estados Unidos en Caracas, parace haber llegado al pináculo de su figuración diplomática. De simple Plenipotenciario en un pequeño país suramericano, ascendía por la fuerza de las circunstancias y por voluntad de Cipriano Castro, a negociador ante grandes naciones. Va del Congreso a la Casa Blanca y a las más exclusivas Embajadas de la Avenida Massachusetts. Su jefe, John Hay, Secretario de Estado, le recibe antes que a otros diplomáticos. Cada día discuten con Bowen en un ochocentista salón feísimo del "State Department", tan peraltados personajes como el Barón Speck von Sternburg, Enviado Extraordinario de Su Majestad Imperial Alemana; Sir Michael H. Herbert, Caballero Comendador de San Miguel y San Jorge y de la Orden del Baño, Embajador de Su Majestad Británica; Su Excelencia Edmundo Mayor des Planches, de las Ordenes de los Muy Santos Mauricio y Lázaro, Embajador de la Corona de Italia; Monsieur J.J. Jusserau, Enbajador de Francia y los Excelentísimos Señores Barón W.A.F. Gevers, Barón Moncheur, Manuel de Aspíroz y Emilio de Ojeda, representantes de Holanda, Bélgica, los Estados Unidos Mexicanos y el Reino de España, respectivamente. La querella venezolana asciende al primer plano de la política mundial. ¡Cuidado si a través de ella, la codiciosa y estridente Alemania no ensaya —contra la paz europea, la Doctrina Monroe y el sano equilibrio entre Continentes— una de esas empresas de jactancia imperialista a las que su Emperador Superhombre parece predestinado! ¡Por el prestigio continental y mundial de los Estados Unidos conviene a Teddy

Roosevelt que la aventura agresora se detenga! Y tan altas Delegaciones, Plenipotenciarios y Grandes Cruces, eran nada menos que la Junta de acreedores de un país en bancarrota que buscaba las fórmulas de un arreglo.

Ante la emergencia venezolana y los altaneros gestos de Castro, otras gentes y países se aprovecharon para pasar olvidadas cuentas. Una especie de Caja de Pandora de acreencias se volcaba sobre Venezuela. Había deudas cómicas y casi prescritas como la de un escultor norteamericano a quien en cierta ocasión un Cónsul demasiado oficioso encargó la maqueta de una estatua patriótica que jamás se pensó erigir, o la extraña y confusa reclamación de los Hermanos Martínez del Río, aristócratas y capitalistas bajo el porfirismo mexicano. La lista de deudas ascendía según los propios recuerdos de don Cipriano a 490 millones de bolívares, lo que significaba que el país, por más de diez años, debería entregar a los deudores toda la renta de ingresos públicos, calculada anualmente entre 40 y 50 millones. Y los cálculos más optimistas del Ministro de Hacienda y Crédito Público suponían que a riesgo de morirnos literalmente de hambre, el país no podía amortizar cada doce meses más de 4 millones.

La nota que el Ministro de Relaciones Exteriores dirigió al Excelentísimo Señor Bowen el 17 de diciembre de 1902 pidiéndole en nombre de la República que la representara en "cuanto tienda al término pacífico del asunto" y a que admita "por vía excepcional, sin que constituya el menor antecedente, el recurso de una Comisión mixta" constituye una excelente teoría jurídica de la posición venezolana. Aún prevalecía en nuestra Cancillería, a pesar de las malas contingencias de la política, la tradición de alto decoro formal y razonada doctrina que le había impuesto internacionalista tan ilustre como Rafael Seijas. El documento está escrito con suma dignidad y sobria elegancia. Coincide en gran parte de sus tesis con lo que después se llamó la Doctrina Drago. Hace el noble alegato de la "potestad interior" que tiene Venezuela para que se diriman en su suelo y bajo sus leyes, todas las reclamaciones que los súbditos extranjeros radicados en el país aleguen contra la República. Y recuerda que en lo que muy concre-

tamente se refiere a Inglaterra, este derecho fué reconocido desde los primeros Tratados (1825-1834) que Venezuela firmó con el Reino Unido. Si ahora Venezuela acepta que se negocie con los representantes de las potencias agresoras —acreditados en Washington— un arbitraje y el recurso de comisiones mixtas para resolver sobre los reclamos, es porque "penetrado el Gobierno de la esterilidad de su empeño por deferir a las serenas prácticas del Derecho la solución del conflicto, se ve en el caso de aceptar el único medio que se halla disponible para precaver de nuevos desastres a la Nación. Pero si las circunstancias del momento, a cuyo peso únicamente cede, la obligan a tamaño sacrificio, no quiere éllo decir que su imposición equivalga al menor menoscabo de los fueros jurisdiccionales de la República". "Una cosa es lo que se admite bajo la presión de la fuerza, en momento determinado, a título excepcional y bajo solemne protesta, y otra lo que vincula en sí la vida inmutable y permanente de los intereses nacionales".

La fórmula que ha encontrado Bowen para satisfacer la belicosa avidez de las grandes potencias, se reduce a estos tipos de procedimiento: 1). Dividir —como ya lo ha hecho el Gobierno venezolano— las reclamaciones en dos categorías: las que tuvieron su origen en las guerras civiles antes de Castro, y las provenientes de la administración y revoluciones castristas. Respecto a las primeras, se promete un inmediato adelanto en efectivo sobre la deuda total. Si del período anterior a Castro, por ejemplo, los ingleses reclaman 1.718.815,67 bolívares se propone un inmediato pago de 137,500 bolívares y cancelar lo restante por medio de cinco letras de cambio que se escalonan entre marzo y julio de 1903. Si el Gobierno deja impaga una de estas letras, se gira sobre las entradas de las Aduanas de La Guaira y Puerto Cabello "cuya administración se pondrá a cargo de funcionarios belgas hasta la completa extinción de las deudas". 2). Las reclamaciones que se puedan llamar más recientes, es decir bajo el gobierno de Castro, se someterán al estudio de una Comisión mixta a la que compete decidir si están bien y sólidamente fundadas, y como pueden justipreciarse. La Comisión Mixta constará de

un miembro que represente a Venezuela, y otro en nombre del país reclamante. En caso de desacuerdo, el fallo se someterá a un tercero, nombrado por el Presidente de los Estados Unidos. 3). Para satisfacer el segundo tipo de deudas, el Gobierno de Venezuela remitirá mensualmente a las grandes potencias acreedoras, el 30 por ciento de las entradas de las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello que no pueden destinarse a otro fin. 4). Cualquiera cuestión que surja sobre la distribución de los ingresos aduaneros entre los reclamantes, se elevará al Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya. 5). Los buques de guerra y los mercantes venezolanos capturados por los bloqueadores, serán devueltos a Venezuela en el estado en que se encuentren. 6).La firma del Protocolo por los representantes autorizados significa el término del bloqueo. Se reanudarán también las relaciones diplomáticas entre el Gobierno de Venezuela y las potencias que las rompieron.

Quizás con mucho optimismo el Señor Bowen ha firmado en Washington el 13 de febrero de 1903 los primeros protocolos, y jubilosamente ha ido a telegrafiarlo a Castro, sin medir todavía los inesperados recursos histriónicos de don Cipriano. Al negociar los protocolos Castro no sólo ha logrado suscitar contra la jactancia jupiterina del Kaiser alemán la no menor del Presidente Teodoro Roosevelt y revuelve la olla podrida de la gran diplomacia —Inglaterra está disgustada de la odiosa comandita en que la metió Alemania—, sino también pone a su servicio la Doctrina Monroe y se reserva una serie de salidas efectistas. Tres personajes igualmente megalómanos han tenido en esas semanas suma figuración en la escena del mundo; más de un rasgo de prosopopeya, presunción y teatralidad acercan a través de la Geografía a personajes como Guillermo II, el primer Roosevelt y Cipriano Castro. Y si con mucha cólera —según el testimonio de su biógrafo Pringle— el Presidente Roosevelt llamaba a Castro "unspeakebly villanous little monkey" era porque los alardes y

gritería de don Cipriano, le obligaban, por el momento a interrumpir, en el caso de Venezuela, su política de "big stik" sobre el Caribe. Ya en episodios venideros será más agria la discordia entre ambos Presidentes.

Aunque Bowen haya de merecer en el Congreso venezolano la "Cruz de la Legión de la Defensa Nacional", condecoración inventada entonces, pocas asambleas de legisladores como la de 1903 verán sucederse mayor número de sainetes políticos. La pasión patriótica de Castro simbolizada en la gran frase: "La planta insolente", aún prepara nuevas tramoyas y recursos.

Dos comedias del Congreso de 1903 son la renuncia de Castro y el rechazo jurídico por una Comisión Legislativa de los protocolos, lo que produciría a Mr. Bowen — a pesar de su reciente condecoración — largas horas de desaliento y zozobra. La renuncia es un doble ardid de consumo interno y foráneo. ¿No había dicho Matos, desde su retiro de Curazao, que el único obstáculo para un buen entendimiento entre Venezuela y las otras naciones era la persona de don Cipriano; y no propalaron los marinos alemanes durante el bloqueo que la guerra de Alemania no era precisamente con nuestro país sino con su agresivo mandatario? ¿No había recomendado el ya candoroso Rangel Garbiras —para que hubiera paz en la República— la renuncia de Castro y un gobierno de coalición de los partidos en lucha? Pues ahora don Cipriano ha de mostrar al mundo que en Venezuela renacen las clásicas virtudes de Cincinato que con frecuencia le atribuían los áulicos. Desde que llegó a Caracas con la revolución triunfante del 99 ha estado anunciando que si gobierna mal y los venezolanos no le necesitan, tomará "el bordón del peregrino". Ahora, después de reunido el Congreso de 1903, dos mensajes —uno de calculado laconismo y otro que contiene una casi sentimental exposición de motivos— anuncian al país el 23 de marzo que don Cipriano desea renunciar el mando. En la exposición de motivos dice, humildemente, que su separa-

ción "quitaría toda sombra de mala voluntad a los venezolanos". Con su retiro "nadie perdería; todos ganaríamos, pues él no implicaría jamás que mis esfuerzos y sacrificios no estuvieran a todas horas y en todas circunstancias a la disposición de la República, a su primer reclamo". "Mi separación quizás efectuará el milagro de la unión y confraternidad de todos los venezolanos, para que alrededor de un Magistrado tan integro y virtuoso como ese que habrá de sucederme constitucionalmente, hiciéramos, todos, la defensa de la patria, su engrandecimiento y su prosperidad". Tantos subjuntivos conjugados en el documento, delatan en su forma hipotética, la mentira que está representando. Pretende agregar un nuevo rasgo de sacrificio y desinterés al retrato con que desea presentarse ante la Historia. Presiden, venturosamente, las Cámaras el muy dúctil e influyente General José Antonio Velutini y el General Ramón Ayala para excitarlo, por Acuerdo unánime, en "no insistir en la renuncia". Al razonar su voto dicen los ilustres padres conscriptos que "así lo reclaman los intereses de la causa y la conveniencia pública". Cualquiera que sea el leal escrúpulo que tenga el General Castro para continuar en el mando, "la patria se impone". ¡La patria se impone! repiten esa misma tarde en los corredores y antesalas de Miraflores la nube de cortesanos que presencian la entrega solemne que una Comisión de diputados y otra de senadores hace del acuerdo del Congreso. Y el pequeño Canciller López Baralt dice en arrinconada charla de pasadizo a un grupo de congresales, que no hay que asustarse mucho con los protocolos de Washington porque las Comisiones mixtas pueden tomarse su tiempo y sobre otros asuntos confusos queda el largo y lento recurso de apelación a la Corte de La Haya. Ahora, ya libre el Gobierno de la pesadilla del bloqueo, el más duro problema del año es vencer a los revolucionarios de la Libertadora que aún dan mucho que hacer en Barlovento, Guayana y el Oriente; en Coro y en Lara. —Sí; hay que acabar pronto con esos muérganos, comenta el General Juan Vicente Gómez que se ha incorporado a la conversación. Y con sorpresa de los militares, Don Cipriano habló en su discurso de respuesta al Congreso de la importancia "que tiene en to-

da causa aún sobre el valor bruto, salvaje, inconsciente que marcha al peligro sin conocerlo y salva sin darse cuenta los obstáculos, el valor de las ideas, la fortaleza moral, la convicción del bien profundamente arraigado en el alma". Esta especie de valor era el que don Cipriano quería merecer, ya que todos le respetaban su coraje guerrero.

En nombre de ese valor moral, la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso presidida por el ex-Presidente Rojas Paul y de que formaban parte Santiago Briceño, Tomás Mármol, N. Augusto Bello, Trino Baptista, J.T. Carrillo Márquez, E. Siso, Rafael Terán y R. González Pacheco impugnan en largo documento jurídico los protocolos de Washington. Consideran que dichos documentos "no pueden considerarse al igual de esas estipulaciones internacionales de carácter normal y justo en que se atiende a la guarda de intereses recíprocos y a la mutua conveniencia de las Partes contratantes". "Someterlos al trámite constitucional para su examen por el Congreso sería sustraerlos a la esfera de imposición en que fueron preparados y suscritos para llevarlos a un terreno legal, extraño de todo en todo a su peculiar naturaleza". A vuelta de largas reflexiones consideran los comisionados que "no es pues una situación jurídica, propiamente hablando la creada por los protocolos. Se trata de un resultado de cosas verdaderamente anormal, y lo anormal lejos de constituir regla alguna, excluye la aplicación de todas". En virtud del largo informe que analizaba de modo particular el protocolo con Italia porque choca muy flagrantemente con los términos del Tratado de amistad y comercio firmado en 1861 entre ambas naciones, el Congreso decide que "no pueden considerarse ni estudiarse en la forma establecida para las negociaciones diplomáticas, seguidas y terminadas regularmente". Acuerda, también, "prescindir respecto de los mencionados protocolos de la tramitación constitucional relativa a los Tratados diplomáticos, y limitar su acción en cuanto a ellos, a facultar al Ejecutivo Federal para que los ponga en curso, sin que ninguna de sus cláusulas establezca el menor antecedente en la vida política de la República".

En resumidas cuentas —y como hábil victoria de Castro— al animar los protocolor se habia conseguido la suspensión del bloqueo; y firmados aquellos por Mr. Bowen, se lograba ventajoso retardo argumentando el Congreso su escasa juridicidad. Lentitud en las comisiones mixtas que deben funcionar en Caracas, y parsimonia y trámite mayor en las apelaciones que se hagan ante el Tribunal Internacional de Arbitraje de La Haya, será la nueva estrategia diplomática de don Cipriano.

XII — FORTUNA DE JUAN VICENTE

Sin duda que el prestigio de Castro crecía con la agresión extranjera. La fuerza mística del patriotismo y la fiereza del Caudillo obligaba a abrir la caja de caudales a los comerciantes que ocultamente simpatizaron con Matos, y que ahora como H.L. Boulton y Compañía, Báez, Boggio Yanes y Compañía, Juan Manuel Díaz, Santiago Sosa, Santana Hermanos, Travieso Hermanos, Carlos Zuloaga, etc. firman un manifiesto de adhesión al héroe andino. Aprovecha don Cipriano tanto patriotismo para levantar el empréstito interno de Enero de 1903 en que se grava a los bienes de Matos y a la Sucesión Guzmán Blanco con la obligación de entregar al erario nacional la entonces muy fuerte suma de doscientos mil bolívares. Se tasa, según la amistad al "Jefe" y simpatía por la "Causa Restauradora", la cantidad con que se contribuye a defender el honor nacional. Se muestra a los comerciantes —para conmover su corazón— la patética correspondencia que envían los jefes de las fortalezas de Puerto Cabello y Maracaibo y los comandantes de batallones en la que se describe la escasez de recursos y estado menesteroso de la tropa. Casi monótonas en sus noticias y solicitudes —que siempre se repiten— son estas cartas y telegramas de los jefes militares. Dicen, por ejemplo: "No hay aceite de coco ni de linaza para la limpieza de las armas. Se terminó el kerosene con el cual se liga el aceite de coco. El batallón está careciendo de ropa al extremo de que cuando llueve no tienen que mudarse. Tampoco tienen alpargatas ni cobijas". Y una lúgubre crónica que habla de numerosos soldados y detenidos que murieron de "tuberculosis pulmonar"; de otros que tienen "sífilis en los ojos", y hasta un Jefe compasivo llega a decir que la alimentación de presos y tropa es tan deficiente

que apenas "aqueja a aquéllos una ligera dolencia física, tienen que recogerse en sus calabozos completamente inútiles para cualquiera faena". Observa el mismo informador que "el porcentaje de defunciones en la Fortaleza de Puerto Cabello es exagerado". En el propio Puerto Cabello el preceptor del Batallón se encuentra sin ración, y además de ser muy pobre, está residenciado con su familia en la ciudad". ¡Cómo nos emociona a cincuenta años de distancia, la suerte de ese pobre preceptor! Lo imaginamos con su Mandévil y su ropa raída, vocalizando para los toscos alumnos, la lección del "Libro Primario": "En el saco algo se mueve. ¿Qué hay dentro de ese saco?". Y la triste lección termina en un famélico bostezo. ¡"No tiene ración; ese infeliz no tiene ración"!, comenta casi despectivamente el Comandante, mientras cura con creolina a su más lucido gallo de pelea. Otro documento nos trasmite el retrato físico de uno de los soldados y alumnos del preceptor: soldado Pedro Colina, de 20 años de edad, soltero, jornalero, natural de Coro, Estado Falcón, hijo ilegitimo. Color: indio claro; pelo liso, cejas escasas, ojos muy hundidos y castaños, nariz chata, boca perfecta, lampiño; mide 1,46 centímetros". ¡Era con esta gente para quien la alpargata constituía un lujo y carecían de cobija, con quienes la Venezuela de 1903 se oponía a las potencias invasoras y libraba, simultáneamente, la guerra contra Matos.

El frente civil mejoraba, sinembargo, para don Cipriano, y aun los estudiantes revoltosos que en 1901 formaron parte de la *"sacrada"* y en la Universidad ridiculizaban al Caudillo, ahora son miembros de una "Sociedad patriótica" y están dispuestos a comportarse seriamente. Se anotan los nombres de Juan Iturbe, Oscar García Uslar, Julio H. Rosales. La Iglesia que bajo el reciente apostolado del Doctor Juan Bautista Castro, miraba con desconfianza a don Cipriano por su arrogancia de "Pontífice máximo" y por el anticlericalismo de algunos de sus consejeros, también se está conduciendo con patriotismo y relativa discreción. Durante el bloqueo Monseñor Castro ordenó que la "divina hostia" estuviera expuesta en todos los templos de Caracas, y aprovechó la favorable

contingencia del Año Nuevo para dirigir a sus diocesanos una pastoral que aspiraba a ser un como inconformista tratado de sociología católica.

A la luz de la Religión quiere juzgar el Prelado el enorme infortunio de Venezuela. Dice que "nunca, después que entramos en la vida independiente nos habíamos encontrado al principiar un año, rodeados de tantas tribulaciones, con nuestra República como colocada a orillas de un abismo y envueltos en la oscuridad amenazante del más siniestro porvenir". ¡Y Venezuela —agrega— hubiera podido ser una de las naciones más ricas y felices de la América del Sur! Ahora la "nación ya parece ingobernable"; hay "una miseria que es desolación y espanto; una falta completa de tranquilidad y seguridad para vivir, creyendo que los cambios y revoluciones nos remediarán, sin considerar que la ruina moral es ya universal en nuestra Patria". Las causas de semejante crisis se le ofrecen a Monseñor Castro casi con teológica claridad, y las estudia en sus párrafos evangélicos. Se deben, por ejemplo, a "que nos hemos empeñado en quitarle a toda autoridad su auroeola divina. Hemos hecho de la Magistratura una obra puramente humana, entregada a los ultrajes y al vaivén de las pasiones y rebeldías de las multitudes. El Poder público ya no descansa sobre principios cristianos, sino sobre las tremendas imposiciones de la fuerza. Germina constantemente en las almas una propaganda sorda contra toda autoridad". Se alarma el Prelado de "la guerra incesante hecha a la Religión, a la Iglesia, al sacerdocio, por la prensa, por medio de persecusiones francas o simuladas, por asociaciones, por doctrinas injustas llevadas a la legislación". "Las Iglesias están reducidas a la mendicidad; el sacerdocio se encuentra humillado por la miseria". "El laicismo como forma definitiva para las escuelas y demás instituciones de Educación, ha sido un objetivo perseguido con grandes esfuerzos por los enemigos de la Iglesia". Según el documento, a la ruina de la educación cristiana ha seguido en Venezuela "la ruina de la familia". "Se propaga la inmunda plaga del concubinato que da por resultado el más vergonzoso exceso de hijos ilegítimos. Conforme a las estadísticas de las pa-

rroquias éstos llegan al setenta y hasta el ochenta por ciento de los nacidos". "Entre las causas de esta ruina de la familia están las condiciones frecuentemente onerosas del matrimonio civil".

Después de señalar con encendida elocuencia las pruebas y agravios del alma venezolana, Monseñor Castro recomendaba "en estos dias de aflicción" la "adoración nocturna del Santísimo Sacramento en las Casas religiosas" y que se diga "en los templos de la Arquidiócesis una misa rezada a la Santísima Virgen, todos los sábados, invitándose para ella a los fieles y rezándose durante la misa el Rosario". Advierte "que el remedio de nuestros grandes males no será el resultado de unos pocos días de oración" e invita a acompañarla de buenas obras "para mover el corazón de Nuestro Señor". ¡Mover el corazón de Nuestro Señor! parecía un voto unánime de los venezolanos en ese mes de Enero cuando se apagaban las últimas velas de los pesebres pascuales, y en las paredes de las casas se extendía la ancha sábana del "Almanaque de Rojas" con su anuncio de fiestas movibles, velaciones, cuaresma y témporas para el año de gracia de 1903.

Sinembargo para el General Juan Vicente Gómez ese año será de prosperidad y fortuna. El historiador se complace en advertir como ya el poder de otro futuro Dictador de Venezuela, empieza a perfilarse en las campañas de esos días. O la gran paciencia del Compadre Vice-Presidente, su cortesía, disimulo natural y cálculo malicioso, parecían aquilatarse a medida que desconcertaba la cólera y egotismo cesáreo de don Cipriano. El mérito de Gómez se fijará como hombre-antítesis de Castro, si no precisamente en los métodos, a lo menos en las actitudes. Y cuando el pais se canse del continuo frenesí y delirio del "Restaurador", empezará a ver en Gómez una engañosa promesa de apaciguamiento. No en balde ha pasado ya interinamente por la Presidencia; midió de cerca las ambiciones de los hombres, y a la falsa pompa que los cortesanos ofrecen a Castro prefiere los sigilosos ne-

gocios concretos que le vienen a proponer agricultores y ganaderos de Aragua o del Guárico. Casi sin que su Compadre lo advierta, se ha convertido en 1903 en el mayor proveedor de la carne que se consume en Caracas. Y en semejantes tratos y lucros no solo aprieta relaciones, sino da empleo a muchos "oficiales andinos" que no alcanzan a cobrar en las agujereadas listas del Presupuesto. Comentan también en voz baja algunos de sus amigos, que fueron los refuerzos tachirenses enviados por él a don Cipriano durante el sitio de La Victoria, lo que salvó la riesgosa batalla para las armas restauradoras.

Ahora, en abril de 1903 y mientras Castro con el Congreso reunido, sigue desarrollando sus conocidos sainetes políticos, Gómez marcha con dos mil hombres a combatir a Rolando en los valles del Tuy. Las avanzadas revolucionarias del caudillo oriental han llegado merodeando hasta un sitio tan próximo a Caracas como Guatire. Novelesca, venturosa, aunque no decisiva, será para Gómez la llamada "campaña de El Guapo", cuando la penuria de pertrechos obligue a Rolando a retirarse a sus distantes bases orientales, después de tres días de batalla. Por tierra y mar le rodean las fuerzas combinadas de Gómez y de Alcántara; se lucha por el dominio del Río Tuy donde el segundo de Rolando, Ortega Martínez, había recogido todas las canoas para que no las usaran los gubernamentales, y alzado una curiosa línea de trincheras en el litoral, con sacos de arena. El primer revés de los revolucionarios acontece cuando en plena noche y en el camino entre Panaquire y Caucagua, Ortega Martínez es sorprendido por un destacamento castrista al mando de Manuel Sarmiento y cae prisionero. Luego, en anillo envolvente, las tropas de Gómez y Alcántara marchan sobre el pueblo de El Guapo donde se había fortalecido Rolando. La batalla, de tiroteo incesante, dura tres días con sus espléndidas noches de luna, según la observación de Calcaño Herrera. La lisonja gomecista forjará años después sobre esta batalla —como sobre la de Ciudad Bolívar— toda una ardiente mitología. Márquez Bustillos cuenta en su palaciega "semblanza" de don Juan Vicente, que en lo más apretado del combate, el

Jefe de Estado Mayor de Gómez se acerca a decirle "que desespera del éxito porque las columnas de ataque se estrellan contra las trincheras enemigas". Pero Gómez responde a su oficial: "Tenemos refuerzos; contamos con tres mil hombres y ya vamos a decidir ésto. Usted que vale mil; ese batallón otros mil (se refería al batallón Gómez) y yo los mil restantes". Y después de proferir tan jactanciosa frase de epopeya, "se coloca a la cabeza de aquel cuerpo que lleva su nombre, y en una sola carga, gana la batalla". Márquez Bustillos no menciona en la acción de armas al General Francisco Linares Alcántara quien en ese momento movía sus tropas por el camino escarpado de cangilones y cerros que baja de Capaya a El Guapo. Pero como ejemplo de la "objetividad" de estas epopeyas "ad usum Delphini", hay que advertir que cuando Márquez Bustillos escribió su "semblanza", Alcántara estaba desterrado por adversario político de Juan Vicente Gómez. Las fuentes históricas de la Revolución Libertadora —por ejemplo Calcaño Herrera— no llaman a la de El Guapo una victoria de Alcántara y de Gómez, sino una necesaria retirada de Rolando que había agotado en 36 horas de tiroteo toda sus reservas de parque. Pero retirada, o victoria —según el ojo histórico con que se mire—, es cierto que la acción combinada de Alcántara y Gómez alejó ya del "hinterland" caraqueño las fuerzas de Rolando, que marchan a consumirse después de larga andanza y sangría, en los confines surorientales.

Procónsul en campaña, el próximo itinerario de Gómez en ese primer semestre de 1903, serán sitios tan opuestos del territorio nacional como Barquisimeto, Coro y Ciudad Bolívar. Sólo su salud de toro —tenia entonces 46 años— soporta la prueba de tantos climas y viajes de tierra y mar. La expedición de Occidente (mayo a junio) comienza en la costa de Tucacas donde había desembarcado Matos; libra combate con las fuerzas revolucionarias que atacan desde tierra; se interna por las selvas de Yaracuy para seguir a la capital de Lara (porque la Revolución controlaba entonces la línea férrea), y el 22 de mayo está a las puertas de Barquisimeto, defendida por la flor de los caudillos occidentales: Peñaloza, Solagnie y el corajudo indio Rafael Montilla. Allí se une a Gómez el

General González Pacheco —veterano y estratega máximo de los diversos "sitios" barquisimetanos— para planear el combate. Se pelea en la Estación del Ferrocarril y en el Cementerio de la ciudad. Un como providencialismo andino parece guiar a Gómez en esa acción. Cuando en la noche del 22, González Pacheco le manda a decir que están mermando los pertrechos y que no conviene comprometerse demasiado en la ofensiva, al amanecer, Gómez responde que ese día será 23 de mayo, fecha augural para los tachirenses porque es aniversario de los triunfos de don Cipriano. "Mañana es día grande y no necesitará ayuda porque el enemigo se va esta noche", le oyó comentar entonces, el joven oficial y futuro Presidente de la República, López Contreras. Acaso con su extraordinario instinto calculador, Gómez preveía que el último recurso de la Revolución en Occidente era internarse por los arenales de Coro buscando la protección de los desiertos y de un caudillo —proteo como Riera. La final aventura de la "Libertadora" en Occidente, habría de concluir así, en las estepas corianas. Con su ya famoso "Batallón Gómez", Juan Vicente derrota el remanente de las tropas de Riera y de los fugitivos de Barquisimeto, el 2 de junio en el sitio de Matapalo. Al saber el triunfo que ya abre al Gobierno, definitivamente, las tierras de Lara y de Falcón —semillero de la resistencia en Occidente— Castro se entusiasma y congratula a su compadre en estilo típicamente castrista: "Felicito al vencedor en todas partes, predestinado para ser el Pacificador de la República. Ninguno con más títulos que Ud. que ha sido el "Salvador del Salvador".

La próxima campaña de Gómez —que dará remate a la "Libertadora"— es la de Oriente y Ciudad Bolívar. El 27 de junio —de regreso de la expedición coriana— le esperan en La Guaira dos mil hombres de tropa y tres barcos de la Armada que Castro le ha hecho organizar, otorgándole poderes de Generalísimo. En guerra semi-anfibia de playas y matorral costero, recorre en los primeros días de julio, la costa entre Carúpano y Güiria y vence las guerrillas de Antonio Paredes y Manuel Morales que no alcanzaban a 500 hombres mal armados. El romántico Paredes, técnico militar de Saint-

Cyr, casi sin auxilio y coordinación con otros jefes, habíase lanzado en una primitiva lucha digna de los semi-desnudos indios guaiqueríes. Con su trágico pundonor y menosprecio a Castro, pensaba él sólo levantar montañas como don Quijote. Será el espíritu y la conciencia desvelada y errante de la insurrección venezolana hasta que lo acribillen a balazos en 1907.

Con sus barcos guiados por prácticos en la difícil navegación orinoquense, Gómez pone proa hacia Ciudad Bolívar y entra al gran río el 5 de julio. Desembarca sus tropas en Santa Ana el 11 y envía en comisión para que parlamente con los revolucionarios de Ciudad Bolívar, a su zamarro pariente el Dr. José Rosario García. (Ya se destaca al lado de Gómez como cautelosa "eminencia gris" este letrado colombiano que será durante más de veinticinco años una especie de consejero invisible. Los "códigos" y letra menuda del Dr. José Rosario completarán las intuiciones mágicas de Gómez. Y en una relación como de califa oriental con su secreto Gran Visir, muy pocas gentes habrán de conocer en Venezuela al hermético García). Este habla con el Obispo y los cónsules extranjeros, y ofrece condiciones para evitar el cruento asedio de la ciudad. El intrépido Rolando no quiere parlamentar, y Peñaloza (José Manuel) expresa al comisionado la dura defensa que puede presentarle en los cerros de La Esperanza, El Convento y Cerro Colorado, graníticas atalayas del puerto. La batalla de Ciudad Bolívar ya se bosqueja como una de las más difíciles de toda la guerra. El bueno y sencillo Obispo Durán ha ido a ver a Gómez a Santa Ana y a servir también de negociador. Gómez le dice: "Así como hay un Dios, yo tomo a Ciudad Bolívar". En la madrugada del 19 se abren los fuegos contra las defensas de Rolando. Es una operación combinada de la infantería que se precipita sobre las colinas que rodean la ciudad, y los barcos de guerra que cañonean sobre las trincheras levantadas por los revolucionarios en Punta de Mateo. La caída del Cerro del Zamuro que Rolando consideraba uno de sus principales baluartes, empujará el combate hasta el propio recinto urbano. En las moriscas azoteas de las casonas angostureñas, desde la Aduana, el Teatro,

el Capitolio, la Cárcel, truenan las piezas de artillería de los defensores. Entra la batalla en su tercer día y se amontonan pirámides de muertos. En la pesadez de la canícula, con temperaturas de 38 grados a la sombra, a la orilla del enorme Río leonado donde asoman sus cabezas los caimanes soñolientos, Ciudad Bolívar huele a yodoformo, pólvora y putrefacción. Se congregan lúgubres zamuros y guaraguaos en las piedras del río y los techos de las casas. La escena final del combate transcurrirá en los muros del Capitolio donde los hombres de Rolando siguen combatiendo en la mañana del 21. Pero ya lo invaden en aluvión de máuseres y machetes, las tropas de Juan Vicente Gómez. Con sobriedad napoleónica, el Dr. García escribe para su impetuoso Telémaco el parte del triunfo dirigido al General Castro: "El 21 de diciembre de 1901 —dice Gómez— salí de esa capital a someter al General Luciano Mendoza, primer alzado contra las instituciones de la República. Hoy, después de cincuenta horas de sangrienta batalla, tengo el honor de poner a su disposición esta plaza, último baluarte de la rebelión. Lo felicito por el afianzamiento de la paz en Venezuela. Detalles irán después".

Es el atardecer en Caracas; se encienden ya los arcos voltaicos de las plazas, y en el habitual círculo de amigos Castro bebe su brandy crepuscular rociado del tónico amargo "Iwanita", cuando el telegrafista de Miraflores acude con el extraordinario mensaje. Y don Cipriano se inspira, empieza a dar nerviosos paseos por el salón y dicta a un escribiente el febril telegrama en que se nos ofrece toda la medida de su euforia, logorrea y exhibicionismo. Este triunfo significa que "en los infinitos arcanos de la Providencia plugo a Dios salvar a Venezuela del desbarajuste, del desorden y del caos". Interpretando, así, los designios divinos, Gómez estaba "destinado a ser cabeza y brazo de la obra más portentosa". En cuanto a Castro que se califica a sí mismo de "enamorado de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo sublime y de todo lo que relacionarse pueda con la vida espiritual y moral de la humanidad" no puede menos que "sentirse orgulloso" de que se "haya sellado el horroroso expediente de nuestras guerras civiles". La victoria de Gómez significa también, para don

Cipriano —y dentro de su interpretación providencialista del acontecer— que "la honra del Padre se ha encarnado en la gloria del Hijo". Así por una hipóstasis como la del dogma de la Trinidad, don Cipriano se atribuye parte e inspiración decisiva en la gran batalla.

—Que lo despachen, y le lleven inmediatamente otra copia a Gumersindo para "El Constitucional", dice a uno de los escribientes de Miraflores.

La acción de su "Compadre" parecía despejarle ya todos los obstáculos para el uso y abuso del poder. Castro había comprendido de inmediato que con la acción de Ciudad Bolívar no sólo iba a concluir un largo ciclo de guerra civiles, sino quizás se debilitaría para siempre el más obstinado y belicoso caudillismo venezolano. Matos, el jefe de la vencida revolución, reparte en Curazao dollares de su copiosa carta de crédito para nutrir a los conmilitones vencidos que en goletas y faluchos de contrabando escaparon del litoral venezolano; otros están presos en las mazmorras castristas, y el Mocho Hernández ha aceptado ingenuamente una Plenipotencia en los Estados Unidos que pronto habrá de renunciar en los vaivenes de su confusa conciencia. El conflicto internacional amaina por el momento su ímpetu, y después de los "protocolos" de Washington y mientras se reúnen y deliberan las "comisiones mixtas", se reanuda el trato diplomático con las grandes potencias y nuevos Agentes diplomáticos de Inglaterra, Alemania e Italia llegan a Caracas con sus frescas credenciales. Con irritado egotismo quizás lo único que preocupa y molesta a Castro esa tarde de julio de 1903 ya no es "el señor Matos" —cuyas mejores casas en la Capital saldrán a remate público y serán adjudicadas a favoritos del Régimen— ni el complicado problema exterior, sino cierto indio bravío y levantisco llamado Rafael Montilla que después de la segunda batalla de Barquisimeto logró escapar de la persecusión del Gobierno y fué a refugiarse con sus bárbaros compañeros en el selvático escondrijo de Guaitó. Sobre Montilla se ha for-

jado toda una leyenda de energía y temeridad que incomoda particularmente a don Cipriano. Y cazar a Montilla como a un "tigre cebado", será en los días sucesivos alto problema del Gobierno castrista.

En pérfida y calculada estrategia de cacería, Castro le manda a ofrecer nada menos que la Jefatura de la Frontera en el Táchira con residencia en Capacho Nuevo. Ya terminó la guerra y don Cipriano no quiere culpar al valeroso Montilla sino a los jefes más letrados que lo instigaron, del delito de insurrección. Por lo demás, ¿no es, también, Montilla "andino" y derrotados los grandes caudillos de Coro y del Oriente, adviene el momento de que las gentes de la región montañesa se repartan el poder como hermanos? Seguido de su tenebrosa tribu de sesenta valientes, Montilla llega al pueblo natal de Castro y se prepara a repartir entre los "muchachos" los jugosos contrabandos que se obtienen en un puesto fronterizo. Pero todo los caminos que conducen de Capacho al mundo exterior están rodeados por las fuerzas nacionales y por las que tienen a su cargo don Celestino Castro, hermano del Dictador. Para librarse de la trampa, Montilla huye hacia Colombia sin otro salvoconducto que el de su "máuser". Detenido en la cárcel de Pamplona, escapa de la prisión y se hunde en las soledades llaneras de Casanare. De allí en viaje de muchos meses y peligros, haciendo a ratos —es natural— de "cuatrero", entrará al Estado Portuguesa y por último recupera su rincón de Guaitó, entrañable y salvaje querencia. Contra "los tigres de Montilla" desplegarán luego los Presidentes de los Estados Lara, Trujillo, Portuguesa y Cojedes, una verdadera ofensiva interprovincial. Allí se amuralla el bravío indio hasta el año todavía lejano de 1909, en que perecerá en una riña labriega con uno de sus antiguos lugartenientes, apellidado Canelones.

Con honores de Procónsul, vencedor de los bárbaros en una lejana provincia, retorna Juan Vicente Gómez a Caracas. Castro le fué a recibir hasta La Guaira y le "estrecha larga-

mente entre sus brazos" según la efusiva frase de un redactor de "El Constitucional". Sube el trencito empavesado por las estrechas gargantas que conducen a la capital. Han disparado sus salvas los cañones de los fuertes guaireños. En el tren, el círculo valenciano de Torres Cárdenas, Revenga y Tello Mendoza que soterradamente quieren minar la creciente influencia de Gómez, subrayan no sin ironía el nuevo cognomento que don Cipriano le ha dado: *"El Salvador del Salvador"*. Cuando el convoy entra a la Estación de Caño Amarillo, espera el Cuerpo diplomático de riguroso uniforme, y hay a la disposición de los más calificados miembros del séquito, los mejores coches de la Empresa "La Equitativa". Al pasar el carruaje que comparten "El Salvador" y quien "lo salvó" por debajo del Viaducto Unión, el puente de hierro "trepidaba y oscilaba" —según la hipérbole de un cronista— ante los vítores y aplausos. "El sol de la paz de la República —dice otro comentarista cursi— parecía dorar y alegrar la tarde desde la colina del Calvario". A la casa de Gómez concurren a festejarle representantes del Comercio y la Banca que hace pocos meses, apenas, apostaron al triunfo de Matos. De los "bienes que traerá la Paz" —futuro leit-motiv de la política de Juan Vicente Gómez quien se acostumbra desde 1903 a repetir la abstracta palabra— todos hablan, mientras circulan las copas de champagne. Don Cipriano ya se retira de la fiesta, y la banda se prepara a tocarle el "Himno Nacional". Pero alguien distingue entre la gente que se agolpa en los corredores y salones, al anciano poeta don Heraclio Martín de la Guardia. Es más provecto que la propia República de Venezuela, refundada y consolidada por Páez en 1830. Conoció en su niñez y juventud a los héroes de la Independencia. Tenía más de 40 años cuando murieron Páez y Soublette. En su tempestuosa juventud romántica —como buen venezolano de los días de los Monagas y de la Federación— estuvo preso por defender sus ideales libertarios. Escribió dramas románticos sobre el tiranicidio, o de amores, duelos y pasiones atroces que acontecían en Venecia, en las cortes del Renacimiento o bajo el cielo demasiado azul de Constantinopla. Ochenta trágicos años de la historia nacional pueden reconstituirse a través de los re-

cuerdos de don Heraclio Martin de la Guardia. Ahora con paso achacoso, domado por los años y por el que parece destino irremediable del país, avanza entre cortesanos para recitar una poesía de homenaje al vencedor de Ciudad Bolívar. En su ronca voz se enreda el sonsonete anticuado, la rima de latiguillo, tan distinta de los versos inconclusos y nerviosos que ha puesto de moda la métrica modernista. Como hay diplomáticos en la reunión, celebrará no solo las hazañas de Venezuela, sino de toda América que prospera y se engrandece al abolir la guerra y organizar una vida pacífica:

> Ya que la aurora de la paz irradia
> y nuestras patrias, fértiles vergeles
> habrán de convertirse en nueva Arcadia
> entre bosques de mirtos y laureles.

Termina su recitación y don Cipriano —muy sensible a las cadencia de la Poesía—le palmotea jubilosamente. Gómez más sobrio —y quien da semejante título a quienes le hablan en "difisil"— responde con un: "muchas gracias, doctor".

Ya se retira Castro y detrás de él —como espectro de la República— arrepentido acaso de su gratuita lisonja, van chasqueando los pasos cansados de don Heraclio Martín de la Guardia.

XIII — EL ESTILO DE GUMERSINDO

El señor Gumersindo Rivas, gordo, locuaz, de cabeza envaselinada, chaleco a cuadros y pesada y pomposísima leontina que le atraviesa el chaleco, trae a don Cipriano recortes de la prensa española y suramericana y de ciertos periodiquillos ad-hoc impresos en París y Nueva York en que se habla de Castro como del gran héroe del siglo. En los días materialistas que atraviesa el mundo sólo un Menelik, último león de Judá, descendiente de Salomón por vía de la Reina de Saba, y Cipriano Castro, duro aguilucho de los Andes, fueron capaces de oponerse a las grantes potencias con único y obstinado denuedo. Y Gumersindo —cínico y activo propagandista— ha conseguido que hablen de Castro, confortados de buenos cheques, escritores hispano-americanos de tanto auditorio como Luis Bonafoux y Enrique Gómez Carrillo. "La Epoca" de Madrid sostiene toda una campaña justificativa de los actos de don Cipriano en que se le pinta como la mayor y despierta conciencia de un afligido país que combate por su dignidad. Y en la "corona" de lisonjas que publican "El Constitucional" y "La Restauración Liberal" —los dos periódicos aúlicos, por antonomasia— no faltan unas opiniones transmitidas desde París por Su Excelencia, el Duque de Morny. Que este personaje —a pesar de sus relaciones de parentesco con el Señor Matos— opine casi favorablemente de Venezuela y de Castro, es algo para enorgullecer a la Causa Restauradora. Con sensual y bizarra plebeyez, Gumersindo se frota las manos de alegría al llevar a su amo tan calificada opinión nobiliaria. El Duque estuvo en Venezuela hace ya varios años, después de su sonado matrimonio con una hija del General Guzmán Blanco y guarda del exótico país de su esposa una impresión dinámica,

en clarobscuro y titilante, como aquellas películas "Lumiére" que se comenzaba a exhibir en París. Cuando le preguntan por Venezuela describe al cronista "una tierra de montañas abruptas, de desfiladeros; de senderos estrechos en donde 20 buenos tiradores pueden detener un batallón". "Es un suelo" —agrega— de "fortalezas naturales, de una raza de hombres demonios". Se explica que Castro haya detenido la agresión extranjera porque "de esos españoles —que habitan Venezuela— es preciso esperarlo todo". Y aunque respetables sentimientos de familia no permitirían al señor Duque alabar con exceso al General Castro tiene que reconocer que "es encarnizado e intrépido". Lo compara con Kruger, el reciente héroe del Transvaal, quien también admiró al mundo. Don Cipriano sonríe y ve confirmado ahora por el Duque y las autoridades europeas aquel destino sobresaliente, por encima de los demás mortales, que siempre se atribuyó. La policía le trae noticias confidenciales de "El salvador del Salvador" —a quien después de haberle otorgado semejante título, no desea exaltar demasiado. Pero con sumo tino, el General Juan Vicente Gómez no parece ahora dedicarse sino a sus negocios de ganado y se niega a conversar de política. Se empiezan a exportar muchas reses a Cuba (más de 77 mil cabezas saldrán entre julio de 1902 y diciembre de 1903)y don Juan Vicente está más preocupado por el precio de las arrobas que por los enredos de Palacio. Cuando advirtió que a don Cipriano también le era grata "la Porritas", una de las más guapas y amables Frinés de la Capital, suspendió sus indiscretas visitas y aun se dolió entre amigos del rigor de unas calabazas. —¿Pero quién se atreve a oponerse a los gustos de mi Compadre? Tampoco acompaña al Presidente a ciertas privadísimas fiestas nocturnas, organizadas por Andres Antón —que es un poco el "Petronio" del régimen— ni acude a las giras galantes a La Victoria que ya no es sólo "la ciudad santa" sino una especie de Aranjuez de la Restauración, donde don Cipriano esconde una de las "perlas" de su serrallo. Conserva Gómez la amistad y el respeto a doña Zoila que empieza a lucir en los salones de Caracas su altiva y estoica dignidad de matrona escarnecida. Y a pesar de los defectos de Castro, los venezola-

Inauguración del Puente Restaurador. 1905.

nos —que vieron el fracaso de la Revolución de Matos— comienzan a acostumbrarse a esa especie de demonio, rápido e imaginativo, libertino y valiente, que ahora cabalga con inexorable cesarismo sobre los ijares de la República.

Al Ministro López Baralt, don Cipriano todavía lo mantiene en la Cancillería hasta el mes de noviembre, con el encargo de que "siga enredando, todo lo que pueda" a los "musiúes". Funcionan en la "Casa Amarilla" las "Comisiones mixtas" encargadas de estudiar y fallar sobre las acreencias venezolanas de acuerdo con los Protocolos de Washington. Y vienen en la lista de deudas, tantas, pequeñas y tediosas cuentas de pulpería: las del ganadero a quien el Gobierno le embargó varias docenas de cabezas de ganado, las del comerciante italiano o corso a quienes le robaron las latas de sardinas, las botellas de vino y el queso patagrás. En el triste inventario de menudencias se alarga el tiempo que debía dedicarse a cosas de mayor monta. Y a fuerza de discutir los respectivos representantes venezolanos, López Baralt informa a Castro que las acreencias se reducirán en forma considerable: la de los alemanes de siete millones trescientos setenta y seis mil bolívares a dos millones noventa y un mil; la de los franceses de diez y siete millones ochocientos noventa y un mil a dos millones seiscientos sesenta y siete mil; la inglesa de 14 millones 743 mil a 9 millones 401 mil; la italiana —que parecía la más tartarinesca— de 39 millones 844 mil a 2 millones 975 mil. De acuerdo con los Protocolos y el Decreto del Gobierno del 16 de febrero de 1903, el 30 por ciento del producto de las Aduanas habrá de destinarse al pago de las deudas a las potencias agresoras. Y el debate en el tribunal de La Haya en el momento en que la situación se ha puesto tan tensa: (rivalidad germano británica y germano francesa; aspavientos bélicos del kaiser alemán; monroísmo con garrote del Presidente Teodoro Roosevelt) alargará o favorecerá nuestra causa ante los árbitros. Si aquellas naciones fueron aliadas para agredirnos, ya habrán de querellarse entre sí cuando se trate de repartir los huesos. Se especula sobre Venezuela en los círculos internacionales; se habla de nuestros recursos geográficos y materias primas no tanto en su presente desgarra-

do, sino con apetito de futuro. Tener influencia, acciones y créditos sobre un país débil; vencer en ese territorio lejano a cualquier competidor extranjero, he aquí negocio a largo plazo pero con réditos suculentos, para inversionistas de arriesgada visión. Meterse en las aduanas de Venezuela a cobrar el generoso 30 por ciento que otorgan los Protocolos, es un método seguro de dominar su comercio. Cierta "Revue Americaine", negocio de propaganda "des pays hispano-americains et des intérets de la race latine en géneral" que ha fundado en Bruselas, Monsieur A. Pietri-Daudet, publica en sucesivos números la lista de comerciantes venezolanos que negocian con Europa y la de las casas europeas que tienen ya representantes en Venezuela. Nombres como los de Lieberman, Weil, Rothe, Becker, Blohm, Mestern, Craseman y Stavenhagen, Münchemeyer, Breuer y Van Dissel de Hamburgo; Stoltehoft, Nickels, Thomas, Maccabe de Liverpool; Stavert de Manchester, Ullathorn de Londres, Lacarriére, Dormeuil, Fould, Cohen, de París están singularmente interesados en volcar sobre nosotros toneladas de mercaderías.

Pero el orgullo de don Cipriano no tolerará que los tribunales internacionales le juzguen como deudor moroso, sin devolver —él también— la ofensa. En la lista de las reclamaciones, Venezuela no sólo debe pagar porque también le sobran derechos para cobrarse. Aquella Compañía de Asfalto —la Bermúdez Company— que ha usufructuado vergonzosamente en el país de una inicua y demasiado generosa concesión hecha en los días de Guzmán Blanco y ha sido cómplice de la Revolución de Matos, y la no menos expoliadora Compañía del Cable francés a la que se comprobó que pasaba a los revolucionarios los más extraños y secretos mensajes, se le presentan como víctimas necesarias. ¡Si los "musiúes" se tornan excesivamente impertinentes, don Cipriano por intermedio de la Corte Federal y de Casación, apretará el tornillo a las empresas abusivas! Enseñará al mundo, cómo un pequeño país explotado por los grandes, tiene coraje para empezar a romper sus cadenas económicas. A ciertas entrevistas en Miraflores con los Ministros de Hacienda y Fomento acudió un extraño personaje norteamericano de nombre Am-

brosio Carner quien fué alto empleado en Guanoco de la compañía asfaltera, y retirado de ella, tiene un manojo de secretos que confiar o vender al Gobierno. Mr. Carner quiere vengarse de otros señorones de la Compañía como un tal Mr. Rafferty quien fue Superintendente de la empresa y prestaba barcos a Matos para transportar rifles, revólveres, máuseres y machetes desde Trinidad a la Costa Oriental. La tupida madeja de denuncios que presenta Carner habrá de servir dentro de pocos meses para el proceso que la Nación instaure a la "Bermúdez" y que por irrespeto al Capital norteamericano, concitará las iras del arrogante Teodoro Roosevelt.

Como tregua y holgorio después de los desapacibles días de miseria y de guerra que sufriera el país, comienza en octubre de 1903 una alegre temporada de fiestas. Don Cipriano quiere hacer las paces con el Capitalismo nacional al que tanto vejó en los dos últimos años; y para que los Directores de los Bancos de Venezuela y Caracas a los que el Gobierno debe doce millones de bolívares, le sigan siendo propicios, resuelve ofrecerles un baile de mucho boato. Tan conocidos financistas deberán olvidar que en el año 1900 estuvieron oliendo en "La Rotunda" las miasmas de la celda el "El Tigrito" en la promiente compañía del señor Manuel Antonio Matos. Ahora las tarjetas en relieve en que Castro y doña Zoila invitan al sarao en honor de los banqueros, constituye el comentario irónico de la capital. La orquesta del Maestro Sebastián Díaz Peña y en la que participa también el Maestro Pedro Elías Gutiérrez, estrenará una serie de obras musicales dedicadas a los poderosos del régimen. Díaz Peña inaugura los valses "Siempre Invicto" y "Alcántara" que celebran los triunfos del Gobierno en las campiñas de Aragua; la caudrilla "Victoria", y todo un alegre repertorio de danzas, polkas y mazurcas. Como al acto se le atribuye trascendencia política y simboliza una especie de alianza de Mercurio —representado por la Junta Directiva de los Bancos Venezuela y Caracas— y Marte absorbido por el General Castro, se comisiona al poeta Andrés

Mata para que escriba la reseña del acontecimiento que ha llegado a nosotros en un folleto de 101 páginas editado primorosamente por la Empresa "El Cojo" de J.M. Herrera Irigoyen. El poeta alarga la descripción de los trajes y las luces, los juegos de agua en el jardín, las joyas y las flores, la magnificencia del General y la gentileza de doña Zoila, para cumplir con el centenar de páginas que se le exigen. Con una dama misteriosa e innominada —especie de Beatriz que le guía por los corredores y salones— dialoga imaginariamente para dar animación a su decorativa crónica. El coloquio transcurre en prosa imponderable.

"¿Ha visto el poeta una fiesta más bella en Caracas? —le pregunta la musa— ¿Y fuera de Caracas, al otro lado del agua atlántica, no constituiría esta fiesta una pomposa manifestación de la más alta cultura social? Y contestamos a la bella amiga, dama de palidez intelectual, mientras el alma lírica de los violines nos conducía "loin du pays" sobre las estelas del recuerdo: —No, bella amiga, no hemos visto una fiesta semejante".

Emulando la frívola sublimidad de Mata, las gacetillas de "El Constitucional" vuelcan también su opulenta bisutería de adjetivos. Tal dama es "una diosa venida de no sabemos qué país de ensueño, fina creación de Watteau, nacida para arrastrar trajes de brocados por los deslumbrantes salones Luis XV". Otra es descrita "como una joyería humana que llevaba con gran donaire un lujoso traje: chaqueta de punto, bandó de crespón de China, cintillo de esmeraldas".

Ir a las fiestas y ser citado en ellas, es asunto de sumo relieve y significación en la época. Oficiales venidos de los más lejanos breñales andinos, gentes que aventó la guerra y la revolución a buscar balzacianamente la fortuna, allí conocían y entroncaban con linajudas familias caraqueñas. Caracas seguía siendo la ciudad-crisol en que se fundía la heterogeneidad venezolana. Era tan varia y a veces tan excéntrica la fauna que por azares de la política concurría a semejantes fiestas, que una señora que se ampara con el pseudónimo de Lucinda Fernández escribe extensa carta a "El Constitucional" transmitiendo una serie de reglas de buenas maneras que de-

ben observar los caballeros —o aspirantes a caballeros— que ahora frecuentan los saraos. La periodista se duele del general olvido en que parece caer la vieja "Urbanidad" de don Manuel Antonio Carreño en la que aprendieron su comportamiento social varias generaciones criollas, y formula consejos prácticos: 1). Enoja mucho a las damas en los recientes bailes, la cantidad de personas que interrumpen una danza para pedir lo que en el uso venezolano se llama una "palomita". "La palomita —escribe la señora Fernández— indica falta de educación en quien la pide y de carácter en quien la concede". 2). En ningún caso deben "embrollarse" las piezas del programa. 3). "Un caballero que no sepa bailar no debe darle el brazo a una dama que ha ido a gozar y no a sufrir. 4). "Bailar el vals de cabo a rabo, sin perder una nota es enorme cursilería". 5). "Fumar al lado de una dama constituye gravísima falta de respeto". 6). "Es indigno de personas decentes caer con hambre de soldado derrotado sobre el "buffet". 7). "Cuando un caballero no tiene relaciones sociales con una señorita y quiere bailar con ella, debe solicitar ser presentado por un pariente o amigo íntimo de la familia de la dama".

En semejantes fruslerías una Caracas que más allá del pequeño círculo plutocrático vive al fiado y acude continuamente a los usureros, soslaya la inmensa tragedia nacional. Entre láminas de bellezas y gacetillas de vida literaria la revista "El Cojo Ilustrado" publica en ese segundo semestre de 1903 las fotografías patéticamente veraces en que un valioso artista, el fotógrafo Avril —como un Caillot venezolano— ha pintado los desastres de la reciente guerra. Figuras esqueléticas de pata en el suelo; inválidos que arrastran toscas y primitivas muletas, Juanbimbas apenas cubiertos con colgajos de harapos, o enfermos que agonizan de paludismo y beriberi en las inmensas soledades llaneras. Junto a esos espectros de una Venezuela castigada y errante, casi parece una ironía otra columna de "El Cojo Ilustrado" que recomienda a sus lectores y lectoras, modelos para los disfraces de Carnaval del próximo año 1904 que se proyecta —por lo lánguido que fué el de los dos años anteriores— bizarramente suntuoso. Una nota de redacción explica las ventajas de un disfraz de egip-

cio antiguo, y las fórmulas económicas y eficaces para vestirse —según la emoción histórica— de personaje de Alejandro Dumas o de empolvada coqueta de la época del Directorio. Que se saque de los arcones familiares —que todavía se guardan en esa Caracas de casas espaciosas y reliquias venerables— tafetanes, encajes y terciopelos de los dias pretéritos. Y para fingir de D'Artagnan en una noche de jolgorio, ¿en qué familia venezolana falta una espada de próceres de la Independencia o la Federación?

Caracas pignora el estómago y se nutre mal en esas casas de linajes en bancarrota, pero no renuncia a la broma y a la sonrisa. A veces le bastan para gozar, las retretas de los jueves y domingos en la "Plaza Bolívar" con sus pot-pourries de óperas y sus valses de Waltdteufel o Delgado Palacios; las zarzuelas por tandas de el "Teatro Caracas" con sus repetidas representaciones de "La Viejecita" y "El puñao de rosas"; el buen chocolate y mejores tostadas que se consumen en las famosas pastelerías de "La India" y "La Francia" después de cada función, y los colores un tanto feéricos de aquella fuente luminosa de El Capitolio —pasmo y admiración de provincianos— que Castro hace encender para cada aniversario histórico o fiesta nacional.

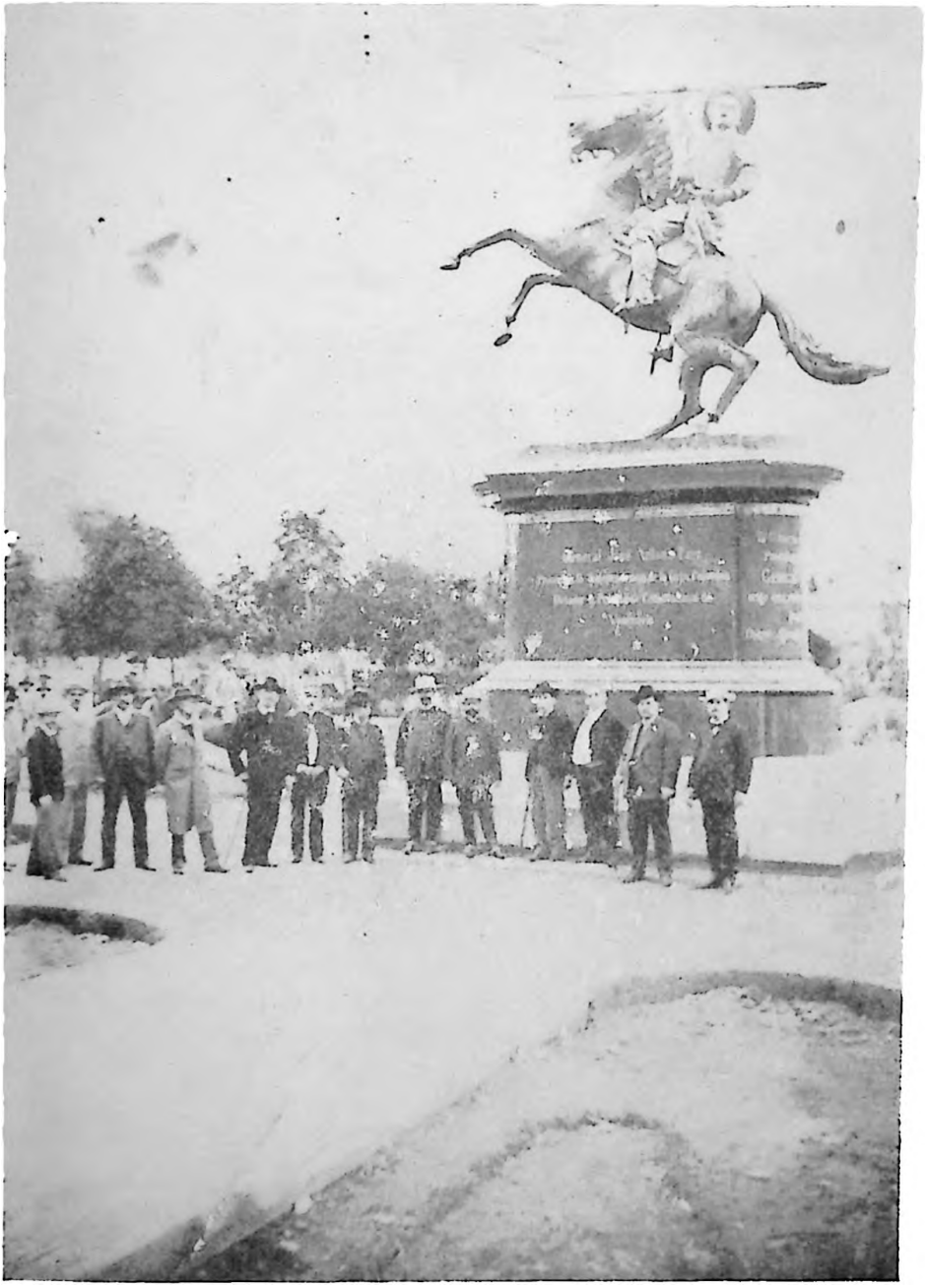
También "El Cabito" después que acabó de embridar a la convulsa República y metió a la cárcel o aventó al destierro a los caudillos insurgentes: a las bravas dinastías de jefes orientales y corianos que quemaron sus últimos cartuchos en la "Libertadora", está ansioso de diversiones y se entrega desde fines de 1903 al más libertino cesarismo. Grandes bailes ofrecieron en su honor cuando la sosegada Caracas recibió a los miembros de las Comisiones mixtas, personajes del Gobierno y la Sociedad como Ramón Tello Mendoza, Cecilio de Castro, Ministro de Hacienda, Jesús María Herrera Irigoyen y el General Alejandro Ibarra. Aun hay convites más secretos que no se describen, y a los que tienen sólo acceso los íntimos y privados. Un como frenesí danzante, la danza como símbolo e invitación al cortejo lúbrico, comienza a poseerlo. Como ahora no tiene guerrilleros que combatir, da escape a la energía nerviosa, bailando los programas enteros de

un sarao. Pedro César Dominici —que empezará a redactar en París un periódico de dicterios anti-castristas— lo compara con un mono cabriolante. Se tornan casi folklóricos los pañuelos de encaje que empuña en la manecilla enana para secarse el sudor bailarín. Con el mismo paso y pasmo saltante, como si midiera el compás con todo su cuerpo peludo, baila al mismo són polkas, valses, cuadrillas y mazurkas. Será el agitado Dyonysos de una trágica y casi triste bacanal venezolana. Por coquetería de cubrir la desnuda cabeza calva, perlada de sudor, resuelve encasquetarse un ridículo gorro bordado con lentejuelas y mostacillas que unido al color del rostro y la barba de ébano, completa el extraño aspecto oriental. Es príncipe abisinio o sensualísimo Califa de las Mil y una noches. En la extraña antinomia de su alma en que se conjugan heroísmo y conscupicencia, energía y liviandad, empiezan a prevalecer los factores más negativos. Los cortesanos que antes elogiaron su valor militar, ahora comienzan a halagarle su casi enfermiza lubricidad de macho cabrío. Y después de una tormentosa noche dedicada al brandy y a Venus, va a reeponer sus fuerzas entre duchas y masajes, en la Casa de baños de Soucy. Allí, entre el olor resinoso de los árboles del Calvario, enfundado en una bata blanca, después de la estimulante ducha escocesa y las fricciones del masajista, con una copa de cognac en la mano, suele recibir a los Ministros o escucha los cuentos cínicos de alguno de sus privados.

La época es retorcida, profusamente ornamental y con alardes de refinamiento que degenera en cursilería. Un hombre como Gumersindo Rivas —contra los más capaces y los más probos— puede establecer su empresa universal de lisonja. Los sub-productos de la florida prosa modernista —que manejó con tanta elegancia un Díaz Rodríguez y con tan fiero brío un Rufino Blanco Fombona—, se ponen al servicio de la adulación cortesana. Periodiquitos de todo el país harán concursos literarios en que se parangona a Bolívar con Castro, a la Independencia con la Restauración. Para selec-

cionar y premiar esas bazofias de sintaxis servil se llama a escritores respetables —un Eduardo Blanco, un Pedro-Emilio Coll— presididos por el inevitable Gumersindo, a que formulen sus veredictos.

Barbarie autóctona y decadentismo importado parecen coincidir en fusión muy hispano-americana, en ese nuevo Castro esquizofrénico y danzarín que forja el abuso del poder. Validos y favoritos le azuzan junto con los turbios demonios de la sensualidad, los más estridentes de la megalomanía. Frases pedestres suyas, envueltas en cierto énfasis romántico —que le quedó de atropelladas lecturas juveniles— son presentadas por los periódicos como altos y profundos pensamientos. Hasta con los improperios que dedicó a las potencias invasoras con motivo del bloqueo,algunos juristas aduladores llegarán a hablar de "la doctrina Castro". Pretende ser orador e internacionalista. Y antes de que una nación en bancarrota empiece a pagar sus deudas, contra todo tacto diplomático está proponiendo en imprudente carta al Ministro de Chile (4 de diciembre de 1903) que Venezuela encabece una "unión de repúblicas latino-americanas" cuyos primeros acuerdos debian realizarse en nuestro país con delegados de todas las naciones hermanas. Así —según se lo soplaba Gumersindo— habría de completar lo que nunca pudo realizar Bolívar. Y arrastrado por semejante miraje de falsa y desproporcionada grandeza, por consejos, también, de ese Ministro sin cartera de la lisonja, se pagan varios miles de dólares de la pobre caja fiscal a un escritor trashumante y aventurero como el guatemalteco Máximo Soto Hall para que vaya de un país a otro como misionero de cierta "Liga latino-americana" que el genio y la voluntad de Castro opone al Panamericanismo de Teodoro Roosevelt. Para justificar el encargo y la suculenta carta de crédito, el habilidoso Soto Hall envia los recortes de míseros y venales periodiquitos que hablan de la grandeza de nuestro "Restaurador". Y la continua adulación de "El Constitucional" que no sólo fomenta el servilismo doméstico sino también el incienso extranjero, le hace creer —por extraño proceso de narcisismo mimético— que es verdad todo cuanto se le dice. Ya no tiene empacho



Castro, Gómez y comitiva en visita informal a la estatua de Páez. 1905.

ni rubor en identificar su persona con la de la Nación. Escribe sobre sí mismo en tercera persona, como sobre un númen o un semidios. "La vida de Castro proclamada por Ud. —dirá en una carta al Mocho Hernández (mayo de 1904)— era y sigue siendo la representación de la propia vida nacional".

La empresa corruptora de Gumersindo someterá a formas de relajamiento increíble, a la ya bastante vencida dignidad venezolana. Pronto aparecerán en "El Constitucional" no sólo los panegíricos que escriben los favoritos del régimen, sino las lamentables cartas de agradecimiento que envían a Castro los que estuvieron cautivos en sus cárceles. Un preso tan curtido y responsable como debía serlo el General Jacinto Lara, descendiente del héroe de Ayacucho, dice a Don Cipriano —cuando lo libertó de las mazmorras de San Carlos— que "he creído justa y merecida la pena que sufrí por una falta política inconcebible en un hombre de mi experiencia y de mi lealtad". Y agrega melosamente, que "si mi humilde colaboración para el afianzamiento de la paz y reforma de la Constitución vigente fuese necesaria, puede Ud. utilizarla francamente". Con desusado cinismo, a veces se da en el periódico la crónica de las cárceles, y se endilga más de una ironía a los prisioneros. Cierta gacetilla informa que "el General Román Moreno salió del presidio gordo y tronchón", y agrega como moraleja: "¡Y luego dice Cervantes que en las cárceles toda incomodidad tiene su asiento!" El Presidente depuesto en 1899 —Ignacio Andrade— vuelve al país y acaso se ve precisado de dirigir a don Cipriano una carta de felicitación por sus éxitos políticos que se inserta en "El Constitucional". Cuando a un Comandante de armas como el General Juan José Briceño quien marcha a Guanare a hacerse cargo de sus tropas, pregunta el periódico cuáles son los propósitos que lleva, contesta con esta letanía del halago: "Quiero el bien de mi jefe, la gloria de mi causa, la felicidad de mis conciudadanos". Si el Dr. Laureano Villanueva —quien posteriormente habrá de dedicar a Castro uno de los discursos más pomposos de los días de la "aclamación"— hace en su periódico "El Patriota" algunos comentarios ligeramente críticos sobre la situación interna de Venezuela, Gumersindo Ri-

vas salta como un D'Artagnan armado que no permite la más leve insinuación que incomode al jefe. Y contra el viejo escritor y político venezolano, esgrime el aventurero puertorriqueño toda una homilía sedicentemente patriótica. "A la Restauración —le dice— se llega por el camino recto, por el sendero franco, por la gran puerta de la lealtad y la decisión. Los que vacilan o se agitan en la sombra, quedan solos".

Espectáculos tan singulares —que no se parezcan a ningún otro— forja la múltiple fantasía cortesana para entretener al Caudillo. Cansado de notas diplomáticas, tensos los nervios por los trajines y fiestas del agitado 1903 en que pasó del sumo peligro a la segura tiranía, marchó a descansar en Macuto después del año nuevo de 1904. Y aun en ese retiro marítimo, el Prefecto de La Guaira —Leicibabaza— y el encargado de nuestra pobre flota —Delgado Chalbaud— han de prepararle un absurdo y dispendioso festejo, digno de un César romano. Será el simulacro de batalla y procesión naval del 18 de Enero de 1904 cuya tropicalísima reseña hincha las páginas de "El Constitucional" en los días siguientes. Primero el pequeño balneario había recibido al "Restaurador" exornando su añosa plaza de uveros y almendrones, con más de cinco mil farolillos venecianos. La efigie de Castro apareció varias veces entre arboles de fuego y cintas de luces. Los cohetes al estallar en el aire desplegaban los colores de la enseña nacional. En honor de don Cipriano —decía un cronista ramplón— "quedaban flotando en la onda azul miriadas de estrellas inquietas". Pero lo más solemne fué el fingido combate marítimo con su pantomina de incendio, en la enlunada noche del 18. Combatían tres vapores: el "Bolívar", el "Ossun" y el "Presidente" seguidos de la más pintoresca cuadrilla de cayucos, botes y veleros. Abrieron los fuegos los pequeños barcos con su artillería pirotécnica. Entre descarga y descarga, volaban sobre el mar grandes globos de colores "de lindísimo efecto". Los vapores correspondían a la pólvora ornamental de las canoas y goletas, quemando sus fuegos eléctricos. Se simula un incendio de los barcos que contemplan desde los balcones del "Hotel La Alemania", con algo de estupor —pues las ideas de don Cipriano son imprevisibles—

los escogidos temporadistas. Después que termina la representación del combate, desembarcan en el "muellecito de los baños de mar" las tripulaciones de las naves. Hay gran desfile de antorchas que recorre las calles de la población y concluye en suntuosa serenata de varias bandas, frente a la casa donde reposa el General Castro. Don Cipriano —magnánimo— manda a servir cerveza y brandy para todos. La noche lunar de Macuto entre copudos árboles y festones de mar transparente, queda sembrada de olor a pólvora y papeles de colorines como después de un carnaval gigantesco. Los gacetilleros de "El Constitucional" parangonan la fiesta con la "de los Dux en Venecia y con los "triunfos" de Lorenzo El Magnífico". Otros piensan en los grandes espectáculos romanos, y no es por coincidencia que pocos días después Andrés Mata publica en las propias páginas del periódico, su extenso poema "Nerón". Reinvindicar a Nerón, artista insatisfecho, que quemaba a Roma para dar salida a su sensibilidad estética, podía ser una de las expresiones del peor modernismo. Y como don Cipriano se está trocando en personaje de Suetonio, muchos escritores se preparan a ensalzarlo como divino monstruo magnífico.

Después de los festejos de Macuto, un cronista de "El Constitucional" pregunta a ciertas personalidades que lo presenciaron, su opinión del espectáculo. Y el eminente Dr. Luis Razetti responde que "acaso en Europa podrá verse algo parecido en mayor cantidad, pero nunca de equiparable calidad". ¡Castro: émulo de los "Dux" y de los grandes príncipes del Renacimiento, qué tema ornamental para la prosa afiligranada de los periódicos!

XIV — TIRANIA Y DEMAGOGIA

Lo que desde José Tadeo Monagas se conocía en Venezuela por "liberalismo" era un híbrido producto de la zona tórrida que soportaba la arbitrariedad y violencia política siempre que se revistiera de grandes mitos y lucientes palabras populares. Los liberales de Guzmán supieron decir, por ejemplo, "alternabilidad en las funciones del Estado"; "educación primaria obligatoria"; "fiscalización de la Iglesia por el Estado". Creación de caudillos pastoriles e igualitarios en el trato social y de letrados que se nutrieron en la ideología regalista y laica del Enciclopedismo, la República que renació en 1830 teñida de brusca venezolanidad —en contraste con las formas políticas de la Gran Colombia— heredó del pensamiento liberal europeo su concepto profano del Estado y una definida tendencia laica que cristalizó en las luchas de Guzmán Blanco contra el clero y en las reformas al Código civil de 1873. Y presentar la promesa de un progreso social escrito en palabras y declaraciones aunque los procedimientos políticos fuesen tiránicos, parecía una constante de la vida nacional con los breves interregnos legalistas de una a otra dictadura. Castro también y su grupo de consejeros y aúlicos pretenderán darle un revestimiento sociológico moderno, al atentado legal que perpetran en 1904. A la farsa constitucional que se prepara para dicho año, se querrá velarla y justificarla haciendo que el mismo Congreso que la pone en vigencia promulgue igualmente una ley de divorcio y se entretenga en incorporar al Código Civil instituciones liberalísimas. Y a veces cabe preguntar si los intelectuales y políticos que en el país tenían mayor cultura, estaban dispuestos a aceptar al aspirante a Calígula en que don Cipriano se nos trueca a par-

tir de 1904, a cambio de una Filosofía o un pensamiento teórico tan laico y avanzado como el de los radicales socialistas de Francia. Curiosamente en el mismo año en que se consuma tan torpe pantomina, el Dr. Razetti está publicando en "El Constitucional" su serie de artículos "La doctrina de la descendencia y el origen natural del hombre" en que eleva el darwinismo y el más extremo materialismo haeckeliano, a Filosofía indiscutible. Tronarán la Iglesia y el espiritualismo tradicional; se predicará en los púlpitos contra el hereje, pero Razetti no amaina en su cruzada contra toda Religión y revelación. "La ciencia niega en absoluto la creación como niega la generación espontánea de los organismos superiores", insiste contra los clérigos que quieren apabullarlo con citas teológicas o bíblicas. "El Origen de las especies", "Los primeros principios", "La Historia natural del hombre" de Haeckel son las verdaderas biblias del mundo contemporáneo para la propaganda del belicoso científico. Y su propósito al dar al periódico semejantes artículos incursos en herejía, es modificar radicalmente los hábitos mentales de los venezolanos. Con su fuego proselitista, quisiera que aquellas ideas penetraran a las escuelas y orientasen las nuevas leyes. Será con esa serie de artículos y con la que se titula "Lunes científicos de El Constitucional" el columnista más agriamente discutido en aquellos días. Contra las excecraciones de la Iglesia, parece valerlo y fortalecerlo la amistad del General Castro.

La llamada "reforma constitucional" ha comenzado a prepararse desde fines de 1903 por el Ministro de Relaciones Interiores, Lucio Baldó. Del Ministerio y del Palacio de Miraflores partió la orden de que los Concejos Municipales de toda la República se dirijan a las Asambleas legislativas de los Estados y éstas al Congreso, para pedir que el más alto cuerpo legislador de la Nación se convierta en 1904 en Constituyente y nos dote de una nueva Carta fundamental. Pero el busilis de la Reforma consiste en alargar el período constitucional a seis años a partir de 1905; obsequiar a Castro un año baldío de presidencia provisional y asegurar su mandato hasta una fecha que parece tan lejana como la de 1911. Para que no

haya duda ni temor sobre la permanencia de don Cipriano, el pobre sufragio —que antes se proclamó universal y directo— se someterá a una serie de trucos y artimañas. Será por los complejos trámites que están inventando los juristas en la oficina del Dr. Baldó, el más indirecto y filtrado de todos los sufragios. Fijados en 13 el número de los Estados de la República, se crea un Cuerpo electoral de 14 miembros elegidos por el Congreso en los primeros quince días del año en que se inicia el período, quienes representan a sus regiones y al Distrito Federal y asumen la grave tarea de escoger —por votación secreta— al Presidente. Don Cipriano se precave así, por el estrecho número de grandes electores, de cualquier zancadilla que quiera jugársele. Y los padres conscriptos —dada la triste condición venezolana— serán simples funcionarios públicos o miembros de la camarilla gobernante. Se agregará al documento —como a todas nuestras constituciones— una larga lista de derechos de los venezolanos que siempre es posible nulificar por el estado de sitio. Y como don Cipriano es hombre andariego que gusta de salir de la capital o aun tomarse unas falsas vacaciones de mando para observar mejor a sus colaboradores, la Constitución le permite que "pueda separarse por algún tiempo del ejercicio del cargo para lo cual llamará a quien lo reemplace". Ya no es para nadie un secreto que los generales Juan Vicente Gómez y José Antonio Velutini serán los Vicepresidentes.

Como si no fuera bastante la cantidad de solicitudes y manifiestos en pro de la reforma que llegan de todos los municipios y Asambleas, el Ministro del Interior dirige al Congreso un mensaje especial motivando el cambio propuesto. La crisis que produjo la cruenta revolución Libertadora le parece al Ministro útil coyuntura reflexiva para examinar todo el aparejo institucional de la República. Metiéndose a sociólogo dice que los pueblos están "cansados de esa ficción legal que ha consistido en preceptos vanamente promulgados, fórmulas escritas que bien pudieran considerarse como la expresión de la mentira jurídica". Afirma que el país quiere "una legislación eminentemente práctica, es decir especialmente cónsona con nuestro estado social presente". El General Cas-

tro —según la literatura del informe— está llamado a presidir esa Reforma porque "él ha enfrenado el furor de las pasiones; ha vencido el caudillaje sometiendo a la razón pública las desmandadas ambiciones que antes lo hacían irreductible; ha domado el monstruo de la anarquía poniendo cese a las contiendas armadas, ha sujetado el desbordamiento de la corrupción burocrática y de la traición militar; ha hecho que el extranjero se detenga ante los fueros de la República y la respete". En otra frase del documento, a Castro se le llama "el Atalaya de la honra y de la paz nacional". En resumidas cuentas, y traduciendo a lenguaje más profano el discurso del Ministro ¿qué Ley o Constitución —por más perfecta que sea— tiene para Venezuela el valor institucional de don Cipriano? Y como si no fuera suficiente la homilía del Dr. Baldó, también el Caudillo en otro mensaje —mucho más ramplón— argumenta al Congreso sobre el mismo asunto. De su cursísimo documento, escrito en una prosa llena de galimatías y en la que a veces se reconoce su propio estilo, se desprenden dos conclusiones fundamentales. Supone Castro que la nueva Constitución puede "prevacernos de las amenazas y vigorizarnos dentro de nuestras propias fronteras" y que merced a ella, el país asumirá una más fuerte "personalidad internacional renovando los elementos jurídicos de nuestra legislación".

Ya nutrido con tantas teorías e interpretando el compulsorio voto de los pueblos, el Congreso de 1904 puede tranformarse el 20 de abril en Constituyente, estudiar y aprobar la Constitución —que había sido redactada con anterioridad— y elegir a Castro el 6 de mayo, Presidente Constitucional. Va como siempre la monótona y enlevitada comisión a participárselo a Miraflores, y se cambian discursos adulatorios. Luego parecen tan grandes los méritos del Caudillo que los honores que deben tributársele ocupan mañanas enteras de discusión legislativa. El Dr. López Baralt lo había llamado en un comentado artículo "el artífice que nos está modelando" y otros

pedían para "el héroe de la Victoria", para el "siempre invicto", nada menos que un título de Mariscal o en su defecto el cognomento de "Restaurador" o de "heroico patriota venezolano". Fingiendo de modesto, don Cipriano se dirige al Dr. Santiago Briceño, Presidente de la Cámara de Diputados, rogándole encarecidamente que no se le otorgue ningún título —en realidad la cuestión queda diferida hasta el año siguiente— y el Congreso, conmovido de tanto desinterés, decide sólo "recomendar a la Nación y a las generaciones venideras la conducta del General Castro como vivo ejemplo de abnegación y de acatamiento a la pureza de nuestras instituciones republicanas y de las virtudes que distinguen a un buen ciudadano". Otro debate curioso es el de la "espada de honor" que el Congreso de 1901 había decretado ofrecerle y que en 1904 se le quiere ya entregar en metal noble. Pero aquí don Cipriano tiene un rasgo de emocionada filantropía. Piensa en la multitud de familias hambreadas, de "pobres vergonzantes" que a consecuencia de los malos días de la guerra se ven en Caracas congestionando los pasillos de los Ministerios o pignorando sus muebles y prendas de vestir. Supone que el Congreso habrá de gastar por lo menos veinte o treinta mil bolívares en la consabida espada de honor, y en carta patética les recomienda que inviertan la suma en auxilios de caridad. Los legisladores también se emocionan y resuelven —interpretando la voluntad del Jefe— repartir veinte mil bolívares entre esas gentes urgidas. Quieren lavar en un baño filantrópico, el agravio que irrogaron a la República. Solo un excéntrico y desajustado personaje —el Mocho Hernández— rompe su sosiego de Plenipotenciario en Washington para protestar contra la Reforma constitucional. Y a este ingenuo Domingo Siete de la frágil democracia venezolana que opina cuando nadie le está preguntando, y ha sido alternativamente amigo y adversario de don Cipriano, le pondrán los periódicos un solemne apodo de "hijo réprobo de la patria" para que no vuelva a intervenir en la cosa pública. Durante su pacto con Castro en los días del bloqueo, los partidarios del "Mocho" se dividieron o se ablandaron con empleos gubernamentales, y ahora el inoportuno Jefe pasará a un os-

tracismo austero y mediocre, de acuerdo con su tornadiza estrella. Contra las críticas de El Mocho, un político civil tan acreditado como el Dr. Juan Pablo Rojas Paúl se ha adherido fervorosamente a la Reforma, y para que don Cipriano no tenga empacho en afirmarse en la silla presidencial por largos años, ha expuesto en el Congreso un trágico dilema: "Tras de Castro, la anarquía".

Pero a la Dictadura que ahora se consolida, hay que darle —de acuerdo con la tradición venezolana— un fuerte barniz liberal, y a ratos anti-eclesiástico. No prosperarían en la abierta y extrovertida Venezuela aquellas tiranías asesoradas de frailes, como la que un García Moreno pudo erigir en su andino Ecuador. Don Cipriano anhela servir de tal modo a la causa del Liberalismo mundial que a fines de 1903 se conmueve profundamente al saber que entre los presos del castillo de Puerto Cabello a consecuencia de la revolución Libertadora, se encuentra un nieto de Garibaldi, uno de los héroes que admiró en su juventud. Y dicta un romántico telegrama al Jefe de la fortaleza para que inmediatamente le auxilien y pongan en libertad. De modo distinto reacciona cuando sabe que han llegado y se han establecido en Maracaibo un grupo de capuchinos españoles. ¿Pero es que estos frailes ignoran que Venezuela secularizó los conventos e invitó a las órdenes religiosas extranjeras para que abandonasen el país, en el siglo pasado? Y envía un mensaje jupiterino al Presidente del Estado Zulia a fin de que proceda a extrañar del territorio a los visitantes intrusos. Sirviendo a su laica ideología, anima malévolamente al grupo de legisladores —Pedro Vicente Mijares, Tomás Garbiras, Inocente de J. Quevedo, Pedro Tomás Lander, Antonio J. Iturbe, H. Rivero Saldivia— que presentan al Congreso de 1904 un extenso informe sobre la discutida ley de divorcio. Conviene al progreso social de Venezuela continuar la amplia reforma de la legislación civil iniciada en el famoso Código de 1873. Y si tan empeñoso y audaz reformador como Guzmán Blanco al laicizar el matrimonio y despojar a la Iglesia de su intervención en la vida de la familia no se atrevió a establecer el divorcio, Cipriano Castro demostrará que él sí puede hacerlo.

En vano el hábil Arzobispo Juan Bautista Castro —acaso el Prelado más inteligente que haya ocupado la sede metropolitana de Caracas— despliega toda una ofensiva oratoria, periodística y emocional contra aquella ley que considera nefanda. En vano dirige a los legisladores un extenso y transido memorial en que clama "en nombre del hogar cristiano que es el único hogar venezolano, en nombre de vuestras hijas, de vuestras esposas y de vuestras patrióticas y honradas convicciones". Y para contener lo que considera el ímpetu antireligioso del Congreso, endulza el documento de algunas alabanzas a don Cipriano. "El país —escribe el Arzobispo— abre su corazón a la confianza y al júbilo bajo esta gloriosa administración del General Cipriano Castro que promete ser tan fecunda". En vano —aleccionadas por los clérigos— comisiones de señoras piadosas pueblan la antesala de Miraflores. "El Poder Ejecutivo no puede interferir en las deliberaciones del Congreso", responde galantemente el Caudillo, como aprovechado discípulo de Montesquieu. Y si permite que en los periódicos clericales se censure el divorcio, acaso lo hace para demostrar que su Poder es más fuerte que el de los curas. En oportunidad análoga todo un gran caudillo como Páez se vió en el caso de expulsar a varios Obispos rebeldes; él no lo hará porque el país está ya bastante dócil bajo su mano. Para apaciguar al clero, dividirlo o hacerlo más servil, también dispone de la complacencia de otros sacerdotes —el Padre Arocha de Valencia; el amable Cura de La Victoria o aquel joven y muy imaginativo Carlos Borges que da a la Caracas de la época el espectáculo cambiante de sus apostasías o arrepentimientos, registrados en muy populares versos. Es un rapsoda incansable de las fascinaciones y contriciones que suscita el pecado mortal.

Como un César que hubiera cerrado el templo de Jano y se preparara a las tareas ingentes de la Paz, también anuncia el Caudillo las obras de progreso público con que adornará a aquella Caracas que le fué tan peligrosa y solapadamente

traicionera en los días de la "Libertadora". Lo primero ha de ser una gran Escuela Militar en amplia colina donde se domine a la siempre conquistada Caracas. Tecnificar la carrera de las armas será un método de concluir con el empírico y desvastador caudillismo nacional. Contra los "chopos de piedra", el parque escondido en los "soberados" y los "machetes" de los caudillos de provincia y de su clientela campesina, ahora habrá un Ejército uniformado a la francesa o a la alemana, ducho en todas las ciencias de la Estrategia, propietario del armamento más moderno que haga ya efímero el prestigio de los Rieras o Araujos de otros días. Serán, además, estos mozos de la Escuela Militar —si se les tiene y agasaja bien— nuevo instrumento de su poder pretoriano. Y al arquitecto Alejandro Chataing —el gran constructor de su régimen— se le dan plenos poderes para comenzar la nueva Escuela. La un tanto apelmazada arquitectura de Chataing —de redondeadas volutas y muros de escasos vacíos— fijará el peculiar color de esa Caracas castrista en edificios como el Palacio de Justicia, el Ministerio de Hacienda y el más ligero Teatro Nacional —que según algunos chismes— fué recreación e industria particular de doña Zoila. Un reflejo de toda la bizarría decorativa de comienzos del siglo, de aquel estilo híbrido de las exposiciones universales, comienza a invadir la pequeña metrópoli. Para los ocho años de gobierno que ya le garantiza la Constitución, el propio don Cipriano se está haciendo en El Paraíso —que las crónicas sociales de "El Constitucional" apodan los "Campos Elíseos" de Caracas— una casa que con sus retorcidos techos y su abundancia de pintado hierro ornamental, tiene algo de pagoda china y de pajarera de los trópicos. Pequeños kioskos esparcidos en los prados, con enredaderas de trinitarias y albricias servirían para agasajar a las visitas en los "garden-parties" que puso de moda la época. Allí la bondadosa doña Zoila recibe a las señoras caraqueñas y les ofrece inocentes sorbetes, merengadas, tisanas y pastas dulces, mientras a su terrible marido, la asaltan más complejos o diabólicos pensamientos.

Es concebible que en ese momento de sumo poder y triunfo, trate de vengarse de quienes lo molestaron. Pedro Vicente Mijares —capitoste del régimen, a quien hemos visto servir para todo: para escribir un editorial en tono de jaculatoria o presentar un informe al Congreso— se dirije el 12 de julio de 1904 al Juez de Primera instancia en lo civil según poder que se ha hecho otorgar del Procurador General de la República, e inicia una demanda contra Matos. Se trata de que el vencido Jefe de la "Libertadora" pague al tesoro nacional la suma de 24 millones ciento setenta y ocho mil seiscientos treinta y ocho bolívares con cuarenta céntimos. Tan vasta cantidad corresponde a "la liquidación de los gastos efectuados para el restablecimiento del orden público perturbado por la Revolución", según las cuentas que levanta el Ministro de Relaciones Interiores, Lucio Baldó. Se echarán a la culpa y al debe del financista insurrecto todo gramo de pólvora, toda camisa de liencillo, todo vaso de guarapo fuerte que consumió en su aventura bélica la delirante Venezuela de los años 1901 a 3. Como Matos está ausente, pide Mijares que se cite a su apoderado, el señor Manuel Acedo quien hasta ahora le administra las casas y acciones. Pero —como es natural— el tímido señor Acedo renuncia un cargo tan comprometedor. Ni quiere arruinar a Matos ni ir a la cárcel por defenderlo. El Tribunal designa entonces defensor de oficio al Dr. Pedro Pablo Martínez quien aprovechará las audiencias para formular alegatos teóricos sobre el derecho de insurrección. Matos fué solo un insurrecto. Y tal —como lo proclamaba Jefferson, ilustre Presidente y legislador de los Estados Unidos— "el derecho de insurrección es sagrado y aceptado en la evolución del tiempo y la civilización". ¿No se insurreccionó también don Cipriano Castro?, lo daba a entender el orador en su disfrazado discurso. Lo delictuoso de las insurrecciones es perderlas, parece la moraleja venezolana. Porque cuando ganamos una Revolución el desorden se convierte en orden. El Tribunal —eso estaba previsto— decide que hay lugar a la demanda y declara el embargo de las propie-

dades de Matos. El señor Pedro Vicente Mijares como honorarios de su alegato ya tiene puesta la vista en cierta casa de la esquina de Traposos, apropiada para negocio de mercancías secas y que devenga excelente alquiler. En la prensa conservadora de Colombia —está ahora asilado en Bogotá— Matos truena por el ominoso atentado que en Venezuela se consuma "contra el derecho de propiedad". Pero si el Gobierno ha confiscado, con gran prudencia no quiere traspasar ni retrovender. Que se aguarde algunos años el señor Matos; todo se olvida, todo caduca, menos su derecho de propiedad, y los bienes podrán rescatarse. Entre tanto el muy precipitado Pedro Vicente Mijares que urgía el remate para obtener lo que él juzgaba lícito premio, recibirá un brusco regaño y amenaza de ir a la Cárcel por orden del General Castro, si sigue agitando el asunto. Aunque resulte extraño, a la larga será don Cipriano un espontáneo guardián de las propiedades de Matos. Su castigo al General financista era simbólico más que efectivo. En sus Memorias, Matos al narrar el hecho parece más enconado contra el "intelectual" Pedro Vicente Mijares.

Querella de más resonancia —fuente de prolongados conflictos internacionales— es la que el Gobierno instaura contra la "New York and Bermúdez Company" por órgano del Procurador General de la República, el día 20 de mayo. El Ministro del Interior, Baldó, había citado previamente a secreta entrevista al Gerente General de la Compañía. Le transmitió la lista de agravios del Gobierno que abarcaban desde el incumplimiento de muchas cláusulas del contrato hasta el apoyo doloso que los asfalteros prestaron a la revolución de Matos. Todo podía avaluarse en 50 millones de bolívares. El gerente yanqui se va a ver al Ministro norteamericano Bowen y a implorar la protección de su Gobierno. —"Eso pasa por aceptarle a un bandido como Castro soluciones de arbitraje. El asunto se debía arreglar con acorazados"—. Mr. Bowen trata de calmar al irascible Gerente que exige para salvar su negocio todo el poder de Teddy Roosevelt. Van y vienen telegramas y notas al Departamento de Estado, en el peor lío diplomático en que se metió Mr. Bowen; lío que den-

tro de poco tiempo frustrará su auspiciosa carrera. No es solo de asfalto sino de materia más nauseabunda el suelo que se pisa cuando se aborda tan compleja cuestión; y el norteamericano Ambrosio Carner sabía bien todos sus entretelones tenebrosos en el momento en que aconsejó a Castro la ocupación de las minas.

El asunto del asfalto parece distinto cuando se le mira desde el salón de Miraflores por un Castro violento que quiere imponer sumo correctivo a la Compañía, o desde el Departamento de Estado donde chocan y convergen intereses contradictorios. Para fastidio y peligro del Plenipotenciario norteamericano en Caracas, en aquella oficina de Washington está de alto oficial el ex-Ministro en Venezuela, Mr. Loomis, quien secretamente favorece los negocios y aspiraciones asfalteros de otro "trust" de Filadelfia, rival de la "Bermúdez" y aspirante a disputarle concesiones y mercados. ¿No sería más sensato que un país de tantos recursos pero tan atrasado tecnológicamente como el nuestro, abriera también las puertas a otras compañías explotadoras? Sí; en los calientes lagos de nafta de Venezuela conviene más que el viejo y odioso contrato conseguido por Mr. Horace Hamilton en 1881, un régimen de "free enterprise". Acaso por esa lucha de fuerzas económicas competidoras, Cipriano Castro podrá librarse de que descarguen contra él toda la fuerza aplastante del garrote imperialista. En el drama diplomático que hemos de presenciar, los personajes de más viva, misteriosa o agitada figuración no son solo Castro, el Gerente de la "Bermúdez", el oficioso informante Mr. Carner y el providencial y áspero Teodoro Roosevelt que cada semana inquiere por los asuntos venezolanos, sino otras segundas partes que como el Plenipotenciario Bowen en Caracas y el alto funcionario Mr. Loomis en Washington, juegan al gato y al ratón. Habrá de parte a parte notas diplomáticas correctas, firmes y pobladas de austera dignidad, pero más allá del protocolo se mueven turbias intrigas. Es todavía uno de los capítulos más desconocidos en la historia de las relaciones exteriores de Venezuela, y apenas una idea somera e insuficientement lúcida, se obtiene en materiales tan distintos como el folleto de O. E. Thurber, "The

Venezuelan question, Castro and the asphalt Trust", los artículos de Bowen en "The North American Review", 1907, los alegatos judiciales, y varios tomos de no siempre accesible correspondencia oficial. Mr. Bowen y Mr. Loomis y los grandes magnates de los consorcios rivales se llevarían a la tumba muchos detalles de un secreto que debilmente queremos revivir.

El Gobierno de Venezuela está procediendo con todo el ceremonial de la ley. Autorizado por la Corte que encuentra justa la demanda de cancelación del contrato y ordena junto con el previo embargo un proceso por daños y perjuicios, Ambrosio Carner —nombrado nuevo Administrador de las minas— llega triunfalmente a Guanoco a asumir su empleo. Mr. Carner es ahora una especie de agente personal del Presidente y la bandera venezolana flamea en las oficinas de la empresa. Duros coroneles criollos le acompañan a "nacionalizar" el personal y establecer una especie de Proconsulado en el antiguo coto imperialista. Las gentes de don Cipriano agitan en los periódicos de Caracas las consignas más teñidas de emoción patriótica. Se escriben artículos xenófobos y no faltan manifestantes que recorren las calles dando mueras a los yanquis asfalteros. Como la situación económica es angustiosa, se publica más de un editorial optimista sobre todo lo que Venezuela puede hacer con ese asfalto rescatado. Y Mr. Bowen —quien ahora confiesa su grave error de haber creído en la buena fe de Castro y ofrecerse en 1902 para gestionar los protocolos que pusieron cese al bloqueo— escribe a Washington cables y notas de suma alarma. ¿Podrán los Estados Unidos —que antes apadrinaron a Venezuela para que se arreglase con las grandes potencias— podrán soportar este ataque directo a sus intereses y casi a su prestigio imperial?

Las cosas que sugiere Mr. Bowen son terriblemente drásticas. El 24 de julio de 1904 propone al Departamento de Estado que "una flota americana debe ser enviada a La Guaira inmediatamente. Si el lago de asfalto no es devuelto a los propietarios americanos en 24 horas, después de la llegada de los barcos a La Guaira, propongo que las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello sean ocupadas por el Gobierno ame-

Un arco de triunfo al "Condor de los Andes".

ricano y retenidas hasta que se obtenga satisfacción por los ataques ilegales del Presidente Castro sobre las corporaciones extranjeras establecidas en Venezuela". Al Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, Gustavo J. Sanabria, le pregunta perentoriamente por las intenciones de nuestro Gobierno respecto a la Compañía. Y en nombre de Montesquieu, el Canciller responde que tal pregunta involucra "traer a la esfera diplomática asuntos de la exclusiva competencia de los tribunales de Venezuela". Sí; el Ministro norteamericano debe saber que hay en Venezuela una respetuosa separación de los poderes públicos. Y para la "Bermúdez" están abiertos, naturalmente, todos los recursos de nuestras leyes.

La cólera de Bowen alcanza su climax cuando a las propuestas de intervención, Washington anuncia que enviarán a Caracas al Juez Calhoun y al Agregado militar Parker para que informen directamente sobre el asunto asfaltero. Al Juez Calhoun —cuyo memorandum venezolano permanece aún en la penumbra, pero que debió tener mucha influencia en Teodoro Roosevelt— se le agasaja en Caracas en las pocas casas de aquella época en que se hablaba el inglés como la hacienda "Monte Elena" de la familia Ibarra; y sin adelantar ninguna opinión regresa silenciosamente a los Estados Unidos. El Departamento de Estado sugiere entonces a Bowen que proponga al Gobierno de Venezuela un "arbitraje para areglar los asuntos pendientes". La palabra "arbitraje" estaba de moda en 1904 y Castro en estricto sentido, no podía sino aceptarlo. Qué contendría el "arbitraje" y sobre qué confusas cosas debe pronunciarse, es el futuro tema de discusión de las notas diplomáticas. Después de una licencia en Washington adonde fué a pedir instrucciones, Bowen ofrece concretamente que se difiera a un tribunal de árbitros la sentencia venezolana a la Compañía. Pero Castro no admite que al arbitraje verse sobre cosa ya juzgada como el embargo. El Poder Ejecutivo no puede intervenir "en una sentencia dictada por la Corte Federal y de Casación", reitera enfáticamente la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, correspondiente a 1905.

Fué entonces —renunciado ya el Ministro Sanabria y sustituido por el General Alejandro Ibarra— cuando Bowen en-

tregó al Gobierno de Venezuela un telegrama que era todo un ultimatum del Canciller yanqui, Mr. Hay. "Si el gobierno de Venezuela —dice Hay— se niega fundamentalmente a consentir en un arbitraje que asegure el implantamiento de completa justicia a estas partes perjudicadas, el de los Estados Unidos puede lamentablemente verse obligado a tomar todas las medidas que juzgue necesarias para lograr completa reparación, sin acudir al arbitraje".

Y aquí una situación heroico-burlesca. A Alejandro Ibarra, antiguo edecán de Guzmán Blanco, profesor de lengua inglesa y casado con la señora Russell, hija de un antiguo diplomático norteamericano en Caracas, se le designó Ministro de Relaciones Exteriores porque sus vinculaciones en los Estados Unidos parecían garantizarle sutil influencia y tacto en el negocio. Pero las más pulidas notas que escribe el Canciller son corregidas y cargadas de agresiva retórica por el propio don Cipriano. Cuando Ibarra le entrega el desafiante documento yanqui, hace que se conteste a los Estados Unidos: "El señor Presidente Provisional de la República, me encarga decir a V.E. para que a su vez lo comunique al Excmo. Sr. John Hay, que el Gobierno para considerar su nota, necesita saber si de lo que se trata es de la Soberanía e Independencia de la República, es decir si el Gobierno de Estados Unidos respeta y acata la legislación de la República y la honorabilidad de sus tribunales o no, y si respeta y acata igualmente los pactos y soluciones arbitrales que ella misma en representación de Venezuela, pactó". Ante lo que va pareciendo una derrota diplomática, el burlado y rencoroso Bowen —hasta para salvar el prestigio de su misión— informa al Departamento de Estado que Castro está consumiendo más brandy del necesario; que su carácter se torna cada día más jactancioso y colérico y que el único correctivo que le hará entrar en razón es el plan del Agregado militar yanqui Parker quien prevé un desembarco de tropas americanas en La Guaira; la prisión y derrocamiento de Castro, el embargo de las aduanas y la instalación de un Gobierno venezolano, títere y sumiso. ¿Pero cómo se compaginaría este plan con los anteriores protocolos de Washington: con la mediación americana en 1903

ante las potencias bloqueadoras de Venezuela y con la apelación que las mismas naciones y los Estados Unidos formularon ante el Tribunal de La Haya? inquieren los juristas del "State Department". Se ha de prolongar desde ahora hasta 1907 un agrio tira y encoge de protestas de una a otra Cancillería que conducirá al final rompimiento de relaciones en 1908. Ni el duro Mr. Root —quien sucede a Mr. Hay al frente del Departamento de Estado— logrará cambiar las decisiones de Castro. Haciendo omisión de tantos reclamos, en buen alarde de soberanía, el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal formulará en agosto de 1907 la inexorable sentencia que condena a la Bermúdez a pagar a la nación 24 millones 178 mil bolívares y algunas centenas más. Entre todos aquellos países morenos, cálidos y díscolos sobre los cuales quería esgrimir su garrote de cazador Teddy Roosevelt, ninguno parecía más incomportable que la Venezuela de Castro. El Ministro Bowen tiene que salir de Caracas. Nada más sólido consiguen sus sucesores: Hutchinson, Russell, Sleeper. A don Cipriano no le importa que toda una Legación de los Estados Unidos continúe en manos de un modesto Encargado de Negocios. Y si la prensa yanqui se burla de la arbitraria política de un dictador suramericano, también Castro tiene oportunidad de regocijarse cuando se informa de los sucios enredos del negocio asfaltero que comprometen a varios oficiales del Departamento de Estado. La bomba de tiempo la lanza el ex-Ministro Bowen en querella con Mr. Loomis a quien denuncia de haber recibido dádivas de otra empresa asfaltera competidora de la Bermúdez y empeñada, por tanto, en perturbarle sus negocios venezolanos. Los artículos de Mr. Bowen en el periódico "The Independent" intentan revelar una trama de intrigas mercantiles, metida en las oficinas más honorables del Gobierno de los Estados Unidos, a pesar de los alardes de energía y honestidad de la administración de Teodoro Roosevelt. "¡También allá se cuecen habas podridas!", debió decir don Cipriano cuando le traducían las informaciones de los periódicos yanquis. Y como bueno y enérgico patriota, vigilante de los intereses nacionales, anhela presentarlo el escritor O. E. Thurber al hacer la historia bastante

siniestra de la "Bermúdez" y al defender a don Cipriano en el folleto "The Venezuelan question, Castro and the asphalt trust". En la querella contra la "Bermúdez", don Cipriano parece probarse y envalentonarse para las nuevas muestras de energía que dará en otros conflictos análogos: el de la "Orinoco Steamship", el de la "Compañía de aguas de Caracas", el del Cable francés. Que los diplomáticos extranjeros en Venezuela y sus distantes Jefes de Estado no sufrieran engaño. "Yo mando aquí", había dicho con suma impertinencia a uno de los Encargados de Negocios que sucedieron a Mr. Bowen. Es la "mayor molestia internacional de los primeros años del siglo XIX" escribirá de él el historiador americano Rippy. Con el mimetismo romántico que le caracteriza, el hombre —adulado sin límite por su periodismo gumersindista— sigue pensando que encarna el espíritu de dignidad de las naciones pequeñas frente a las grandes y agresoras. De este providencialismo de su misión histórica aún hablará en fecha tan tardía como la de 1919, cuando después de once años de olvido y destierro, escriba un folleto de acusación y defensa. Con el espontáneo instinto teatral tan propio de su temperamento, se complacerá en mostrarse como la víctima más ilustre de una conjura inicua de los fuertes contra un país débil.

Entretanto en su Mensaje de 1905 quiere transmitir también una apaciguadora noticia. De que Venezuela no es una nación camorrista sino un país honrado que aspira a cumplir escrupulosamente sus compromisos, es recomendable ejemplo la misión Velutini en Europa. A su Segundo Vicepresidente, militar doblado de banquero y hombre de mundo, le ha dado el encargado de buscar un arreglo con los tenedores de los bonos del empréstito inglés de 1881 y de 1896 del 5%. Con habilidad mercantil se puede aprovechar la casi bancarrota venezolana y obtener considerable reducción en la cuenta. La deuda que hasta el 31 de diciembre de 1904 sumaba 145

millones 725 mil 687 bolívares y sesenta y siete céntimos, logra disminuirse —merced a la estrategia financiera que Velutini despliega en Londres— hasta la cantidad de 127 millones 406 mil 686 bolívares 62 céntimos.

Que el país haya logrado semejante alivio en el peso de la deuda británica consuela a don Cipriano de la injusticia del Tribunal de La Haya, al disponer trato preferencial en las reclamaciones —y por éllo en el disfrute del 30 por ciento de nuestras aduanas— para las potencias agresoras que nos bloquearon en 1902 y comienzos de 1903. El Delegado venezolano protestó enérgicamente contra lo que parecía prima de protección a los asaltantes. Tampoco los Estados Unidos —que con tan buena fé propusieron la apelación de La Haya— verán con buenos ojos la primacía que se otorga a quienes cobraron a cañonazos. "Admitir que la forma compulsiva empleada en el cobro de acreencias de extranjeros constituye motivo de preferencia, sería desconocer el justo principio de igualdad entre las naciones". Mas si los bloqueadores de ayer se aprestan a abalanzarse sobre los jugosos proventos aduaneros en los puertos mayores de Venezuela, la estrategia indígena de don Cipriano está inventando un recurso para burlarlos. En las costas del Golfo de Paria donde Cristóbal Colón avistó por primera vez el perfil de la "Tierra Firme" se edificará un nuevo puerto —de especiales e incompetibles franquicias— que debe llevar el nombre del Descubridor. Es una de las salientes continentales más próximas a Europa. Con el ingeniero Manuel C. Pérez examina los planos de la nueva fundación portuaria. Pretende halagar también con ella, a las comarcas orientales de la República tan sufridas y desvastadas después de la última Revolución. En ese puerto de sosegadas aguas y amplio abrigo —sueña su megalomanía— anclarán las mayores naves mercantes del mundo.

Los periódicos hablan ya de una "Doctrina Castro" que lucha por la igualdad jurídica de las naciones y denuncia y somete a arbitraje toda presión y codicia imperialista. Se escriben loas y editoriales sobre la pericia y coraje internacional de don Cipriano, mientras Caracas se prepara a la mascarada solemnísima del Congreso de 1905.

XV — COMO LA PALOMA DEL ARCA

Congreso de grandes señores y respetables momias políticas (más de cincuenta años de liberalismo cesarista y otros tantos de indignidad), en 1905. Será el que engendre el Cuerpo elector de 14 miembros que otorgue a don Cipriano hasta 1911, plena jerarquía constitucional. Pintan para tan solemne suceso la Acrópolis de adobe y mamposteria que se denomina pomposamente el Capitolio Nacional. Redoran el estuco y la madera de las cañuelas en los retratos de próceres y el gran plafon abovedado donde combaten los guerreros de Carabobo y Ayacucho, en las pinturas de Tovar y Tovar. Limpian la araña monumental del Salón Elíptico. Sacuden al sol las pesadas alfombras y podan los jardines. Prueban los electricistas los cursis arbolillos de luces tricolores asidos a la gran fuente. Bajo la Cúpula que da a las esquinas de Monjas y Padre Sierra, blanquean las pálidas cariátides que simbolizan la Ley y la Justicia. ¡Cuántas veces fueron holladas y revestidas en sus sucios peplos de yeso estas pobres vestales de nuestra turbulenta República! Y como la situación económica ha sido angustiosa, con los agasajos y fiestas cortesanas esperan sacar la tripa de mal año los comerciantes de la calle de Mercaderes, de Sociedad, de Traposos, de Gradillas y San Jacinto, del Pasaje Ramella. Se venderá en abundancia champagne y Cognac Hennsey; abanicos, dijes y perfumes para obsequiar a las damas en el cotillón; cuellos duros, pañuelos de Holanda y sombreros de copa para el atuendo ceremonial de los caballeros. Imitando un poco a Maupassant, otro poco a Zola y un tanto a Eça de Queiroz, Rufino Blanco Fombona escribe su "Hombre de hierro", cuadro resentido de la grandeza y miseria de la pequeña metrópoli. En la pro-

sa de Blanco Fombona la Caracas de 1905 huele simultáneamente a brillantina, a brandy, a polvos de arroz. Las queridas de los Generales se atreven a pasear en charolados landós bajo los chaguaramos del naciente barrio del "Paraíso". Hay una Friné criolla, desvelo de urgidos sexuales, que puede hablar francés en "rendez-vous" íntimos con los honorables miembros del "Cuerpo Diplomático" y a quien apodan la "Virgo de hueso". Abundan por la crisis económica, rufianas y petardistas. Los que no pueden obtener un puesto público se consuelan contando fabulosas historias sobre el caucho de Guayana, y muchos mozos de espíritu aventurero se aprestan a buscar la fortuna en la selva. La intelectualidad se divide en dos grupos: los individualistas y rebeldes estéticos que aterrados de tanta barbarie y atropellos a la Belleza claman como Díaz Rodríguez un lúgubre "Finis patriae", o los que aceptan y aprovechan toda indignidad ya que para los inteligentes y los fuertes no rige el rasero de los hombres comunes. Por su libertinaje, retórica y condotierismo ¿no se habrá de comparar la Venezuela de Castro con una república italiana de 1400?

Figuras de añosas barbas y patinada figuración en la política, las letras, el foro y la milicia, fueron llamadas varias veces a sabio conciliábulo en el Ministerio de Relaciones Interiores. Se oye carraspear y lanzar una llanerísima interjección al viejo Pulido que acepta a Castro porque ya no tiene ninguna ilusión sobre el país y ha conocido jefes peores; concurre —todo discreto y componedor— el Dr. Rojas Paúl quien ha echado al olvido su sensata y legalista Presidencia del año 89; no falta el Dr. Muñoz Tébar quien dejó en varias capitales de Estado fama de magistrado honesto pero ya no se atreve a combatir contra nuestra ilegalidad consuetudinaria. Se espera como a un Zeus buenmozo que escribe con fogosidad homérica, al ilustre don Eduardo Blanco. En la sumisión a Castro de gentes honorables que no temen confundirse con los cortesanos, se retrata la tragedia moral y material de la Venezuela de entonces: el poco ámbito de un país en bancarrota; la necesidad física del empleo, la hacienda hipotecada y la casa retrovendida. Y se preparan los festejos

y honores a Castro como a un César invencible cuyo poder se presume tan largo como el de un Monagas o un Guzmán Blanco.

Para que no se diga que con su presencia está coaccionando a sus inmediatos electores de 1905, don Cipriano a mediados de abril se inventa una gira por los Estados del Centro, Sur y Oriente de la República cuya reseña y panegírico recoge en volumen infolio de medio millar de páginas, la diligencia lisonjera del señor Tello Mendoza. Este, con su detestable sintaxis, aspira a figurar no solo como Ministro sino como Cronista mayor del sistema.

Acaso se entretiene el buen humor y buido ingenio de los caraqueños —siempre reílones y a menudo cínicos— con esas gacetillas inefables que de las cotidianas andanzas de Castro transmite "El Constitucional". En ferrocarril, en coche, en mula, en lancha o en barquito fluvial, transcurre el cesáreo periplo de don Cipriano por las llanuras abrasadas, valles, sierras, costas y grandes ríos. Su espíritu andariego, su diabólica movilidad, su histerismo retórico y al mismo tiempo la pobreza, cursilería y abyección del país vestido de falsa pompa, se reflejan en el viaje. Desde las niñitas de las escuelas recitando tartajosamente una poesía o ensayando un ingenuo "cuadro vivo"; los veteranos de las guerras y descendientes de próceres; el comercio, los campesinos, las muchachas en aptitud de bailar, todo se moviliza para lisonja de don Cipriano. Bachilleres de pueblo repasan a Víctor Hugo o copian a Vargas Vila y le saludan en discursos altisonantes. Hecatombes junto al asador llanero; cacerías de venados; pólvora para los fuegos de artificio, gallardetes de flores y papel, tedeum e incienso de las iglesias, todo se hace y consume en alabanza de quien ya todos llaman "El Restaurador". Músicos y compositores de valses marchan en la comitiva a la par de los letrados y coroneles. Con pólvora ornamental, ron y valses se agita y olvida la tierra venezolana.

600 jinetes, traídos de los hatos guariqueños, uniformados con el sombrero pelo de guama y el blanco liquilique, luciendo en las empedradas calles de los pueblos el jarifo pasitrote de sus caballos, le escoltan a su llegada a Calabozo. Entre

arcos de flores y palmas visita el Restaurador la ciudad llanera. Y después de la guardia, de los enlevitados empleados públicos, de las escuelas de niños y niñas flameando sus pabelloncitos tricolores, le espera toda una teoría de señoritas calaboceñas a quienes el poeta del lugar entrenó en la oratoria para que desgranen en presencia del Jefe su tributo verbal de décimas, sonetos y paralelos históricos. Una dice que el nombre de Castro "vivirá con la vida de la idea, en la rugosa frente de los siglos". Otra quisiera ceñir las caldeadas sienes del caudillo con una hoja de laurel y conservarla con una inscripción que expresase: "Estoy consagrada por el heroísmo y he vivido en la frente de Cipriano Castro". Después de tantos discursos, cohetes y marchas por la banda militar, don Cipriano —ya lavado y alimentado— se entrega al baile, y la muchacha más bonita que le acompaña a valsar el "Adiós a Ocumare", tiene el encargo de pedirle la libertad de varios presos distinguidos. Se trata, por ejemplo, de los Generales Luis Crespo Torres, Alejandro Landaeta, Daniel Rangel, Julián Correa y Carlos Capote cautivos desde hace meses en las mazmorras de Puerto Cabello. Entre uno y otro valse y copita de brandy, don Cipriano ordena a su secretario de turno que redacte el telegrama libertador. Como la multitud que se agolpa a las ventanas del caserón llanero e invade corredores y patios no cesa de aplaudirle, don Cipriano se ve forzado a hablar. Y su discurso —según la transcripción enviada a "El Constitucional" por el Dr. Carnevali Monreal— es nada menos que una romántica comparación entre el Cristianismo y la Causa Restauradora. El General se siente un segundo Cristo y acaso las hojas de palma de los arcos triunfales de Calabozo le hicieron pensar en las de Jerusalem, un domingo de ramos. "Ensayó un paralelo —dice el escritor entre la vía dolorosa del Cristianismo y las terribles pruebas afrontadas por la Restauración, para establecer el rigor análogo que preside en la historia a todas las grandes transformaciones de la humanidad". Luego habrá de dirigirse —siguiendo las mismas metáforas evangélicas— a las hermosas señori-

tas que se atrevieron a pedirle la libertad de los presos y se anota esta otra frase de deleitosa cursilería: "Yo viajo como la paloma del arca llevando a todas partes la rama de oliva".

Hasta el rio Portuguesa, afluente del Apure, le acompañan entre copiosos desayunos llaneros de guasacaca y carne de tortuga y siestas caniculares en los caneyes de las fundaciones, la guardia de jinetes. Después en sucesivos vapores —el "Puerto Nutrias", el "Arauca", el "Apure", y según el volumen de las aguas— transcurre el largo viaje fluvial hasta Ciudad Bolivar. En las crónicas para "El Constitucional" el Dr. Carnevali sigue describiendo los paisajes, hermosas palabras y peripecias de la expedición. Habla de los suntuosos crepúsculos de la llanura y del caleidoscópico paso del día a la noche en el inmenso horizonte tropical; de los "toros que nos husmean y mugen en concierto formidable, como si quisieran abrasarnos con los soplos de su noble rabia instintiva, al pasar por las majadas"; del vuelo de las garzas y "las cenefas de seda" con que decoran los cielos; de la marcha del vaporcito entre los toldos de "exuberante vegetación en las márgenes del río". Entre Camaguán y las bocas del Portuguesa, el limoso rio amarillento está sembrado de caimanes. El General Castro y el Dr. Torres Cárdenas se entretienen en dispararles y en matar algunos con sus certeros winchesters. El Doctor Carnevali reflexiona —sin entender— por qué en ciertos pueblos antiguos "ese monstruo repugnante y odioso, tuvo consagración hierática". Pero ¿es que la propia Historia de Venezuela no le enseñaba que también nosotros divinizamos a los caimanes, metamorfoseados en hombres?

Las peticiones sobre libertad de presos a que tan galantemente accedió en su visita a Calabozo, no cesan de fastidiarle durante el trayecto hasta Ciudad Bolívar. Y en la capital de Guayana debe formular ya una prudente teoría sobre el asunto, para que las cárceles no queden peligrosamente vacías. "Esos presos no son míos —dijo a la consabida comisión de damas. Son prendas de seguridad de la República, siempre dolorosas, pero siempre también necesarias al orden de su sistema, a la moral de sus costumbres, al decoro de su nombre, etc. Mirándolo bien, yo no he procedido sino como lo

hubiera hecho cualquiera de los jefes de las honorables familias aquí presentes, para corregir calaveradas de sus hijos y mantener principios sobre los que descansen, a la vez, el hogar y la sociedad". Además Castro quiere que los solicitantes sepan que por el momento es simple ciudadano, ya que al partir de Caracas —respetuoso de todas las prescripciones constitucionales— dejó encargado interinamente del Poder al General Juan Vicente Gómez, su sustituto legal. ¿Por qué estos ciudadanos no confían y se dirigen al General Gómez que "es un patriota instruído como yo mismo en los procedimientos de la Restauración Liberal"? Entretanto, como un profeta antiguo, don Cipriano lleva también en su séquito taumaturgos que realizan milagros. Uno de ellos es su fiel médico y entretenido cortesano el Dr. José Rafael Revenga quien realiza como pocos en Venezuela la operación de cataratas y devuelve la vista a los ciegos. De los pueblos de la provincia —de las distantes Upata, El Callao, Tumeremo— vienen longevos padres o madres de familia para que por orden del General Castro, el Dr. Revenga les haga —sin cobrar— la operación milagrosa. Y como maravillas cumplidas por la intervención de Castro, o como números de la festividad, comentan los periódicos las hazañas quirúrgicas de Revenga. Antes de iniciar la solemne operación que le hizo al Señor Ignacio Hernández, el Dr. Revenga como un dinámico prestidigitador "presentó al General el cuchillo milagroso, dedicándole solemnemente la operación". Cuando el enfermo recobra la vista hay una escena de novela sentimental a la inglesa, en que la hija del paciente "graciosa de cuerpo y extraordinariamente hermosa de alma, anegada en lágrimas de admirable limpidez" rompe a decir a don Cipriano con "ternura aún más intensa": "¡Bendito sea Ud. General Castro, que se presenta como la divina Providencia, devolviendo la vista a los ciegos y la alegría a los hogares!".

Gumersindo Rivas quien se ha reunido al Jefe en Ciudad Bolívar, describe para su periódico con prolijidad recamada, otros detalles del viaje de Castro por el Orinoco, en el vapor "Apure". "El retrato del General descansa sobre la columna central, entre trofeos con los colores del arco iris". Castro

tiene un gabinete privado en cuya puerta de acceso hay "un Escudo de la Nación bordado en raso y elegantes cortinas de punto japonés. La "toilette" constitúyela un gran lavabo de mármol rosa y nogal con exquisito servicio de aguas y esencias de Guerlain, Pinaud y Atkinson. Frente al tocador, un espejo estilo "Renacimiento" y en caja de piel de Rusia y almohadilla en seda de colores, los juegos de peines y cepillos incrustados de plata y marfil. Sobre la mesa, del mismo estilo, un elegante paño de terciopelo carmesí. Diván de descanso, corte Luis XV. La cama, amplia, rodeada de ventiladores eléctricos y cubierta por artística sobrecama de raso azul y encajes blancos".

Junto a la retórica adulatoria de los cortesanos, un hombre del grupo viene rumiando y calculando cosas concretas. Se llama Manuel Corao y es un poco el consejero financiero del régimen. Mientras otros piensan los adjetivos engaripolados de un discurso o de una crónica para "El Constitucional", Corao resuelve y proyecta negocios, y aconseja al General Castro como puede acrecentar su fortuna. Este viaje ha sido también para él una hábil operación económica. Se le quitó a la vieja empresa extranjera, la "Orinoco Shiping Company", so pretexto de complicidad con Matos, el derecho de navegación por el gran río; con capital de Corao y de la casa Dalton de Ciudad Bolívar se ha formado otra asociación naviera, la "Compañía del Orinoco", que ya "dispone de nueve buques hábiles". Además Corao está animando —para que Castro obtenga buenos proventos— otras empresas como la "Compañía de fósforos" y el central azucarero de Carabobo. Rivas suspende un poco las descripciones de fiestas, tocadores y salones —a que su pluma adjetivadora es demasiado inclinada— para hablarnos de la sagacidad de Corao. Dice que don Manuel se dedica a "las santas especulaciones del trabajo honrado y dignificador".

Por la vía de Carúpano, Cumaná, Margarita; abrumado de discursos de orden, bailes, toros coleados, champagne, ar-

cos de triunfo y lisonjas; recibido con Tedeum en las iglesias de Ciudad Bolívar y Cumaná y con tenida solemne en la Logia de Carúpano, Castro está de nuevo en el Distrito Federal el 15 de mayo. Se encarga del Poder y permanece unos días en Macuto, descansando. El Doctor Torres Cárdenas vuelve a ser su Secretario General y conferencia sibilinamente con los congresistas que transformados en Cuerpo Elector, "constitucionalizarán" a don Cipriano por seis años más.

El dictador de Venezuela
se quiere "constitucionalizar"
y el que bien lo constitucionalice
buen constitucionalizador será.

Para principios de Junio ya el Capitolio esplende de luces y pintura nueva; corre agua fresca por la gran fuente del patio, está totalmente dorado el gran escudo de Venezuela que se yergue bajo la cúpula, y van llegando entre sus levitas los barbudos electores. Se simula cabe la aterciopelada majestad del Salón Elíptico, junto a los cuadros de batallas, el dosel de la Presidencia y las alineadas potronas Luis XVI, una elección en los días del Sacro Imperio. Parecen buenas figuras de gobelino el viejo José Ignacio Pulido quien preside como Delegado por el Estado Lara; don Eduardo Blanco quien actúa de Secretario, el nervioso y activo Leopoldo Baptista. Según la crónica de "El Constitucional" la palabra de los oradores "tenía por techumbre la comba de la sala capitolina, los cuadros de Tovar y Tovar; Miranda a caballo, en gran traje marcial". Se lee una carta del Dr. J. Pablo Rojas Paúl a quien recientes padecimientos de salud impiden concurrir al acto, pero proclama en público sus candidatos: Castro para la Presidencia; Gómez y Velutini como primero y segundo vicepresidentes. Pide la palabra para pronunciar impetuoso y dilatado discurso el joven político llanero Luciano Mendible quien anuncia que no vacilará en votar por don Cipriano porque "hombres como él todo lo saben, todo lo adivinan y todo lo vencen, presentando al mundo el espectáculo de un fenómeno único. Hacen cosas admirables que no las deben a la educación ni al consejo de los hombres, sino que las ex-

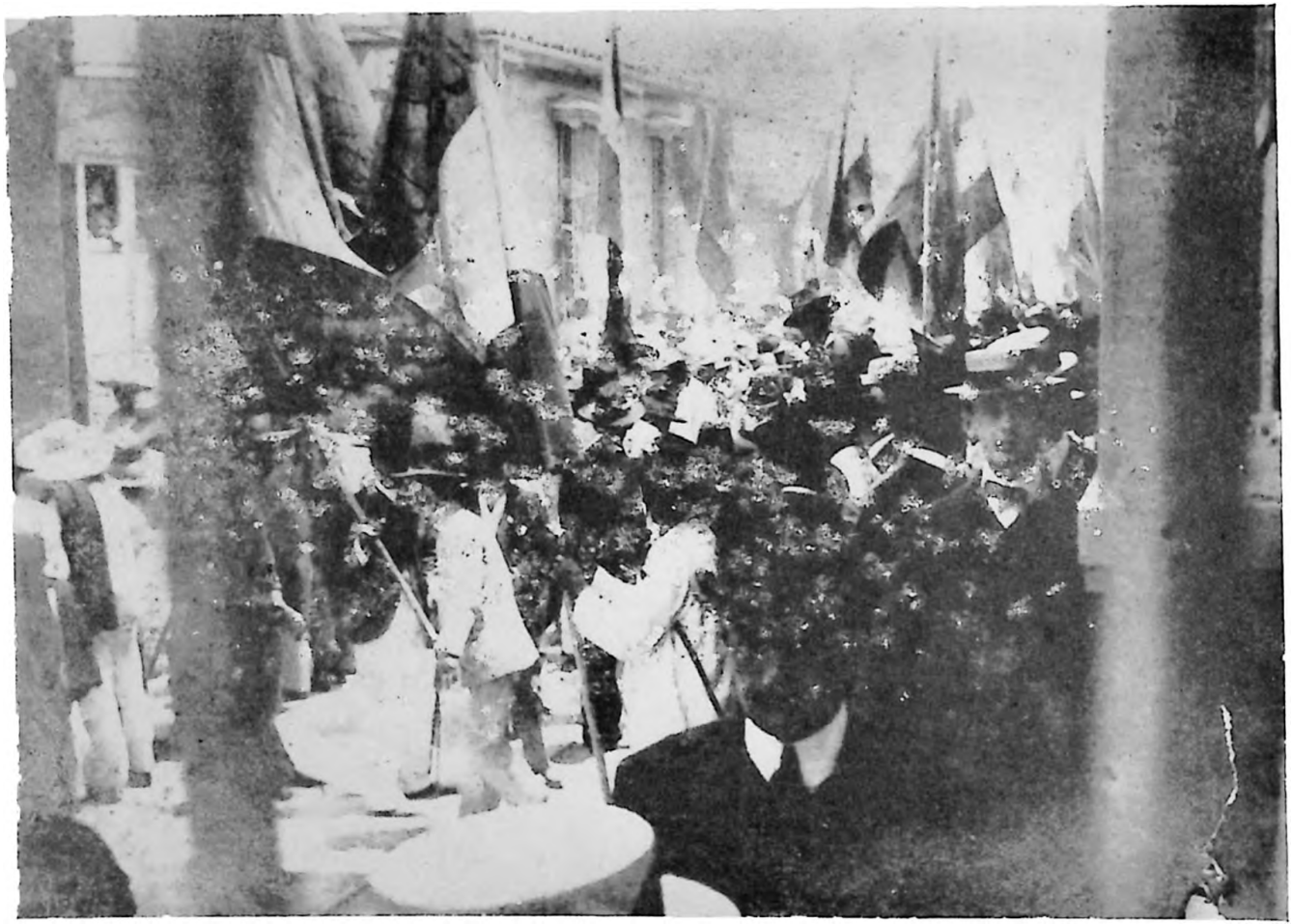
traen de la sustancia de su ser y emanan de la fuerza instintiva de su destino".

Después del panegírico no hay duda que todas las papeletas electoras llevarán el nombre de Cipriano Castro y así lo anuncia el Presidente del Cuerpo, mientras afuera la banda empieza a tocar el Himno Nacional. Cae la brava luz del mediodía sobre los rojos tejados de Caracas; flamean las banderas en los edificios públicos y hacia Miraflores avanzan a beber la champagne del beneplácito, los dignatarios oficiales, bajo sus sombreros de copa. A lo largo de ochenta años de historia republicana el país se acostumbró a pasar como hato o hacienda feudal de las manos de uno a otro caudillo, con sus "inmuebles, personas y semovientes" como decían los viejos títulos de propiedad; y no suscita mayor entusiasmo que otra vez se le ponga máscara legalista a la dictadura. Muchos cavilan a qué Ministro habrán de encomendarse; qué influencia habrán de movilizar para que no transcurra para ellos en aislamiento y penuria, la nueva etapa cipriánica. Alguno de los escritores del selecto grupo literario que escribe en "El Cojo Ilustrado" y se reúnen cada mañana a beber su brandy (si están prósperos) y su ron (si las cosas andan mal) en las botillerías próximas a la Plaza Bolívar, recordó un pensamiento de Antístenes, el griego: "No hay que estar tan cerca del Poder que nos queme, ni tan lejos que nos hiele". Antístenes —comentó José Austria, epicúreo traductor y comentarista de los ensayistas ingleses— era una especie de Oscar Wilde de la antigüedad. Y hablando de Literatura, único tema que podían tocar, sin mayor peligro, las gentes de entonces, otro contertulio expresó: "Lo peor para las letras y la sintaxis venezolana con seis años más de Castro es que Tello Mendoza tendrá tiempo de publicar, por lo menos, otra decena de volúmenes de sus "Documentos" e "Intimidades". (Y nada hacía sonreír más a las gentes de letras que la grafomanía de don Ramón a quien sus cambiantes deberes de Gobernador, de Ministro de Hacienda, etcétera, no le impedían parodiar dificultosamente a Vargas Vila en lamentable prosa apodíctica. "Mis intimidades —decía don Ramón— empiezan con la Revolución del 23 de mayo y se aperciben, por

orden de su destino, de todas las peripecias del General Castro y su Gobierno". Y cuando explotándole la manía palabrera, le pidió un periodista que le definiese sus funciones como Ministro de Hacienda, don Ramón escribió esta parrafada sublime: "Definir un Ministro de Hacienda es pedirle al imposible una frase, al odio una virtud, a la traición una lealtad, a la avaricia una largueza y a la ignorancia una frase". —"Por eso andan tan mal las finanzas del país", se atrevieron a opinar en la tertulia de los entretenidos fablistanes.

La jura de don Cipriano el 11 de junio es no solo festejada con retretas y fuegos artificiales en las plazas, salvas de artillería y banquete en Miraflores, sino con la inauguración de varias obras públicas como el "Teatro Nacional" construido por el arquitecto Chataing y el "Puente Restaurador" sobre el Guaire. A esta última obra se le da tal nombre porque ya el Congreso había decidido que sobre cualquier otro cognomento, don Cipriano debía lucir —por imposición del Poder Legislativo— el de "Restaurador de Venezuela" en todos sus decretos, resoluciones y proclamas. Dilatadamente se discutió sobre el título ya que algunos proponían que se le apelase "Fundador de la paz"; otros "Gran mariscal de los Ejércitos de la República", pero la lógica recomendaba que si la revolución del 23 de mayo se llamó "Restauración", don Cipriano que la engendró, requería llamarse el "Restaurador".

Músicas tropicales —el "Adiós a Ocumare", "El siempre invicto", la marcha "Restauración"— se tocan en las plazas caraqueñas en la apoteosis de esos días. Los músicos Sebastián Díaz Peña y Pedro Elías Gutiérrez saben interpretar en sus compases alternativamente épicos y sensuales, el extraño momento de vanagloria y locura que parece vivir la República. Ahora el castrismo que antes fué aventura militar, tensión febril de un pueblo sin rumbo, incorporación de lejanas masas montañesas a la vida del Estado venezolano, parece amansarse o "hebetarse" en un creciente libertinaje. Don Cipriano ha de pedir al país exitaciones y fiestas como antes le dió pólvora y cargas de machete. De su riñón enfermo de tanto beber brandy y sacrificar a Venus, penderá durante largos y tristes días la suerte de un país expoliado y



Banderas y grupos de "aclamadores". 1906.

acongojado. Venezuela en sus manos es como una indecisa y amedrentada Judith, en la tienda de seda de un Holofernes peludo. Sería la época más risueñamente cursi en todo nuestro proceso republicano, si más allá de los globos de color, comparsas y carrozas de Carnaval y prosa azucarada de los periódicos, no palpitase la angustia y frustración de dos millones y medio de hombres. Y al escogerlos para el servicio público, se prefieren los más serviles o más indignos.

Sinembargo, como incesante leit-motiv, don Cipriano sigue hablando de "la honra nacional". Conspira contra la honra nacional todo cuanto se opone en su camino, cuanto logra incomodarle. Ya tiene enredada en un proceso y en tela de Ariadna diplomática a la Compañía asfaltera que fué cómplice de Matos, y ahora necesita vengarse también del "Cable frances" y de cierto Encargado de Negocios de Francia que le resultó antipático. Es cierto que el "Cable francés" es una de las odiosas empresas monopolistas que prosperan en Venezuela merced a la política de excesiva benevolencia extranjerizante que puso de moda el General Guzmán Blanco. Explota no solo la lina submarina sino también la comunicación terrestre con el interior. La Corte Federal en el mes de setiembre de 1905 disuelve el viejo contrato de la Compañía con el Ejecutivo. Por decreto del 4 del mismo mes, el Gobierno acepta que funcione solamente la estación del Cable en La Guaira, reservándose aquél la comunicación entre nuestro principal puerto y el resto de Venezuela. Cuando el Gerente de la empresa pregunta si después de una medida tan drástica, Venezuela pretende usar libremente los cables costaneros, el Ministerio de Fomento responde altivamente que se reserva ese derecho. Y Monsieur Brun, jefe del "Cable" en Caracas, alega que se está atentando contra el derecho de propiedad y la libertad de industria garantizados por la Constitución. Para que Monsieur Brun no pretenda darnos consejos legales, se le expulsa del país. Monsieur Tagny —el Encargado de Negocios de Francia— protesta de los procedimientos venezolanos

y no sabe disimular cólera y amenazas en su correspondencia al Canciller. Con altivez castrista, en "nombre de la honra nacional", Venezuela responde que "no seguirá tratando asuntos de carácter diplomático y de buena amistad con el Gobierno francés, por medio de su actual representante en Caracas señor Oliver Tagny, hasta que no haya recibido las explicaciones satisfactorias que requiere la buena amistad entre las naciones". Contraréplica de Francia que considera inadecuados e inaceptables los últimos párrafos del documento venezolano. Proyecto de mediación del Gobierno estadunidense quien ordena a su Ministro en Caracas que intervenga en el litigio para contentar a los querellantes, proponiéndoles el retiro de la correspondencia ofensiva. Entretanto Monsieur Tagny quien no ha sido llamado por Francia, sufre todas las amarguras de una especie de degredo diplomático. No le llegan las tarjetas con escudo dorado en que se invita para las fiestas oficiales. El día de Año Nuevo todos los representantes extranjeros deben concurrir a Miraflores a la recepción presidencial, menos el señor Tagny. El amable componedor Russell, Ministro norteamericano a quien quedarán confiados posteriormente los intereses de Francia, reclama ante la Cancillería, pero como es 31 de diciembre de 1905, ésta le responde que no "es día hábil" para semejantes explicaciones.

El asunto se encrespa porque en los primeros días de 1906 el Gobierno clausura la Oficina del Cable en La Guaira, so pretexto de que no ha pagado a tiempo el primer trimestre de una patente municipal, acaso un poco arbitraria. Hay cambio de palabras entre los funcionarios venezolanos que van a cerrar la estación y los empleados franceses. El Gobierno declara que en lo sucesivo el servicio de cables se hará por lanchas que desde Macuro en la costa oriental de Venezuela lleven los mensajes a Trinidad o por la vía de Curazao. Encargado de los archivos de la Legación de Francia, el Ministro norteamericano Russell comunica que el Gobierno francés ha roto relaciones diplomáticas con Venezuela. En espera de recibir las últimas órdenes del Quai d'Orsay, el humillado Monsieur Tagny aún permanece en Caracas, pero por su ma-

la ventura se le ocurre subir como visitante y vestido de fresca ropa tropical a uno de los trasatlánticos franceses que hacen escala en La Guaira. Tuvo un forcejeo con la policía que no quería permitirle traspasar la pasarela del buque, pero ajustándose su monóculo y con altanería de D'Artagnan embravecido, logra, por fin, introducirse a bordo. Acaso el gordo Leicibabaza lo anunció por teléfono a Miraflores, y cuando después de unas estimulantes copas de champagne el diplomático pretende bajar a tierra, la guardia venezolana no se lo consiente. Zarpa el trasatlántico con Tagny vestido de refrescante lino y sin equipaje de remuda. Mientras juega billar con el grupo acostumbrado de Ministros y cortesanos, Castro comenta el hecho entre carcajadas. ¡Así se vence la jactancia de esos europeos presuntuosos! Y en voz baja, alguien glosa que en la historia de los anales diplomáticos suramericanos sólo Melgarejo cuando expulsó de La Paz montado en un burro al Ministro inglés, tuvo osadía equivalente.

El decoro y firmeza con que el Gobierno de Venezuela trata a los extranjeros irrespetuosos que no acatan debidamente nuestras leyes o piden protección y privilegio ante los dictamenes de los tribunales, se hace ruidosa consigna de adulación en los periódicos. No importa que Francia nos haya pagado con la misma moneda, y expulsado al Encargado de Negocios de Venezuela en París, Maubourget, que para colmo era francés de nacimiento y naturalizado venezolano. Muchos se solazan ante los desplantes internacionales de Castro, erguido y valeroso contra los Goliat de las grandes naciones. A causa de tantos conflictos e incidencias y sumido cada vez en el incienso egolátrico, se sigue considerando un teórico y filósofo del Derecho de Gentes. Su locualidad habrá de verterse en curiosos y bizarros documentos como la carta que dirije a un corresponsal del "Saturday Evening Post" el 28 de diciembre, cuyas galimatías sociológicas —destinadas a la opinión norteamericana— constituyeron serio problema para el traductor inglés. Don Cipriano afirma que "no ha omitido jamás esfuerzo alguno, por insignificante que sea, en el sentido de hacer la felicidad de la especie humana en su desarrollo inteligente y culto". Como peregrino y estrafalario

precursor de la "ONU" o de la "UNESCO", propaga su doctrina política que a falta de mejor nombre podría llamarse del "*unitarismo integral*". A una "unidad" que comience en el individuo, siga con los pueblos y concluya en "la unidad del concierto universal, en relación con la unidad de los propósitos, tendencias e ideas" está él convocando a todos los hombres. En esa cordial "ecumene" del mundo a que llama su falso lirismo o confusión mental, no habrá grandes ni pequeñas naciones porque todas se comprometen a proceder con idéntica y respetuosa prudencia. Casi como un discípulo de Comte —sin saberlo— cree que la discordia de los hombres finalizará el día que se establezca "una doctrina o religión común, es decir universal que acabe con todas las sectas, más o menos pretenciosas". Invita a la prensa, principalmente a la norteamericana como el "Evening Post" a que divulgue esta idea hasta llegar "a la verdadera solución del gran problema". "¡La Utopía de Capacho!", debió susurrar con su ironía solapada el Dr. Revenga —a quien se le atribuyen algunas de las palabras más cínicas de la época— cuando apareció a todo lo ancho de la primera página de "El Constitucional" la inconexa cauda de consejos y lugares comunes irrealizables.

Pocos días antes había muerto en Caracas, a edad todavía prometedora el General Rafael González Pacheco, guerrero incansable y estratega de las varias campañas sobre Barquisimeto, durante la última Revolución. Se apuntaba en el panorama militar del país como el único jefe cuyo valor, equilibrio y virtud podía competir con el prestigio de Castro. Era como el capitán de una vasta y aguerrida hueste trujillana que acaso en un día no distante se hubiera apostado contra los hegemones tachirenses del "Restaurador". Se le hicieron solemnes funerales, y don Cipriano debió pensar que su destino era ya firme, libre e imperturbable como la marcha del sol entre los planetas tributarios.

XVI — LA FATIGA DE SER ACLAMADO

El bañista francés Soucy quien es a su manera uno de los personajes del régimen, no siempre logra reanimar con masajes y duchas escocesas los fatigados nervios del General. Ahora trasnocha y se divierte en exceso, y después de una sesión de Gabinete le espera en una puerta lateral de Miraflores el misterioso cochecito, bien escoltado, que le conduce a sus excursiones galantes. Suele dormir mal y con el sol de las nueve y media comparece en los baños de El Calvario a entregar su magro cuerpo —cada día más amarillento en el que el poblado vello se eriza como diabólica pelambre de puercoespín— a las regaderas mágicas de Soucy. Después de las fricciones que deben normalizarle la irregular marcha de la sangre, hay un rato de conversación al aire libre bajo el copioso ceibo que sombrea la terraza, y se resuelven algunos asuntos públicos. Acuden Tello, Torres Cárdenas, el Jefe de la Policía de Caracas. Se exacerba la nerviosidad y el providencialismo mesiánico del Caudillo, e interviene con colérica impertinencia en los más mínimos asuntos. Recomienda, por ejemplo, al Presidente del Guárico que derogue un impuesto sobre ganados que acordó la Legislatura estadal o telegrafía al Dr. Aquiles Iturbe a Cumaná dándole groseros consejos sobre la administración de justicia en aquella comarca. ¡Se requiere ahora más paciencia para servir a Cipriano Castro! ¿No le han hecho creer que es César, Bolívar, Jesucristo redivivo? Pues que reciban en desplantes —quienes le adularon— el agrio fruto de sus lisonjas. Su locuacidad y gusto por las declaraciones públicas ha sido fomentada como pingüe negocio por el astuto Gumersindo, y cada día sale en "El Constitucional" uno de aquellos estrafalarios telegramas

con que don Cipriano responde a sus aduladores. Que le han corrompido los caraqueños y valencianos; que ya no es el hombre duro y leal de la campaña del 99; que se olvida por los amigos y aúlicos nuevos, de los antiguos servidores, comentan los veteranos de entonces. ¡Y la ridiculez de esas fiestas en que su barbudo retrato se circuye de margaritas blancas y lucecillas eléctricas, y los ramos de flores se ponen a deletrear toda una caligrafía de frases cursis en alabanza al Restaurador! Eso no es muy del gusto de quienes darían la vida por don Cipriano, y lo quisieran menos deliscuecente, como su fiel coterráneo Pedro María Cárdenas. E incomoda a los jefes de regimientos de Caracas como el Coronel Daza en el Cuartel SanCarlos y el Coronel Angulo en El Mamey quienes constantemente delegan oficiales de la guarnición para cuidarle, mientras se entrega a sus eróticas visitas en distintos barrios de la ciudad.

El carácter de don Cipriano —si en aquellos días, en lugar de tantas inyecciones de estricnina para mantenerle la fuerza viril, se le hubiese hecho un tratamiento psicoterápico— comienza a perfilarse como el de un maníaco depresivo que pasa de la euforia al anonadamiento. Es —a partir de 1905— tema para el Suetonio o el Tácito que no logrará ser en sus futuros panfletos Pedro María Morantes. Desde su personal complejo de hombre feo, resentido y sin éxito con las mujeres, Morantes mira en Castro solo el entizonado macho cabrío reclamando su ración de lujuria. Pero acaso sobre don Cipriano se proyecta un aura neurótica más complicada que el de su rijoso erotismo. A veces llega a creer en todas las palabras que profiere y su cambiante alma mimética goza de representar los papeles y actitudes que improvisa la turbada fantasía. En 1906 en un clímax melodramático pasará del renunciamiento a la exaltación febril para caer de nuevo, derrengado y epiléptico, en una cama. Si los hechos que vamos a estudiar parecen los de una comedia, es preciso advertir que su principal actor se confunde con ella, hasta creer en la sinceridad de su mentira.

El 9 de abril de 1906 los caraqueños se inquietan con la extraña alocución en que el Supremo Jefe anuncia al país entero que se ve en "el imprescindible caso, para la conservación de mi salud quebrantada, de separarme del ejercicio de la Primera Magistratura". "De conformidad con el precepto constitucional he llamado al ejercicio del Poder al señor General Juan Vicente Gómez, meritísimo ciudadano, de virtudes cívicas conocidas, que en mi ausencia llenará a cabalidad los deberes de mi cargo". En tono sentimental invita a los venezolanos a que "tomeis en consideración mis esfuerzos y sacrificios por la causa de la Patria". "¡Quien asi ha laborado tiene derecho aunque sea a un ligero descanso el cual no puede verificarse sino en el seno del retiro y de la soledad"!

Y al amanecer del día siguiente ,está como un vecino cualquiera frente a la boletería de la Estación de Palogrande comprando un billete para el pueblo de Los Teques. El General Gómez viene a despedirle y don Cipriano exagera su sainete de modestia. Lleva un sencillo y rural atuendo de "liquilique azul", sombrero jipijapa, y como único signo de coquetería un "foete" de los que se usaban en 1906, con pequeño mango de plata. ¡Va ahora a buscar los balsámicos efluvios de los pinares tequenses; el oxigenado aire fresco que le evoca el de sus montañas de Capacho; la larga siesta al sol en el corredor enladrillado mientras la vista se fuga deleitosamente por el dorado horizonte de colinas, y el festival de luz, música y frescura que esparcen por el patio los verdes helechos, los bravíos turpiales cantores de la pajarera, las trinitarias y el vivo manchón de orquídeas que revientan y parecen volar como pájaros! Se levantará de mañanita a tomar esa última leche del ordeño que los campesinos llaman "postrera"; transcurrirá el día entre breves caminatas por los pinares, y en horas de descanso en la mecedora de Viena oye en el fonógrafo de corneta un fragmento de zarzuela española o cierta canción que le recuerda los melancólicos bambucos de su juventud:

Pajarillo errante que anda perdido
que anda perdido, que anda perdido.

Y es que entre todas las cosas que contiene su alma imprevisible —cólera, lujuria, rápida acometividad— hay también un rezago de romanticismo, a la colombiana. No en balde es hombre de frontera y su ímpetu tachirense-motilón, puede conjugarse con los versos de Pombo y José Eusebio Caro y las declamaciones a lo Vargas Vila.

Entretanto —porque algunos dicen que la enfermedad puede ser más grave de lo que parece y hay que apuntarse a los jefes y las oportunidades de mañana— comienza a formarse como un primer cisma entre sus partidarios. Hay el grupo valenciano-caraqueño de Torres Cárdenas, Corao, Tello Mendoza, Eduardo Celis y el Dr. Revenga. Está la fuerza disimulada y cautelosa de Juan Vicente Gómez que ahora se hace acompañar a todas partes por un oficial muy inteligente llamado Félix Galavís. Se destaca el joven Francisco Linares Alcántara, heredero del Liberalismo de divisas amarillas de su padre, El Gran Demócrata, y quien recibe protección visible del Restaurador como un condestable del régimen. Agita en muchos sitios la palabra vivaz y la natural inteligencia italiana para la política del tribuno Angel Carnevali Monreal. Gruñen un poco —de toda tentativa de infidelidad al Cabito— los militares auténticamente castristas como Pedro María Cárdenas y Eliseo Sarmiento. En la relación inédita de un soldado de aquellos días, Ramón Párraga, se siguen muchas de las intrigas de cuartel y palacio y los correveidiles y rumores que desde Caracas se extienden hasta La Victoria donde don Cipriano, cansado ya del eglógico sosiego de Los Teques, trasladó sus penates en los primeros días de mayo. Allí está de Presidente de Aragua el General Alcántara y vienen a verle Eliseo Sarmiento desde Valencia y Román Delgado Chalbaud, encargado de la marina en Puerto Cabello.

El 1º de mayo Gómez reorganizó el Gabinete y la presencia de Leopoldo Baptista como Ministro de Relaciones Interiores no deja de suscitar recelo entre los cortesanos. Se comenta entre otros chismes —y según el testimonio de Párraga— que a las haciendas de Pimentel en los aledaños de Maracay, Gómez despachó un misterioso cargamento que oficialmente se presenta como la tubería de un acueducto, pero

que otros sospechan que sean máuseres. Y en esas pobladas haciendas cafeteras de Pimentel, las más ricas de Venezuela, ¿no podría armarse gente para cualquiera aventura que aconsejen a Gómez sus más ambiciosos compañeros? Juan Vicente es la personificación del disimulo; mas a pesar suyo muchas gentes hablan de él como de un anti-Castro. Si es cierto que hay intriga de los partidarios de Gómez, don Cipriano responderá a ella en la forma retórica y espectacular a que siempre se inclina. El 23 de mayo —aniversario de la Restauración— amanece en La Victoria no solo con cohetes, dianas marciales y despliegue de banderas, sino con el reparto de una hoja firmada por Castro que se titula *"Ofrenda a mi patria"*. El Restaurador se pinta en ella como un dolorido pelícano de la República. ¡Cuánto ha dado a Venezuela en siete años de lucha incesante! Es el gran dadivoso y ha entregado al país toda su "tranquilidad, su existencia y hasta la de su familia". "La fatiga necesaria y hasta el hastío, si así se me permite decirlo, me obligaron el 9 de abril a separarme transitoriamente del Poder, única y exclusivamente con el objeto de adquirir un reposo indispensable a mis fuerzas y ánimo un tanto decaídos". Pero para que los enredadores amigos comprendan que aún conserva toda su garra y poder ofensivo, advierte casi inmediatamente que la gratitud de los pueblos (cuando él abandonó temporalmente el mando) "no se hizo esperar en el sentido de excitarme a volver lo más presto posible a regir los destinos de la República". Sinembargo él es el primero que se idealiza y auto-admira en su papel de pelícano, y gran parte del escrito se desenvuelve como parodia ramplona de la última alocución de Bolívar. Como Bolívar —mas en peor prosa— quiere repetir a sus compatriotas que "si mi retiro que acaso pueda ser temporal, contribuye a la unión y confraternidad de todos los venezolanos, para el completo engrandecimiento de la Patria" está dispuesto a prolongarlo. Supone que tantas manifestaciones de afecto que le han llegado de todo el país, suscitan en otra parte (y aquí una venenosa alusión al círculo de Gómez) "susceptibilidades cuyo desarrollo podría traer consecuencias fatales, y acaso hasta la paralización de la Causa de la Restauración y con ella

la de la República". Y por sobre cualquiera otro interés levanta la paz y armonía entre sus compatriotas. Dueño de tanto poder e influencia (para que resalte más su sacrificio) quiere declarar "desde luego, mi retiro absoluto de la vida pública para continuar como amigo leal y sincero de los venezolanos, sirviendo de lazo de unión entre todos".

A las once de esa misma mañana —es el gran número preparado por el General Alcántara, Presidente del Estado Aragua— desfila hacia la plaza de La Victoria, la más nutrida y engalanada ciudadanía; se tocan marchas restauradoras y los niños y niñas de las escuelas conducen en entierrados cajoncitos almácigos verdes que habrán de sembarse en el jardín público, para que retoñen en robustos samanes aragüeños. La fiesta de la Restauración en estos húmedos días de la primavera tropical coincide con la del Arbol. Castro también es invitado honorífico del acto para retratarlo como un tierno Cristo Restaurador, rodeado de infantes. Después de los himnos escolares y la siembra de los arbustos, enfáticos oradores: Ramón F. Bastidas, dos artesanos cuyo nombre no ha recogido la crónica, y el Dr. M. E. Toro Chimíes ascienden a la tribuna. Ya se olvida el tema poético y pedagógico de los árboles, y los discursos se truecan en clamoroso homenaje que la "Ciudad Santa de la Restauración" tributa al único Jefe. Bastidas y Toro Chimíes no pueden aceptar —en nombre del pueblo— que tantos sacrificios hechos por el General Castro lleguen hasta su abandono del Poder. Por el contrario, la República no oculta su dolor y preocupación por la temporal horfandad en que la sume la ausencia del bienamado caudillo. ¡Que un plesbicito nacional iniciado en ese mismo día en La Victoria le conduzca de nuevo, en hombros de apoteosis, a su sitial del Capitolio! "Castro —dice la crónica firmada por Víctor Vicente Maldonado— "nada contestó a los oradores y se retiró. El pueblo excitado y poseído de entusiasmo patriótico le siguió hasta su morada y le suplicó que saliera para hablarle". Hace calor; el héroe se seca la abundante transpiración con el casi femenino pañuelito de

olán que lleva siempre en las manos, y responde a los manifestantes: "Decid al noble y heroico pueblo aragüeño que cuando todos los pueblos de la República piensen y pidan lo que él, yo volveré gustoso al Capitolio Federal".

El momento es extraordinariamente tenso y el Concejo Municipal de la ciudad de La Victoria convoca a sesión pública. De allí con bruñidos considerandos emana un acuerdo que se transmitirá a los demás Ayuntamientos del Estado Aragua y por copia telegráfica a los de toda la República, con el objeto de "rogar encarecidamente al General Castro que se encargue cuanto antes de la Presidencia". A la hora en que Víctor Vicente Maldonado transmite estas noticias, más de 5 mil ciudadanos, peatones y jinetes, victorean a Castro como "Padre y Fundador" por las antaño empedradas y soledosas calles de La Victoria. Tanta gritería y fervor patriótico sirve de prólogo a los toros coleados que se capean esa misma tarde.

"¡Qué broma me echó Panchito Alcántara!", debió decir Juan Vicente Gómez cuando llegaron las primeras noticias de la apoteosis victoriana. Porque si él —como dice la jerga criolla— le estaba cuidando fielmente el "coroto" a su buen compadre, no merecía que se le injuriara con la sospecha, ni que se fraguase esta comedia. ¿O es que Panchito quiere ganarse la herencia que la tribu andina obtuvo en las dos últimas revoluciones y suceder a don Cipriano, si ocurre cualquier emergencia? Dos de los Ministros de Gómez, El Dr. Carlos León y el General Arístides Tellería juzgaron muy humillante para Juan Vicente aquella parrafada insidiosa del escrito "Ofrenda a mi patria" y la aclamación insinuada en la capital aragüeña. Por tal motivo —y para que no los usen como alfiles de un juego indigno— estos dos Ministros que cinco años después serán víctimas y eternos proscritos del hombre a quien ahora sirven, optan por renunciar. Y como esas novilladas de La Victoria —con su acompañamiento de discursos estridentes a lo Toro Chimíes— presagian cisma y tormenta, otros favoritos del régimen que han hecho fortuna y se me-

recen un descanso, están proyectando prudentes vacaciones en Europa. Mucho se conversa en los cuarteles y hay cábalas de toda índole. Solo algunos hombres de duplicada astucia y mayor precaución como el General Velutini y el Dr. Revenga permanecen en calidad de esfinges. Y Juan Vicente quien tiene el arte supremo de dominar sus nervios a pesar de las incitaciones que le llegan de todas partes, está dispuesto a disimular más que nunca y "aún a tragar porquería" —según una de sus confidencias íntimas de entonces— para que los intrigantes, los impacientes y los amigos precipitados, no destruyan su capital político. ¡De qué paciencia e hipocresía labriega se reviste en ese instante! La carta que dirige a Castro el 24 de mayo es un modelo de lacrimosa ternura política y un testimonio de buen vasallo que a fuerza de proclamar su modestia y hasta su incapacidad, desea derretir el jupiterino orgullo del Jefe. —¿Qué sería yo sin don Cipriano?, repite como melancólico estribillo a quienes han venido a visitarlo. En la carta quiere hablar a su Jefe "con el corazón, como antiguo y leal amigo". Sufre la mortificación de "imaginarme siquiera que hayan podido llevar a su ánimo la desconfianza de que me haya tentado el demonio de la ambición". ¡No; Juan Vicente Gómez ni siquiera pretende ser político! Repite a Castro que "fue Usted quien me hizo salir de mi hacienda y entrar a la vida pública, y al contraer las graves obligaciones que ese paso me imponían, solo me guió, como único móvil, mi gran cariño, mi sincero afecto por usted". Incita a don Cipriano a que "venga a hacerse cargo del Gobierno y a fijar el rumbo que la República deba seguir".

Pero dentro de la teatralidad castrista está el hacerse de rogar y volver al Gobierno no sólo por el pedido amoroso de Gómez sino por el unánime aplauso de los pueblos. Cada tres o cuatro dias los habitantes de Caracas se sorprenden con un nuevo "Boletín Oficial" que contiene la correspondencia ora tierna, ora reticente, de los dos Generales. Con uno de aquellos folletines de amor que publicaba por entonces "El Pregonero" y donde alternaban los lances, los reveses y las reconciliaciones pudiera compararse esta correspondencia presidencial, la más cursi y ramplona que recuerde nuestra his-

toria política. Un almuerzo a que Gómez convida a Castro en Los Teques el día 28 de mayo para desvanecer toda atmósfera de recelo, es desechado por don Cipriano quien ni siquiera da respuesta al convite. Como personajes de novela romántica, ambos Jefes se han puesto a escribir sobre sus mutuas "decepciones". En impertinentísimo mensaje del 27 el Restaurador propone a Juan Vicente "mientras se reúne el Congreso que habrá de conocer de mi renuncia que le acepte estar a su lado desempeñando su Secretaría privada para proceder inmediatamente a la reorganización de la República". —Ya esto hay que conversarlo y aclararlo de frente con mi Compadre, como cuando nos reuníamos en la hacienda de Bellavista, sin cruzarnos papelitos y sin que se metieran por medio los doctores— dice rudamente Gómez; y con la sola compañía de su Edecán Galavís parte a La Victoria a conferenciar con el Caudillo.

Allí se perfecciona la gran farsa nacional de la Aclamación. Castro tornará a Caracas entre palmas y laureles, pero solo después que una gran Asamblea plesbicitaria con representantes de todas las regiones del país, le entregue los públicos acuerdos en que se le invita a encargarse del poder. Desde la capital de Aragua, Panchito Alcántara está telegrafiando a los otros Presidentes de Estado para comunicarles la "imperiosa necesidad de vencer la resistencia del General Castro a reasumir la primera magistratura". Y como un Esaú impaciente que acaso quiera ganarle a Gómez derecho de primogenitura sobre el porvenir, Alcántara fija el orden del desfile nacional que deberá llegar a La Victoria el 11 de junio a rendir a don Cipriano la mirra, el incienso y la indignidad de todo el país. "El Constitucional" que está tejiendo cada día nuevas guirnaldas de prosa aúlica en honor del "Aclamado de los pueblos", informa del itinerario de los delegados desde los extremos de la patria hasta la "Ciudad Santa de la Restauración". Casi es trágico y conmovedor el viaje de algunos de esos plenipotenciarios de la lisonja. En aquel país —tan mal comunicado— los representantes del Estado Bolívar realizaron el "record" de ponerse en una semana, empleando los más varios transportes, desde Soledad hasta la capital ara-

güeña. Atravesaron a caballo parte de los llanos de Barcelona; en el puerto de Guanta —a falta de vapor— se metieron en un miserable falucho que los dejó dos días después en La Guaira; llovía torrencialmente y se habían producido grandes derrumbes en el ferrocarril a Caracas, lo que les obligó a cabalgar unos cuantos kilómetros por la cordillera avileña y tomar el tren de mañanita para La Victoria. De otras regiones como Táchira, Trujillo y Mérida no era posible enviar delegados por la distancia, ya que se quería que la asamblea coincidiera con el aniversario de una de las más sonadas batallas castristas: la del Zumbador. Se amañaron, por ello, actas telegráficas de esas comarcas andinas que conducirían a la "ciudad santa" caballeros oriundos o de larga residencia en Caracas como Revenga, Carnevali Monreal, Bernardo Guzmán Blanco y Eduardo Montauban. Hombres inteligentes, figuras destacadas de la Ciencia, las Letras o la Economía nacional: un Razetti, un Alberto Smith, un Herrera Irigoyen, un Muñoz Tébar, el viejo pintor Emilio Maury, el poeta Andrés Mata, iban a confundirse con notorios sinvergüenzas en los embanderados wagones que les conducen a La Victoria. Alcántara recibe los plenipotenciarios con elegancia de Condestable. Otra vez —como el 23 de mayo— niñitos de las escuelas conducidos por sus hambreados maestros vivearán al "Aclamado"; recitarán poesías y cantos, y otra vez el inevitable Sr. Toro Chimíes obliga a su musa a parir nuevas hipérboles. El cortejo final a don Cipriano para que diga el "sí" a un pueblo postrado de rodillas, ocurre el día 11 de junio al instalarse en La Victoria la gran asamblea aclamacionista. Con mayor seriedad que la que pediría su farsa, los delegados entregan pliegos y estudian credenciales; forman Junta directiva y elaboran un acuerdo que intenta interpretar el unánime voto de la nación. Sobriamente el Dr. Muñoz Tébar como Presidente de la Asamblea plesbicitaria se lo va a comunicar a Castro, y para eludir —con cierta discreción de ingeniero— un discurso de mal gusto, le pasa otra vez la palabra a Toro Chimíes quien se ha trocado en bombarda mayor de la fiesta. Son las doce del día; hace un calor de 30 grados y el entusiasta orador aún vuelca epítetos sobre su

ídolo. Castro ya no es sólo el "siempre vencedor jamás vencido", el "Salvador de la Patria", el "Máximo Caudillo", el "Restaurador", sino ahora también empieza a llamarse "El aclamado de los pueblos". Los votos que se siguen leyendo de municipios y capitales de Estado, parecen los alaridos mágicos de un "Vodú" conjurando al peludo animal totémico. Y ya —para que la República respire después de tanta espectación— don Cipriano da la promesa de que el 5 de julio estará de nuevo en el Capitolio. Después de tanta tensión y comedia, la República puede exhalar un enorme bostezo liberador.

La situación interna e internacional es aún inquietante, pero el país casi no lo sabe porque prefiere "hebetarse" en las fiestas de la Aclamación. Hay de nuevo una ruptura de relaciones diplomáticas con Colombia; siguen refunfuñando los Estados Unidos por el enojoso asunto del Asfalto y los periódicos franceses escriben horrores contra don Cipriano quien al expulsar a la Compañía del Cable, ha roto de hecho nuestra comunicación con las "naciones civilizadas". Más de todo ello apenas se susurra o desaparece, ante el estépito de flores, músicas, arcos triunfales y discursos de orden que se vienen ofreciendo a Castro desde La Victoria y que culminan con la entrada a Caracas el 5 de julio. Más de sesenta páginas llena la descripción de los festejos en el volumen VI de "Documentos" de Tello Mendoza. Cornucopia de tropicalismo más florido y adjetivado que el que se arrojó sobre el "Restaurador" en su viaje del 905 a los Estados del Centro, Sur y Oriente de la República. El propio don Cipriano da la nota más alta con la bombástica alocución con que saluda a los caraqueños, Comienza inquiriendo "¿cuál es ese rumor de águilas caudales que de todas partes de la República vuelan a posarse sobre la empinada cordillera, para desde allí entonar cánticos de alegría y pregonar ante la faz del mundo que ha llegado la hora de la redención de Venezuela?". Y no cavila en dar la respuesta: "Es el gran plebiscito nacional

que constituye la voz de todo un pueblo". Se auto-califica "no sólo de iniciador y preparador de esta grande y meritísima obra, sino el consagrado para entrar con paso firme y seguro a su final realización". Hasta Gumersindo Rivas se excusa de "no dar sino una débil pincelada sobre el trascendental suceso porque agobiados por el más abrumador de los entusiasmos y suspenso el espíritu ante la apoteosis insólita, es imposible describir lo que tiene el prestigio de aquello que el espíritu contempla por vez primera". Advierte —llevado de su impudicia— que ni la solemne entrada de Bolívar "después de haber libertado pueblos y creado naciones soberanas, llegó a tener tan alta magnificencia". Todos los estamentos sociales: la Iglesia, los militares, los empleados públicos, la Masonería, el Comercio, las Academias de la Lengua y la Historia se hacían representar en la recepción. Hay según "El Constitucional" momentos tan sublimes como aquel en que al llegar a la Plaza Bolívar, don Cipriano salta bruscamente de su carroza; interrumpe el desfile y avanza como a dialogar con el bronce del Padre de la Patria. Sólo un niño estaba, en ese momento, al pié de la estatua. Y la trilogía sublime: el Libertador, el Restaurador y el niño inocente —testigo asombrado del coloquio de los titanes— inspira al poeta Rafael Angel Arraiz un poema en prosa que el periódico de Gumersindo publica con expresivas loas.

Pero del neoclasicismo grotesco de los arcos de triunfo, la voluptuosa Caracas pasa a inundarse de champagne en los grandes bailes de la temporada que comienzan el 5 con el sarao de la Casa Amarilla; continúan con el del Club Concordia y finalizan con el muy solemne en que se inaugura el Palacio de Justicia el día 16. Entre baile y baile, la Compañía de ópera de Cirino y Borghese ofrece a los caraqueños varias funciones de ópera. "Lucía", "Fedora" y "Los Puritanos" son las obras que Andrés Antón —especie de Consejero musical del régimen— ha recomendado para una subvención del Municipio. Se reparten palcos y balcones de favor a los empleados públicos y a las familias que puedan llevar muchachas bonitas. Modistas, peinadoras, floristas y propietarios de coches de lujo no cesan de ganar dinero en aquellos días

Castro en traje de ceremonia.

casi pompeyanos. Para la fiesta del "Palacio de Justicia" según informa "El Constitucional", están contratados desde muchos días antes todos los landós y victorias de que dispone Caracas. El Maestro Pedro Elías Gutiérrez ha de estrenar su vals "Aclamación". Y en las escaleras y corredores, se han esparcido retratos y bustos de Castro "entre cintas de luces multicolores y minúsculos jardines de rosas". Las "cuadrillas de honor" que son el número más ornamental de estos saraos, parecerían perfectas con tan hábiles capitanes que las inician como el General Alcántara, el Dr. Paul, el Dr. Carnevali Monreal, el Dr. Razetti, el señor Ramella, si en medio del adiestrado conjunto, no irrumpiera la figura frenética del Restaurador dando unas zapatetas bastante desacompasadas. Juan Vicente Gómez, en cambio, prefiere ver el baile desde una poltrona o a las puertas del salón sumido en su cautelosa taciturnidad de labriego. No deja de comentarse que don Cipriano transpira mucho, está perdiendo peso, luce muy pálido y con los ojos cada vez más demoníacos. Entre baile y baile pasa a una habitación privada donde un masajista le fricciona de agua de colonia, y a veces llega el Dr. Revenga a ponerle una inyección estimulante. En el nuevo Gabinete de que forman parte Torres Cárdenas en Relaciones Interiores, José de Jesús Paul en Exteriores, Celis en Hacienda, Herrera Irigoyen en Fomento, Manuel Salvador Araujo en Guerra y Marina, Casanova en Obras Públicas y el Dr. Laureano Villanueva en Instrucción, Revenga parece ahora el personaje más importante ya que sabe los secretos íntimos del "Restaurador". Y a ese esfinge de noticias en que se ha convertido el famoso médico, acuden todos los intérpretes y oportunistas de la situación, por ver si desentrañan misterios o aclaran sus conjeturas.

El hecho es que tantos valses, discursos, besamanos y trasnochos quebrantan de nuevo a don Cipriano a fines de ese mismo mes. Los caraqueños se imponen el primero de agosto que ni siquiera le fué posible recibir las cartas credenciales del nuevo Ministro de Cuba, y antè las quejas de éste la Cancillería debió reconocerle por medio de conceptuosa nota en su elevada función diplomática. Ahora bajo los consejos y

dirección de Revenga, el Restaurador marcha a Maeuto a buscar nuevo descanso para sus sobreaclamados nervios. Si el hombre se operará los muy pecadores riñones de Sardanápalo y si hay un médico que se resuelva a hacerlo sin que se anarquice la República, ha de ser el gran enigma entre agosto de 1906 y abril de 1907. ¡Pobre y azotado país que para una población de dos millones y medio de habitantes apenas dispone de mil escuelas públicas a las que concurren 25 mil escolares, un ingreso total de 103 millones de bolívares y 106 millones de egresos! Mientras generales y políticos empiezan a tejer sus cábalas, el país sufre de nuevos monopolios como el de los cigarrillos en que un contratista fantasma —el señor Francisco Chenel— otorga acciones para un pequeño grupo de privilegiados del sistema; el de aguardiente con que se premia a Presidentes de Estado y Comandantes de Armas, el de los fósforos y el del expendio de carne. Aunque don Cipriano no es tan hábil mercader como su codicioso compadre Juan Vicente Gómez, ya se le calcula, sinembargo, un capital de veinte millones de bolívares distribuidos en sus grandes haciendas aragüeñas: Mariara, Tapa-Tapa, la Trinidad; en los hatos y potreros de La Candelaria y Aauca; en 5 millones del monopolio cigarrero, 2 millones en la Electricidad y otros tantos en el Ferrocarril del Táchira.

Dos o tres veces por semana bajan a Maeuto a ver al Restaurador y a conferenciar con Revenga los más afamados médicos de Caracas: Pablo Acosta Ortiz, David Lobo, Adolfo Bueno; algunas veces el Dr. Razetti. En los mejores días, tendido en su mecedora de Viena, cubierta la cabeza con un gorro de que pende largo cordón de felpa, parece un macerado pope oriental o el kedive de una corte islámica. Como promesa por su salud o reparación a la divina Providencia por sus pecados, la bondadosa doña Zoila gestiona un decreto por el cual se reparten a las familias pobres de Caracas los sesenta mil bolívares que obtuvo la Nación en el arreglo celebrado con el representante de Matos a consecuencia del so-

nado juicio confiscatorio; y durante el mes de setiembre un Comité de damas los distribuye en los barrios misérrimos de la capital. Cunde la pobreza en Caracas; se han paralizado las obras públicas para las que el Presupuesto del año 1906 calculó alegremente la modesta suma de trece millones de bolívares; se están pagando con la restricción de gastos, parte de las obligaciones internacionales previstas en los Protocolos de Washington, y muchos caraqueños sin esperanza ni destino ven pasar los lívidos días con su taza de café "guayoyo" y su panecillo de a centavo.

Por si la enfermedad de Castro se tornase irremediable y se produjese el deceso, ya muchos personajes se preparan o emboscan al agüaite de hipotéticas situaciones. También la política —en este país tan azaroso— tiene la enmarañada técnica de los "tiros de cachito" disparados en la oscuridad. Y desde fines de 1906 se perfilan más las cábalas y grupos en torno de Alcántara; de Revenga que al tomar el pulso de Castro parece tomar también el de la República; de Juan Vicente Gómez. Altos oficiales andinos de la guarnición de Caracas se citan a misteriosos conciliábulos nocturnos como preparándose o precaviéndose contra aquello que —según los más recelosos— pudiera ser una San Bartolomé de gentes de la montaña. Venezuela no supera todavía los prejuicios regionalistas, y los propios deudos del Caudillo están levantando en Macuto una especie de trinchera familiar que comienza a cerrarse para los que no pertenecen al pequeñísimo clan grato a doña Zoila y autorizado por ella. —"El General no recibe", se les dice con frecuencia a los propios Ministros. Durante la enfermedad de Castro doña Zoila parece recobrar su dignidad de esposa ofendida y anhela sancionar con la reticencia y el silencio, a los cortesanos del "Restaurador" que, según ella, le lanzaron al libertinaje. Solo Juan Vicente Gómez a título de compadre y coterráneo y de hombre que no participó en las orgías castristas, logra vencer ese círculo cerrado, y como buen Bertoldo rural pasa largas horas en la tertulia de doña Zoila conversando de las cosas más inocentes: de sus sembrados de yuca y frutos menores, de lo que le producen las vacas y de su nostalgia de regresar a aquel

lejano campo del Táchira de donde solo logró moverle el respeto y veneración a su Compadre. —¡Yo no sirvo para estas cosas!, repite siempre Gómez como un estribillo. Y tan permanente actitud de simpleza, su fingida y calmada obediencia, hacen pensar a doña Zoila que entre tantos seres intrigantes y diabólicos —los mismos que le corrompieron a Cipriano— solo Gómez sabría portarse con la primitiva lealtad de un medianero o caporal de los Andes, ante su orgulloso patrón. Recados y "encarguitos" que doña Zoila o su fidelísima acompañante doña Elvia Gallegos no se atreverían a confiar a nadie más, lleva Gómez de Maiquetía a Caracas o viceversa. Y ocurre la paradoja que mientras don Cipriano continúa refunfuñón y colérico con Juan Vicente y se entretiene en la compañía de sus valencianos y caraqueños, doña Zoila le dispensa toda protección. Aun Gómez le aconseja sobre pequeños negocios que ella puede hacer, sin necesidad de informar a Don Cipriano.

Pero el muy zamarro Juan Vicente no ha podido evitar ciertas manifestaciones estruendosas de sus amigos, familiares y partidarios. Como una calamidad ha caído en Caracas cierto primo suyo de turbulentos antecedentes y guapetonería bárbara, llamado Eustoquio Gómez. En su rudo esquematismo mental Eustoquio es de aquellos que creen que la Revolución del 99 dió a los montañeses de los Andes un feudal derecho de primacía sobre toda la República. Para Eustoquio sólo los que nacieron allá y pronuncian unas sílabas chasqueantes que contrastan con el habla blanda y relajada de caraqueños y costeros, son los únicos machos, dignos de crédito. Aún el régimen andino de don Cipriano no acaba de satisfacer a Eustoquio porque hay muchos centrales y orientales encumbrados en el Gobierno y a Castro le gustan en exceso los discursos. "¡Gobierno manda pero no discurre!" es la primaria filosofía de este condotiero salvaje. El expulsaría a poetas y oradores de toda República bien organizada. Le incomoda particularmente que siendo Caracas una ciudad conquistada por los andinos, la esté rigiendo un doctorcito oriental como Luis Mata Illas quien varias veces ha ordenado requisar las armas que lucen en forma desafiante los broncos

guardaespaldas de que Eustoquio se acompaña en sus correrías caraqueñas. Y la noche del 27 de enero de 1907, mientras el Dr. Mata bebe su vaso de brandy con unos amigos en el muy concurrido "botiquín" de Puente Hierro, insurge Eustoquio con sus oficiales dando vivas al General Gómez, y en actitud de desafío al Gobernador. Como gallardo paladín, Mata se pone de pié para hacer frente a los manifestantes, mientras el propio Eustoquio vacía a quemarropa su revólver. Escapando de las fuerzas del General Avelino Uzcátegui que han seguido a perseguirle, Eustoquio y sus hombres —como gavilla de cuatreros— huyen por el camino de El Valle. Y al día siguiente cuando se tributan solemnes exequias al Gobernador fallecido, Caracas se pregunta ante la multitud de rumores, si han comenzado las vísperas de otra Revolución.

Castro que ha firmado con pulso febril el decreto de honores a Mata Illas y de su sustituto en la Gobernación, General Domingo Antonio Carvajal, muerto también de modo súbito, toma en esa última semana de enero una resolución heroica: contra el consejo de los médicos que le dicen que todavía su dolencia puede aguardar antes de entregarla al cuchillo del cirujano, decide llamar al Dr. Revenga y ordenarle que prepare la intervención quirúrgica. —O fallezco en ella u obtengo la salud, para dominar de nuevo enteramente esta Venezuela que comienza a tornárseme anárquica, debió pensar el Restaurador. Y la gran quinta de Macuto huele a éter y hierve de temores y presagios, la mañana del 9 de febrero de 1907. Los Doctores Eduardo Celis, Pablo Acosta Ortiz, David Lobo, José Antonio Baldó, Adolfo Bueno, Lino Arturo Clemente se pasean por las habitaciones interiores con sus antisépticos batones blancos. José Rangel Revenga lleva el bisturí. Largos minutos de pánico y silencio mientras acontece el acto quirúrgico. Juan Vicente Gómez que está un poco mohino y avergonzado por las criminales peripecias del primo Eustoquio, se hace representar en la antecámara de doña Zoila por sus hermanas Regina e Indalecia. A las 11 y 30 minutos, ya el Dr. Revenga acompañado de los

otros médicos, comparece de nuevo en el corredor anunciando que la intervención resultó feliz: el Restaurador tiene un pulso normal y no debe interrumpirse su reposo.

Y demostrando cuán fuerte hombre es, el 18 de marzo siguiente don Cipriano torna a Caracas a mandar de nuevo desde el Palacio de Miraflores. Gumersindo Rivas comenta en "El Constitucional" que si Castro "está un poco delgado, le sobra espíritu; ese espíritu que no perdió nunca y que le ha colocado por encima del nivel de todos sus contemporáneos". No sólo felicita al Restaurador, a sus familiares y amigos por suceso tan bonancible, sino "al noble, abnegado y altivo pueblo venezolano" que veló fiel y quieto en torno de aquella salud inestimable.

XVII — EL RIÑON SUPURANDO

Como habrá de verse el cuchillo de Revenga apenas alivia a don Cipriano durante algunos meses, pero vuelve a retoñarle y envenenarle la pus de la viscera enferma. Nunca como en esos 19 meses que median entre el regreso de Macuto en abril de 1907 y la partida para Europa en noviembre de 1908 parece un neurótico personaje de Suetonio; un César enfermo de fiebre y hastío. En su providencialismo piensa que él —como Bolívar— también puede desafiar la naturaleza y pasa —con frecuencia— de la euforia a la depresión. Desde su ruina física sigue alardeando virilidad y coraje como un Sultán doliente pero aún seguro de su poder divino. Históricamente ya parece haber cumplido su misión y nada que no sea monótono y rutinario —hasta su jactancia— acontece en la desvalida Venezuela de esos dos años. Hasta una sonada jira a Barquisimeto repite los mismos discursos, las mismas músicas y banderolas, las mismas fiestas cursis de las anteriores a Aragua y los Llanos. Ya la nación le conoce en exceso sus gestos, sus latiguillos y sus mañas. Y casi sin esperanza de medrar (porque el círculo de favores y negocios se ha ido estrechando, y el arruinado país no da para más despojo) muchos aduladores como bufones cínicos, tal vez conscientes de su ridiculez, repiten las mismas pantominas. Con humor sombrío, Morantes se entretiene en recoger esa cosecha de trucos, adulaciones, floripondios e indignidad demasiado conocida. Con el desayuno de cada mañana, con los panes de Montauban y de Ramella, con la leche acuosa de los vendedores isleños, con el pedazo de queso llanero en cuyos grumos salados quedaron presas las moscas de la quesera, entra a todas las casas la torpe miel rancia de los editoriales

de Gumersindo. Es la tragicomedia de un país estancado, sin legítima jerarquía, sin esperanza, donde el riñón supurante de don Cipriano se ha convertido en símbolo de la putrefacción colectiva, del agotamiento de los años de guerra civil, de la Administración sin técnica, de la rebatiña, violencia e ilegalidad que se habían tornado crónicas. Y para mejorarnos o cambiar ya muchos doctores pensaban en las recetas de un brujo llamado Juan Vicente Gómez. Acaso para continuar integrándose —así como los países europeos necesitaron digerir en el comienzo de su historia una inmensa ración de bárbaros— Venezuela debía también asimilarse aquellos capitanes de horda que en los días de Castro y de Gómez desplazarán a los inteligentes y a los cultos, del poder político. Durante largos lustros el país casi se olvida de pensar, o piensa —de acuerdo con la mente rural de los jefes— en el gallo de pelea del General o en ser compadre del Comandante de Armas para que no le lleven a la cárcel. Y la derrota peor es aquella en que se eclipsa toda conciencia moral, todo sentido de sanción colectiva.

El año de 1907 comenzó con un suceso escalofriante: el asesinato del General Antonio Paredes y de diez y seis guerrilleros suyos a bordo del vapor "Socorro", en aguas del Orinoco. Se atribuye al propio Castro haber dado la orden, mientras revolvía en la almohada la cabeza febril, una de las más sofocantes tardes de Macuto. O bien pudo ocurrir que una explosión de cólera y casi las palabras inconexas del "Cabito" en su peor momento, fueran interpretadas al pié de la letra por el Coronel Jesús García, villano ejecutor del crimen. Castro no era precisamente sanguinario; casi siempre demostró generosidad con el vencido y parecía inclinado a concederles un perdón sazonado de retórica, después de mortificarles y humillarles en cualquiera de los tenebrosos presidios del régimen. Sin embargo hacia Paredes —el orgulloso paladín de Puerto Cabello en 1899— acendraba mayor inquina que contra cualquiera de sus opositores. Alma insatisfecha, terriblemente franca y caballeresca, Paredes siempre se expresó de Castro con el mayor menosprecio. Su propia educación y cultura aristocrática, el sentirse intérprete y

vengador de un gran linaje, le predestinó a una vida altiva y errante, demasiado elevada e incomprensible para los caciques semi-alfabetos y elementales que condicionaban la política nacional. Que hubiera estudiado en Saint-Cyr, que leyera en la respectiva lengua a los clásicos de Inglaterra y Francia, que prefiriera un libro a una botella de brandy, forjaba en torno suyo un halo de superioridad y casi de irritante extrañeza, como el que rodeó la azarosa vida de Francisco de Miranda. Se querelló con Matos en plena Revolución Libertadora al exigirle que le reconociera, de inmediato, superioridad técnica e intelectual sobre tantos veteranos del despojo y las cargas de machete que pretendían alzarse con el Estado Mayor. Rumió varios años su cólera y amargura de proscrito, y cuando ya hasta Rolando estaba apaciguado por el Restaurador, intenta con un puñado de guerrilleros suicidas un asalto a la costa oriental. En los húmedos arcabucos de El Rosario, en el Estado Bolívar, como fantasmas barbarizados y palúdicos les sorprendieron los perseguidores castristas. Paredes, para estos hombres, era pieza de caza mayor. Amarrado se le condujo con sus acompañantes hasta el pueblo de Barrancas y luego al vapor "Socorro', que comandado militarmente por el siniestro García, se internaba en el gran río. Allí, en la madrugada del 15 al 16 de febrero, el avieso militar dió la orden de fusilamiento. Cuando en hipócrita gesto de piedad postrera, un soldado se acerca a vendarlo y otro le ofrece un vaso de ron, Paredes desgarra violentamente el pañuelo, rechaza la bebida y dice a sus asesinos: "Eso queda para los cobardes y borrachos. Se equivocaron de hombre". Y poniendo altivamente el pecho a las balas, muere diciendo: —¡Cipriano Castro, maldito seas!".

Un gélido estupor conmueve el país. Se cuela como aire malo en las solariegas casas de Caracas donde el gallardísimo Paredes entraba con su prestigio de infanzón; desconcierta a muchas gentes que soportaron el servilismo y la indignidad, pero se aterraban con el crimen. Manuel Díaz Rodríguez cuenta de un poeta que al saber la noticia, fué a llorarla —simbólicamente— "al pié del bronce del Libertador". Con un Bolívar cuyo destino se hubiera truncado en sus expedi-

ciones por el río Magdalena, el año 13, al comienzo de la gran aventura, comparaban los caraqueños el triste fatum de aquel hombre desaparecido en su hora de mayor esperanza. Pero la suerte de la nación no se inclinaba del lado de Paredes (ya comenzaba a debilitarse la estrella de Castro) sino de un hombre pesado y taciturno, de encapotados ojos de paquidermo, a quien desde el mes de abril se vió como principal acompañante de don Cipriano en los paseos en coche que daba cada tarde por las nuevas y arboladas calles de "El Paraíso". Otra vez —como en los días de la hacienda de Bellavista— ambos Compadres están dialogando solos, y la aparente sumisión y fidelidad de Gómez quiere hacer olvidar los broncos y recientes desafíos de su primo Eustoquio.

Los diplomáticos, en masa, prepararon las más pulidas frases protocolares para felicitar a Castro por el restablecimiento de su preciosa salud. Sin embargo, en sus reuniones íntimas comentan los nuevos altercados internacionales que parece azuzar la escasa compostura de "El Restaurador". Este —más lleno de recelos que en ningún momento de su poder— está cambiando jefes de guarniciones, mudando oficiales de un sitio a otro y constituyendo un Gabinete más teñidamente personalista, en que lleva la voz cantante el enano verboso que se llama el Dr. López Baralt. Ministro de Guerra es el General Diego Bautista Ferrer, quien según las malas lenguas casi se dejó vencer en Tocuyito y pasó de la intimidad de Andrade a la del futuro "Restaurador".

Los yanquis no se resignan a sentencia tan poco "panamericana" como la que el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal impone a los asfalteros de Guanoco. La multa alcanzaba a la altísima suma de 24 millones 178 mil 138 bolívares y 47 céntimos. Con arrogancia simplista, el orgulloso Tío Sam no quiere detenerse a pensar que la mentada compañía ni siquiera cumplió las cláusulas del contrato de 1885 y que le fué comprobada su complicidad con Matos. Se consideran, sencillamente, víctimas de una burla. Ellos alejaron de Venezuela en 1903 la amenaza del bloqueo; por medio de los protocolos de Washington actuaron como discretos negociadores para frenar la cólera de las otras po-

tencias, y a la hora de las liquidaciones —cuando podían esperar más cortesía y agradecido trato— Castro castiga de este modo al capital inversionista. ¡No fué de esto, sino de la cooperación económica entre las Américas, de lo que se habló en la Conferencia Panamericana de México en 1901 y en la de Río Janeiro en 1906! De otra manera está tratando a los inversionistas el viejo dictador mexicano Porfirio Díaz y el guatemalteco Estrada Cabrera. Y que no diga el malcriado gobierno castrista que en nuestro país las sentencias de un Juez solo pueden ser modificadas por las de una Corte Superior. El argumento montesquiano de la separación de los poderes públicos, en Venezuela resulta un escarnio. Todo el mundo sabe que el omnímodo "Restaurador" remueve jueces y cortes enteras a su arbitrio. Ha de seguir durante más de un año un cambio de notas "in-crescendo" que logrará su clímax en la del 20 de junio de 1908 suspendiendo las relaciones diplomáticas. A las cuentas de Venezuela los americanos oponen otras; y con ánimo de aumentar el agravio ahora reclaman al Gobierno venezolano hasta la expulsión del territorio nacional de tan conocido caballero de industria como A. F. Jaurett. Si para cobrarse y castigarlo, los Estados Unidos no podían derrocar entonces y visiblemente a un Presidente de Venezuela —como fué la fórmula soñada por Mr. Bowen en 1905— ya Castro había merecido el anatema del Tío Sam que habrá de incomodarle por el resto de su vida. Por lo poco que se ocupan de los asuntos hispanoamericanos, los periódicos de Nueva York ahora hacen frecuentes referencias a Castro llamándole "tirano inmoral". Y esto de la "inmoralidad" podría ser argumento de gran validez ética para los inversionistas puritanos. Si Estados Unidos se metió varios años en Cuba con el higiénico propósito de matar zancudos y extirpar la fiebre amarilla, ¿por qué no podrían intervenir también en Venezuela para librarnos de las malas costumbres de don Cipriano?

Con motivo de la reciente Conferencia de Arbitraje de La Haya, los periódicos vuelven a hablar con patética insistencia sobre la "Doctrina Castro". A aquella reunión mundial de juristas, nuestro Gobierno mandó a hombre tan versado y de tan fino epicureismo como el Dr. José Gil Fortoul. Discurrir sobre la paz y la concordia entre los pueblos, de las obligaciones jurídicas que frenen el ímpetu de las grandes potencias, era quizás la única ocupación honorable que pudiera desempeñar el escritor y jurisconsulto de tanta talla que había escrito la "Historia Constitucional" de un país regido por la fuerza. Como si en dicha reunión internacional quisiera adelantarse en cuarenta años la odiosa tesis del veto de los "grandes" sobre las naciones pequeñas, no dejaron de decir los representantes europeos que también en la Corte de La Haya era necesario distinguir y clasificar los países de acuerdo con su poder y categoría. Los más ricos y poderosos tendrían representación privilegiada en los tribunales de "presas" y "arbitraje". Todavía la proposición no estaba aprobada; apenas la hacían circular las agencias cablegráficas, y ya don Cipriano reaciona con cólera y dentellada indígena. ¡Qué ocasión de hacer un gesto y aparecer, gratuitamente, en todos los periódicos y gacetas de Europa! Gil Fortoul gozaba de las delicias veraniegas de la playa de Scheveningen donde se habían reunido los conciliadores del mundo, cuando recibe un violento telegrama del Canciller venezolano —por orden de Castro— con el mandato de abandonar los bancos de la Conferencia con sus compañeros de delegación. Simultáneamente don Cipriano daba al corresponsal de la Prensa Asociada en Caracas, señor Willian H. Phelps, unas enérgicas declaraciones, erguido ya como adalid de los países pequeños. Traduciendo su tesis a lengua franca, comparaba la odiosa proposición con un banquete donde los jefes de Estado de las naciones pequeñas solo tuvieran acceso a la antesala o a la cola de la mesa. En el terreno internacional, según vibrante consigna de don Cipriano, "cada nación es lo que quiere ser".

Y el grado de coraja y dignidad de los pueblos importaba más —para su alma de guerrero— que las cifras de riqueza y de población.

Gil Fortoul que no quiere salir de Holanda con las maletas en la cabeza, contesta por medio de un telegrama hábilmente lisonjero y apaciguador. No es cierto —dice— que tan inicua tesis haya sido aprobada, y el retiro de la Delegación venezolana —en el caso de producirse— significaría una derrota para la "doctrina Castro". Pero, ¿es que hay una "doctrina Castro"? De ello varias veces se habló entre párrafos llenos de florones adulatorios en "El Constitucional", pero ahora proclamada por quien era —quizás— el primer hombre de letras y el primer diplomático de la República, parece merecer una consagración científica. ¡Qué bueno que Gil Fortoul propale esa doctrina Castro salida como intuitiva Minerva de la cabeza del Júpiter andino, entre aquellos barbados profesores de la Sorbona que deberán incorporarla a sus libros eruditos; entre los empingorotados barones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania que representan al Kaiser; entre los fríos tratadistas de Oxford que asesoran a la delegación británica! ¡Que sepan los orgullosos diplomáticos europeos que un casi oscuro caudillo de una modesta república suramericana, ha inventado lo que el César prusiano, el Presidente Falliéres, Eduardo VII o el Zar de todas las Rusias aún no han sido capaces de inventar: una nueva doctrina jurídica! Y para que —según Gil Fortoul— Venezuela "no se aparte del mundo civilizado" y se aplauda a su "Restaurador", don Cipriano accede a que permanezcan sus delegados en La Haya, si el Jefe de la misión garantiza el éxito. El propio Castro da órdenes a su representante en la Conferencia, como si se tratara de responderle de la seguridad de un cuartel. Y Gil Fortoul, que ya ve asegurados sus últimos días veraniegos en Scheveningen, responde: "Salvaremos el principio de la igualdad de los Estados". En las lisonjas de "El Constitucional" durante semanas enteras se habla del "defensor de tan noble principio". Y así como antes aparecían en la primera página del periódico versos de Mata, de Racamonde o de Benavides Ponce; versos para los álbumes y los amores

románticos de la época, ahora da cabida a muy serios y pesados artículos de Derecho Internacional en que jóvenes aspirantes a un Consulado defienden la sabiduría y ecuanimidad de la nueva Doctrina.

El hecho de que en Holanda se hable de los principios de un Dictador suramericano, acaso impulsa al Gobierno holandés a sustituir la mendicante representación diplomática que mantenía en Caracas, servida por un modesto Encargado de Negocios, elevándolo a Ministro residente. Y en Villa Zoila, donde don Cipriano continúa su convalescencia, recibe las credenciales del Señor Van Reus. A causa de la bancarrota que está sufriendo el país, Holanda —por nuestra vecindad con su colonia de Curazao— desea mayor información y vigilancia en los asuntos venezolanos. Casas curazoleñas extienden a Venezuela sus negocios, y llegaron a ser proveedoras y prestamistas del Gobierno Nacional. Sobre el árido y mercader peñón del Caribe, nuestro país vuelca alimentos, ganado en pié, una continua inmigración de deportados políticos, para obtener en trueque licores, muebles, quesos de Flandes. (Aún faltan casi dos décadas para que el holandés Deterding tenga también el condominio de nuestro petróleo). Y Mr. Van Reus se vuelve agente tan activo, que ciertos memoriales suyos sobre la mala situación de Venezuela; la falta de respeto del "Restaurador" por los intereses extranjeros y la intervención drástica del Ejecutivo sobre los tribunales venezolanos que fallaron las sentencias del asfalto, se publican en Amsterdan en un periódico de la conocida Asociación comercial "Hou, en Trouw". El recorte le llega traducido a don Cipriano y estalla en cólera contra Holanda y su Ministro en Caracas.

El episodio —si la Cancillería venezolana y el "Restaurador" tuviesen mayor sindéresis— se hubiera podido resolver en forma discreta, llevando tan solo al conocimiento de aquel Gobierno que el señor Van Reus, por demasiado charlatán, no era persona grata. Pero esto se oponía al espíritu un tanto histriónico del Dictador a quien parecen vigorizar los conflictos. Sentirse acosado por la injusticia de las grandes naciones es uno de sus placeres sádicos. En esos mismos días

—a causa de una disputa periodística entre curas y masones en Valencia— había dictado para calmar a los contrincantes, un bizarro telegrama, teñido de su retórica suigéneris, que "El Constitucional" publicó con el evangélico título de "Amaos los unos a los otros". ¡Ese suave amor es lo que Castro quería enseñar en los debates del mundo! "Como el Maestro sobre el mar embravecido —escribió el diario de Gumersindo— aplaca la ira de las olas en furia, con el bálsamo de su palabra profética". Más el amor universal que Castro recomienda, no puede cumplirse porque hay gentes que le tratan con la alevosía de esos holandeses piratas. "Venezuela se engrandece ante la agresión", era otra frase suya.

Después que al señor Van Reus se le han expedido sus pasaportes, don Cipriano ordena al Ministro de Relaciones Exteriores, José de Jesús Paúl, que se tomen una serie de medidas contra Holanda. Toda nave bátava será sometida en los puertos venezolanos a la más minuciosa e impertinente requisa. Está amenazando —para acabar el comercio con Curazao— en imponer prohibitivo tributo a todas las mercancías procedentes de la Isla. Y corianos, maracaiberos y margariteños que van con sus faluchos y goletas cargados de víveres y verdura a apaciguar el hambre de los insulares, encuentran mil tropiezos para su tráfico. Al crucero holandés "Gederland", que había entrado en aguas de La Guaira a llevarse al Ministro Van Reus, no se le concede privilegio de puerto, y el Administrador de la Aduana, General Santiago Briceño, concita las iras del Restaurador quien le pide la renuncia por haber enviado la comisión del Resguardo en visita a la nave. En Curazao retribuyen con mayor acritud, los actos del Gobierno venezolano. Los periódicos "El Imparcial", "El Amigo de Curazao" y "La Cruz", sostienen una campaña de dicterios contra Castro, que culminará el 25 de julio de 1908 en el motín en que se arrojan piedras contra la casa del Cónsul, obligándole a escapar con la ropa que llevaba, en el primer vapor americano que apareció en la isla. Con la extensa nota de agravios que la Cancillería remite al Gobierno de Holanda el 28 de julio de 1908, se rompen las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Tanta euforia, jactancia y energía que gasta en su polémica con los holandeses y en una inoportuna jira triunfal —con muchos discursos y mucho brandy— a Barquisimeto, repercutirán seriamente sobre su riñón enfermo. Un retrato de aquellos días publicado en la "Revue Americaine" de Pietri Daudet le representa sentado en una mecedora en uno de los corredores de Mirablores, cubierto con el imponderable gorrito de terciopelo que sobre la cara macilenta y las barbas negrísimas, acentúa su aspecto de Sultán exhausto por las fatigas del trono y de los placeres.

Un intermedio de esplendor y vocerío patriótico suscita el descubrimiento hecho en Valencia por el Dr. F. González Guinán del perdido libro de Actas del Primer Congreso de Venezuela y la gloriosa declaración de Independencia del 5 de julio de 1811. Viejo político del más teñido guzmancismo amarillo, colector minucioso de noticias históricas y autor de un librito muy leído en todas las escuelas titulado el "Consejero de la Juventud", González Guinán soportaba en la provincia un oscuro ostracismo del poder, hasta que la Musa de la Historia, revolviendo papeles antiguos salvados de la polilla y de las guerras civiles, le depara tan extraordinario vellocino. Y las manos del viejo político e historiador palpaban el lomo de becerro y las enrevesadas rúbricas de aquel libro heroico: —Francisco de Miranda, Diputado del Pao; El Marqués del Toro, Diputado de El Tocuyo; Juan Germán Roscio, Diputado de Calabozo; Antonio Nicolás Briceño Diputado de Mérida... Podía negociar y salir otra vez a la superficie, asido a esa Acta de bautismo de la República. Que el libro se conociera sólo en versiones impresas y viniese a resucitar con la caligrafía original a noventa y tantos años de distancia, y bajo el Gobierno de Cipriano Castro, podría interpretarse como una de esas coincidencias providenciales que entusiasman al Restaurador. ¿No se considera éste un albacea de los Padres de la Patria? ¡Qué espléndido y auspicioso regalo para su vanidad! El historiador valenciano que a la sombra de los próceres anhela reintegrarse a la ad-

Un ramo de flores ofrecido a Castro en 1908.—El ramo simula un mapa de Sur América con Don Cipriano encabezándolo....

ministración pública, dice a Castro: "Este gran libro es sagrada propiedad de la patria que Ud., su Primer Magistrado, el garante de su paz, el propulsor de su progreso, era el único que podía fijarle su definitivo y perpetuo destino". De "relaciones misteriosas entre la vida de los pueblos y la de los hombres" califica "El Constitucional" el rescate del libro, y afirma que si estuvo perdido casi cien años, era esperando a don Cipriano que vuelve a encarnar los principios y los ideales de entonces. ¿No era otra predestinación que el segundo gran héroe hubiera nacido en un pueblo del Estado Táchira llamado, asimismo, "Independencia"? De tan útiles afinidades entre el pasado y el presente se sabe aprovechar, y emerge como nuevo Fénix del sepulto Liberalismo amarillo, el acucioso historiador valenciano. A pesar de las crisis de su salud, el 5 de julio de 1908 Castro acude al Salón Elíptico a recibir el libro, que según pomposo decreto suyo, deberá guardarse con otros recuerdos y objetos de la época en un Museo llamado de Bolívar. Mientras se construye el edificio, ordena que los documentos se conserven en "un arca sagrada con inscripciones y grabados alusivos a su autenticidad y significativo hallazgo bajo el Gobierno de la Restauración Liberal". Para que su gloria de guerrillero emule y sea copartícipe de la de los Libertadores, manda erigir también otra arca emblemática que conserve y transmita a los siglos su estruendosa proclama del 9 de diciembre de 1902.

Todo esto sería muy bello si el riñón no supurara y en la República hubiera sosiego y abundancia. Pero el año de 1908 será para Castro especialmente fatídico. Una plaga de ratas infestadas de peste bubónica cayeron de un barco en La Guaira, y pronto de las casas humildes del puerto comienzan a sacar cadáveres, víctimas de un mal desconocido. El médico de Sanidad Gómez Peraza da la señal de alarma, y se le lleva a la cárcel porque acaso quiere crear pánico a favor de quienes conspiran contra don Cipriano. El joven sabio Rafael Rangel es enviado al litoral a estudiar la epidemia, y en un primer análisis —que rectifica una semana después— niega que en los bubones se localice el gérmen nefando. Pero mientras los científicos concluyen de deliberar y Gómez Pe-

raza pena en La Rotunda el delito de su diagnóstico, el flagelo tramonta la Cordillera del Avila, viaja en las rústicas carretas que acampan en las puertas de Caracas, en las pulperías y ventorrillos de Catia, y avanza con sus legiones de roedores infectos a corromper la ciudad. Se le ve ya hinchando y carbonizando gentes, en Catedral, en Santa Teresa, en Candelaria y aun en las aristocráticas mansiones de Altagracia. Con la mala higiene de la época se forman degredos y hospitales de aislamiento. En quebradas y albañales se libran combates a piedras, palos y antisépticos, contra los animales inmundos. Se clausuran algunas ruinosas casas de vecindad. Caracas está lela de espanto. Hay fanáticos que colocan a las puertas de sus casas, cierta oración en que se mezclan las invocaciones a Santa Rosalía de Palermo con signos y emblemas supersticiosos para espantar el flagelo. La imagen de la virgen palermitana que ya otra vez defendió a la ciudad —en los días coloniales del Obispo Mondroñedo y cuando el cólera de 1854— de epidemias análogas, se ve invadida de fieles y de promesas.

Las lluvias del caliente octubre —mes de largos días achubascados en la cordillera del Avila, cuando el Guaire crecido se esponja de detritus y por los más varios horizontes de la ciudad: hacia Galipán, hacia Antimano, hacia Catia avanzan escuadrones de nubes sombrías— golpean contra la ventana de cierta alcoba de Villa Zoila, donde el General pasa días enteros como derrengado, entre la depresión y el frenesí. Razetti y el lenguaraz López Baralt, médico y Ministro de Relaciones Interiores, vienen algunos ratos a reanimarle y a ponerle inyecciones. Al fondo del caserón doña Elvia Gallegos vigila las pócimas y los caldos confortantes que a horas fijas deben suministrarse al enfermo. De algunos chismes que le llegan de la calle que interpreta recelosamente, manda a cambiar de un plumazo varios jefes militares. Permanecen aislados y como resentidos algunos amigos suyos, tan públicamente fieles, como Eliseo Sarmiento y Román Delgado Chalbaud. El joven y brillante Condestable Alcántara, el que le sirvió para la gran fiesta de la "Aclamación", se ha ido lejos —víctima, un poco, de las intrigas— al Estado Bolívar. Del grupo va-

lenciano que le organizaba tan espléndidas y libertinas fiestas, varios se marcharon a Europa como olfateando una posible tormenta. Al "Cabito" le duele ahora su riñón y el —quizás inútil— asesinato de Paredes. Le han recomendado para una segunda y radical operación a un cirujano famoso: Israel, quien tiene su clínica en Berlín. En vano por intermedio del Dr. José de Jesús Paúl, Ministro de Relaciones Exteriores, se telegrafía al taumaturgo y se le invita para que —asegurándole los más altos honorarios— venga con su bisturí a Caracas y alivie a don Cipriano. El orgulloso sabio es más difícil de contratar que una Compañía de ópera. Responde que no puede abandonar su clínica y que si don Cipriano lo necesita, que acuda a Berlín. Tan embrollados problemas parecen hacerle subir la fiebre en su cama de Villa Zoila.

¿No le siguió hasta ahora —en el curso de tan novelesca vida— una fidelísima estrella de buena suerte? ¿No llegó al Capitolio —como lo soñaba en Capacho leyendo las páginas inflamadas de "Venezuela Heroica"— y no derrotó a todos los generales que se juntaron a la sombra de los millones y el crédito del poderoso señor Matos? ¿Quid timet? —podría preguntar de nuevo, como César. Y este viaje a Europa, ¿por qué no habría de resultar igual a aquellos que hacía desde el Táchira o de Bella Vista para concurrir a los Congresos, encontrando al volver el mismo mayordomo, los mismos perros guardianes que laten de alegría y al compadre Juan Vicente, quien viene a abrazarlo, terciada la chamarreta, al pasitrote de su mula mora? ¿Quién se le habrá de "alzar" en Venezuela? ¿No fué la "Revolución Libertadora" como un ocaso y liquidación de los últimos y más fieros caudillos? ¿Y por qué aquel caraqueño Guzmán Blanco que como dictador se marchaba a Europa y seguía dominando y transmitiendo órdenes como un latifundista al caporal del latifundio, le había de ganar en viveza, mando y prestigio? Acostumbrado a interpretar ya místicamente su destino, dueño de un país que le toleró todos los caprichos, Don Cipriano no piensa —se lo confesará después, a Gómez Carrillo— que pueda fallarle alguna vez esa protección directa de los dioses. Durante 9 años de laudatoria incesante, Gumersindo y todo el

inmenso coro de aduladores le han llamado el "ungido" y el "irremplazable". "La República es Castro", le han vuelto a decir en sucesión de arcos triunfales, de discursos engolados, de desfiles escolares, en una reciente visita a Barquisimeto. Y este viaje a Berlín acaso sea una "parada" más pequeña que las que lanzó al azar en el curso de su tormentosa vida.

Sin embargo, "al ojo del amo engorda el caballo" —ha dicho bertoldescamente Juan Vicente Gómez en la antesala de doña Zoila, preocupado y fingidamente pesaroso, una de esas tardes. Y que temiera por el viaje de don Cipriano era el mejor indicio de que nadie como él podría conservarle el ya consolidado patrimonio político.

Cuando guiado por doña Zoila entra al dormitorio del enfermo, Castro —que quiere descubrir las más veladas intenciones— parece traspasarlo con sus ojillos febriles. Pero nada se refleja en la sosegada cara boyuna del Compadre; en sus labriegas pupilas encapuchadas. "Gómez —sigue pensando el Restaurador— será siempre un segundón. Tiene alma de caporal de hacienda. Ya está rico, y acaso le gusten más las vacas, los potreros de ceba y las leguas de hato, que el poder político. Apenas sabe leer y jamás le ha conmovido el fuego de un discurso o de una proclama". Además, "es de allá" —recalca doña Zoila quien con su complejo de mujer frustrada, llegó a mirar con horror a los viciosos cortesanos de Valencia y Caracas. Frente a la versatilidad caraqueña, aquella pesada tozudez de Juan Vicente se está trocando en virtud. Y la tarde en que se lo proponen en cerrado cónclave familiar y tachirense, Gómez se excusa, sigue insistiendo en que de cualquier manera hay que traer a Venezuela al médico alemán y logra que le rueden por las mejillas dos gordos lagrimones. A fuerza de disimulo y de cálculo, su candidatura a cuidarle la silla mientras Castro viaja y regresa, emerge ahora, nítida, de las cavilaciones de esos días. Y es tan zamarro, que un espía que le envió Castro disfrazado de sirviente y ordenanza, vino haciéndose lenguas de su actitud discreta y afectuosa fidelidad. La protección y la confianza en Juan Vicente es ahora política de doña Zoila, quien durante la enfermedad del Dictador parece recobrar un preterido dominio

en Palacio. Sobre tantas caras nuevas, volubles y acaso traidoras Juan Vicente vuelve a ser el fiel amigo de la provincia; el testigo de tantas horas familiares, allá en los días y noches lejanas de Bella Vista, antes de que el dinero y el poder corrompieran a los hombres. Entonces doña Zoila fué feliz; y por la aparente alma simplota Gómez se les presenta como un criado leal que habrá de guardarles todo, contra la codicia y perversidad de los intrigantes.

En el "Banco de Venezuela" ya están preparando la rumbosa carta de crédito con que don Cipriano se marchará a Europa; entra Manuel Corao a conversar de papeles, acciones y negocios, y se han apartado pasajes en el vapor francés "Guadaloupe" que zarpa de La Guaira el 24 de noviembre de 1908.

XVIII — LA CULEBRA SE MATA POR LA CABEZA

Con el cortejo saludador —caraqueñas de graciosas "aigretes" y largos dijes de oro que les cuelgan de las bordadas blusas y generales de sombrero jipijapa—; ha subido a bordo un hombre feo, de lentes oscuros, cabeza cortada al rape y barbilla en punta que será la mala sombra de don Cipriano durante el viaje, su "jettator" y libelista: el ácido Pedro María Morantes. Ha reunido con parsimonia de tachirense y solterón misántropo los modestos sueldos de Juez en Caracas durante largos años, y se propone escribir en Europa —auto-desterrándose del país— la crónica, las memorias e imprecaciones contra la tiranía. El —tan declamatorio— recogerá en su libro "Cuatro años de mi cartera", el más intencionado y vivido cuadro de aquellos veinte y tantos días de viaje en el vapor "Guadaloupe". Y merced a su implacable curiosidad, sabemos hasta qué leía y conversaba don Cipriano y sus primeras reacciones ante el extraño mundo forastero.

A pesar de estar enfermo, don Cipriano es a veces el turista más locuaz y de mayor apetito entre todos los del barco; forma un corro de contertulios para leerles en alta voz, con entonación de maestro de escuela en día de fiesta del árbol, unas páginas de Flammarion sobre "Los mundos habitados" o de escenas costumbristas y versos del colombiano J. David Guarín, que lo retrotraen a los días adolescentes de Pamplona. A veces conversando, en torno de una frase, concatena una serie de asociaciones fatigosas e inesperadas. Transcribe Morantes:

"Ya está pasando Santa Bárbara; podemos decir que ya pasó; estamos bien, Dios nos proteje; recuerdo que es Santa Bárbara porque el 4 de diciembre la festejan en Rubio; porque ella es la patrona de Rubio. ¡Y pasamos Santa Bárbara y no nos acordamos de ella porque no ha habido truenos! ¿Cómo dice el refrán? ¡Ah, si! Uno no se acuerda de Santa Bárbara sino cuando truena".

Juan Vicente Gómez le fué a despedir hasta el "Zig-Zag" o estrecho cruce de lineas en que se juntaban el tren que subía de La Guaira y el que bajaba de Caracas; hubo abrazos y lágrimas (porque Gómez tiene ahora el llanto fácil) y los cortesanos de los dos bandos: el que se va y el que se queda, vuelven a leer y extienden la gran hoja del "Boletín Oficial" —ancho como sábana— que contiene el melodramático "hasta luego" que Castro envía a sus compatriotas. En el documento dedica esta frase a su Compadre Gómez: "Rodeadlo y prestadle vuestra cooperación como si fuera a mí mismo, y habreis cumplido vuestro deber".

Durante el viaje —según el panfletista— y cuando le asalta alguna duda sobre la fidelidad del sustituto, monologa en alta voz y no oculta a los otros la madeja de sus reflexiones:

—"Tengo confianza en él. Además cuento con toda seguridad con el Táchira, Guayana, Aragua, Coro, el Castillo de San Carlos y la escuadra. Aunque me traicionen los demás, con esto me sobra. Pero, no, no me traicionarán; no se atreverán".

Y prosigue anotando Morantes:

"Después de un momento de silencio, agregó con rencor concentrado: ¡Y si me traicionan, mejor; a mí me gustan esas vainas!".

Apenas ha llegado el barco a Burdeos y en empavesado coche con las banderas de las dos naciones sigue su ruta por tierra, cuando ya los periódicos franceses anuncian el extraño motín caraqueño del 13 de diciembre. El vapor holandés "Gelderland", con notificación de ultimatum, ha apresado cerca de la costa venezolana el pequeño buque "El Alejo". Simultáneamente la cancillería de La Haya publica un comunicado informando que se ve impelida a actuar de esta ma-

nera contra el Gobierno de Castro, en justa reparación de las molestias inferidas por Venezuela a las naves holandesas. Y la ofensa extranjera es motivo bastante para que los caraqueños salgan a la calle; formen grupos tumultuosos en la plaza Bolívar y los gritos contra Holanda se confundan con los primeros "mueras a Castro" y a la tiranía. Próxima está la casa del odioso "Constitucional", y las turbas aprovechan la coyuntura de apedrearlo y saquearlo. También arrasan la muy conocida botica de Thielen —personaje que lleva nombre holandés y está emparentado con el ex-ministro castrista, Tello Mendoza. El hambre y la frustración del pueblo venezolano parece calmarse en estos saqueos cíclicos que a veces acontecen cada treinta años. Los hubo en la reacción contra Guzmán Blanco; al triunfo de la revolución legalista; los habrá en 1908, en 1936 y en 1945. Como una callada esfinge, Gómez permanece metido en su casa del Paraíso y deja al Gobernador de Caracas, Pedro María Cárdenas, el cuidado de mantener el orden público. Así espera gastar a aquel hombre barbudo, valeroso y un tanto austero que era un poco el perro de presa dejado por don Cipriano. Juan Vicente está calculando minuto a minuto, con paciencia de caimán apostado, el instante final de su propio asalto. Y los "amigos" —como Baptista— que en esos días le empujan a la reacción, comentan que parece sumamente indeciso. Acaso le duele el fingido afecto y auténtico temor a Castro.

Cierto misterioso telegrama que se hace circular en Caracas y que muchos consideran apócrifo, ha de darle a Gómez el pretexto que está buscando. Es el mensaje que según la intencionada versión, Castro habría dirigido a Pedro María Cárdenas (el hombre de la rojilla barba mefistofélica) y en el que se contenía esta frase sibilina: "La culebra se mata por la cabeza". ¿Y quién es la culebra? ¿Los manifestantes del 13 de diciembre y sus líderes intelectuales o el propio Juan Vicente? Como un Alejandro con su nudo gordiano, Gómez resuelve que la cabeza de la culebra es, precisamente, él mismo. "Envainar antes que nos envainen", es una sabia consigna de su sabiduría rural. ¡Ya tiene el motivo —que cree muy decente— para insurgir contra don Cipriano! Ahora sí

puede escuchar con más atención los consejos del compadre Román Delgado Chalbaud, del Dr. Baptista, de Eliseo Sarmiento. Con refinadísima diplomacia de condotiero, manda a llamar a Ciudad Bolívar al General Alcántara, su rival en los días de la Aclamación, y ahora resentido con el "Restaurador" por haberle enviado a sitio y posición lejana y subalterna. Y en las pensiones de Caracas —por cuenta suya— se alojan muchos de los oficiales que Castro retiró del servicio y ahora reciben armas de Galavís y de Graciliano Jaimes, mientras llega el momento de reincorporarse en los cuarteles.

También el Canciller José de Jesús Paúl inicia un trato untuoso, lleno de promesas, con el Cuerpo Diplomático, especialmente con el Ministro del Brasil, a cuyo cargo quedaron —después de la ruptura de relaciones— los intereses norteamericanos. A dicho Ministro dicta Paúl —por encargo de Juan Vicente— el telegrama transmitido a Washington en que se insinúa (después de los sucesos del 13 de diciembre) que vengan algunas naves norteamericanas a proteger nuestras costas. Por todo lo virulento que fué don Cipriano, Juan Vicente quiere ser dúctil y comedido con el omnipotente Tío Sam. ¡Ya no más dictadores nacionalistas! Seguirá el ejemplo de Porfirio Díaz y Estrada Cabrera que dominaron sus respectivos feudos sin los dolores de cabeza ni la alharaca internacional que tanto placía al "Restaurador". Que el frente interno que está formado con todos los hastiados de la turbulenta era cipriánica, se complemente con el frente exterior. Parece un zamarro Luis XI conspirando contra el arrojado Carlos el Temerario. ¡Que en él vean las potencias extranjeras un dócil y sosegado guardián de los intereses inversionistas! No buscando camorra, sino mimetizándose y deslizándose, acallando la cólera y las palabras, con prudencia de hacendado que calcula su cosecha, se ha forjado el poder de Juan Vicente Gómez. Ahora el solitario en todas las fiestas, el humillado segundón a quien don Cipriano apabullaba con gestos heroicos y discursos, piensa que la República está al alcance de su boca y sus manos como un racimo maduro.

Cuando llegue la hora de rendir cuentas por la vergüenza de haber llamado al país una flota extranjera, el pobre Dr. José de Jesús Paúl —castrista que con gran celeridad ha querido tranformarse en gomecista— pagará los platos rotos. El mismo Congreso de 1909 que ha de legalizar el gobierno de facto de Juan Vicente Gómez, improbará la gestión del subalterno Dr. Paúl al enviar el telegrama a Washington. Paúl será el triste símbolo de los doctores —que sin cuidar su retaguardia— sirvieron con tan ciega sumisión a los hombres de fuerza. Su canto de cisne de pequeño personaje, acorralado entre dos espadas: la crepuscular de Castro y la nueva de Juan Vicente Gómez, será un tardío folleto explicativo publicado en París en 1912 bajo el título de "El doctor José de Jesús Paúl a sus compatriotas". Pero cuando imprime esta explicación, ya nadie recuerda en Venezuela al pusilánime Canciller de 1908, y Juan Vicente se dedica a ensayar y gastar nuevos doctores. La dialéctica de la Historia nacional es que los caudillos se afirman y los doctores se destruyen pronto.

—¡Atención, Dr. Leopoldo Baptista que en aquellas noches y madrugadas de diciembre —precursoras del golpe del día 19— parece el más sagaz consejero del todavía indescifrable Juan Vicente! Hombre culto y valeroso, el Dr. Baptista a más de su título universitario, personificaba el viejo caudillismo de la región de Trujillo, amenguado y sometido por don Cipriano. Sus amplias relaciones sociales en Caracas casi parecían prometerle la Presidencia de la República. Acaso se hace la ilusión de dirigir a Gómez, como a un paleto de pocas letras, y de guardarse él mismo para futura oportunidad eleccionaria. Y con Baptista comparte en esos días la aparente dirección del arbitrio y voluntad de Juan Vicente, un merideño ambicioso, de singular audacia, como Román Delgado Chalbaud. Como depositarios de un secreto; juntando lo que estaba desunido y en el diabólico placer de una "parada" política en la que cada uno aspira a copar la banca, ellos y Linares Alcántara pasan largas horas nocturnas en la casa de Gómez. Antes de media noche, Juan Vicente abandona tan sagaz y experimentada compañía, y se aleja a conversar en

secreto con sus fidelísimos oficiales Félix Galavís y Graciliano Jaimes. Estos, a veces, le transmiten noticias y llevan recados que ignora el propio Dr. Baptista. Acuden a la casa, en espera de acontecimientos, varios militares retirados, a los que Graciliano armó de cartuchera y balas: los corianos Carlos Borregales, Aníbal Barrios, Ramón Párraga —a quien debemos un relato inédito de aquellos días— y gentes de otras regiones de la República acosados del mismo resentimiento: Manuel Rivas, Pedro Rocha, Jesús Paz, Eulogio Balduz, etcétera. En el trágico avatar de la historia criolla, muchos de los que entonces fueron leales servidores de Juan Vicente Gómez conocerán en los años venideros el tremendo rigor de su justicia: pasarán largos años de cárcel y morirán en la prisión o el destierro.

Desde sus días bélicos de la "Libertadora", a Gómez le placen las sorpresas de la madrugada. Es la hora de los "gallos" y de las grandes "paradas". A las cinco de mañana del 19 esperan a la puerta de su casa las gentes que recibieron la señal. Un largo cortejo de coches empieza a moverse desde el Paraíso hacia el centro de la ciudad, vía Puente Hierro. Duermen todavía los peligrosos comandantes de los cuarteles del Mamey y de San Carlos, cuando ya Gómez hace su recorrido de diana y los ocupa en silencio. Hombres de su confianza van a ocupar la armería. Ya el Gobernador Cárdenas y el rudo Maximiano Casanova, castristas acérrimos, están desarmados sin saberlo. Casi con los porteros que limpian los salones y sacuden las alfombras, entra Gómez a la Casa Amarilla. Suenan los teléfonos que convocan a reunión urgente del último gabinete castrista, que será preso y destituído, sin que los Ministros lo presuman. Cuando acuden personajes como López Baralt; el antiguo Secretario Garbiras Guzmán, el Gobernador Pedro María Cárdenas y el General Casanova, se les requisa y detiene. Cárdenas impreca violentamente a Gómez, ha desenfundado su revólver y avanza a acometerle, cuando le rodean Delgado Chalbaud, Galavís y Eliseo Sarmiento quienes lo entregan a la guardia. Sarmien-

to es el nuevo Jefe de la prisión de La Rotunda y los despacha a poblar sus celdas. En política —es un aforismo del General Gómez— "unos salen y otros dentran".

Baptista, Delgado Chalbaud y Aquiles Iturbe han transmitido las consignas civiles y numeroso público ya hierve en la plaza. Victorean a Gómez y dan mueras a Castro. La policía —en dulce y fugaz tregua— les deja hablar. En la tarde, toda la República conoce que el General Gómez ha reaccionado contra Cipriano Castro. Como diez años antes —cuando la caída de Andrade y llegada del "Restaurador" andino— un grupo de intelectuales: Elías Toro, Angel César Rivas, Manuel Díaz Rodríguez, Eduardo Calcaño Sánchez, se reúnen para pensar sobre la suerte del país. Quieren esa paz, libertad y cultura que se ha venido preteriendo a través de todos los regímenes de fuerza. Conversan con Leopoldo Baptista, con Samuel Darío Maldonado, universitarios como ellos, con acceso a Palacio y capaces de inspirar nuevas ideas al General Gómez. Algunos periodiquitos —como el acre "Sancho Panza" que caricaturiza a Castro y a los personajes que le fueron fieles del régimen anterior— forjan el espejismo de una transitoria libertad. A un sacerdote que morirá diez años después en La Rotunda, victima de todo maltrato y vejación, el Pbro. Régulo Franquiz, le toca el papel de exaltar el nuevo gobierno en artículos de prensa y sonados sermones en las iglesias de Caracas. Glosa en uno de ellos, el capítulo V, versículo 15 del Eclesiastés: "Neque dicas coram angelo: non est providentia". "No digas delante de tu ángel, no hay providencia". Y agrega, sin prever que está exaltando a su verdugo de mañana: "El 19 de los corrientes, Dios ha celebrado un nuevo pacto de amor y misericordia con nuestra amada patria". Tan débil es la fuerza y organización popular, que un pequeño mitin a que convidó "el gremio de cigarreros al pueblo de Caracas y en particular a los estudiantes de la Universidad Central" y que debía reunirse en la plaza de dicho Instituto, es suspendido porque —como lo anuncian esta tarde los propios agremiados— "el General Gómez ha dado la promesa de abolir los monopolios".

Para satisfacer la curiosidad de las gentes, los periódicos publican historias novelescas como la de ciertas cavernas que Castro quería perforar en el palacio de Miraflores en busca de un legendario entierro. También publican el cálculo de las posibles riquezas del Restaurador, apreciadas en más de veinte millones de bolívares. Sobre las acciones del monopolio cigarrero, de La Electricidad, del Ferrocarril del Táchira; sobre las ricas haciendas aragüeñas de Mariara, Tapa-Tapa y La Trinidad; sobre los grandes hatos en La Candelaria y en Arauca habrá de precipitarse el nuevo grupo gobernante y por extraña brujería pasarán en gran parte al patrimonio de Juan Vicente Gómez. Entretanto, sobre el afligido Castro que cura sus riñones en Alemania y le rechazan el pago de su rica letra de crédito, se acumularán demandas sobre demandas. La viuda del General Joaquín Crespo, acude a los tribunales el 30 de diciembre a cobrarle 150 mil bolívares por ocho años de arrendamiento del Palacio de Miraflores, que según el libelo, no fueron cancelados.

El 27 de diciembre llegan a La Guaira el crucero "North Carolina", de 15 mil toneladas, el acorazado "Maine" de 14 mil y el "Des Moines", más pequeño, a vigilar cualquiera revuelta y a expresar la benévola protección de los Estados Unidos a Juan Vicente. Con Gómez las relaciones yanqui-venezolanas parecen iniciarse bajo óptimos auspicios. "Es ignorante en sumo grado y medró en un monopolio del gobierno, pero no es Castro" —es el breve perfil biográfico que traza del nuevo régulo de Venezuela el ponderado "The New York Times". Y agrega: "Salir de Castro "in any way", es bastante para los venezolanos, por ahora". Hay tan poca conciencia nacional en aquellos días, que gentes del gobierno y del alto comercio bajan al puerto a visitar las naves y a rendir pleitesía a Willian I. Buchanam, Alto Comisionado de los Estados Unidos para todas las trifulcas que acontecieran en el Caribe. Buchanam traía el encargo de restablecer la amistad con Venezuela, exhibiendo durante varios días los empinados cañones. De allí surgirá un pacto, en que Gómez —con menos coraje venezolano que su turbulento Compadre— está dispuesto a acceder a todo. Sobre esas grandes planchas de acero, a la

sombra protectora de las barras y las estrellas, piensa erigir con cálculo y tremendo egoísmo, una tiranía no menos metálica. A pesar de la altivez que había enseñado Castro, cunde tan miserable espíritu colonialista que el Dr. Rafael Fernando Seijas escribe una carta pública a Gómez felicitándolo y felicitándose de que "el Gobierno de los Estados Unidos haya enviado bajeles a saludar al puerto de La Guaira y comisionados, portadores de palabras augustas de benevolencia".

Ya todos denigran hoy de quien adoraron ayer; y los mismos congresales de Castro se aprestarán en 1909 a ser los de Gómez, pues la naciente dictadura pretende conservar esa extraña madeja de Ariadna que se llama el "hilo constitucional". Los "avergonzados" y "arrepentidos", olvidándose de las laudatorias "castristas", inician las del nuevo dueño.

Bajo el frío invierno berlinés, con un riñón de menos y con los vendajes de la convalescencia, salió don Cipriano de la clínica. Necesitó notificarle el Banco que por orden de Caracas su carta de crédito estaba cancelada, para advertir la magnitud de las cosas ocurridas en Venezuela. Con su temperamento teatral se siente protagonista de una gran tragedia histórica, y asume ese papel ante el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo en la conocida entrevista del Hospital "Hygleia". Se compara a ratos con Napoleón y acaso se forja la ilusión de otros "Cien días". ¿Pero, dónde están Pedro María Cárdenas y Simón Bello, rudos amigos de quienes esperaba que se levantarían contra Juan Vicente Gómez? ¿Dónde los muchachos del "Cuartel del Mamey" a quienes él mismo regalaba cobijas y varios "fuertes" más en la ración, en los días conflictivos de 1906? ¿Dónde los hombres del Castillo de San Carlos y los de la escuadra y los batallones que había mandado al Táchira a su hermano Celestino, con la seguridad de que le defenderían? O huyeron a la frontera como el pobre Celestino —gallo marantoco de la familia— o esperan en la cárcel con grillos de setenta libras,

atados a los pies, el día distante de la misericordia. ¿Le aguarda un destino errante de escritor de cartas políticas que el Gobierno intercepta y que nadie lee, al estilo del "Mocho Hernández" y del Dr. Rangel Garbiras? ¿Será —como en sus días de juventud— el eterno asilado en Cúcuta, buscando un boquete de cordillera y una noche sombría, para amanecer en el Táchira?

Como un Prometeo castigado por los peores dioses, cubierto de cobijas inglesas, con la gran herida cicatrizándole, le describe Gómez Carrillo. Relampaguean aún terribles los ojos de rey asirio; de casi delirante sátrapa oriental entre las barbas negrísimas. Anuncia castigos y venganzas. Sigue creyendo en su destino. Y no le perdona a Juan Vicente no sólo la traición personal: "Yo le formé", "le di confianza de hijo", "todo me lo debe a mi"; "es un pálido satélite de mi gloria", sino la villanía de haber llamado a una flota extranjera para consumar el despojo.

Estruja entre las manos amarillentas y velludas la comunicación del "State Department", transmitida en cable desde New York, en que se justifica la visita que los barcos americanos hicieron a la costa de Venezuela. Habla la nota de los propósitos de la nueva administración venezolana de "revocar la política que había seguido el Presidente Castro".

"¡Revocar la política del Presidente Castro!". Esto significa que a la Compañía de Asfalto se le eximirá de la multa; los barcos de la "Orinoco" acaso vuelvan a gozar de su leonino contrato, y la Cancillería venezolana indemnice a un aventurero internacional como A. F. Jaurett del perjuicio de haberle expulsado del país. Según las noticias de Venezuela, el Dr. F. González Guinán —el hombre que él desenterró con su perdida Acta de la Independencia para reincorporarlo en la Política— es el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores y se habla de unos "Protocolos de Caracas" que enmendarán cuanto hubo de digno, valeroso y altivo en su conducta internacional.

Arrastrado por la cólera y las palabras, se inclina sobre la cama y como poseso otra vez de su complejo mesiánico, dice al escritor centro-americano:

El "hombre enfermo" en una de sus peores crisis. 1908.

—Yo estaba completando la obra de Bolívar porque si aquél nos libertó de España, yo lo iba a hacer de las demás tutelas extranjeras.

El hábil cronista apunta. Y en un boceto de aquellos días incorpora a don Cipriano en su extraña galería de monstruos, fanáticos, condotieros e iluminados que engendra nuestra convulsa tierra tropical.

XIX — DIOS Y EL DESTINO

Entre diciembre de 1908 y el primer semestre de 1909, los periódicos norteamericanos como "The New York Times" y "New York Daily Tribune" informaron sobre las andanzas del Presidente Castro y transmitieron anécdotas sobre el belicoso y pintoresco personaje. Solo Abdul Hamid, Sultán de Turquía, parecido a nuestro don Cipriano en el rigor de los métodos, las pobladas barbas de azabache y la afición al bello sexo y quien fué derrocado por una revuelta de Jóvenes Turcos, compite con él en sensacionalismo y color periodístico. Es acaso el único político suramericano de aquellos días que merezca los honores de una caricatura como la que le dedicó la muy reaccionaria "Tribune", de Chicago, comparándolo con un Robinson que avista desde un desolado islote la costa a donde nunca podrá llegar, o con un Sisifo con su peña a cuestas. Por la insistencia en ocuparse del tema Castro y según los valiosos documentos recogidos por los historiadores norteamericanos J. Fred Rippy y Clayde E. Hewitt, sabemos como el ex-Restaurador se había hecho absolutamente incomportable para la sensibilidad política de los Estados Unidos. Se le perseguirá con tesón y alarde dignos de mayor causa. Es un poco cómico y tartarinesco que grandes unidades de la flota americana y todos los recursos de una diplomacia acosadora, se desplieguen contra una pálida y atribulada familia de cuatro personas; don Cipriano, doña Zoila, don Carmelito y un hermano político que viajan de regreso en el vapor "Guadaloupe". Eran por una parte los encargos de Gómez que se precavía de la peligrosa vecindad de su Compadre e invocó el apoyo del Departamento de Estado; y por otra la presión de los inversionistas asfalteros que aspiran a volver a

Guanoco y a que se les condone la multa de veintitantos millones, quienes estimulan tan inexorable persecusión. Y Castro, que sembró vientos, recoge ahora las tempestades de cólera que suscitó entre franceses, ingleses, holandeses y alemanes. Llega el momento de pagar los trastos rotos de su jactanciosa política internacional. Muchas veces en sus horas de frenesí y hastío en Caracas anunció contra sus compatriotas "ingratos" tomar "el bordón del peregrino" y ahora —sin que se dé cuenta— está a punto de convertirse en un desolado "Ashaverus" del siglo XX. Vivirá aquel mito del judío errante, tan popular entre los campesinos del Táchira.

A mediados de marzo de 1909, cuando empezaban a florecer los perales de la campiña francesa, acostado todavía en su litera, tomó desde París el tren a Burdeos. Ha apartado pasaje para Puerto España, Trinidad, en el conocido y acaso fatídico vapor "Guadaloupe". Se fijará en la antilla inglesa como aguaitando el instante de saltar a Venezuela. Si antes invadió desde el Táchira, ahora se forja la ilusión de hacerlo desde el Oriente. Y en el peor de los casos, mantendrá en aquella isla su corte de "pretendientes" o de rey destronado. Pero antes de que el trasatlántico levara anclas, cometió la indiscreción de conceder a varios periodistas lo que hoy llamaríamos una "rueda de prensa". "El pez por la boca muere", y nuestro Ex-Restaurador no deja de posar y gritar para la Historia. Como lector de Víctor Hugo y de Vargas Vila se remite, románticamente, al juicio de la posteridad. Aún le acompaña su musulmana fe de califa, y le están brotando ante los maliciosos repórteres palabras teñidas de desusado mesianismo. Así dice y se publicará en los principales periódicos del mundo: "Creo que Dios y el destino me llaman a Venezuela. Me propongo cumplir mi misión allí, aun al precio de la revolución. Como Francisco I, todo está perdido menos el honor".

Palabras bastantes para que Mr. Hutington Wilson, Encargado de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos durante la temporal ausencia del Secretario Knox, acuda con el recorte subrayado de líneas rojas, a presencia de Mr. Taft, nuevo Presidente del gran país. Y las medidas que toma el

Gobierno americano son dignas de Zeus, cuando quiere castigar a Prometeo. Se ordena a los Secretario de Marina y de Guerra, Mr. Meyer y Mr. Dickinson, que se redoble la vigilancia naval en el Caribe. Los cruceros "Montana" y "North Carolina", deben aguardar en aguas trinitarias, por si el turbulento don Cipriano pretende desembarcar en la isla. Se piden amplios informes a Buchanam, que ha sido comisionado naval en Venezuela, y a Russell, Ministro en Caracas. El Embajador americano en Londres, Mr. Reid, va de prisa al despacho de Sir Edward Grey a pedirle la cooperación del Imperio británico contra el temible caudillo. Por ningún respecto debe detenerse en alguna colonia inglesa. Igual gestión —en lo que se refiere a las posesiones francesas— hace el Embajador White ante Monsieur Jusserand. Se mueven asimismo los representantes diplomáticos en Holanda y en Dinamarca, países que poseen también peñones antillanos. La marcha de Castro desde el Atlántico al Caribe se señalará en las cartas náuticas como las líneas de un ciclón. Mr. Taft ordena que su representante en Panamá amoneste discretamente al Presidente panameño Obaldía, de quien se dice que le dará asilo siempre que tenga una actitud comedida y no intervenga en política. Se previene también al dictador nicaragüense Zelaya, que en otro tiempo mantuvo muy peligrosas relaciones con "El Restaurador". Todo una madeja de intrigas y presiones envuelve invisiblemente a don Cipriano, mientras desde el "Guadaloupe" y con la herida todavía en trance de cicatrización, aspira los primeros alisios balsámicos de las Antillas.

Al llegar a Point a Pitre, el Cónsul inglés sube a la nave y le previene que el Gobierno de Su Graciosa Majestad no le permite descender en Trinidad. ¡Desembarcará entonces en Martinica! Se ha instalado días después en una fonda de Fort de France; ha llamado a un médico, Monsieur Bouvier, para que atienda a su herida que con tantas molestias y trajines ha vuelto a abrírsele casi tres pulgadas, cuando un bullicioso despliegue de policía se advierte a la puerta del hotel. Tampoco Francia permite que Castro se instale en su posesión martiniqueña. ¡Brillante oportunidad para vengar el desaire

que el dictador irrogó años atrás al Ministro francés en Venezuela, Monsieur Tagny! Los fantasmas de su vida pasada parecen ahora congregarse junto al lecho de don Cipriano. Las autoridades insulares le ordenan se reembarque para Europa en el vapor "Versailles", que sale ese día del puerto. "Castro —informará a su Gobierno el Cónsul americano en Fort de France— se negó a vestirse y fué sacado de su cama en paños menores y llevado al barco con escolta de policía". Hay en la pequeña ciudad martiniqueña un muy democrático grupo, defensor de los derechos del hombre y del ciudadano, que protesta de la violencia ejercida contra el pobre hombre enfermo. Lo forman algunos políticos radicales-socialistas, varios profesores del Liceo, el propietario del hotel y otros hermanos masones. Defienden con exaltada energía moral la vieja tradición francesa de respeto a la persona, y escriben a París a Monsieur Paul Theodore Vibert, quien denunciará en un pequeño libro tan incalificable injuria. En nombre de la "latinidad", Monsieur Vibert advierte que Francia ha sido demasiado dócil ante las exigencias de los Estados Unidos y que Castro encarnaba —contra las presiones del Tío Sam— el derecho de esos pueblos latinos a gobernarse solos. Pero más que en el sermón jurídico-moral de Monsieur Vibert los franceses que podían interesarse en los temas suramericanos, se solazaron con algunas crueles caricaturas dedicadas a las andanzas y reveses del Ex-Restaurador.

De vuelta a Europa se inician para él los años de diáspora. ¿Qué hacer en París y en el "Hotel Crillon"? Después de las semanas de escándalo sobre su persona, se suceden los días indiferentes en que ni siquiera los periódicos suscitan su cólera o avivan su complejo de perseguido. En Venezuela, muchos de los que fueron sus amigos se acomodan al nuevo orden de cosas, y por el momento —mientras las gentes no prueben bien la crueldad y rigor de Gómez— parece lejana e improbable toda reconquista. Para hablar español y gastar menos —pues su renta está muy disminuida— decide fijarse

en España. A su retiro madrileño siguen llegando malas noticias. No sólo Gómez irguió contra él todas las fuerzas de la traición y desató un asedio internacional, sino ahora quiere legitimarse ante el mundo con una serie de farsas jurídicas. A la Corte Federal y de Casación se presentó el Procurador General de la República iniciando causa contra Castro, no sólo por los abusos del Poder, sino por haber ordenado el asesinato de Paredes, según se deducía de algunos papeles encontrados en Miraflores. La Corte declara que hay lugar para la formación de juicio, y mientras se elabora la sentencia definitiva, el "reo Cipriano Castro" está suspendido e inhabilitado para el ejercicio de la Primera Magistratura. El Ministro de Relaciones Exteriores Dr. González Guinán, lo comunica así a las Cancillerías extranjeras. Y con estos amaños leguleyos, y con los que desplegará, obedientemente, el Congreso de 1909, Juan Vicente queda absuelto de traición; ni siquiera parece haber dado un golpe de Estado, y conduce el "hilo de la legalidad" a través del laberinto tiránico. Muchos de los hombres de la Aclamación recuerdan de pronto en 1909 que una vieja ley de 1890 prohibe que se concedan a los gobernantes venezolanos títulos pomposos, y con tal motivo a don Cipriano se le suprimen todos los adjetivos que adornaban su nombre. Ya no será más "Restaurador", ni "Aclamado de los pueblos". Uno de los que vocifera en el Palacio Legislativo y auspicia los decretos de execración castrista, es el viejo político Manuel Modesto Gallegos, quien le organizaba tan sápidos banquetes criollos durante sus primeros dias de gobierno. Y fué tan lejos Gallegos en la fingida vehemencia anti-dictatorial, que propuso también que se le embargaran todos sus bienes, pasaran a la Nación y se redistribuyeran en remate público. La proposición no tiene éxito porque el círculo de negociantes que ya empieza a rodear a Juan Vicente Gómez y le proclaman agricultor y criador ejemplar —una especie de San Isidro, mezclado de Cincinato de la política— dispone de medios más sutiles y mañosos para que muchos de los bienes de Castro pasen al dominio de su ávido heredero.

Está circulando a comienzos de 1910 una cáustica novela titulada "El Cabito", en que su coterráneo Pedro María Morantes describe a Castro con los colores que Tácito emplearía para juzgar a Domiciano. ¿Soy de esta manera vil y corrompo cuanto me rodea? —debió preguntarse el ex-Dictador al leer el escandaloso relato. Al revés de su Compadre, que no hacía demasiado caso de los papeles, don Cipriano se eriza ante un adjetivo que le injurie y absorbe aquellas páginas de prosa como si fuera un tósigo. No pierde, sinembargo, la fé en si mismo, y recordando el fastidio de entonces dirá algunos años después: "Ya no cabe un nuevo Cristo ni una nueva redención para la Humanidad. Dejemos que el tiempo y el espíritu divino se ciernan sobre nosotros, y así como existe todo lo creado por voluntad del Omnipotente, así mismo se señala el día de la reparación y la justicia". Quizás ese providencialismo —sin asomo de ironía— que siempre se atribuye, le fortalezca en los tres lustros de vida que todavía le aguardan. Es cuando dice que "hasta los ángeles engañan" y "mi única gloria está dentro de mí y mi única satisfacción es saber —como sé— que he cumplido mi deber".

En los primeros meses de 1911, huyendo del invierno madrileño, ha trasladado su domicilio a Santa Cruz de Tenerife, en las Islas Canarias. Allí, en recato y olvido provinciano, quiere pasar una gran fecha que mortifica a su vanidad burlada. Es el año del Centenario de la Independencia venezolana y siempre pensó que lo presidiría. Cuando se hizo la reforma constitucional de 1905 y se alargó a seis años el período de la Presidencia, soñaba llegar con su banda tricolor hasta esos dias gloriosos. En 1908 extendió una serie de decretos preparatorios de la conmemoración. Y que ahora se reúna un Congreso de países bolivarianos en Caracas; que lleguen misiones y enviados de todo el mundo; que las multitudes marchen en embanderado desfile hasta la tumba de los próceres, ¡qué frustrada oportunidad para su retórica y exhibicionismo! Le parece un crimen que sea Matos —que sigue siendo una de sus malas sombras— quien para tal ocasión dirija las Relaciones Exteriores de Venezuela. ¿Y qué sabe de glorias de próceres, de las grandes batallas de la Libertad,

un torpe paleto como Juan Vicente Gómez? A pesar de la quietud de las islas, tiene ese año un nuevo sacudón de su enfermedad. Permanece en cama, en una quinta en Tenerife, durante largos meses. El receloso gobierno norteamericano que continúa sirviendo de centinela a Juan Vicente Gómez, trata de localizarlo en aquellos días en algún lugar de las Antillas, porque suponía que era capaz de perturbar las fiestas venezolanas. Y se comenta —como si fuera un prófugo o un resucitado— la extraña noticia de que los informadores yanquis le localizaron, por fin, en las Canarias.

Ahora tendrá valor para enfrentarse a ese insistente dragón norteamericano que le incluye en la lista negra de los posibles perturbadores en el Caribe. Ha estallado con furia la revolución mexicana, y los Estados Unidos como nación prudente, deben guardar su periferia continental y circunscribir, si es posible, el área de conflictos y desórdenes. Con su pobreza y malos gobiernos, la América Latina está siempre a punto de "balcanizarse". Pero don Cipriano —tres años después de caído— se siente incómodo de esa pesquisa soterrada que contra él cumplen los agentes del Tío Sam. ¿Con qué motivo se le perturbó y se tomaron informaciones sobre su pacífica vida en las Canarias? El año de 1912, después de una temporada en París, visitando médicos para el único riñón que le queda, decide marcharse a New York. Llega a la gran metrópoli el 31 de diciembre, en medio de una gran tormenta invernal. Del vapor "La Touraine" se le baja con escándalo, y le examinan como a una fiera inclasificada funcionarios de Inmigración y de Sanidad. Sin que por su ignorancia de la lengua inglesa alcance a descifrar qué quieren de él, un pequeño barco —de los que hacen el servicio del Hudson— le arroja en Ellis Island, melancólico degredo de aquellos a quienes solo se les permite contemplar de lejos la Estatua de la Libertad. Le siguen examinando el pulso y la lengua. como para declararlo enfermo de algún mal contagioso. Luego le señalan —mientras se arreglan sus papeles, le dice el intérprete— un cuartucho minúsculo donde hay un camastro para pasar la noche. Sigue nevando y el fastidiado don Cipriano se apresta a dormir. Evoca los broncos jolgo-

rios con cohetes, canciones y mistela con que se celebraba el año nuevo, en su aldea andina, durante su lejana juventud. Y los espléndidos Años Nuevos de Miraflores, con su terciada banda tricolor, champagne francesa y besamanos del Cuerpo Diplomático. En días como éste se dirigía al país en resonantes proclamas —inspiradas directamente por él— y corregidas por la prosa empenachada de Carnevali Monreal o de Eloy G. González, oradores de largo aliento. Pero una serie de personajes que parecen desprendidos de una pesadilla, entran cada rato a la habitación, en actitud hostigadora. Se proponen interrumpir su sueño y cortar sus evocaciones. Uno es un mocetón que se quita con violencia la chaqueta; le mira en forma desafiante, profiere unas palabras que suenan a gruñidos en idioma incomprensible, y parece buscar pelea. Otro es un no menos bronco guardia de aduana. Otros son una pareja que abre bruscamente la habitación, casi desgonzando la puerta, y dando entrada al viento aullador. Su malicia indígena anda, sinembargo, más rápida que la estrategia de los perseguidores. —Estos —piensa— tratan de armar una camorra para tener oportunidad de seguirme proceso y meterme en una cárcel por desacato a la autoridad. Y como indio zamarro se vuelve de espalda en su camastro y ya no atenderá a los pasos ni las voces. Sigue rugiendo el viento y cae sobre Ellis Island una larga mortaja de nieve.

Es personaje de tan sonante fama que reporteros de los diarios de New York logran introducirse en aquella cuarentena inmigratoria, y el "New York Herald" publicará unas declaraciones de don Cipriano sobre tales vejámenes. Con suma habilidad el protagonista explica que "no puede ser esta la herencia que dejó el gran Washington a los americanos". Cuenta a quien quiere oirle que "el procedimiento usado conmigo es una infamia" y da a entender que la alevosía con que se le castiga "ha sido suscitada por la compañía de asfalto de Venezuela que no ha omitido medios para hacerme daño". Se impresionan con la noticia, puritanos y democráticos lectores del "Herald". ¡Así no podían violarse los derechos humanos! Consigue un abogado que interpone ante los Tribunales el respectivo recurso de amparo. Se le da mejor comida

y habitación, y al cabo de un mes llegan funcionarios más corteses y risueños a entregarle un pasaporte y devolverle a la libre vida civil. Le retratan en el "New York Herald" y pronuncia otras palabras que suenan a versículo de la Biblia: "Mi cuerpo ha estado aherrojado y perseguido, pero mi espíritu está libre. Tengo que sufrir en este desgraciado mundo de mentiras, de pequeñeces y mezquindades por la causa de la Libertad y el derecho de mi patria". Y nunca los reporteros yanquis conocieron un dictador más efusivamente sentimental. "Que sabía hablar para la galería" era ya una observación sobre su carácter formulada varios años atrás por el Cónsul americano Schnegg, en una nota al Sub-Secretario de Estado Mr. Wilson.

La noticia de que Castro está en América servirá a Gómez para inventar la falsa revolución de 1913. Aquel año concluía el período presidencial, y Juan Vicente quien se había desembarazado de un incómodo Consejo de Gobierno y expulsado a su primer y discreto mentor el Dr. Baptista, buscaba un pretexto para permanecer en el Poder, obviándose la molestia de una elecciones.

El Presidente del Estado Falcón convence a unos proscritos venezolanos que viven en Curazao, entre los cuales el más famoso es Simón Bello, pariente de Castro, para que invadan por la costa de Coro. Cuando los infelices avistan el agrio litoral coriano, se les está aguardando para apresarlos en cardumen. Gómez puede declarar en una proclama concisa que "alterada la paz de la República por el ciudadano General Cipriano Castro, salgo a campaña y voy a restablecer el orden público". Y agrega este consejo, digno de Esparta y copia de Nelson: "Sé que todos los venezolanos cumplirán con su deber". En situación de tanto peligro no se puede exponer la seguridad de la República al vaivén tumultuario de las elecciones. El Dr. Gil Fortoul — el famoso jurista y escritor que había defendido la "Doctrina Castro" — queda temporalmente encargado de la Presidencia de la República. Con vistosa tropa que luce cascos y penachos al estilo prusiano, Gómez recorre el centro del país. De allí saldrá no sólo la dictadura ilimitada, sino su nueva función

de Comandante en Jefe del Ejército Nacional. Y dueño de todo el poder, puede darse el lujo de abandonar en un civil las funciones ceremoniales y fastidiosas que impone el Protocolo. Surgirá en Venezuela una especie de diarquia —como en los últimos siglos del Imperio romano— en que el Presidente civil no es más que un sumiso ayudante del Gran Cesar armado. Y en criolla imitación de Diocleciano o Constantino, adonde Gómez pise el pié, en los potreros de Aragua o en los calientes baños de San Juan de los Morros, radica la plenitud del poder. Residenciado en Puerto España, Trinidad, donde al fin le permiten llegar las autoridades británicas, el burlado don Cipriano recibe la noticia de cómo llevaron al calabozo a sus útimos amigos. Y entre los prisioneros de 1913 —¡qué ironía!— están también algunos de los que impulsaron la reacción anti-castrista cuatro años antes, y ahora conocen la gratitud y magnanimidad de Juan Vicente Gómez .

En el número 12 de la calle Colomer en Santurce, Puerto Rico, vivirá Castro —con muy breves escapadas fuera de la isla— entre los años 1916 a 1924. Como buen parroquiano que salía en las tardes al modesto jardincillo exterior y se arrellanaba en la mecedora como para recoger la brisa marina y contemplar el húmedo crepúsculo puertorriqueño, tan rico de coloraciones, le recuerdan muchas gentes de entonces. Veíasele minúsculo y flaco, con la tez sumamente amarillenta, parecido no ya al jeque árabe o al suntuoso Califa que semejaba en sus años de despotismo y plenitud, sino más bien a un viejo mandarín chino con chinesco gorro siempre encasquetado para ocultar la calvicie. Era figura familiar a los alborotados muchachos que recorrían la calle, camino de un Liceo próximo. En los días de la guerra europea, era frecuente encontrarle discutiendo en coloquios de vecinos y conocidos, las más voceadas noticias. La extrema movilidad y agitación de sus manos que parecían completar el ritmo veloz de la palabra, es otro rasgo que todos evocan. Doña Zoila mantiene un círculo familiar y amistoso que puebla la casa en las pri-

meras horas de la noche, toman helados y refrescos, y oyen canciones tropicales y arias de zarzuela en el fonógrafo. El Dr. Biamón —pariente de la familia— cuida de la dieta y las medicinas que consume don Cipriano. Otro espectáculo que da color y comentario a una sucesión de días indiferentes, es la visita de los vapores de la línea "D. Roja", que cada semana, en marcha o regreso de Venezuela, tocan en la Isla. Los días de vapor, Castro se levanta de mañanita y se marcha al puerto de San Juan. Aunque no siempre se atreve a mostarse en el muella (sería peligroso y ciertos Cónsules de Gómez, como un mentado Sr. Arcay, mantienen el más repugnante espionaje) don Cipriano se informa en los comercios y bancos del puerto, sobre los compatriotas que han llegado. Hay pasajeros que burlando la vigilancia consular le entregan cartas y periódicos. Se informa, también, de lo que hacen los grupos revolucionarios en New York —Baptista, Ayala, Olivares, Ortega Martínez— en cuyos cálculos sólo se menciona, evasivamente, el nombre de Castro. "¡Todavía no llega para mí la hora de la Justicia!", dice en tono casi sagrado. Y conocidos periodistas y escritores que arrastrados por su leyenda y buscando motivos sensacionales le visitaron a lo largo de esos años, como el puertorriqueño Jorge Adsuar en 1916, el español Eduardo Zamacois en 1919 y el chileno Armando Donoso en 1924, resaltan siempre sus invocaciones a Dios y su egotismo mesiánico. Cuando Adsuar le pregunta en 1916 si se propone intervenir de nuevo en Venezuela, contesta con una sentencia digna del Corán; "El presente es de los hombres; el porvenir es de Dios". También a Zamacois comienza a hablarle "con el recuerdo de lecturas mal asimiladas". No sólo quiere justificarse ante los contemporáneos, sino invoca el gran veredicto de los que vendrán. Para mostrarse manso, reflexivo y virtuoso, advierte al escritor español que él "es cristiano dentro del catolicismo" y seguiría en semejante tono de platitud filosófica, si volviendo la hoja, Zamacois no le preguntara en forma directa por sus campañas de guerrero. Y entonces el hombre que repetía el disco de "sus virtudes, su filantropía y su fé en el más allá", se exalta, "y su brazo derecho —anota el viajero— "traza en el aire un

gesto soberbio, dominador, impropio de la parvedad de su figura". Se pone de pié y dice: "Yo he peleado cerca de cuarenta años y no he preguntado nunca ¿cuántos son mis enemigos? sino: ¿dónde están?". Y el escritor comenta: "En él se adivina el impulsivo, acaso el epiléptico. Lo mismo puede ser un guerrero que un místico. Cipriano Castro se parece a Trostky; también se parece a Felipe II".

A mediados de 1917 —según los datos del General Carmelo Castro— el Gobierno norteamericano casi se acuerda afectuosamente de su víctima. Como gobernante de Venezuela, Gómez les está decepcionando porque ante las insinuaciones del Ministro yanqui en Caracas de que el país declare la guerra a Alemania y se ponga junto a los aliados en valiosa muestra de solidaridad hemisférica, Juan Vicente recalca que pretende permanecer neutral. Se le atribuye ante la presión de los diplomáticos aliados, una frase deleitosamente sanchesca: "En las peleas de los burros no se meten los pollinos". Y cuando un domingo acuden a acosarle en Maracay los Plenipotenciarios de Inglaterra y los Estados Unidos, él se ha refugiado en la Iglesia para poder decirles al encontrarlos: ¿"Cómo les parece? Estaba rogando a Dios por la paz de todas las naciones. La paz es muy buena. Ustedes pueden observarlo en Venezuela". En el poder —es otra queja norteamericana— Gómez protege a sus antiguos amigos, los comerciantes alemanes que centenariamente negocian con todos los productos del país, y por eso allí las listas negras no han funcionado con el rigor recomendable, y la propaganda aliada apenas se realiza a la sordina. ¿No recibe Gómez con muy marcada deferencia al presuntuoso Baron Von Prolius, verdadero "junker" prusiano, Ministro de Alemania en Caracas y casi decano del Cuerpo Diplomático? Y mejor que todo eso: en Venezuela se ha descubierto petróleo, y antes de que termine la guerra y semejante riqueza salga a la subasta internacional, hay que fortalecer los intereses americanos en la tierra de Bolívar. Con cazurrería de labriego y diciendo que es amigo de todos, Gómez esquiva el compromiso de entrar —aunque sea nominalmente— en una guerra distante que ni siquiera comprende.

Cipriano Castro —el burlado y castigado Cipriano Castro— podía ser valiosísima pieza en el juego político que los Estados Unidos piensan desplegar ahora en el Caribe. A pesar de sus años sigue siendo un guerrero temible, el único que todavía suscita recelo en Juan Vicente Gómez. Como un pecador que hubiera lavado sus manchas, don Cipriano comienza a ser objeto de las más pulidas deferencias de parte de las autoridades americanas en Puerto Rico. Se le invita a tés y recepciones en "La Fortaleza", sede de los gobernantes de la Isla. Se le ve con su cuerpo desmirriado, nadando en un ancho y descolorido "smocking", en actos sociales muy jerárquicos, a los que ni siquiera convidan al Cónsul de Venezuela, quien lleno de reconcomio, escribe coléricas notas a su Cancillería. Y completando la intriga, el Comandante naval de las fuerza del Caribe va un día en visita de sondeo a la modesta casa de Colomer 12. ¿Qué pasaría si Juan Vicente Gómez fuese derrocado en Venezuela? Al Presidente Wilson, tan puritano y humanitario, le conmueven mucho los padecimientos de los ciudadanos venezolanos en las gehenas gomecistas. Además, ¿qué significa esa estúpida neutralidad? Por vínculos panamericanos ¿no debería formar parte Venezuela en el bloque de las naciones aliadas? ¿No es repugnante que un gobernante de América sea germanófilo? Y se le insinúa a Castro que los americanos andan en busca de un nuevo caudillo a quien exaltar en Venezuela, y que ese caudillo —si se comporta dúctil— podría ser precisamente don Cipriano. El Tío Sam no es vengativo y le perdonaría sus excentricidades de ayer.

Pero además de que no ha cicatrizado su viejo encono contra los Estados Unidos, aunque odia a Gómez coincide ahora extrañamente con él, en la tesis de la neutralidad venezolana.

—Nosotros —responde bruscamente al Comandante americano— no tenemos que mezclarnos en esa guerra. Además de que sólo podríamos ofrecer una ayuda material débil, hemos sufrido demasiado para imponer a nuestro pueblo tan duro compromiso. Hasta Francia, nación tan querida por los hispano-americanos, nos trató cruel y codiciosamente en sus

reclamaciones a favor de la compañía del cable francés que conspiraba contra mi Gobierno. Gómez saltó sobre la dignidad venezolana dejándose atemorizar y pagándoles una suma injusta.

Acompaña ceremoniosamente a la puerta al Comisionado americano, y cuando torna a cerrarla parece que clausura, asimismo, sus esperanzas políticas. Triunfarán los aliados; Gómez se comporta benévolamente con ellos; el petróleo de Venezuela se comienza a negociar en Wall Street, y sobre un doble zócalo de bayonetas y regalías petroleras, habrá de afirmarse por 18 años más, la dictadura de Juan Vicente Gómez. Hasta el humanitario Presidente Wilson perdió su sensibilidad ante aquellas desgracias venezolanas que le conmovieron en 1916 y 1917. Con el armisticio, parecía desaparecer también el mundo individualista y retórico de los últimos gestos románticos, que fué en el que vivió, soñó y abusó el General Cipriano Castro. Ahora han de brotar nuevas estrategias de poder, demagogia y autoritarismo en grande escala, tiranías técnicas y política de masas que invalidan ya las hazañas guerrilleras al viejo modo suramericano. Castro comienza a ser un viejo enfermo con menos ímpetu y costumbres más morigeradas. Tiene —y debe cuidarlo— un solo riñón. Siente sólo una nostalgia sencilla y vulgar de su lejana tierra andina; de los vericuetos montañeses donde preparaba sus hazañas de guerrillero; de la plaza de Táriba y de sus conversaciones políticas con el Dr. Santiago Briceño; del viento fresco de Capacho, de los pasos de frontera por donde huía mañosamente en su caballito "reinoso"; de aquella noche alta de estrellas y estriada de cocuyos, con su cortejo de labriegos enruanados, a los que lanzó en la frenética aventura de conquistar el Capitolio.

Dos momentos de relativo interés aún nos reserva su vida: el inflamado folleto publicado en la "Imprenta El Carnaval" de San Juan de Puerto Rico en 1919 en que a propósito de un artículo sobre Teodoro Roosevelt aparecido en el diario

"El Mundo" cobra su resentimiento contra el duro Presidente yanqui y aprovecha la oportunidad para transmitirnos una especie de autobiografía apologética; y la querella con el venezolano Miguel Guerrero Iturbe quien lo agredió a las puertas de su casa. En el folleto cuenta cosas que ya todos conocemos, pero al mismo tiempo y como otro rasgo de mesianismo, pone a Dios por testigo y sumo vengador de sus agravios. El mundo está malo para don Cipriano; tarda en surgir el "reinado de la razón, la verdad y el derecho", y es que los pueblos y los hombres requieren purgar terribles delitos de traición y alevosía. "Las leyes morales —filosofa— como que son la esencia de Dios, nadie puede quebrantarlas impunemente". Sin ir más lejos, él ha sido la doliente víctima de esa transgresión de leyes morales. Pero como existe la Justicia divina, observa que "a las naciones que apoyaron a Gómez, las vemos víctimas de su desgracia, destruyéndose mutuamente y en estado de no poder atender ni aún sus asuntos internos". La prosa es ramplona, pero revela este como pacto postrero con la divinidad. Ni el Obispo Bossuet hubiera argumentado de tan teológica manera. Y ahora —porque no está en el Poder— puede dar nobilísimos consejos. Recomienda a los países para salir del Apocalipsis que padece la Humanidad, que restablezcan "la fuerza de la razón y no la razón de la fuerza". Insiste en que él sólo deseó la felicidad de Venezuela y que en los momentos más trágicos sufridos por el país —bloqueo extranjero y revolución de Matos— le favorecieron los "designios de Dios".

El incidente con el venezolano Miguel Guerrero Iturbe fué comentado con notorio escándalo por los periódicos de Puerto Rico en julio de 1924. Según las declaraciones de don Cipriano, la tarde del día 25 había salido a un corto paseo y se detuvo en la propia calle Colomer, a la puerta de la casa de su amigo Pepe Britapaja. Una pareja atraviesa la calle y el hombre pregunta a Castro si sabe de alguna vivienda que alquilen en el barrio. Castro responde que dentro de una quincena él mismo pondrá en arriendo una de su propiedad. "En aquel momento —dice Castro— el hombre sacó un revólver y me disparó tres o cuatro veces, pero fallándole los tiros, me

golpeó con el arma. Al sentirme bañado en sangre me fuí sobre él, quien como cobarde empezaba a huir". Identificado el agresor, y detenido en la cárcel de Santurce informa al repórter del diario "El Mundo": "Había salido con mi señora a buscar una casa para alquilarla. Por donde pasamos vimos al General Castro. Usted sabe su historia en Venezuela, abusando de las mujeres y haciendo mil barbaridades. Yo noté que él hizo un gesto, un movimiento que a mí me disgustó y me le fuí encima enseguida, golpeándole con el puño. No le agredí con revólver. El General se defendió con un estoque que siempre lleva consigo dentro del bastón, y me tiró dos veces hiriéndome en una mano".

Lo que más incomoda a don Cipriano de tan enojoso escándalo es que el agresor insinúe que en presencia de la mujer él hiciera un gesto que revelaba erotismo o lubricidad. ¿No se ha calmado con los años y los reveses aquella vehemencia sensual que tanto le desconcertó en otros días? Y sugerir semejante cosa —de quien como él da ahora lecciones de caballerosidad y moral pública— ¿no es arma villana de sus enemigos para calumniarle y humillarle, ya que no le pudieron eliminar? Ante las varias hipótesis, el Juez de Santurce se contenta —sin penetrar la intención del acto— en dejar preso a Guerrero Iturbe e imponerle para la excarcelación provisional una fianza de quinientos dólares que fué cubierta por los señores Carlos Durecut y Fernando Rodríguez.

Pero aquellos golpes gratuitos tendrán larga consecuencia en la débil salud y el ánimo de don Cipriano. Ese mismo año pasó por la isla el crítico y periodista chileno Armando Donoso. Se interesa, novelescamente, por conocer al legendario caudillo. Ya muy pálido, casi un enano sobre sus piernecillas endebles, resaltando siempre la cabeza desmesurada, metido en un traje de alpaca azul que le sombrea más enfermizamente el rostro, Castro —como despidiéndose de la vida— conjuga sólo el tiempo pasado. Se nutre de sus añoranzas de viejo. Por el cuello excesivamente angosto y el flácido pescuezo

amarillento, parecen ya avanzar las manos de la muerte. De una conversación deshilvanada en que responde con fatiga a lo que se le pregunta, Donoso sólo destaca este pensamiento entre melancólico y jactancioso: "Yo podía haber hecho la felicidad de los venezolanos, pero mis compatriotas no me lo permitieron". Venezuela —en los peores años del gomecismo— se ha hecho demasiado horrible, y él ya no tiene energía para pretender cambiarla. Ahora la dictadura, emulando las historias de Bizancio, conoce crímenes de alcoba, siniestras intrigas nocturnas, como la que asesinó en su habitación del Palacio de Miraflores al hermano de Gómez, don Juancho, Vicepresidente de la República, —durante el régimen nepótico instaurado en 1922—. Una como inmensa cortina de desengaño y hastío contra su propia gente, aleja ya a don Cipriano de aquel distante, infranqueable e incomprensible mundo en que se le tornó Venezuela. Odia a los hombres que contribuyó a exaltar. —"¡A muchos de ellos, yo les puse zapatos!", dice con sarcasmo.

A fines de noviembre, cae enfermo de gravedad. Le atiende casi filialmente su amigo y deudo el Dr. Biamón. Con sus recuerdos de "Venezuela Heroica" y su culto retórico de las grandes fechas, piensa que el 9 de diciembre se conmemora el Centenario de Ayacucho, la batalla final de la Independencia suramericana. En Lima —reviviendo la cita de los Libertadores del Norte y del Sur— se han reunido representantes de toda América. ¡Cómo le gustaría, en trance siempre de Historia heroica, asistir a aquellas fiestas y escuchar los solemnes discursos! Aunque es casi un olvidado, desea que el continente sepa algo de él en tan vistosa efemérides. Piensa en un telegrama que podría dirigir al Presidente del Perú; quizás en un mensaje de sumo énfasis libertario para narrar otra vez la traición y la ingratitud de que fué víctima, endilgando de paso una homilía acusadora a Juan Vicente Gómez. ¡Escribir con la pluma de los colombianos Juancho Uribe y José María Vargas Vila, grandes polemistas políticos que admiró en la juventud! Extraviado por la fiebre en este laberinto de imágenes, acaso pasan por la memoria todos los fantasmas de su turbulenta vida: desde los caudillos tachirenses,

el gigante Miguelón, los soldados del Páramo del Zumbador entre la niebla y el viento, la carnicería de Tocuyito, su pierna baldada, el triunfo de La Victoria, las fiestas de Caracas y el sombrío y cruel sacrificio de Antonio Paredes. Invoca gentes en su delirio. ¿Por qué no le madrugó a Gómez su bravío lugarteniente Pedro María Cárdenas? ¿Por qué le falló Casanova y las tropas del Cuartel del Mamey? De pronto lanza un grito y sus misericordiosas samaritanas —doña Zoila y doña Elvia Gallegos— acuden a levantarle la almohada desde donde se despeña; a cambiarle las sábanas sudorosas. Ya sus ojos negrísimos y diabólicos de dominador —los que impresionaban a todas las gentes— se han tornado mortecinos; entró en el coma final, se escapa el pulso, y el fidelísimo Dr. Biamón cuenta el último latido. Era el viernes 5 de diciembre de 1924. Y al registrar el hecho, "El Mundo" de San Juan de Puerto Rico le dedica unas palabras generosas y graves. Casi le absuelve de tantos pecados y advierte que nunca dejó de ser "luchador y combatiente heroico".

En una glorieta de su hacienda maracayera, a la sombra del gran samán donde confundiendo lo privado y lo público Juan Vicente Gómez habla alternativamente con sus caporales y mayordomos y recibe a sus Ministros, se comenta la muerte de Cipriano Castro. Como un reyezuelo de la Edad Media, poblado de refranes y consejas, bajo el gran árbol foral, Gómez evoca los días de la Campaña del 99. "Don Cipriano sí sabía pelear" es su mayor elogio fúnebre. Se juntan en ese instante en su replegada psique el asombro que sentía por el muerto; la liberación de su antiguo complejo de subalterno y hasta el goce egoísta de haber dejado de temerle. Como espera vivir cien años, agrega: "Don Cipriano sólo había cumplido sesenta y seis. Nació el año de 58. Acaso hubiera vivido mucho más, si no lo corrompen los doctores valencianos". Mira a su Secretario y con la cara más plácida, como si por primera vez se sintiera sin recelo ni preocupación, le ordena: "Ahora vamos al cine". Libre ya del remordi-

miento al Compadre traicionado, menospreciando a los caudillos que desde el Exterior le hacían oposición o tenía "zampados" en las cárceles con anillos de hierro de setenta libras, quebrándoles la voluntad y los huesos, vencidos y barbados como si sobre ellos gravitara todo el dolor de Venezuela; se apresta Juan Vicente a vivir once años más de sombrío poder. En la patria reprimida y silenciosa sólo se mueve el sol que enciende el maravilloso cobalto de la costa de Paria; los rebaños de nubes inmensas que como toros sueltos galopan sobre los cielos del llano y se reflejan en el espejo de los grandes ríos; o las delgadas nieblas del amanecer, entre helechos y musgos verdes y cascadas cristalinas, con que se despiertan los Andes. La Naturaleza era hermosamente muda ante el dolor de los hombres: de aquellas generaciones que entre 1899 y 1935 nacieron y padecieron en silencio. En el pórtico de ese tiempo está un hombrecillo que tenía la agilidad de un gnomo y el ardor chamuscado de un Vulcano criollo. Le defiende un poco el ímpetu y el bárbaro coraje con que defendió la dignidad de la Nación en uno de los peores días de su Historia.

FUENTES DEL LIBRO

Esta obra no hubiera podido escribirse sin el gran auxilio documental que presta el Archivo de papeles venezolanos del General Manuel Landaeta Rosales, que ahora forma parte de la Academia Nacional de la Historia. Con paciencia y minuciosidad ejemplar aquel benedictino investigador supo reunir y clasificar folletos, periódicos, hojas sueltas, apuntes manuscritos, etc. El propio Landaeta Rosales publicó durante la época de Castro algunas colecciones de documentos como los titulados *"Invasiones de Colombia a Venezuela"* (Caracas 1903); *"Venezuela ante el conflicto de las potencias aliadas"* (Caracas 1905); *"Viaje del General Cipriano Castro al Centro, Sur y Oriente de Venezuela"* (Caracas 1905). El señor Ramón Tello Mendoza, Gobernador y Ministro, alternativamente, durante la Dictadura castrista aspiró a ser una especie de logógrafo del régimen, y además de utilizar y contratar con frecuencia a Landaeta para buscar y ordenar papeles, aparece también como compilador de los *"Documentos del General Cipriano Castro"* —recopilación más apoteósica que objetiva del Caudillo— y que se imprimió en Caracas entre 1903 y 1908 en 6 vols. A estos *Documentos* se suman los folletos de reseñas de fiestas, bailes y agasajos al Restaurador —generalmente muy cursis y poblados de una literatura adulatoria— que se citan en varios capítulos de mi libro y que no enuncio de nuevo para no recargar gratuitamente la bibliografía. Lo mismo los periódicos y revistas que hacían propaganda a Castro en el extranjero, como *"La Revue Americaine"* que dirigía en Bruselas entre 1901 y 1908, Antonio Pietri Daudet y de que he logrado consultar diversos números.

Fuentes directas son, naturalmente, las "Memorias" de los Despachos Ejecutivos y para seguir el punto de vista gubernamental en los conflictos de la República con las grandes potencias entre 1902 y 1908, el "Libro Amarillo" o Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores durante esos seis años. Una intencionada selección de los despachos cruzados entre nuestra Cancillería y los Gobiernos extranjeros sobre tales asuntos, se encuentra en el volumen oficial *"Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores con algunas de las Legaciones acreditadas en Caracas"* (Caracas 1903). También reúnen el material documental sobre dichos conflictos otras obras: *"Alegatos de Venezuela ante el tribunal de arbitraje de La Haya en el asunto The Orinoco Steamship Company Ltd."; "Venezuela y la compañía francesa del Cable"*, (Caracas 1906); *"The Venezuelan Arbitration before the Hague Tribunal"*, (Washington 1905).

Don Rafael Paredes Urdaneta me facilitó amablemente algunas cartas manuscritas de Cipriano Castro a diversos parientes suyos antes de la invasión de 1899 y varios papeles valiosos del General Zoilo Bello Rodríguez, cuando fué ministro de Andrade. De enorme interés histórico es el libro titulado *"Memorias contemporáneas o bosquejo histórico"* del General Antonio Paredes, aún más valioso que su conocido *"Diario de Prisión en San Carlos"* y cuyo original inédito guarda —con esperanza de próxima publicación— su sobrino Manuel Certad Paredes.

La señora Mercedes de Ramos Márquez, que ha estado preparando en los Estados Unidos una tesis de grado sobre la cuestión del Asfalto, me dió a conocer muy valiosas noticias extraídas de periódicos norteamericanos que completan la visión —un poco apasionada del problema— que transmite el libro de O. E. Thurber, *"The Venezuelan question. Castro and the asphalt trust"*. New York, 1907. Don Antonio Paniagua Picazo, de San Juan de Puerto Rico, me remitió muy gentilmente el resultado de sus búsquedas en la prensa puertorriqueña —sobre todo en el diario "El Mundo"— acerca de los últimos años de la vida de don Cipriano en aquella isla. El General Carmelo Castro y el General José María García, me

transmitieron muy útiles recuerdos de primera mano sobre la fogueada vida del "Restaurador". También debo interesantes informes sobre los primeros viajes de Castro a Caracas y los días iniciales de la Restauración a don Braulio Otánez Mauco. El Dr. Ramón J. Velázquez, que conoce tan vividamente la Historia contemporánea del país, me dió asimismo noticias y me puso sobre la pista de algunos documentos. Para el período de "La Conjura" —además de las fuentes públicas— me he servido de un largo folleto manuscrito del Coronel Ramón Párraga, personaje de conocida actuación militar en la época de Castro y en los primeros años del Gobierno de Gómez. El folleto del señor Párraga está fechado en El Valle en el mes de Julio de 1950. He consultado, además, los más importantes periódicos de la época de Castro, singularmente "El Tiempo", "El Constitucional", "El Pregonero", etcétera y las hojas y folletos de la oposición publicados en el extranjero, muchos de los cuales se encuentran en el Archivo de Landaeta Rosales. Otras fuentes impresas —y de fácil acceso— son las que menciono a continuación:

ADSUAR, Jorge. — *PICO A PICO* (un artículo sobre C. Castro). San Juan de Puerto Rico, 1925.

ARCAYA, Pedro M. — *NUEVAS APUNTACIONES DE HISTORIA POLITICA*. Washington, 1924.

ARCAYA, Pedro M. — *VENEZUELA Y SU ACTUAL REGIMEN*. Washington, 1935.

ARELLANO MORENO, A. — *LA CRISIS DEL 99 Y EL DESPOTISMO DE CASTRO*. (Serie de artículos en "El Universal". Caracas 1952).

BELLO RODRIGUEZ, Gral. Zoilo — *AL PARTIDO LIBERAL DE VENEZUELA*. Puerto España, 1899.

BENOIST, Charles — *LES AFFAIRES DU VENEZUELA*. Revue des Deux Mondes. París 1903 (Janvier)

BOWEN, H. Wolcott. — *RECOLLECTIONS DIPLOMATIC AND UNDIPLOMATIC*. New York, 1926.

BRICEÑO, Gral. Santiago. — *MEMORIAS DE SU VIDA MILITAR Y POLITICA*. Caracas, 1949.

CALCAÑO HERRERA, General Julio — *BOSQUEJO HISTORICO DE LA REVOLUCION LIBERTADORA*. Caracas, 1945.

CASTRO, General Cipriano — *LA VERDAD HISTORICA*. San Juan de Puerto Rico, Imprenta "El Carnaval", 1919. Reimpreso en Caracas, "Tipografía Garrido", 1942.

DOMINICI, Pedro César. — *EL MONO TRAGICO*. París, 1907.

" " " — *LA SATRAPIA Y SU GRAN CRIMEN*. (Artículos en "El Universal" de Caracas, febrero 1953.

FERNANDEZ, Pablo Emilio— *RASGOS BIOGRAFICOS DEL GENERAL CIPRIANO CASTRO*. Madrid, 1952.

FIGUEREDO, Carlos B. — *PRESIDENCIALES*. Madrid, 1908.

GABALDON, Fabricio. — *RASGOS BIOGRAFICOS DE TRUJILLANOS*. Caracas, 1949.

GALLEGOS, Manuel M. — *ANALES CONTEMPORANEOS*. Memorias del General Manuel Modesto Gallegos. Caracas, 1926.

GIL, Pío. (Pedro María Morantes) — *EL CABITO*. Edic. de Caracas. Tip. Garrido, 1951.

" " " — *LOS FELICITADORES. Tip.* Garrido, 1951.

" " " — *CUATRO AÑOS DE MI CARTERA*. Tip. Garrido, 1951.

GUERRERO, Emilio C. — *CAMPAÑA HEROICA*. Caracas, 1903.

" " — *EL TACHIRA, FISICO, POLITICO E ILUSTRADO*. Caracas, 1905.

IBARRA, T. R. — *YOUNG MAN OF CARACAS*. New York, 1941.

JIMENEZ Arraiz, F. — *DEL VIVAC*. Caracas, 1901.

LINARES ALCANTARA, Gral. F. — *TRIUNFO DE LA VICTORIA*. Publicación ordenada por el General. Caracas, 1903.

LOPEZ CONTRERAS, Gral. E. — *PAGINAS PARA LA HISTORIA MILITAR DE VENEZUELA*. Caracas, 1945.

MARQUEZ BUSTILLOS, V. — *SEMBLANZA DEL GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ*. Caracas, 1917.

MALDONADO hijo, Gerónimo. — *EPISODIOS*. (Páginas de la Revolución Restauradora). Caracas, 1900.

MARTINEZ S., Antonio — *NUESTRAS CONTIENDAS CIVILES*. Caracas, 1949.

MATOS, Gral. Manuel A. — *RECUERDOS*. Caracas, 1927. Emp. "El Cojo".

MONTILLA, José Abel. — *FERMIN ENTRENA, UN VENEZOLANO DEL* 99. Buenos Aires, Imp. López, 1949.

NUÑEZ, Enrique Bernardo — *EL HOMBRE DE LA LEVITA GRIS*. Caracas, 1943.

PAREDES, Gral. Antonio. — *DIARIO DE MI PRISION EN SAN CARLOS*. Berlín, 1908.

PAREDES, Gral. Antonio — *MEMORIAS CONTEMPORANEAS O BOSQUEJO HISTORICO*. Puerto España, 1904. (Manuscrito que me suministra el señor Manuel Certad Paredes).

PAUL, José de Jesús. — *EL DOCTOR JOSE DE JESUS PAUL A SUS COMPATRIOTAS*. París, 1912.

PEREZ H., Heriberto — *DE RELIEVE*. Caracas, 1909.

POCATERRA, José Rafael. — *MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA*. Dos vols. Caracas, 1937.

RIPPY, J. Fred. y Hewit Clayde. — *CASTRO, HOMBRE SIN PATRIA*. Traducción del estudio publicado en "The American historical Review", vol. VL. por el Dr. Carlos Urdaneta Carrillo. Boletín Academia Nacional de la Historia núm. 131 — 1950.

ROUGIER, A. — *LES RECENTES GUERRES CIVILES DE LA COLOMBIE ET DU VENEZUELA*. París, 1904.

TELLO Mendoza, R. — A más de los *DOCUMENTOS DEL GENERAL CIPRIANO CASTRO*, 6 vols. ya citados. Caracas, 1903-1908: *LIGEROS RASGOS DEL GRAL. JUAN VICENTE GOMEZ, Caracas*, 1904.

THURBER, O. E. — *THE VENEZUELAN QUESTION. CASTRO AND THE ASPHALT TRUST*. New York, 1907.

VIBERT, Paul Th. — *QUESTIONS AMERICAINES. CASTRO ET LE VENEZUELA*. París, 1909.

VILLANUEVA Mata, R. — *EL GENERAL CASTRO Y SU TIEMPO*. Caracas, 1907.

ZAMACOIS, Eduardo. — *LA ALEGRIA DE ANDAR*. Madrid, 1921.

INDICE

INDICE DE CAPITULOS Y TEMAS

NOTA ... ... Pág. 5

I PROLOGO DE UN CAUDILLO

Situación del país entre 1897 y 1899. Los caudillos provinciales. Peculiaridades de la región andina. Cuando se oye por primera vez el nombre de Castro ... ... Págs. 7 a 16

II PRIMAVERA DE DON CIPRIANO

Retrato juvenil del Caudillo. Antecedentes familiares. Estudios en Pamplona. Lances de adolescencia y juventud. Guerritas tachirenses entre el 78 y el 86. Don Cipriano, Gobernador de la Sección Táchira. Diputado al Congreso. Viajes a Caracas. Años de destierro. De la tragedia de "La Mata Carmelera" a la preparación de la Revolución del 99. Págs. 16 a 42

III LOS SESENTA

La invasión y la Campaña de 1899. De "Bellavista a Caracas. La descomposición del andradismo. De Mayo a Octubre de 1899 ... ... Págs. 43 a 64

IV CARACAS

La capital venezolana a fines del siglo. Modas, manías y costumbres. Los últimos días del Gobierno de Andrade. Mochistas y liberales. Castro entra a la Capital. Peripecias de "El Mocho": preso, Ministro y "alzado" ... ... Págs. 65 a 84

V "NUEVOS PROCEDIMIENTOS"

Las palabras y la realidad. La resistencia del paladín Antonio Paredes. Combate por Puerto Cabello. Instalación del nuevo régimen. La crisis fiscal. Primer conflicto con el Señor Matos. Presos políticos en "El Tigrito". Las amistades de Castro. Expedición de Gómez al Táchira. Los "godos" de Colombia ... ... Págs. 85 a 100

VI "LOS PRINCIPIOS CARDINALES DE LA REPUBLICA"

Profecías y comentarios del Dr. Santiago Briceño. Problemas del gobierno de facto. Don Cipriano y la prensa. El alboroto estudiantil de la "Sacrada". Amenazas y nubarrones internacionales. Problemas financieros ... ... Págs. 101 a 114

VII PRELUDIOS DE GUERRA LARGA

El descontento de los caudillos locales. Fines del año 1900. Los primeros Generales que se alzan. La cuestión con Colombia. Sueños "grancolombianos" de Castro. Relaciones con Uribe Uribe. La invasión de Rangel Garbiras. La trágica campaña de La Guajira. La rota de Carazúa. Los primeros conflictos diplomáticos ... ... Págs. 115 a 132

VIII ASFALTO Y FUSILES

Las intenciones del General Matos. La cuestión del asfalto. Las intrigas de la New York and Bermudez Company. Los viajes a Estados Unidos y Europa del General Matos. La "pintoresca" historia del vapor "Ban Righ". El barco pirata. Don Cipriano, Presidente Constitucional. Comienza el tremendo año de 1902 ... ... Págs. 133 a 146

IX LA TIERRA ENCENDIDA

Quienes son los "Coriolanos". Las extrañas alianzas de la Revolución Restauradora. Barbarie criolla y finanzas internacionales. El "estilo" de la guerra. La "Libertadora" en los Llanos, el Litoral, el Oriente, Coro y Barquisimeto ... ... Págs. 147 a 163

X EL TOPO DE LOS MUERTOS

La cita revolucionaria en Villa de Cura. Movimientos de las tropas "libertadoras" y "restauradoras". Batalla y mortandad en La Victoria. Color y horror de la guerra civil ... ... Págs. 164 a 176

XI LA PLANTA INSOLENTE

La "internacional de los acreedores" contra Castro. La ofensiva diplomática. Lo que "anuncia la Agencia Pumar". El "bloqueo". Los barcos en La Guaira. El drama de Puerto Cabello. La nota de Drago. Los barcos alemanes en la "barra". La resistencia en San Carlos. Cita de diplomáticos en Washington. Las fórmulas de Bowen. Los "protocolos" ... ... Págs. 177 a 199

XII FORTUNA DE JUAN VICENTE

La situación nacional a comienzos de 1903. Una pastoral del Arzobispo. Las campañas de Gómez. "El Salvador del Salvador". Las últimas batallas de la "Libertadora". La batalla de Ciudad Bolívar. El regreso triunfal del Procónsul ... ... Págs. 200 a 214

XIII EL ESTILO DE GUMERSINDO

El periodismo cortesano. La propaganda del "César". Las "comisiones mixtas". "Venezuela también puede cobrar". La lisonja como industria. Las "fiestas" después de la guerra ... ... Págs. 214 a 227

XIV TIRANA Y DEMAGOGIA

Preparación de una Reforma Constitucional. Don Cipriano aspira a ser Presidente hasta 1911. Los "grandes electores". El Congreso se transforma en Constituyente. El liberalismo cesarista. La ley de Divorcio. Títulos y honores a don Cipriano. Sigue la querella del Asfalto ... ... Págs. 228 a 247

XV "COMO LA PALOMA DEL ARCA"

Don Cipriano viaja por las llanuras y los grandes ríos. La crónica de un viaje. Cohetes, bailes, toros coleados y discursos. Desde Caracas hasta el Orinoco. Pintura nueva en el Capitolio. La "jura del 11 de Junio". El problema de la "honra nacional". Págs. 248 a 260

XVI LA FATIGA DE SER ACLAMADO

La alocución del 9 de abril de 1906. Juan Vicente encargado del Gobierno. Descanso de Castro en Los Teques y La Victoria. Las intrigas cortesanas. Se prepara la "Aclamación". La fatiga del "Aclamado" ... ... Págs. 261 a 278

XVII EL RIÑON SUPURANDO

Operación en Macuto. El sacrificio de Antonio Paredes. Los americanos siguen objetando la sentencia del asfalto. Ruptura de relaciones diplomáticas. Gil Fortoul y la "Doctrina Castro". El holandés imprudente. Conflicto con Holanda. La resurrección del "Acta de la Independencia". El año de la peste bubónica. Un mal mes de Octubre ... ... Págs. 279 a 294

XVIII LA CULEBRA SE MATA POR LA CABEZA

Viaje en el "Guadaloupe" y conciliábulos en Caracas. Gómez se hace el indeciso. La frase de un telegrama sibilino. Los sucesos del 13 de diciembre. Se pide apoyo a Washington. El Ministro José de Jesús Paúl. El 19 de diciembre. Los barcos en La Guaira. La triste navidad berlinesa de don Cipriano ... ... Págs. 295 a 305

XIX DIOS Y EL DESTINO

Castro, el hombre perseguido. La odisea antillana. Días de París, España y las islas Canarias. El inmigrante peligroso en Ellis Island. La inventada revolución de 1913. La casa de la calle Colomer en Santurce, Puerto Rico. Una gran visita en 1917. Las incidencias de los últimos años. El retrato final. El juicio de Dios y del Compadre ... ... Págs. 306 a 325

FUENTES DEL LIBRO ... ... Págs. 326 a 332

INDICE DE LAMINAS

LAMINA 1
Castro a los veinticinco años por el fotógrafo Jesús María González. Cúcuta 1884 ... ... Pág. 16

LAMINA 2
Doña Zoila de Castro ... ... " 32

LAMINA 3
Reclutas y gente disponible en un improvisado cuartel caraqueño 1900 ... ... " 48

LAMINA 4
González Pacheco y su Estado Mayor. Barquisimeto 1903 ... ... " 96

LAMINA 5
El Restaurador ... ... " 112

LAMINA 6
Inauguración del Puente Restaurador, 1905 ... ... " 216

LAMINA 7
Castro, Gómez y comitiva en visita informal a la estatua de Páez, 1905 ... ... " 224

LAMINA 8
Un arco de triunfo al "Cóndor de los Andes" ... " 240

LAMINA 9
Banderas y grupos de "aclamadores" 1906 ... ... " 256

LAMINA 10
Castro en traje de ceremonia ... ... " 272

LAMINA 11
Un ramo de flores ofrecido a Castro en 1908. El ramo simula un mapa de Sur América con Don Cipriano encabezándolo ... ... " 288

LAMINA 12
El "hombre enfermo" en una de sus peores crisis, 1908 ... ... " 304

Se terminó de imprimir
este Libro
en los Talleres de la
C. A. TIPOGRAFIA GARRIDO
Veroes a Jesuítas, Nº 31,
el día
8 de Diciembre de 1953.
Caracas.

COMPAÑIA ANONIMA

"TIPOGRAFIA GARRIDO"

EDICIONES VENEZOLANAS

VEROES A JESUITAS 31

TELEFONOS: 84302 - 94152